

Selección RNR

El caballero de la peregrina

JIMENA COOK



Romance Histórico

EL CABALLERO DE LA PEREGRINA

Jimena Cook



1.ª edición: enero, 2016

© 2016 by Jimena Cook

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-246-2

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Agradecimientos

PRÓLOGO

Notaba su respiración muy próxima a mí, cada vez era menos la distancia entre ambos. Los pantalones y mi capa de peregrino, ahora mojados por la humedad del suelo después de la lluvia, pesaban mucho y me dificultaban cada uno de mis movimientos. Miraba por encima del hombro y veía a aquel hombre, fuerte, alto, persiguiéndome ágil y velozmente. Él gritaba, pero no lograba entender lo que decía.

Mi corazón latía acelerado. Los largos mechones rizados me tapaban los ojos y hacía verdaderos esfuerzos para que aquello no volviese a suceder, sujetaba muy fuerte la capucha de mi capa para que mi larga melena, recogida ahora en una coleta, no desvelase mi imagen de mujer.

Estaba tras de mí, me agarró fuerte del brazo, lo que obligó a detenerme, pero no me daba por vencida, iba a seguir luchando hasta el final. Me asió los antebrazos y le propiné una patada en la espinilla, intuí que aquello le enfureció; acto seguido, con su mano recia y ancha, sujetó mis dos muñecas, y con el otro brazo rodeó con fuerza mi cintura, me atrajo hacia él, retrocedí, y aquel movimiento me llevó a pisar la capa y caer al suelo arrastrando a aquel hombre conmigo.

Me fijé en su rostro moreno y bello, era un hombre muy atractivo, y aquello me hacía sentir débil frente a él. Sus grandes ojos verdes me miraban fijamente, proyectaban odio o, al menos, eso era lo que yo creí ver en ellos. Su cuerpo corpulento me aprisionaba, me hacía daño y apenas me permitía respirar, estaba atrapada, sabía que ya no había escapatoria. Mi orgullo estaba herido.

Logró inmovilizarme, y cuando ya se vio el ganador de aquella pelea, levantó su rostro, todavía acalorado de la lucha y la persecución, fijó sus bonitos ojos en mí. Por un instante deseé que me besara, sus labios estaban tan próximos a los míos que prácticamente

me acariciaban. No lo hizo, él pensaba que era un muchacho que ahora le pertenecía.

—¡No lo vuelvas a hacer! —gritó—. ¡La próxima vez no seré yo el que te persiga!

Se incorporó de un salto, desde mi posición, me sentía insignificante, diminuta ante un hombre con esa envergadura, fuertes brazos, ancha espalda, musculadas piernas y una gran estatura. Cogió mi mano y me levantó del suelo, sujetó con firmeza ésta, me hacía daño, pero mi altivez me impedía protestar ante aquel hombre, no estaba dispuesta a que viese un ápice de debilidad en mí.

CAPITULO I

La huida

Aquella mañana me desperté muy temprano, era mi décimo noveno cumpleaños e intuía que no sería el mejor día de mi vida. Mi padre me había adelantado la tarde anterior sus intenciones de anunciar, durante el baile que tendría lugar esa noche, mi compromiso con el Almirante portugués Acurcio, gran amigo de este, compañero inseparable de batallas y poseedor de riquezas y prestigio frente a la corona de Castilla en Portugal. La noticia provocó que me revelase contra él.

—¡No pienso casarme! —le dije enojada.

—¡Sí, María!, ¡te vas a casar con el hombre que yo te ordene! —Me miró furioso.

—¡Mamá nunca lo hubiese permitido! —le respondí mientras se me saltaban las lágrimas.

—Tu madre siempre obedeció a su padre, al igual que tú tienes que hacerlo. —Hubo una pausa—. Mañana anunciaré tu compromiso en el baile. Se lo he prometido. Le debo un favor. Además, eso beneficia a tu familia, nos fortalece. —Dicho esto se marchó.

No podía dar crédito a todo lo que me estaba sucediendo, mi vida se desmoronaba de la noche a la mañana. Ese hombre, con el que mi padre quería casarme, era su fiel reflejo: mujeriego, agresivo, dominante y de la misma edad que él, no podía soportar la idea de tener que pasar una noche con aquel ser despreciable.

Mi padre nunca había sido un buen esposo, yo había escuchado muchas noches llorar a mi madre en silencio por culpa de él, le había visto agredirla física y verbalmente. Al morir esta, mi hermano Juan y yo sentimos un gran vacío en nuestras vidas, mi padre nunca se había interesado por nosotros, es más, éramos un obstáculo para él, ya que cada vez que pasaba la noche en cama ajena tenía que mirarnos a la

cara al día siguiente y justificar su ausencia. Juan y yo nos refugiamos en el cariño de nuestra tata Ana, ella siempre había estado a nuestro lado y, en esos momentos tan tristes, nos dio todo su amor.

Todavía no había podido contárselo a Ana ni a mi hermano, apenas había dormido aquella noche. Me miré en el espejo y me asusté al ver reflejado en este un rostro demacrado, con la presencia marcada de las señales del cansancio. Las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas, «este no puede ser mi destino», pensé. Me dirigí hacia el balcón y salí a tomar aire, me ahogaba, respiré hondo y fijé mi mirada en los grandes cañones que protegían el río Lobos, a pesar de la lejanía, se distinguía su fortaleza y la majestuosidad de aquella naturaleza soriana. Numerosos peregrinos recorrían estas tierras para llegar a los cañones y, así, poder avanzar hacia Compostela, Fisterra, para posteriormente, muchos de ellos, embarcar a las cruzadas dirección Jerusalén.

Levanté mi vista al cielo y allí estaba ella, el águila imperial que surcaba los valles, laderas, montes de mi tierra, «así quiero ser yo, libre como tú, dueña de mi propia vida», pensé. En aquel pequeño instante tomé una determinación, me escaparía, no estaba dispuesta a que forzasen mi propio destino, mi madre siempre me repitió que nunca debía dejar que un hombre tomase las decisiones por mí, y así lo haría. Recordé aquella noche antes de que ella muriese, estaba muy pálida, tumbada en la cama, apenas se pudo incorporar al verme, llevaba algo en la mano, lo encerraba en ese momento en su puño ante mi mirada curiosa.

—¡María! —dijo con voz débil—, prométeme que siempre protegerás tu honor, tus raíces.

—¿Por qué me dices eso, mamá? —la voz se me entrecortaba y las lágrimas empezaron a recorrer mi rostro.

—¡Prométemelo! —insistió.

—Te lo prometo —respondí.

Sonrió. Su mirada estaba perdida, sabía que quería decirme algo que para ella era de suma importancia.

—¡Ven! ¡Acércate! —Me señaló con su mano un hueco en su cama muy próximo a ella.

—¿Qué te pasa, mamá? Estás muy rara —le pregunté.

—Tú sabes que yo vivía en León, en la casa donde reside la tía Isabel. —Asentí. Muchos veranos habíamos ido mi hermano y yo con mi madre a ver a mi tía y pasar los tres meses estivales con ella—. ¿Te acuerdas cuando viste hace mucho tiempo al abuelo con una capa blanca y un estandarte que llevaban impresos una insignia?

—Sí, lo recuerdo, primero se lo vi al abuelo y luego a otros muchos caballeros que se reunían allí, hasta tú tenías una capa igual. Yo quería tener una, recuerdo cómo me gustaba. —Ambas nos reímos.

—Pues esa capa representa los orígenes de tu familia. Esa insignia es una cruz, simula una espada con forma de flor de lis en la empuñadura y en los brazos. La flor representa el honor, la espada el carácter caballeresco del apóstol Santiago, ya que fue decapitado con una daga.

—¿Qué estás queriendo decirme, mamá? No entiendo nada. —No comprendía el porqué de aquellas explicaciones.

—Tus antepasados estuvieron en el lugar y momento exacto en que se descubrió la tumba del apóstol Santiago. Tu abuelo me contó que su padre le relató una y mil veces el momento en que nuestro familiar, junto con otras personas, vio una enorme estrella posada en el bosque Libredón, que brillaba tanto que hacía daño a la vista. Tuvieron mucho miedo. Se dirigieron hacia aquel lugar, tenían curiosidad por ver qué producía ese resplandor y, cuando llegaron a aquel sitio, observaron a un ermitaño llamado Pelayo postrado ante una tumba, lloraba y daba gracias a Dios. Ellos notaron cómo una fuerza extraña les forzaba a doblar sus rodillas ante aquellos restos. Tu antepasado cogió algo en ese momento, estaba en la mano del apóstol, envuelto en un pequeño paño de terciopelo rojo, era una espina que estaba oscurecida en su punta. Según me dijo mi padre se trataba de una de las espinas de la corona que pusieron a Jesucristo durante su pasión y, aquella mancha,

era su sangre.

—¡No entiendo nada, mamá!

—Espera que te siga contando... Después de estos hechos y el descubrimiento de los restos de un discípulo de Jesús, transcurrió el tiempo y un grupo de hombres, entre ellos antepasados tuyos, formaron la orden de Santiago, cuyo objetivo fue proteger a los peregrinos que transitaban el camino dirección a Compostela y, así, defender el cristianismo frente a los musulmanes. Pues bien, tu abuelo formaba parte de esta orden, y como no tuvo hijos varones, eligió entre sus dos hijas a una para que fuese la guardiana de la espina sagrada, tesoro que fue pasando de generación tras generación. Esta espina tiene un poder incalculable para muchas personas, son varios los que intuyen que es nuestra familia la que la posee, pero nadie debe saberlo nunca, ya que matarían por ella. Muchos caballeros y hombres cercanos a la corona, utilizan las reliquias de Jesús para la guerra contra los musulmanes y, tú sabes y tu abuelo también tenía conocimiento de ello, que Jesús nunca fue partidario de la violencia. Él siempre abogó por la paz, por este motivo siempre la escondió. Mi padre me hizo prometer que yo haría lo mismo, jamás tendría que desvelar a nadie el secreto familiar.

Mi madre abrió la mano y mostró una pequeña espina, muy afilada, metida en una diminuta caja de plata. Temblé solo de pensar que se trataba de una de las muchas que formaron parte de la corona que le pusieron a Jesús.

—Hija, te la entrego a ti. —Me la posó en mi mano—. Cariño, no le digas nada a nadie de esto, ni siquiera a tu propio hermano. Desde hoy tú serás la responsable de la espina sagrada y, si puedes, la deberías hacer llegar al lugar de donde vino, allí tendrá que esconderse, para que no se derrame más sangre por ella. Seguro que eso es lo que hubiese querido Jesucristo.

Aquellas palabras me provocaron un mar de dudas e inseguridades.

—Mamá, ¿por qué no puedo decírselo a Juan?

—Hija, tu hermano es muy visceral, impulsivo... Esta espina jamás puede extraviarse. Yo sé que tú cumplirás tu promesa, tu hermano, bueno... ya sabes que él a veces se olvida de haberlas hecho. Si alguien, por indefenso que parezca, conoce este secreto, créeme hija mía que matará por ella.

Desde aquel día guardé la cajita de plata entre mis joyas e introduje la espina sagrada en una diminuta cruz de Santiago que siempre llevaba colgada en el cuello. Esa cruz era de mi madre, yo siempre la recordaba con ella puesta, si apretabas esta con los dedos se abría automáticamente y, allí, en su interior estaba la espina bien sujeta, sin posibilidad de que se desprendiese ante cualquier caída o golpe.

Apreté la cruz con mis manos, me escaparía aquella noche, mientras todos estuviesen dormidos me marcharía de mi hogar. Me entristecía tener que separarme de mi hermano Juan y de Ana, pero sabía que tenía que hacerlo si quería alcanzar la felicidad. Comunicaría solo a Juan mi decisión, ya que sabía que él era el único que me entendería.

Un grito me despertó de mis pensamientos.

—¡María! ¡María!

Era él, mi hermano, estaba montado en su caballo negro dispuesto a salir a cabalgar, algo que nos apasionaba a ambos.

Una sonrisa iluminó mi rostro. Levanté mi brazo para saludarle.

—¡Venga, perezosa! ¡Vístete! ¡Te espero!

Entré rápidamente al dormitorio y cogí el vestido de montar que había pertenecido a mi madre, un traje de terciopelo verde entallado hasta la cintura, de largas y anchas mangas. Me recogí el pelo en una coleta y sin reparar en mi aspecto bajé las escaleras en dirección al establo, allí estaba esperándome Mabile, la yegua que perteneció a mi madre. Se la había regalado mi padre al volver de una de sus batallas, Su dueña, según este, fue una de las mujeres de un califa árabe. La

monté y fui al encuentro de mi hermano. Al verme sonrió.

—¡Felicidades, hermanita! —me dijo.

Me miró fijamente a los ojos, y sin apenas pestañear gritó.

—¡Hasta el nacimiento del río Ucero! ¡Vamos!

Antes de finalizar la frase empezó a cabalgar riéndose al ver mi cara de asombro.

—¡Tramposo! —dije—. ¡Has salido antes!

Juan era muy buen jinete, pero yo también disponía de esa habilidad, siempre le había resultado muy difícil vencerme en una carrera, tenía un don especial con los animales y, en concreto, con Mabile.

Desde pequeños nos gustaba escaparnos a la fuente Galiana, así llamado el lugar donde nacía el río Ucero. Nos emocionaba escondernos en una pequeña cueva oculta entre los árboles y terreno pedregoso que la camuflaban, desde allí divisábamos sin ser vistos todo el valle y a todos los transeúntes que se dignaban a pasar por el lugar. Ana siempre fue reacia a que nos alejásemos tanto del castillo, temía que nos hiciesen algún daño, pero nosotros éramos valientes, jóvenes y no teníamos miedo a nada ni a nadie.

Juan llegó el primero, escondió a su caballo dentro de la cueva y allí me esperó de pie, con los brazos en jarra y una gran sonrisa en su rostro. A los pocos segundos llegué yo, sofocada y excitada por la carrera, Juan se acercó a mí y me ayudó a desmontar, me agarró de la cintura, me abrazó y empezó a dar vueltas sobre sí mismo.

—¡Felicidades hermanita! ¡Te quieroooo! —Me dio un fuerte beso en la mejilla.

Me sentía feliz.

—¡Anda, pesado! ¡Quieres parar ya! ¡Me estoy mareando! —Se rio.

Ambos nos metimos dentro de la cueva y nos acomodamos en nuestro rincón privado, como solíamos llamarlo.

Si andabas hacia el interior de la gruta, llegabas a un lugar donde la erosión del agua y el viento había desgastado la roca y parecía como una ventana hecha en la propia piedra de esta, desde ahí se veía todo

el valle, el río y a cualquier persona o animal que se atreviese a pasar por aquel paraje de la naturaleza soriana. Ambos nos tumbamos mirando el cielo azul.

—¿Cómo te sientes hermanita?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Sé que algo te preocupa. Te conozco demasiado. —Se puso de medio lado para mirarme, su semblante estaba serio.

—¡Uff! —suspiré—. Ayer padre me dijo que hoy anunciaría mi compromiso con el odioso Acurcio.

—¡Qué! —exclamó mi hermano.

—Sí, dice que le ha prometido mi mano. Será hoy, en el baile.

—¿Cómo puede hacerte eso padre? ¡No lo permitiré!

—No puedes hacer nada Juan, ya sabes cómo es padre cuando toma una determinación. Nunca nos ha escuchado ni nos ha tenido en cuenta en ninguna de sus decisiones, ahora tampoco lo va a hacer. —Hice una pausa, mi voz se entrecortaba—. Él nunca nos ha querido.

—Bueno... Al menos nos tenemos el uno al otro. —Mi hermano se acercó a mí y me abrazó.

—Te tengo que decir una cosa —hice una pausa y le miré fijamente—, he decidido huir, escaparme.

—¡Eso no!, no te lo voy a permitir...

—Juan —le interrumpí—, no puedo quedarme aquí, tú lo sabes igual que yo, padre no va a cambiar de idea y yo no quiero ni puedo casarme con ese hombre, sería como condenarme a una muerte en vida, no estoy dispuesta.

—¡Pero María! ¿Dónde vas a ir? Eres mujer, ya sabes lo que significa eso, hermana, te pueden violar, raptar, incluso después de todo eso matar. ¡No lo voy a permitir, me voy contigo!

—No, Juan, esta es mi decisión, mi vida, no estoy dispuesta a arrastrarte conmigo. Quiero ir a refugiarme junto con la tía Isabel, en León... He pensado ponerme tus ropas y, si alguien me detiene por el camino, siempre puedo decir que voy a Compostela de peregrinaje por

una promesa al santo.

Juan se tapó el rostro con sus manos.

—¡Es una locura! ¡No lo puedo permitir! ¡Eres lo único que tengo!

—Tienes que cuidar de Ana. Además, es más fácil que huya uno a que nos marchemos los dos, papá puede alertarse al no localizarnos y organizar una búsqueda, ya sabes lo eso significaría, mi condena. De esta forma, si solo me voy yo, tú siempre puedes inventarte algo para darme tiempo y que pueda alejarme del castillo.

—Es muy peligroso, si te pasase algo jamás me lo perdonaría —dijo mirándome fijamente.

—Lo sé, pero es la única salida que veo. ¿Me vas a ayudar?

Juan me miró, me cogió las manos y las acarició con suavidad.

—¡Claro que sí!

Nos abrazamos, sabía que siempre podía contar con él

—¡Prométeme que tendrás cuidado! —me suplicó.

—No me pasará nada. Nadie se mete con un peregrino.

Lo dije para tranquilizarle, pero yo misma tenía miedo por la aventura que estaba dispuesta a emprender.

—Además, en cuanto llegue a la casa de nuestra tía te mandaré un mensajero para que vengas a reunirme conmigo. Quiero irme hoy, hermano, después del baile.

Juan asintió.

Pasamos gran parte de la mañana recordando anécdotas de nuestra infancia hasta que fuimos conscientes de la hora que era. Nos levantamos y ambos nos fijamos en un grupo de caballeros montados a caballo, parecían extranjeros, sus túnicas eran negras al igual que sus capas, llevaban un emblema con una rosa roja en el centro. A los dos nos llamó la atención aquel grupo, hablaban en lengua extranjera. Esperamos a que pasaran y cuando perdimos su rastro nos montamos en nuestros caballos y galopamos hasta el castillo de mi padre.

Ana nos estaba esperando, su cara reflejaba su enfado, Juan y yo

nos miramos, éramos conscientes de la regañina que nos esperaba.

—¿Se puede saber dónde habéis estado? —Permanecemos en silencio—. ¿No me vais a contestar? ¡A ti, señorita, quería verte cara a cara!

—¿A mí? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Ven aquí! —Me atrajo hacia su cuerpo regordete y me abrazó—. ¡Feliz cumpleaños, mi niña!

—Gracias, Ana.

Ana nos quería como si fuésemos hijos suyos. Había estado con nosotros desde que nacimos, nos conocía a la perfección y sabía cuándo había algo que nos preocupaba.

—Pero bueno... ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Vaya cara más triste! Disimulé, sabía que a ella no podía engañarla tan fácilmente.

—Estoy muy cansada, Juan me ha dado una paliza a caballo.

—¡Vaya dos! ¡Vamos!, id a comed algo y luego a descansar, especialmente tú, señorita, tu padre ha organizado un baile por tu cumpleaños.

A lo largo de la tarde fueron llegando los invitados, personas desconocidas para mí. Conforme se acercaba el momento de la fiesta yo me iba entristeciendo cada vez más. Juan llamó a mi puerta.

—¡Toma! —me dijo.

Era una túnica marrón con pantalones del mismo color, unas botas y una capa oscura con capucha. También me entregó una bota llena de agua y una bolsa con dinero y comida. Le miré, le abracé y me emocioné.

—Gracias, hermano, te quiero. —Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Venga!, escóndelo y vístete que ya están los invitados. Cuando acabe la fiesta te ayudaré a escapar, pero si por algún motivo no llego, prométeme que no me esperarás y te marcharás.

—Pero... ¿Por qué no vas a venir? —No entendía el significado de sus palabras. Él titubeó.

—Ya sabes, siempre puede ocurrir cualquier imprevisto. —Me guiñó un ojo. No supe a que podía referirse.

—No te entiendo, Juan, ¿podrías explicarte mejor?

—No me hagas caso, son tonterías. —Me sonrió.

Le di un beso en la mejilla. Él se marchó y yo guardé las cosas que me había dado en un baúl.

Entró Ana dispuesta a ayudarme. Mi padre me había regalado para la ocasión un vestido de terciopelo azul, se ajustaba hasta el principio de la cadera, después caía hasta el suelo. Los hombros quedaban ligeramente al descubierto. Estaba adornada la parte del escote y la cintura con cordón dorado. Ana me colocó una cinta azul en un mechón de mi pelo, después peinó cada uno de mis rizos negros que caían en cascada hasta la mitad de la espalda, era difícil domarlos, pero ella era la única que lo lograba. Cuando me dio la vuelta para que me mirase en el espejo casi no me reconocía, me gustaba lo que veía.

—¡Estás guapísima! Esos hombres que están ahí abajo solo tendrán ojos para ti.

—¡Ana! ¡No exageres!

—¿Que no exagere? Eres muy bella, y quien no lo vea así es que está ciego.

Acto seguido me abrazó con sus regordetes brazos y me dio un beso en la mejilla.

Llegó la hora de bajar al salón de baile, las piernas me temblaban, no quería que llegase aquel momento.

La sala estaba repleta de invitados, todo era colorido y música. Entre la multitud, unos hombres llamaron mi atención, llevaban la misma vestimenta con el emblema de la rosa roja que los extranjeros que habíamos visto en el nacimiento del río Uvero, me inquieté, aunque supuse que serían conocidos de mi padre de alguna de sus batallas. Estaban callados, apartados, observando cada detalle de la fiesta.

Uno de ellos, de edad avanzada, corpulento, larga cabellera rubia y

una barba espesa se fijó en mí, sentí repulsa, notaba cómo con su mirada me desnudaba. Aparté mi vista y me centré en encontrar a Juan, en realidad fue él el que dio conmigo, estaba guapísimo, llevaba un traje verde que se ajustaba a la cintura y caía hasta la mitad del muslo. Ambos nos parecíamos bastante físicamente, los dos teníamos mucha altura, de complexión delgada y unos grandes ojos negros heredados de mi madre.

—¡María! —Hizo un gesto con la mano para que le siguiese.

—¿Se puede saber hacia dónde me llevas? —Empecé a reírme—. ¡Estás loco!

Atravesamos toda la sala corriendo hasta el jardín, me obligó a cerrar los ojos y me colocó algo en la mano.

—Ya puedes abrirlos.

Me sorprendí, me había dado una pequeña navaja con la insignia de la orden de Santiago, daga que le regaló mi madre antes de morir.

—Un peregrino siempre lleva una pequeña arma para defenderse de los contratiempos. Es mi regalo de cumpleaños. Para que no te olvides de mí, ni de avisarme cuando llegues a casa de tía Isabel.

—Pero... te la regaló mamá. No puedo aceptarla, hermano.

—Es mi decisión hermanita, además, me hace ilusión que la lleves, aparte de que así estaré más tranquilo sabiendo que puedes defenderte. —Hizo una pausa—. Así te acordarás de mí durante el viaje.

Las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas. Metí la navaja en el amplio bolsillo de mi vestido.

—Gracias, hermano, te quiero. —Rodeé con mis brazos su cuello.

En ese momento la voz de mi padre nos sobresaltó.

—¡María! —gritó.

Miré a mi hermano, intuía lo que iba a decirme.

—¿Dónde estabas? El Almirante Acurcio está esperando conocer a su futura esposa.

—¡No pienso casarme con él! —le dije amenazándole.

Mi padre se aproximó a mí, su rostro reflejaba ira. Me asió fuertemente del brazo, me estaba haciendo daño.

—¡Tú vas a hacer lo que yo te diga! —Me soltó y me miró fijamente a los ojos—. ¡Ven!

Juan me susurró.

—¡Hazle caso! Si no va a sospechar. —Me guiñó un ojo.

Mi padre me guio hacia un grupo de hombres, todos ellos se reían y bebían. Cuando entré en el salón todos me miraron, creí morirme, odiaba a todos esos bárbaros, lo que representaban, jamás entregaría mi vida, mi juventud a cualquiera de ellos.

Mi padre me llevó al centro de la sala, allí captó la atención y el silencio de todos los comensales que asistían, todos desconocidos para mí. Cogió una copa de vino y comenzó a hablar. Juan y yo nos colocamos tras él.

—¡Amigos! Hoy os he invitado a todos a mi hogar para celebrar otra victoria contra los infieles, así como el décimo noveno cumpleaños de mi hija María.

Se apartó, me cogió de la mano y forzó ponerme a su altura.

Yo estaba seria, no podía disimular mi desagrado ante aquella situación.

—Mi regalo para ella es anunciar su compromiso con mi gran amigo el Almirante Acurcio.

Un hombre grueso, de baja estatura, piel oscura, pelo negro y abundante barba del mismo color empezó a caminar hacia donde nos encontrábamos mi padre y yo. Pensé que me iba a desmoronar, aquel desconocido me resultaba repulsivo. Sonreía, su mirada era lasciva y fijaba sus ojos en cada parte de mi cuerpo. Me hubiese gustado abofetearle, enfrentarme a él y a mi padre delante de todo el mundo, pero sabía que no era lo que más me beneficiaba en ese momento.

—¡Vaya, vaya...! ¡Eurico! Nunca me habías dicho que tenías una belleza escondida en tu castillo. Hay que acelerar la boda, estoy deseando casarme.

Dicho esto se acercó a mí y empezó a mirarme de arriba abajo, yo le retuve la mirada, seria, con desprecio, no estaba dispuesta a que aquel ser pensase que tenía mi control. Mi padre le pasó su brazo por los hombros, se lo llevó hasta un extremo de la sala, la música empezó a sonar. Respiré. Me di la vuelta para ver si estaba mi hermano, pero ahí no había nadie. En ese momento me vi arrastrada hacia la zona de baile, alguien me agarró fuertemente de la cintura, me cogió de la mano y me obligó a mirar a los ojos al desconocido que me había llevado hasta el centro de la sala. Era un joven alto, de pelo oscuro y rizado, fuerte, musculado, bastante atractivo, sus grandes ojos verdes no se apartaban de los míos. Me sonreía mientras yo, atónita y ruborizada, me dejaba guiar por él. Llevaba una casaca blanca con una rosa roja en el centro de esta, al igual que los caballeros que estaban en la sala y los que vimos en el río Uceró, la diferencia es que este no iba de negro. Era ágil en el baile.

—No creo que le agrade mucho la noticia que acaba de anunciar su padre —me dijo mientras sonreía.

Por su forma de hablar sabía que era extranjero.

—No creo que a usted le importe mucho lo que yo piense —le respondí.

No sabía quién era aquel hombre que osaba hablar de aquel tema que detestaba conmigo. Él se rio.

—¡Vaya, vaya...! Así que la damita tiene carácter. —Acercó su rostro al mío y me susurró—: Eso me gusta.

—Pues a mí su insolencia y descaró no me agradan en absoluto. —Se empezó a carcajear.

Con una sonrisa en su rostro me atrajo hacia él con fuerza, estábamos tan próximos que podía notar su respiración, sentía su cuerpo e intentaba apartarme, pero resultaba imposible, su fuerza me lo impedía. Cuando finalizó el baile, me cogió la mano y me la besó con dulzura, después levantó su rostro y me miró con una amplia sonrisa.

—Nos volveremos a ver. —Dicho esto desapareció, se escabulló entre la multitud y le perdí el rastro.

Estaba acalorada, notaba como mis mejillas ardían, aquel joven había logrado que me olvidase de mi desdicha. Su descaro, insolencia, me habían irritado, me hubiese gustado responderle y hacerle saber mi rechazo absoluto a los hombres que eran como él.

Decidí salir al jardín, no sabía dónde estaba Juan, necesitaba estar con mi hermano el día de mi cumpleaños. Me infiltré entre los invitados. «Por fin», pensé. Respiré hondo, no quería volver al baile. Busqué a Juan por todos los rincones del jardín en los que ambos nos escondíamos cuando éramos pequeños, pero allí no estaba, así que decidí dirigirme hacia un lugar rodeado de árboles, cercano a los muros del castillo, allí había una gran roca en la que me solía sentar con mi hermano muchas tardes para contemplar el cielo. Aquella noche la luna era llena y las estrellas brillaban intensamente. Me entristecí, jamás volvería a ver los astros desde ese lugar, echaba de menos a mi madre y a Juan, «¿dónde estaría?». Un ruido tras de mí me sobresaltó y me despertó de mis pensamientos, «¿sería Juan?», pensé.

—¿Juan? ¿Eres tú? —dije en voz baja.

Alguien se acercaba, pero nadie contestaba a mi pregunta.

—¿Juan? —volví a preguntar. Hubo silencio.

Poco a poco vislumbré una figura masculina y pronto le reconocí, era aquel hombre que me había arrastrado al baile.

—No soy Juan, lo siento. —Se detuvo frente a mí.

Me puse de pie rápidamente. «¿Quién era aquel hombre?», pensé, empezaba a intrigarme.

—La he asustado, lo siento.

—No, no me ha asustado, solo que esperaba a mi hermano, no a usted.

—Mis disculpas otra vez. —Me sonrió.

Me fastidiaba su actitud, era como si se estuviese burlando de mí.

—Bueno, creo que voy a regresar al baile, mi padre debe estar

buscándome.

—¿Le doy miedo? —dijo mientras colocaba un pie sobre la roca en la que me encontraba.

Aquella pregunta me puso nerviosa. Realmente sí, me asustaban los sentimientos que despertaba en mí, y temía que estos me traicionasen. Aquel joven me resultaba muy atractivo y, cada vez que estaba cerca de mí, mis mejillas se encendían sin poder controlarlo. Quería evitar que él descubriese las sensaciones que provocaba en mí.

—¡No me da ningún miedo! —le dije ubicándome frente a él y mirándole con fijeza—. Lo que ocurre es que no me apetece seguir aquí hablando con usted.

El joven sonrió.

—¿Sabes, damita? Me resultas muy atractiva, nunca he conocido a una mujer como tú.

Aquella mueca seguía fija en su rostro.

—Y seguro que tiene experiencia en conocer a mujeres —le dije retándole.

Odiaba a esa clase de hombres, mujeriegos, que utilizaban a las féminas para satisfacer sus necesidades sexuales y luego las apartaban de su vida. El pensar aquello me irritó aún más.

—¡Pues sí! —Hizo un gesto burlesco—. He de reconocer que he conocido a muchas..., ¿acaso le molesta?

—No, molestarme en absoluto —contesté—, pero la clase de hombres que son como usted despiertan lo peor de mí.

Dichas estas últimas palabras me di media vuelta con la intención de marcharme. El me sujetó fuertemente la mano y me obligó a darme la vuelta y mirarle.

—Perdone, María, creo que he sido un insolente, volvamos a empezar. ¿Hacemos una tregua? —Sus ojos verdes me miraban fijamente.

Aquello fue una sorpresa, parecía que lo decía con sinceridad. Tampoco me apetecía entrar en la sala de baile y ver a mi padre o al

Almirante Acurcio; además, Juan no aparecía, así que aquella opción me atraía mucho más.

Asentí, él me sonrió y sin soltar mi mano me guio otra vez a la piedra, allí nos sentamos uno al lado del otro.

—Mi nombre es Henric, soy irlandés.

—¿Y qué hace aquí un irlandés? —Aquello me extrañó.

—He venido a ayudar a la corona de Castilla en las cruzadas contra el infiel. Ahora regreso a mi tierra. Al condado de Cork. —Me sonrió.

Intuía que le hacían gracia mis preguntas e interés.

—¿De qué conoce a mi padre? ¿Por qué está aquí, en mi fiesta?

Era algo que no entendía, la sala estaba llena de caballeros y mujeres todos ellos desconocidos para mí.

—Es una larga historia, simplemente hemos combatido juntos, eso te crea un vínculo fuerte. —Se quedó en silencio mirando al cielo. Cambió de tema—. Así que, ¿se casa con Acurcio?

Solo mencionar aquel nombre me encolerizaba, me venía a la mente la imagen de aquel repugnante ser.

—¡No!, no pienso casarme con él, nadie, ni siquiera mi padre tiene que decidir por mí.

Aquello le provocó una carcajada.

—Que sepas irlandés que no entiendo esas risas, opino que eres un insolente, y ahora sí me vas a disculpar, tengo que encontrar a mi hermano.

Me puse de pie y me di media vuelta con la intención de alejarme de aquel hombre.

Noté como sus manos me agarraban con fuerza por los hombros y me obligaron a dar media vuelta; ahí estaba él, fuerte, alto y con una gran sonrisa en su rostro.

—Tú vas a ser mía, de nadie más.

Dicho esto me atrajo hacia él, me rodeó ágilmente la cintura y me aprisionó entre sus brazos, me inmovilizó con su fuerza, su rostro se

aproximó y sus labios rozaron suavemente los míos. Una parte de mí quería huir, escapar, me sentía ultrajada por un orgulloso y prepotente extranjero, pero mi corazón solo deseaba que se detuviese el tiempo. Su proximidad me estremecía, sentía como mi cuerpo y mi piel respondían ante el roce de sus manos, sus caricias, la suavidad de su boca, quería y necesitaba más. El siguió besándome, sus labios habían atrapado a los míos y el deseo fluía en cada movimiento. Sus brazos me retenían contra su pecho, inmovilizando mi afán de resistirme. Quería detenerle, apartarle, pero las fuerzas me habían abandonado, me rendía ante la suavidad de sus labios, al deseo que él sentía por mí, a la fortaleza de su cuerpo.

«¿Quién se había creído que era para hacer lo que le diese la gana conmigo?», pensé, pero cuanto más forcejeaba más fuerte me retenía. Me besaba con pasión, acariciaba mis labios y los aprisionaba entre los suyos, me besó el cuello, los hombros, y en cuestión de segundos volvió a besarme en los labios mientras me retenía con fuerza entre sus brazos. Se detuvo y sin dejar espacio entre nuestros cuerpos me miró, sus ojos brillaban, me miraba fijamente.

—Te deseo española, y sé que tú también a mí.

Aproveché aquel momento en el que disminuyó su fuerza para propinarle una patada en la entrepierna. Él me soltó y dio un grito de dolor. Me miró encolerizado.

—¡Jamás lo vuelvas a hacer! ¡No te deseo irlandés y nunca seré posesión de nadie!

Me marché corriendo con el miedo de que reaccionase y me volviese a capturar.

Mientras corría hacia el interior del castillo no miré hacia atrás, aunque deseaba hacerlo, aquel hombre despertaba en mí sentimientos que jamás había tenido. Notaba mi mejilla ardiendo y sensaciones nuevas, pero lo que tenía muy claro es que ningún hombre me forzaría a hacer algo que yo no quisiese. Era mi vida, mi libertad, y no estaba dispuesta a perderlo todo por la voluntad de un varón.

Entré corriendo en el salón y busqué a Juan, no había rastro de mi hermano por ninguna parte, «¿dónde se habría metido?», pensé. En el centro de la sala estaba mi padre, borracho, divirtiéndose con el Almirante Acurcio y un grupo de hombres de la misma calaña. Decidí subir a mi habitación y esperar hasta la noche para poder irme de mi hogar. Pensé en ir a la habitación de Juan por si él estaba allí. Llamé y nadie contestaba. La sala estaba vacía, «¿dónde se habría metido?», era muy extraño, mi hermano nunca me habría dejado sola y menos un día como el de mi cumpleaños, y más sabiendo que me iba a marchar y él se había ofrecido a ayudarme a salir del castillo. Empecé a preocuparme. Me metí en mi habitación y allí esperé. No dejaba de pensar en Henric, «¿quién sería aquel desconocido que se había presentado en mi hogar y se había atrevido a besarme a la fuerza? ¿Quién se había creído que era?», pensé. No podía olvidarme de sus besos, su mirada, su rostro, sus caricias, ni tampoco de los sentimientos que había despertado en mí. Me venían una y otra vez sus palabras a la memoria, «tú vas a ser mía». Me propuse apartar aquellos pensamientos de mi mente.

Me asomé por la ventana. Me sorprendió ver a aquellos caballeros que había visto al inicio de la fiesta, su semblante me había llamado la atención por coincidir con los caballeros que vi en el río Ucero. En ese momento había cuatro, parecía como si discutiesen, hacían aspavientos y uno de ellos amenazaba con su dedo al resto. Me retiré un poco del balcón, no quería que me descubriesen observándoles. Se sumó a ellos un tercero, alto y rubio —era el que me había observado al incorporarme a la fiesta— y de complexión fuerte. Su rostro estaba tenso. Estuvieron hablando y después se marcharon cada uno por un lado. Aquella forma de actuar me parecía un poco extraña, «¿por qué se dividían, qué era de lo que estaban hablando y qué pretendían?».

Me aparté del balcón y me puse el camisón, escondí la daga que me había regalado Juan entre la ropa que este me había dejado, tenía que darme prisa, ya que sabía que Ana no tardaría en entrar y si me veía

vestida iba a sospechar algo, me metí en la cama y esperé su entrada enérgica en el habitáculo.

—¿Qué tal ha ido mi niña? —me dijo con una gran sonrisa mientras se sentaba a un lado de la cama muy próxima a mí.

—¡Fatal! —le dije con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué? —me preguntó mientras aproximaba más su cuerpecito regordete al mío.

—Mi padre ha ofrecido mi mano a su gran amigo Acurcio —hice una pausa—. Un hombre mayor, desagradable y repulsivo...

—¡Qué! ¿Cómo ha podido? —Me miraba fijamente, su semblante había cambiado, estaba seria, encolerizada.

—Dice que fortalece a nuestra familia, bla, bla, bla... ya sabes Ana, papá nunca nos ha querido y lo ha hecho por su interés, como siempre.

—Bueno, cielo, no pienses en eso ahora. ¡Tu padre me va a oír!

—Esta vez no vas a poder hacer nada, Ana.

Se dirigió hacia mí y me abrazó con fuerza, después me dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Ahora descansa mi niña —me dijo mientras se dirigía a la puerta

—¡Ana! —grité.

—Sí, mi niña.

—Dame otro abrazo.

Ella me sonrió y vino hacia mí con los brazos abiertos. Nos fundimos en un cariñoso apretón. Amaba a aquella mujer.

—Te quiero —le dije.

—Y yo a ti. ¿Qué te pasa hoy muchacha? Tantas muestras de cariño no son habituales en ti.

Ambas nos reímos, me dio un beso en la frente. Antes de llegar a la puerta de salida se giró para mirarme.

—María, ¿sabes dónde está tu hermano?

—No, no lo he visto en casi toda la noche.

—¡Será posible! ¿Dónde se habrá metido? —Hizo una mueca de

desagrado con la boca y se marchó.

Intuía que no iba a contar con Juan, ya que no había dado señales de vida. Cuando ya se habían marchado todos los invitados y en la casa reinó el silencio, me levanté para vestirme y comenzar mi huida tal y como había planeado que fuera. Me puse los pantalones, me quedaban un poco grandes, así que cogí la cinta blanca que solía utilizar para ponérmela de diadema los días de viento y la até a mi cintura, así se sujetaba un poco más; introduje la navaja de Juan y probé varias posiciones hasta que quedó bien sujeta. A continuación me puse la blusa blanca abotonada, me quedaba muy grande, pero al ponerme la chaqueta me disimulaba un poco más; después me recogí el pelo en una coleta, sabía que si quería pasar desapercibida tendría que llevar la capucha de la capa todo el día puesta, así que me puse la capa y me coloqué la caperuza. Me reí de mí misma al verme reflejada en el espejo, podría pasar perfectamente por un chiquillo. «Si alguien me pregunta diré que me llamo Juan», pensé. Medité en si debía dejar una nota para Ana, breve, concisa, sin detalles, lo justo para que no se preocupase por mí ni pensase que me habían raptado o algo similar, pero me lo volví a replantear y decidí no dejar ninguna pista sobre mi partida, Juan ya se encargaría de explicárselo a ella. Cuando estuviese en León les remitiría una carta a ambos.

Hice tiempo para ver si llegaba Juan. Mi hermano había desaparecido, estaba muy preocupada, pero tenía que irme, era el momento, si dejaba pasar unos segundos más podría irse todo al traste. Me convencí a mí misma de que mi hermano estaría bien, y seguro que su ausencia tenía alguna explicación.

Me puse la capucha, agarré la cruz de Santiago donde estaba guardada la espina de Cristo, suspiré y recé para que el Señor me diese fuerzas y me ayudase en el camino. Cogí la bolsa con comida y agua y bajé sigilosamente las escaleras, iba a salir por la puerta de servicio. No había nadie en ninguna sala, todo estaba saliendo según lo previsto.

CAPITULO II

Peregrina

Aquella mujer, no podía apartarla de mi mente, me había atraído desde el primer momento que la vi bajar aquellas escaleras. Mis intenciones en esos instantes de venganza se olvidaron, era realmente bella, no podía retirar mi mirada de su rostro, de su figura. Me divertía observando cómo se desenvolvía entre aquellos hombres.

No daba crédito cómo aquel canalla que había violado y asesinado a varias mujeres, ancianos y niños podía fingir lealtad a la corona y al cristianismo. Yo también había participado en las cruzadas contra los infieles, pero nunca me aproveché de ello ni maté a seres inocentes, ese nunca fue mi fin.

Aquel miserable era el responsable de la muerte de mi amigo judío Jasen, alguien que me ayudó a escapar del ejército del califa, un hombre convertido al cristianismo, pacífico y leal, y al que mató cruelmente Eurico, poco a poco, al igual que a su hija y su esposa, y eso jamás se lo perdonaría. Quería venganza y, por ese motivo, aprovechando su amistad con algunos conocidos míos irlandeses me presenté ante él y le acompañé en una de sus juergas nocturnas en la taberna La Tiritona. Aquella noche me acerqué a él y entré en su juego, charlamos, reímos y al poco me invitó a la gran fiesta y, así fue como me presenté en su castillo, con la única idea de acabar con él, pero al verla supe que aquella mujer sería mía y, así podría apagar mis ansias de revancha.

La estuve observando. Su orgullo, la personalidad y la valentía que había hecho frente al cruel Acurcio y a su propio padre, me gustaban. En aquel momento pensé que aquella joven iba a ser mía, me vengaría de aquel criminal y sus secuaces apropiándome de lo que era suyo para hacerlo mío.

Cuanto más la examinaba más sentía la necesidad de abrazarla, besarla, había despertado en mí un deseo y un sentimiento que hacía mucho estaba apagado, y no era porque no hubiese estado con mujeres, sino porque ninguna de las que había pasado por mi lecho me había hecho perder el sentido como para compartir mi vida con ellas. Pero esa joven era valiente, retadora, orgullosa. Desde que la tuve en mis brazos y la besé, despertando ese deseo y excitación en mí olvidados desde hacía mucho tiempo, supe que la necesitaba. Regresé al baile con la intención de raptarla y llevármela conmigo, pero ya no estaba, se había esfumado como el humo. Tenía que encontrar a aquella muchacha, estaba decidido a llevarla conmigo y hacerla mía, al igual que su padre violó a la mujer de mi mejor amigo. Decidí esperar al día siguiente, pero al regresar aquella mañana vi el castillo destruido, salía humo de sus almenas, algo malo había ocurrido. Al acercarme comprobé que alguien había entrado y había destruido la fortaleza y había matado al almirante portugués, a sus hombres y al dueño del castillo. Entré, solo pensar en la idea de que pudiera haber muerto María me entristecía y me llenaba de ira. Allí no había nada ni nadie, solo humo y mucha sangre. Salí enrabiado, quién podría haber hecho aquello. A las afueras, junto al establo, vi a un anciano, me dirigí rápidamente a él, necesitaba respuestas.

—¿Qué ha pasado? —dije en castellano.

El anciano en un principio estaba asustado, pero yo estaba enfurecido y le ordenaba y reclamaba una respuesta. Al final habló.

—Les han matado, señor —contestó mientras agachaba su cabeza.

—¿Quién les ha matado?

—¡No lo sé, señor!, yo he venido como todas las mañanas a traerles las patatas y hortalizas y me he encontrado con esto.

—¿Y a la hija? ¿María? —pregunté.

—A todos —dijo el hombre mientras se le entrecortaba la voz.

—¿Pero su cuerpo no está? —le pregunté.

No quería pensar en que ella estuviera muerta.

—No sé, señor, pero si estuviera viva ya lo sabríamos.

Le di las gracias y me marché. Me resistía a pensar que ella hubiese muerto. Observé cómo habían destruido todo y los muertos que había a cada paso. Llegué a la conclusión de que habían sido varios hombres los responsables de aquella masacre y que probablemente a María, una mujer tan bella, la habrían capturado para disfrutar de ella. La sola idea de pensar que la pudiesen violar o hacer daño me encolerizaba.

Decidí volver a echar una ojeada por el interior del castillo por si hubiera algún superviviente o rastro de María. Subí las escaleras y abrí todas las habitaciones; bajé a los aposentos del personal de servicio. Escuché un ruido en la cocina. Para mi asombro había varias personas vivas: dos mujeres y un hombre. Al verme se asustaron, se echaron hacia atrás, traté de tranquilizarles. Estaban muy atemorizados.

—Vengo a ayudarles. ¿Qué ha pasado?

Ninguno contestaba.

—No quiero hacerles ningún daño, solo quiero saber quiénes son los responsables de todo esto.

El hombre empezó a hablar.

—Fueron los caballeros que iban vestidos de negro, con una rosa roja, como esa. —Señaló mi emblema—. Eran extranjeros como usted.

—Sí, creo saber quiénes son, yo también les vi anoche en la fiesta. ¿Qué pasó?

Me senté en uno de los taburetes que había en la sala, a cierta distancia de ellos.

—Yo estaba en el lugar donde se encuentra usted, era muy de noche y todos estaban durmiendo. El Almirante Acurcio se quedó en el castillo a pasar la resaca. El señor le había ofrecido alojamiento. Por orden de mi amo me debía quedar despierto junto con ellas, —dijo señalando a las dos mujeres—, por si alguno de los invitados del señor necesitaban algo por la noche. Escuchamos ruidos, yo salí al pasillo y allí los vi. Serían como unos cinco, eran aquellos caballeros de la fiesta, señor. Entraron y vi como subían hacia la habitación de mi

señor. Yo me metí en esta sala y nos escondimos en ese armario — señaló un gran mueble que estaba ubicado al fondo de la habitación—, oímos gritos... No hemos salido hasta esta mañana, estábamos muy asustados.

—¿Y la hija del señor? ¿María?

—Mi María... se la han debido llevar —respondió una mujer bajita y bastante gruesa—. Su cuerpo no estaba en su habitación, yo fui a buscarla y no la encontré. —La mujer se puso a llorar.

Aquello supuso un alivio para mí, al menos podía tener esperanzas de que ella estuviera viva.

La ira se apoderó de mí, no quería ni imaginar lo que harían aquellos salvajes con una muchacha bonita, valiente y arrogante. A ese tipo de hombres no les gustaba que las mujeres tuviesen ese carácter y personalidad, las humillaban. Solo de pensarlo me enrabiaba más y me culpaba por no habérmela llevado aquella noche, en el momento en que la tuve entre mis brazos.

—No se preocupe mujer, yo la encontraré.

—Por favor, se lo ruego, es mi niña. —La mujer siguió llorando desconsoladamente.

—¿Y el hijo? —pregunté.

—Él no estaba en el castillo, no sabemos que ha sido del muchacho —respondió el hombre.

Aquello me extrañó, recordaba cómo María la noche anterior había comentado que no encontraba a su hermano.

—No se preocupen, yo les buscaré.

Tenía que encontrarla, probablemente me llevaban mucho tiempo de ventaja. Intuía que aquellos hombres eran mercenarios, no sabía para quién trabajaban, pero les observé durante toda la noche, estuvieron estudiando cada movimiento de Eurico y Acurcio, también observé las miradas lascivas hacia María. Su emblema me era familiar, pero no lograba recordar dónde lo había visto.

Tenía que tener cuidado, ya que nadie debía averiguar mi verdadera

identidad, sabía que si me reconocían como un McCarthy me traería problemas, sospecharían de mí. Muchos conocían mi deseo de venganza por el asesinato de Jasan y su familia, así como se sabía que los ejecutores habían sido portugueses y españoles liderados por Acurcio y Eurico. Juré represalias contra ellos.

El recuerdo de aquella mañana me venía constantemente a la mente. Había prometido a Jasan irles a buscar aquel día de madrugada, les iba a ayudar a escapar. Eran mis amigos y les llevaría conmigo a mi castillo en el condado de Cork, a mi hogar, allí estarían a salvo y protegidos. Me llevé las manos a la cara, aquel recuerdo me entristecía. Al entrar noté un silencio poco habitual en aquel lugar, me precipité en llegar a las habitaciones y, allí, me encontré a mi amigo descuartizado y a su esposa desnuda y manchada de sangre. Uno de los dedos de Jasan estaba cortado y lo habían ubicado en la mesa encima de un papel con un mensaje: «no al infiel».

Cogí mi caballo y me monté de un salto, necesitaba encontrarla, aquella mujer se había convertido en mi obsesión. Cabalgué por los campos sorianos como si en ello me fuera la vida. Intuía que se habrían ido por la ruta de peregrinación hacia Compostela, ya que aquellos hombres de origen desconocido, por lo que vi y su apariencia, debían ser ingleses, probablemente querrían llegar a Fisterra para embarcarse y dirigirse a sus tierras. No sería muy difícil encontrarles, ya que en caminos que tanto peregrino y transeúnte atravesaban, aquellos hombres no pasarían desapercibidos. Tenía que llegar al gran cañón del Río Lobos antes de que anoheciera.

Eran muchos los forasteros que recorrían la ruta Jacobea, iban en grupos, con sus túnicas y capas marrones. Muchos portaban una cruz semejante a la que llevó Jesucristo a sus espaldas. Algunos de ellos finalizarían el recorrido en Fisterra y allí, embarcarían dirección a Jerusalén. También era habitual ver por los caminos a caballeros de

diversas órdenes religiosas y militares que se dirigían a Tierra Santa para unirse a los templarios en las cruzadas. Era habitual encontrarse a rateros que se aprovechaban de aquellas rutas para asesinar y robar, así como a grupos de prostitutas que se asentaban en los caminos para satisfacer las necesidades de los guerreros o de los transeúntes que por allí deambulaban.

En la lejanía ya se divisaban los grandes cañones defendidos por los buitres y el águila imperial.

La humedad del río Lobos ya se empezaba a notar. A lo lejos divisé la iglesia del convento de San Juan de Otero, caballeros pertenecientes a la orden del Temple custodiaban la entrada meridional.

Dejé mi caballo próximo al río, decidí pasar a la ermita, necesitaba encontrar paz en mi interior. La venganza, el odio por los asesinos de Jasan, su esposa e hija, a la que había cogido mucho cariño, se había apoderado de mi alma. Después estaba aquella mujer, María, de la que no me podía olvidar y deseaba y necesitaba encontrar, la consideraba mi posesión, desde que la vi la hice mía en mis pensamientos, sentía la exigencia de tenerla otra vez entre mis brazos.

Entré, había varios caballeros de diversas órdenes que venían de luchar contra los infieles, así como otros muchos que se sumarían a otras batallas. El interior era oscuro, frío, con paredes de piedra y ventanales estrechos, por los que tímidamente atravesaban los rayos del sol. Me dirigí a los asientos ubicados frente al sobrio altar, punto exacto donde se levantaba una gran mesa de piedra rectangular y una cruz en medio de esta. Miré fijamente a la cruz ubicada frente a mí, llevé mis dos manos sobre mi cabeza, sentía vergüenza de mí mismo por todos los sentimientos de ira acumulados en mi alma.

—¡Señor! No me falles ahora, necesito paz. Ayúdame a encontrarla. La venganza y el odio recorren mi sangre e invaden mi alma, si estás ahí, si me escuchas, guíame hasta ella.

Puse mis manos en mi rostro, no podía más, llevaba mucha sangre a mis espaldas, esa guerra sin sentido, tantas muertes, me estaba

transformando en un ser muy distinto a lo que mi familia me enseñó. Mis padres nunca habían entrado a formar parte de ninguna guerra, el patriarca del clan al que yo representaba siempre defendió la paz y nos inculcó ese sentimiento, yo le fallé. Me levanté, necesitaba encontrar a esa joven, en ella vi y sentí algo que hacía mucho que no encontraba en nadie.

Salí de la ermita y decidí buscar un sitio donde acomodarme para pasar la noche. Me dirigí hacia una explanada y me arrimé a un grupo de hombres que habían hecho fuego, les pedí permiso para sentarme con ellos, estos aceptaron mi compañía. Comí y bebí. Por los alrededores no vi a aquellos ingleses.

Unos peregrinos llamaron mi atención, hablaban, cantaban y reían a excepción del joven muchacho que les acompañaba. Eran un grupo de cinco hombres y dos mujeres de edad avanzada, se pusieron cerca del lugar donde yo me encontraba. Me fijé en el joven, parecía temeroso, llevaba la capucha de su capa puesta y apenas se le podían ver los rasgos de su rostro. No se relacionaba con las personas que iban de su grupo, algo en él me resultaba familiar. Se sentó apartado de la hoguera y comió separado de ellos, en silencio, pensativo, mientras los demás conversaban amigablemente. Sentí lástima por aquel joven, algo me empujaba a sentir ternura por él.

Alguna fuerza inexplicable me llevó a acercarme a él, me senté junto a aquel muchacho.

—¿Hacia dónde te diriges?

El chaval se tapó aún más con la capa. No respondía.

—¿Tienes miedo de mí? ¿Te prometo que mi intención no es hacerte nada malo?

Hubo un silencio y por fin se decidió a hablar, su voz era muy suave, nada masculina, aquel muchacho debía ser muy joven, pues todavía no le había madurado la voz.

—Voy a Compostela.

—¿Por qué vas allí?

—Por una promesa —respondió.

Me acerqué para verle la cara, pero él me rehuyó.

—No te voy a hacer nada, tranquilo.

—Quiero estar solo.

—Muy bien, si eso es lo que quieres... —Me aparté.

Le estuve observando hasta que el sueño se apoderó de mí.

La frialdad de la mañana me despertó, las pesadillas del día anterior volvían otra vez a mi mente. Recordé al grupo de peregrinos en el que iba aquel joven que tanta curiosidad despertó en mí, pero ya no estaban. Me levanté rápidamente, fui al río y me aseo y sin demorarme emprendí camino, sabía que cada segundo que pasase menos probabilidades tenía de encontrar a María con vida. Me subí a mi caballo y emprendí ruta.

Los caminos que atravesaban el cañón eran llanos y de fácil acceso, cada vez se iban estrechando a través del cauce del río. El sol me quemaba el rostro, pero estaba acostumbrado a pelear con los elementos de la naturaleza. Un ruido llamó mi atención, un grupo de mercenarios se estaban divirtiendo a costa de alguien. Frené a mi caballo y me bajé de un salto. Até al animal a la rama de un árbol y desde la lejanía pude observar que se trataba del muchacho al que había estado analizando la noche anterior, aquello me encolerizó, no soportaba que maltratasen y se aprovecharan de los más débiles. El joven tenía una pequeña navaja en la mano, le temblaba, los bárbaros se reían de él, de una patada tiraron su daga al suelo y el muchacho quedó a expensas de sus burlas y diversión.

—¡Dejadle! —ordené.

Aquellos tres hombres zarandeaban al joven y le propinaban collejas, se reían a su costa, el chico no daba ningún grito, ni les suplicaba, a pesar de su fragilidad, era valiente y eso me gustaba.

Uno de los tres hombres, el que supuse era el jefecillo, de aspecto sucio, me miró y colocó su mano en su puñal.

—¿Qué has dicho? —respondió.

—¡Qué le dejéis en paz! —le dije mientras me acercaba a ellos, lentamente.

—Vaya, vaya... muchacho, tienes suerte, te ha salido un defensor. ¿Acaso es que te gusta la carne tierna? —Seguía cada uno de mis pasos con su mirada.

—¡Déjale! —le volví a ordenar.

Me daban asco aquellas insinuaciones.

—Tendrás que ganártelo. —Se empezó a carcajear.

Ambos nos pusimos uno frente al otro, él estaba borracho, con lo que yo tenía muchas cartas a mi favor. Empezamos a caminar en círculos, yo no dejaba de estudiar cada paso de aquel maleante y sus secuaces que, aunque alejados, no perdían detalle del enfrentamiento. Aquel malhechor apretó su daga y se acercó rápidamente a mí con la intención de atravesarme con ella. Le cogí la muñeca, se la retorcí, y le di la vuelta, de tal forma que una mano mía sujetaba la suya tras su espalda, con la otra rodeaba fuertemente su cuello sin permitirle ningún movimiento, su puñal cayó al suelo, me apropié de él.

—¡Marchaos!, si no queréis que os mate a todos. Este chico me pertenece.

Empezaron a correr sin mirar atrás, aquellos personajes me producían asco, no deseaba volverles a encontrar, porque si no, no sabía de lo que sería capaz. Me volví al muchacho, estaba asustado. Su capucha esta vez dejaba ver un poco su rostro. Sentía lástima por aquel joven asustadizo y débil. Me acerqué a él.

—¿Dónde están las personas que te acompañaban? —le pregunté mientras me acercaba lentamente a él.

—Huyeron en el momento que vieron a esos hombres, es probable que ya supieran de sus tretas.

—¿Y tú? ¿Por qué no corriste con ellos?

—No me percaté, estaba pensando en mis cosas y cuando me di cuenta ya era tarde.

Hubo un silencio.

—Gracias —dijo.

El joven recogió del suelo una pequeña bolsa y su daga. Me fijé en él, había algo extraño en aquel chico, no se comportaba de una forma normal. Era muy delgado, no tenía sus músculos desarrollados. Me intrigaba.

—¿Cómo te llamas?

—Juan —contestó.

—¿Por qué te tapas el rostro, Juan? —Se puso nervioso.

Tardó en contestar.

—Me hirieron la cara, me dejaron marcas y cicatrices, he tenido muchos problemas cuando he descubierto mi rostro, así que lo oculto para evitar todo tipo de burlas y críticas.

—Yo no me voy a reír, Juan, ¿descúbrete?

—¡No! —gritó—. Tiene que respetar mi decisión.

El joven reaccionó de una forma poco habitual, cambié de tema. Tenía que marcharme.

—Un consejo joven Juan, aléjate de personas como las que te han molestado, estate vigilante y huye cuando intuyas que hay problemas.

Me disponía a marchar, tenía mucha prisa, debía encontrar a María.

—¿Usted se dirige hacia León?

—Sí, ¿por qué?

—¿Puedo ir con usted?

—Lo siento, muchacho, tengo mucha prisa y tú no tienes ni caballo para seguirme.

La verdad es que me daba cargo de conciencia dejar allí a aquel chico, pero sabía que él me retrasaría en mi hazaña.

—Solo hasta León —insistió—. No le molestaré, se lo prometo.

—¿Hasta León? —Me acerqué a él y le miré a aquella parte del rostro que se dejaba entrever—. ¿Pero no te dirigías a Compostela?

—Sí, y así es, pero primero tengo un asunto que solucionar en León.

—Hizo una pausa—. Por favor, caballero, yo peso poco, soy ligero y no le voy a dar problemas.

Me quedé pensativo, mi corazón no me permitía dejar solo a aquel chiquillo, sentía la necesidad de protegerle y llevarle conmigo, sabía que después me arrepentiría, pero no podía dejarle indefenso ante tanto vándalo.

—De acuerdo —le dije—, pero tienes que obedecerme en todo lo que te diga, no puedo perder tiempo en tonterías y menos en un joven que me lleve la contraria y me dé problemas.

—De acuerdo.

Por su tono de voz sabía que le había agradado mi respuesta.

—Muy bien, montarás delante de mí. Cabalgaremos casi todo el día, solo descansaremos para comer y dormir. ¡Sube al caballo!

Le observé, tenía dificultades en montar al animal, las calzas le quedaban muy grandes y se le enroscaban en los pies. Me desesperé, así que le empujé su trasero para que subiese más rápido. Era muy delgado, decididamente aquel joven no era como los chavales de su edad con los que yo había tratado, fuertes, fibrosos, en los que empezaban a tener forma los músculos de los brazos y las piernas. Sonreí, me hacía gracia aquella situación. De un salto me coloqué detrás de Juan y cogí las riendas del caballo.

Notaba al muchacho intranquilo, como si le incomodase el contacto conmigo, aquello me divertía. «Qué joven más raro», pensé. Se apartó tanto de mí que debía estar muy incómodo, sabía que aquella postura le ocasionaría muchas agujetas.

Hicimos una parada rápida para comer, en silencio, ninguno de los dos hablamos durante el almuerzo. Mis pensamientos estaban centrados en aquel grupo de hombres que podían tener retenida a María, no había rastro de ellos por ningún lugar, empezaba a estar preocupado. «En el sitio que nos detengamos para dormir indagaré por si los hubieran visto», pensé.

—¿Estás listo? —le pregunté.

El joven, sin mediar palabra, asintió y esta vez se apresuró a subirse al caballo, intuía que no le había hecho ninguna gracia que le empujase por sus posaderas, su gesto de desagrado me lo confirmó.

—¿Por qué quieres viajar a León?

—Tengo un familiar que necesito ver.

—¿Por algún motivo en especial?

Aquel chico me intrigaba, sentía curiosidad, en cierta manera me recordaba a mi hermano, el cual murió muy joven, sentí la necesidad de protegerle.

—No..., asuntos familiares.

Hubo un silencio. Aflojé la marcha, ya que aunque él no se quejaba, sospechaba que le dolían sus posaderas, no debía estar muy acostumbrado a cabalgar largas horas a caballo.

—¿Y usted? ¿Qué está buscando? ¿Hacia dónde se dirige?

—Bueno... yo... —Aquella pregunta no me la esperaba, hasta entonces el que indagaba sobre el otro era yo—. Tengo una deuda pendiente que necesito zanjar.

—¿Una deuda? —preguntó.

—¡Sí!, una deuda. Alguien me hizo daño hace mucho tiempo, mató a unas personas que yo amaba y, cuando quise vengarme, se cruzaron un grupo de hombres que me han quitado lo que por derecho me corresponde.

Presuponía que aquel joven tenía intención de seguir investigando, pero yo no quería hablar, no desvelaría a nadie mi historia ni el propósito de mi viaje. Decidí acelerar aún más la marcha, sabía que eso le mantendría callado, y así fue.

Permanecimos en silencio bastante tiempo, había anochecido. Los cañones quedaron atrás, estábamos en un camino de tierra oscura rodeada de vegetación a ambos lados de este. De vez en cuando, próximo a pequeñas aldeas, había alguna posada, decidí parar en uno de esos lugares y pagar una habitación para el chico y para mí. Veía a

aquel joven frágil y no quería que durmiese al aire libre, aquella noche iba a ser fría y temía por la salud del muchacho, ya que le había escuchado toser durante gran parte del recorrido.

La posada estaba repleta de hombres de malvivir a los que les acompañaban prostitutas errantes de los caminos. Bajamos del caballo. El chico miraba para todos los lados.

—¿Qué hacemos aquí? —me preguntó mientras observaba a un hombre y una mujer besándose apasionadamente en las afueras del hospedaje.

—Cenaremos aquí y pediré una habitación para dormir.

—¡No! —gritó el joven.

Aquella reacción me sorprendió, seguí su mirada que estaba fija en aquella pareja.

—¿Qué te pasa Juan? ¿Te asustan las mujeres?

El joven agachó su cabeza

—¡Así que es eso! —le dije mientras esbozaba una sonrisa y me acercaba a él.

Le levanté el rostro cubierto por la capucha que llevaba. Aquellos ojos..., me recordaban a alguien, era como si le conociese pero no lograba saber dónde los había visto.

—Es eso, ¿verdad? ¡Nunca has estado con una mujer!

El joven se encogió de hombros. Me carcajeé, no pude evitarlo.

—Si quieres, yo te puedo pagar a una de ellas para que te hagan un hombre —continué burlándome.

—¡No, gracias! —dijo—. Yo no necesito estar con mujeres para sentirme un hombre como usted.

Dicho esto se metió en la taberna, enfadado, su voz esta vez había sonado fuerte. Me hizo gracia, «vaya, el joven tiene carácter», me estaba divirtiendo. Entré tras él, observé que se había sentado en una mesa pequeña que se encontraba en el rincón de aquel lugar. Antes de sentarme fui a hablar con el tabernero y le pagué una habitación, el chico no paraba de toser.

Me fui a sentar con él.

—He pedido una cerveza y un guiso que tiene buena pinta, ¿qué te parece?

—¿Cerveza? —dijo con voz de asombro.

Le miré perplejo, aquel joven me estaba resultando muy curioso.

—Sí, ¿no me digas que tampoco has bebido nunca cerveza? Muchacho, un hombre tiene que probar cerveza en algún momento de su vida. —Dicho esto me empecé a carcajear.

—No le veo la gracia, señor.

No me dirigió una palabra durante la cena.

El chiquillo devoraba el guiso, bebía sin parar cerveza, sabía que al final se iba a emborrachar, pero me hacía gracia analizar cada reacción suya. Así fue, al finalizar no paraba de hablar y reír.

—Estoy un poco mareado señor, me podría llevar a la habitación.

Se intentó levantar y se volvió a sentar.

—¡Vamos! Estás borracho, Juan, eso es uno de los inconvenientes de no haber bebido cerveza nunca.

—No diga tonterías —contestó—. No estoy borracho.

—¡Ja, ja, ja! Ya lo creo que lo estás.

Pagué al tabernero y subí con el joven a cuestras. Me lo puse sobre mi espalda como si se tratase de un saco de patas y, aún en ese estado, él seguía cubriéndose su rostro con la capucha. «¿Qué le pasa, por qué se esconde?», pensé. Por lo poco que había podido ver, me había parecido un rostro bello.

La habitación era muy sencilla, había dos camas pequeñas, una mesita y dos sillas. Dejé al muchacho en una de las camas, le empecé a quitar las botas, me fijé en sus pies estrechos y delicados, a posteriori le pensaba quitar la capa, pero él me apartó.

—¡No lo haga!, le dije que no quiero mostrar mi rostro.

Le dejé y me aparté.

—¡Allá tú! Que sepas que uno descansa mejor sin sus vestimentas.

Yo me las voy a quitar. No te entiendo muchacho, no me voy a burlar de tu rostro.

Dicho esto, me quite mi capa, mi camisa y me quedé solo con los pantalones. El joven se había dado la vuelta como si se avergonzase de verme semidesnudo. Era un muchacho muy raro, tenía que averiguar lo que le había pasado para comportarse de esa manera.

La tos del joven en mitad de la noche me despertó. Me levanté, estaba de lado, le toque la frente, estaba muy caliente, el muchacho tenía fiebre, «lo siento, Juan, pero te voy a tener que quitar la ropa e introducirte en la bañera» —le dije susurrando.

Estaba febril, no se daba cuenta de nada. Me dispuse a quitarle la ropa, no sé cómo se resistía aun estando en ese estado. Me estaba hartando aquel muchacho con aquellas tonterías. Tuve que usar mi fuerza para arrebaté la capa y ante mis ojos apareció una mujer. Mi sorpresa fue grande, me retiré para restregarme los ojos, no daba crédito a lo que estaba viendo, aquel muchacho al que yo había estado protegiendo era una mujer- Ahí estaba su larga melena morena recogida en una coleta y en su cuerpo, aunque camuflado en vestimenta masculina, se notaban sus curvas y sus pechos. Ahora entendía todo, por eso se tapaba con la capa. Le di la vuelta, quería ver su rostro y me quedé atónito: ¡era María, la mujer que había estado buscando desesperadamente! Era preciosa, y siempre había estado allí, junto a mí. Una alegría enorme invadió todo mi ser y un sentimiento de ternura se apoderó de mí. Realmente no había sido consciente de la atracción que sentía por ella. Me acerqué y la observé, acaricié sus mejillas, sus labios, cogí su sedoso pelo entre mis dedos... Reaccioné. En ese momento lo más importante era bajarla la fiebre. Tenía que hacer algo. Le desabroché un poco la blusa, observé su escote, «Dios mío, qué bonita es», pensé, la puse paños húmedos en la frente, pero aquello no disminuía, empecé a desabrocharle el blusón, pero me detuve, ella no estaba consciente y, ante todo, era un caballero. Decidí

hablar con la posadera que nos había hecho aquella cena tan succulenta, estaba dispuesto a pedirle ayuda.

Se llamaba Lili, era una mujer gruesa y de bastante altura.

—¡Estos hombres! —dijo mientras subía las escaleras en dirección a la habitación—. No saben hacer nada.

Llevaba unos unguentos y un jarabe, que según dijo lo preparaba siguiendo las indicaciones de una receta antigua de su madre que pasó de generación en generación. Entró en la habitación, se sorprendió al ver una mujer en la cama en vez de al joven con el que había llegado aquella noche. Cerré la puerta tras ella.

—Por favor, Lili, le ruego que sea discreta y no se lo revele a nadie, ni siquiera le diga a ella que sabe que es una mujer, la joven quiere mantener el secreto de su sexo y yo quiero que así sea. ¿Me lo promete?

La mujer me miró, puso sus brazos en jarra y se puso muy seria.

—¡Yo no voy a decir nada, joven!, ahora, por favor, márchese, ¿no pretenderá que desnude a la joven estando usted presente?

Me alejé y cerré la puerta tras de mí, bajé a la taberna y allí me senté en la misma mesa que había cenado con María, me pedí otra cerveza y esperé.

Estaba desconcertado, aquella joven era más valiente de lo que yo me había imaginado. Me gustaba, no se amedrentaba por nada. Me había engañado y se había reído de mí, seguro que había disfrutado mientras se burlaba de mí. «Muy bien, María, ahora las tornas han cambiado, yo sé tu identidad y lo mantendré en secreto, te seguiré tratando como a un chiquillo, pero ahora seré yo el que se divierta», pensé. Mientras estaba ensimismado en mis pensamientos, un grupo de cinco hombres entraban en la posada. El corazón me dio un vuelco, eran los asesinos que habían entrado en el castillo de Eurico. Debía acercarme, tenía que descubrir el porqué de aquel cruel asesinato y cuáles eran sus verdaderas intenciones. El temor por la vida de María se apoderó de mí, ya que en varias ocasiones, durante la fiesta, observé

como uno de aquellos sanguinarios asesinos la miraba lascivamente. Ahora estaba bajo mi protección y no iba a permitir que nada ni nadie me la arrebatase, significaba mi sosiego ante la crueldad y el daño que me hizo su padre.

Me levanté y me senté en una mesa próxima a la de ellos.

—¿Y qué le vamos a decir cuando vea que no la hemos encontrado?

—Se va a enfadar, tenemos que dar con ella y cerciorarnos de que no lo tiene. Confió en nosotros —dijo el jefe.

—Si al menos le hubiésemos llevado a la chica, eso le hubiese gustado mucho.

—Sí, pero ella se escapó o, al menos allí no estaba.

En ese momento se centraron en tres prostitutas que se acercaban sonrientes a ellos, en sus rostros se dibujaron unas amplias sonrisas, ardían en deseos de tenerlas.

No podía permitir que encontrasen a la muchacha, seguro que se referían a ella cuando hablaban de la chica. «¿Qué era lo que buscaban en el castillo de Eurico?», aquello me intrigaba. Dejé la cerveza y decidí esperar en el descansillo a que saliese Lili, estaba nervioso. Mientras aguardaba para poder entrar en la habitación, el jefe de aquellos mercenarios se subió a una habitación con una de las mujeres. Lo observé, parecía de ese tipo de hombres fríos y crueles, capaces de hacer lo que sea con tal de conseguir lo que buscan. Tenía que llevarme a María a mi tierra, a Irlanda, allí, en mi castillo, con mi gente, estaría a salvo. No sabía cómo lo haría, pero se me tenía que ocurrir algo para guiar a esa mujer a mi país, «aunque sea a la fuerza», pensé.

CAPITULO III

Sospechas

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me desperté. Me dolía todo el cuerpo, intenté incorporarme, pero la cabeza me daba vueltas, me molestaba bastante. Miré a mi alrededor y allí estaba él, reclinado en una silla junto a mi cama, dormido, sus pies apoyados sobre la otra silla que había en la habitación. Enseguida recordé: estaba con aquel hombre, Henric. Me asusté y toqué mi cabeza, tenía la capucha puesta, «gracias, Dios mío», suspiré. Temía que aquel joven hubiese podido descubrir mi identidad. Lo último que recordaba era un guisado exquisito y el mareo provocado por la dichosa jarra de cerveza. Aquel hombre tozudo y terco me había obligado a tomarme esa bebida.

Intenté otra vez incorporarme, me senté sobre la cama. Necesitaba aseo, por suerte en aquella habitación había un baño con una pequeña palangana en el interior, pero apenas había intimidad y con aquel joven allí, que en cualquier momento podía entrar al diminuto recinto, no me atrevía a dar ese paso por más que lo necesitase. Mis movimientos le despertaron.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me dijo.

Bajó los pies de la silla.

—Quiero levantarme —le respondí.

—Pues todavía no puedes, así que vuélvete a tumbar si no quieres que sea yo el que te obligue a ello.

Aquella frase amenazante me convenció, tenía que evitar que aquel hombre me pusiese la mano encima, todavía recordaba cómo me había tocado las posaderas para subirme al caballo. La proximidad a él despertaba en mí sentimientos hasta entonces desconocidos. Me tumbé, pero no pude evitar contestarle.

—¡Tengo que marcharme!, necesito llegar a casa de mi familiar.

Henric se incorporó.

—Has estado muy enfermo, la tabernera ha tenido que cuidarte, todavía no estás en condiciones de marcharte.

—Yo soy quien decido cuándo me marchó.

—No te equivoques, joven, tú me prometiste obedecerme si yo te llevaba a León, así que eso significa que yo soy el responsable de ti hasta que te deje en tu destino, por lo tanto tienes que seguir mis consejos.

Quería responderle pero me mordí la lengua, sabía que le necesitaba, no podía olvidar cómo aquellos ladrones me acorralaron con intenciones perversas, le necesitaba.

Estuve todo el día en la habitación, Henric salió de esta y estuvo un largo rato fuera del lugar, se lo agradecí, ya que por fin tendría tiempo para mí, podría asearme. Puse una silla en la puerta de la entrada por si la abrían, así podría taparme el rostro ante el ruido. No sabía hasta cuándo podría ocultarle mi identidad, ya que aunque le había dicho que no quería mostrarlo porque tenía una parte deformada y quería evitar las burlas, él era un hombre muy astuto e intuía que no se lo había creído. Era consciente de que en el momento que me descubriese estaba perdida. Todavía recordaba cómo me había besado y atrapado entre sus fuertes brazos, había despertado en mí un deseo hasta entonces desconocido y hubiese querido que no se detuviera, pero su reacción, sus palabras, sus actos me provocaban una gran desconfianza hacia su persona.

Aproveché su ausencia para lavarme el pelo, me sentía sucia e incómoda con aquellas ropas de mi hermano, mi adorable Juan, «¿dónde estaría?», no pude despedirme de él, sabía que algo le había sucedido, si no él jamás me hubiese fallado y más aquella noche. Empecé a sentirme triste y las lágrimas resbalaron por mis mejillas. Me volví a poner aquellas ropas sucias llenas del polvo del camino y me recogí mi larga melena en una coleta. Me asomé por la ventana, empezaba a atardecer, ante mí tenía una llanura típica de la Meseta

Central, podía observar el horizonte con claridad. Unas risas llamaron mi atención. Allí estaba Henric. Me escondí entre los roídos cortinajes para que él no me viese y así, poder observarle sin ser vista. No estaba solo, se hallaba con un grupo de hombres a los que reconocí nada más verles: eran los mismos que llamaron mi atención en la fiesta, aquellos que espíe con mi hermano en el río Ucero; su rosa roja en fondo negro era inconfundible. Y, junto a ellos, estaba él riendo, bebiendo y dejándose engatusar por las prostitutas de los caminos. Aquello me sorprendió y muy a mi pesar me dolió. Ver a Henric con una mujer me hizo sentir desdichada, y contemplarle con aquellos hombres hacía que desconfiase aún más de él.

Me aparté de la ventana, no quería seguir viendo aquella escena, seguro que para aquel irlandés el beso que me dio no tuvo ningún significado. Odiaba al sexo masculino. Me tumbé en la cama y el llanto y la tristeza se apoderaron de mi alma.

Henric tardó en volver a la habitación. Cuando lo hizo me trajo la cena y la dejó sobre la mesa.

—¡Vamos, Juan! Tienes que comer algo, mañana partiremos.

—No tengo hambre, gracias —dije con la voz entrecortada.

—¡Tienes que comer!

—¡He dicho que no tengo ganas!

—Y yo te he dicho que tienes que comer, así que levántate o si no te levantaré yo a la fuerza.

«Ya está con sus amenazas», pensé.

Me incorporé en silencio y empecé a saborear la comida. Me sorprendió que esta vez hubiese traído agua en vez de cerveza y la verdad es que se lo agradecí. Se sentó frente a mí, no dejaba de observarme con sus penetrantes ojos verdes, escrutaba cada movimiento que hacía.

—Por cierto, ¿por qué quieres hacer el camino a Compostela?

Alcé la mirada para responderle.

—Es una promesa.

—Eres muy misterioso Juan.

Le miré.

—¿Eso cree usted? Soy un chico normal que solo quiere que alguien con experiencia en los caminos y en defensa personal me acompañe — bajé la mirada— me siento indefenso y tengo pánico a encontrarme con otro grupo de truhanes que quieran robarme o... algo peor.

—Tranquilo, te di mi palabra, te llevaré a León. Y, por favor, no me llames de usted.

Se lo agradecí, la verdad que junto a él me sentía segura.

—Gracias.

En ese momento alcé la vista y le miré. Observé esos bonitos ojos verdes que me habían embaucado aquella noche. Era muy atractivo y el corazón me latía rápidamente cada vez que él estaba próximo a mí.

Henric se levantó, se puso tras de mí y me dio un golpecito en la espalda.

—¡Pues hecho! —sonrió.

—Lamento que se... te desvíes de tu camino. —Me examinó fijamente.

—Todo puede esperar, nunca hay tanta prisa como uno piensa.

Acto seguido se tumbó en la cama cercana a la mía y esperó a que yo me acostase también.

—Juan, ¿no te resulta incómodo llevar siempre esa capucha? Yo no me voy a reír ni te voy a criticar, así que ve pensando que tienes que mostrar tu rostro, a mí no me gusta estar con personas a las que no puedo reconocer su cara.

Ante aquella sugerencia me puse muy nerviosa, sabía que si descubría mi imagen se acordaría de mí, ese sería el fin de mi viaje. No respondí.

A la mañana siguiente madrugamos. Cuando me desperté Henric ya estaba listo y bajamos a tomar algo antes de comenzar nuestro viaje dirección León. Él estaba animado y yo me sentía culpable por estar engañándole y cambiando sus planes.

El irlandés se montó en el caballo y me instó a que subiese, a veces parecía como si se divirtiese de aquellas situaciones. Al ver que la capa se enredaba entre mis piernas, estiró su mano para sujetarla, y con la otra tiró fuertemente de mí y me levantó ubicándome delante de él. Esta vez no dejó como en otras ocasiones que yo estuviese más alejada de su regazo, me rodeó con sus brazos y me atrapó entre estos, estaba tan próxima a él que podía notar los latidos de su corazón, me apretaba contra su tórax, me abarcaba con todo su cuerpo y yo no podía hacer nada para desenredarme de sus extremidades. Aquella sensación de estar rodeada por él me excitaba y gustaba, las mejillas me ardían y todo mi cuerpo vibraba, intenté separarme pero él me lo impidió.

—¡Quieres estarte quieto! Me estás poniendo nervioso de tanto moverte —me dijo.

Su rostro estaba muy próximo al mío, notaba su respiración en la parte de mi cuello que quedaba visible a pesar de tener puesta la capucha, sus labios estaban muy cercanos a mi piel, los sentía. Aquel hombre despertaba en mí sentimientos y sensaciones que jamás pensé que podría percibir.

Estuvimos cabalgando durante mucho tiempo, ambos permanecimos en silencio, solo nos detuvimos un momento para almorzar y, acto seguido, continuamos hasta pararnos en las inmediaciones de Burgos. Henric decidió hacer noche en una aldea, allí encontramos una taberna llena de comerciantes y peregrinos, estaba muy concurrida.

—¿Espero que haya una habitación para pasar la noche?

Henric entró y me quedé sujetando al caballo, noté como me observaban, alcé la vista y allí le vi, era un hombre vestido totalmente de negro, de melena larga y rubia, llevaba una daga sujeta a su cintura. Su rostro me llamó la atención: tenía rasgos crueles. Había algo en él que no me gustaba. Él sabía que le había descubierto espiándome, pero aun así, no apartaba su vista en dirección al lugar donde yo me encontraba. Empecé a ponerme nerviosa y en ese momento Henric salió a buscarme.

—¡Vamos, Juan!

Volví mi mirada hacia donde estaba aquel caballero, había desaparecido.

—¡Henric! —le dije.

—¿Sí? —Se detuvo y me miró.

—¿Acaso cuando has salido no has visto a un hombre de negro?

—No, ¿por qué lo preguntas? —me dijo intrigado sin dejar de observarme.

—No, por nada, solo que había un joven examinándome y pensé...

—¿Qué pensaste?

—Nada, son tonterías —le respondí.

Quizás le había dado demasiada importancia, probablemente le recordaría a alguien.

—¡Uff! —respondió Henric levantando las manos—, a veces me recuerdas a una mujer —me dijo mientras se dirigía al tabernero que le daba unas llaves.

Aquel comentario me intranquilizó, por un momento pensé en la posibilidad de que sospechase algo, pero después me autoconvencí de que eso no podía ser, si él hubiese averiguado mi identidad ya se hubiese encargado de que yo lo supiese.

Henric abrió la habitación, me quedé atónita al ver que solo había una cama en el centro de la misma, él siguió mi mirada. Sonrió.

—Sí, solo una cama. ¿No te dará vergüenza compartir cama conmigo? —se carcajeó.

Se estaba divirtiendo y aquello me fastidiaba, con su actitud lograba enfurecerme.

—No, lo único es que duermo mucho más a gusto solo —dije seria.

—¡Vaya, vaya! el joven se ha enfadado —dijo con sorna y una amplia sonrisa en su rostro.

Preferí no responderle.

—Lo que sí te digo —me dijo mientras se ponía delante de mí para

hablarme— es que no pienso dormir contigo con la capa puesta, así que vete haciendo a la idea de que te la tienes que quitar.

Aquello fue como un jarro de agua fría, ¿qué iba a hacer? Decidí recogerme la coleta de tal forma que el pelo pareciese más corto, saldría sin la capa cuando la habitación estuviese a oscuras.

Henric apagó la luz y desde la cama gritó.

—Tranquilo, que ya no hay claridad, no miraré tu rostro —le escuché burlarse.

Aquel hombre me irritaba y al mismo tiempo me fascinaba. Estaba deseando llegar a León a casa de mi tía y así perderle de vista.

Me acerqué a la cama, estaba muy nerviosa, iba a dormir al lado de aquel hombre, el mismo que me había besado aquella noche en el castillo de mi padre, y el mismo que me había defendido de los rateros que querían dañarme. Aquel hombre que despertaba un sentimiento y deseo hasta entonces desconocido y, que al mismo tiempo, me encolerizaba y al que odiaba por todo lo que representaba. Me tumbé rozando la esquina de la cama, él se había girado, mirándome, notaba la proximidad de su cuerpo, el calor que desprendía, «así —pensé—, será imposible dormir».

—¡Qué descansas, muchacho! —Me acarició el brazo y la mejilla dulcemente—. No tengas miedo, Juan, jamás te haría daño.—Dicho esto se dio media vuelta.

—Igualmente —respondí.

Sabía que él nunca me haría daño, pero, claro, con la apariencia de hombre, porque aquella otra noche no tuvo respeto hacia mí, es más, me besó a la fuerza. Nunca debía sospechar que yo era una mujer.

Cuando desperté él no estaba, la luz entraba por la ventana y temía que los rayos de sol delatasen mi condición de mujer. Me fui al baño, me vestí, aseo y me dispuse a bajar a la pequeña sala de la entrada. Mientras descendía cada escalón observé que Henric no estaba solo, una guapa joven de la taberna se había sentado junto a él, ambos charlaban amigablemente, es más, él parecía divertirse y ella tonteaba

con el irlandés aproximando su prominente busto hacia él y acariciándole su mejilla. Aquello me llenó de celos, en ese momento odiaba a la joven y a Henric, estaba muy enfadada y sin pensar, de una manera muy impulsiva me dirigí hacia donde estaban e interrumpí su conversación. Me senté entre Henric y la joven, apartándola completamente de él.

El me miró con incredulidad, seguro que aquel gesto le había sorprendido, pero debía evitar aquel flirteo entre ambos.

Le miré, con mi rostro tapado, como ya era habitual en mí.

—¡Buenos días! —dije.

—¡Vaya! Ya veo que hoy te has levantado de muy mal humor.

Ambos se rieron.

—Así que este es tu compañero —dijo la joven riéndose —Un poco rarito, inglés. ¿Siempre va tapado? ¿Por qué no te quitas la capucha? —insistía la joven.

Yo preferí no contestar, estaba tan enfadada por el tonto entre ambos que no fluían las palabras.

—¡Déjale, muchacha!, debe tener hambre. Se buena chica y tráenos algo para desayunar.

Mientras Henric hablaba con ella, este le regalaba una de sus bonitas sonrisas, y mi mal humor aumentaba por momentos. Por una parte pensaba en que no entendía por qué me enfadaba si aquel hombre no me importaba, es más, debía alejarme de él, ya que tenía muy presente su encuentro conmigo en la fiesta; pero por otra parte no podía engañarme, me gustó desde el primer momento que le vi, sentí una gran atracción por él, y sus besos, cada vez que los recordaba provocaban una reacción en todo mi ser que jamás había experimentado. Deseaba volver a sentir sus labios sobre los míos, sus brazos rodeándome mi cintura.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me dijo Henric con una sonrisa en los labios—. Si fueses mujer pensaría que los celos te han cegado —se burló.

—¡Qué tonterías dices! —le respondí.

Tenía que disimular más, era la segunda vez que hacía alusión a la condición de mujer.

—No he dormido muy bien.

—¿Y eso? Yo te he visto descansar durante toda la noche.

—Pues no ha sido así.

En ese momento vino la joven con el desayuno, lo dejó en la mesa y acarició con su mano la mejilla de Henric, este se la cogió y la besó, después le miró fijamente a los ojos y le hizo un guiño seguido de una sonrisa. No podía aguantar más, los celos me iban a matar, intenté controlarme, me centré en el desayuno, la verdad es que tenía mucha hambre. Cuando se fue la joven, noté que Henric me observaba, tenía una amplia sonrisa en su rostro, estaba divirtiéndose a mi costa y eso me fastidiaba aún más.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—No, de nada.

Continuó sonriendo e irritándome cada vez más con su actitud. Cuando terminamos, me dijo que le esperase fuera mientras hablaba con la muchacha. Estaba próxima al caballo, acaricié el lomo del animal, otra vez sentí esa sensación de que me estaban observando, ahí estaba aquel hombre, descuidado, con traje oscuro y mirada fría, el mismo que me examinó la noche anterior. Me alarmé, era a mí a quien vigilaba. Por un momento pensé que podría tratarse de algún caballero al servicio de Acurcio, me puse nerviosa y desvié mi mirada hacia la puerta para ver si salía Henric. Él debió presentir que algo me incomodaba.

—¿Qué te pasa? Hoy estás muy raro Juan.

—Es él, aquel hombre, la noche anterior... —No terminé la frase.

Henric miró disimuladamente, aquel hombre se montó en su caballo y se alejó de nosotros.

—A lo mejor le resultas familiar. ¿Tú le conoces?

—No, nunca lo he visto.

Se giró hacia mí, no le dio importancia, o al menos esa es la impresión que me dio. Me subí al caballo y tras de mí Henric, sus brazos me agarraron de la cintura y me aproximó a él. Aquel contacto me gustaba, despertaba una atracción hacia aquel hombre hasta entonces desconocida para mí.

El camino hacia León estaba resultando muy largo, la ruta resultaba monótona, ya que eran grandes explanadas, con apenas poblaciones cercanas. De vez en cuando nos cruzábamos algún que otro grupo de peregrinos. Estaba agotada y deseaba llegar a la casa de mi tía.

Estaba anocheciendo, Henric divisó una taberna la cual no tenía habitaciones disponibles. Faltaba poco para llegar a León y, como era de suponer, los alrededores cercanos a la ciudad estaban muy concurridos por grupos de peregrinos, caballeros que se iban a unir a las cruzadas o venían de ellas, rateros, prostitutas y muchos personajes variopintos, solitarios, con la necesidad e intención de dormir en una cama aquella noche. Nos acercamos y la frialdad de la noche penetraba en mis huesos. Temía el dormir otra vez a la intemperie, estaba muy cansada, me sentía débil y tenía mucho frío como para descansar en mitad del campo. Henric debió leer mis pensamientos.

—Veremos a ver si al menos nos dan un hueco en el establo.

El irlandés detuvo al caballo y bajó de un salto, se metió dentro de la taberna y tardó un rato en salir.

—Bueno, ya está, nos dejan dormir en el establo, está detrás de la taberna, no es una habitación, ni una cama, pero al menos hay paja para que podemos hacer un pequeño colchón y resguardarnos así de la frialdad de la noche.

No pude articular palabra, tenía dolorido todo el cuerpo, hambre y frío.

Bajamos del caballo, Henric lo ató y nos dirigimos al interior de la taberna, al entrar me dio un vuelco el corazón, allí estaban aquellos hombres con la rosa roja y sus ropas negras, borrachos y divirtiéndose con mujeres. Henric me cogió la mano fuertemente y tiró de mí hacia

una mesa arrinconada, prácticamente escondida, algo que agradecí, temía que aquellos hombres me reconociesen. Estaba tenso. Se acercó a nosotros una muchacha joven, con un escote prominente donde se dejaban ver el principio de sus pechos, era muy atractiva. Se acercó a Henric y como la vez anterior esta también empezó a flirtear con él y después a burlarse de mí. El irlandés le siguió el juego y ella le propinó un beso en la mejilla. «Ya empezamos», pensé. Pero esta vez me encontraba muy débil y sin fuerzas para sentir celos de aquella joven. Esta se fue y nos dejó las viandas sobre la mesa. Las tripas me crujían, devoré los alimentos que estaban en mi plato, me percaté de que el irlandés no comía, solo me observaba.

—Estás quedándote muy delgado Juan —me dijo con un tono de intranquilidad.

—No te preocupes tanto por mí, soy fuerte —le respondí.

Henric se puso tenso.

—No quiero que digas nada —dijo seriamente.

Yo no sabía a qué venían aquellas palabras, de repente me di cuenta de que no estábamos solos, que tras de mí había alguien, entonces le escuché, hablaba con él como si se conociesen, intuí que se trataba de uno de aquellos hombres, sentí miedo por si me descubrían.

—¡Ya no saludas, amigo! —Le propinó una palmada en su espalda —. Últimamente nos encontramos en todas partes.

—Sí, será que nos dirigimos al mismo sitio.

—Será... pero me alegro de haberte visto, espero que mantengas la boca cerrada sobre la muerte de Eurico y Acurcio, por tu bien.

—¿Me estás amenazando? —dijo Henric mientras dejaba lo que estaba comiendo y le miraba con cara encolerizada.

—Entiéndelo como quieras. ¡Ah! por cierto, si ves a la joven ya sabes que es mía.

Terminadas estas palabras se marchó para seguir bebiendo y divirtiéndose con las mujeres que estaban en la taberna.

Un sudor frío empezó a recorrer mi cuerpo, no daba crédito, «la

muerte de Eurico, mi padre. ¡Dios mío! —pensé—. Henric lo sabía. Y, probablemente, cuando se refirió a la joven esa era yo». La tristeza y el miedo se apoderaron de todos mis sentidos, saber que el hombre con el que estaba compartiendo mesa podría haber sido cómplice de aquellos asesinos, el mismo joven que despertaba sentimientos muy fuertes en mí y una gran atracción que no podía evitar, me derrumbé. Tenía que irme, no podía seguir más con ese extranjero, es más, si descubría quien era yo no sabría cómo reaccionaría.

Me levanté, tenía que marcharme cuanto antes del lado de aquel hombre, el camino lo haría yo sola como había planeado desde el principio. Tenía ganas de llorar, pensaba en mi hermano, en Ana... «¿y si les hubieran matado también a ellos?». Los ojos se me llenaron de lágrimas y hacía verdaderos esfuerzos por retener estas.

—No me siento bien, creo que he tomado muy deprisa la comida y estoy mareada.

—Te acompaño —me dijo Henric.

—¡No!, prefiero estar solo —Henric no contestó, me levanté para irme.

Una vez fuera empecé a correr, quería huir cuanto antes de allí, lejos de él, lejos de aquellos bárbaros, perderme... Necesitaba estar cerca de mi tía, reponerme y pensar en qué hacer. «Dios mío, ayúdame», supliqué. Mientras estaba tan centrada en mis pensamientos no me percaté de que me seguían a una gran velocidad, era Henric. «No» —pensé—, él no puede alcanzarme». Corrí con todas mis fuerzas, hacía verdaderos esfuerzos para que la capucha no descubriese mi identidad, pero él me alcanzó, era mucho más rápido y ágil que yo, ambos nos caímos y rodamos por el suelo, Henric sobre mí. Tenía ganas de abrazarme a él y llorar, confiarle todo y volver a la apariencia de mujer, pero sabía que no podía y más después de descubrir aquello. Nuestros rostros estaban muy próximos, él me miró a los ojos, deseaba tanto que me besase..., sus labios prácticamente acariciaban los míos, pero él se incorporó de un salto y me levantó ágilmente.

Me agarró de la mano, tiraba de mí, estaba enfadado.

—¡No lo vuelvas a hacer! —gritó— ¡La próxima vez no seré yo el que te persiga!

Me llevaba a empujones, en silencio.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué huyes de mí?

—Estás involucrado en un asesinato —le amonesté—. Yo no quiero viajar con un... —no pude terminar la frase.

En ese momento él se detuvo y se puso frente a mí.

—No Juan, no maté a esa gente, descubrí aquel horrendo asesinato cuando regresé al castillo de ese hombre.

—Pero les conoces. El otro día te vi hablando con ellos.

—No, intentaba sacarles información, porque sospeché de ellos desde el primer momento.

Se posicionó frente a mí y sin soltarme de la mano exclamó.

—¡No vuelvas a hacer lo que has hecho! Te llevaré a casa de tu familiar y cuando estés ahí, a salvo, entonces continuaré mi camino.

CAPITULO IV

León

Deseaba besarla, abrazarla, acariciar su cuerpo, hacerla mía. Cada vez me resultaba más difícil no retenerla entre mis brazos y contener mis deseos hacia aquella mujer. Aquella noche sabía que estaba despierta y me imaginaba su desconfianza y tristeza al descubrir el asesinato de su padre, tenía la certeza de que desconfiaba de mí, percibía su llanto en el silencio de la noche y me hubiese gustado levantarme y explicarle la verdad, pero sabía que no debía obedecer a aquel impulso, primero por protegerla, aquellos salvajes la buscaban, no sabía el porqué de tanto interés en María, debía descubrirlo; y segundo porque ella desconfiaba de mí. Quería que me conociese tal y como era y que no tuviera ningún prejuicio hacia mí.

La tenía que vigilar, no debía volver a pasar aquello, no podía perderla, sabía que si eso ocurriera me sumiría en una gran tristeza, y no iba a consentir otra huida como la acontecida la noche anterior.

Aquella mañana llegaríamos a León, no sabía qué iba a hacer una vez que llegásemos a su destino, pero no estaba dispuesto a dejarla marchar, aquello me agobiaba. Ella estuvo en silencio durante gran parte del recorrido. La retenía entre mis brazos, montada en mi caballo, delante de mí, pero la sentía diferente, algo había cambiado, probablemente me considerara responsable de la muerte de su familia, estaba triste, abatida. No era un experto para estos casos, tenía entre mis brazos a la mujer que estaba empezando a amar, y no sabía cómo quitarla esa tristeza. Me desesperaba, por una parte mi orgullo varonil no me permitía confiar en ella, mostrarle todo lo que sentía, y por otra parte mi corazón latía por ella, la necesitaba, me negaba a creer que pudiera estar enamorándose de aquella joven. Yo, el heredero del clan McCarthy, el hombre que nunca quiso ni pretendió casarse con nadie,

el caballero que solo anhelaba ir a las cruzadas y defender los territorios cristianos de los infieles, el hombre que ansiaba la aventura, ese joven ahora solo pensaba en aquella mujer, me había envuelto con su belleza, valentía, ternura y coraje. En ningún momento quería barajar la idea de que estuviese enamorado, me negaba a ello, «jamás —pensé—, jamás permitiré que ninguna mujer ocupe mi vida», y me lo repetía constantemente, pero a pesar de todo esto sabía que sentía una atracción fuerte hacia ella y que bajo ningún concepto la perdería, ella era la recompensa ante los asesinatos cometidos por su padre y, sí, esa mujer tenía que pagar la crueldad de él.

—¿Se puede saber qué te pasa hoy, muchacho?

No contestó, aquello me irritó aún más.

—¿Me quieres responder? ¿Te he hecho una pregunta?

—Creo que no le gustaría saberlo —dijo.

—¡Prueba! A lo mejor te sorprendo. —Noté como su cuerpo se tensaba.

—Pienso que usted fue cómplice de unos asesinos, que entraron en un hogar a matar a sangre fría a unas personas sin reparar en el mal y el daño que podían hacer. —Se le quebró la voz.

Aquellas palabras fueron como puñaladas, podía intuir sus pensamientos, pero jamás pensé que me comparase con aquellos salvajes.

—¡Pues estás muy equivocado! Yo no conocía a esos sangrientos hombres, ni sabía sus intenciones... —Iba a contarle los verdaderos motivos por los que regresé al castillo de su padre, pero mi orgullo me lo impidió—. Juan, yo regresé al castillo porque necesitaba hablar con el señor del lugar, había algo que me tenía que aclarar, una deuda pendiente, por eso volví. A estos truhanes los vi en la taberna y sus comentarios me alertaron, además sé que fueron ellos, su emblema es único y alguien del castillo me lo describió.

—¿Has dicho alguien? —preguntó asombrado—. ¿Así que hubo supervivientes?

—Sí, los hubo.

Tanta pregunta me estaba poniendo nervioso, decidí cortarlo y acabar con el interrogatorio, me estaba empezando a molestar.

—Pero... ¿por qué tanta pregunta? Es como si tuvieses algún vínculo con ellos.

Se empezó a poner nerviosa, notaba sus movimientos de intranquilidad, sonreí, realmente disfrutaba poniéndole tensa, me gustaban sus reacciones y la capacidad para desviarlas.

—No, curiosidad, me parece raro que dejasen supervivientes, ya que hombres así sus intenciones son las de matar a todo el mundo para no dejar ninguna pista.

—¿Sigues pensando eso de mí? —le pregunté.

Realmente me importaba lo que ella pensase.

—Quiero creerte.

A lo lejos se veía León, había sido un día duro, todavía tendríamos que pasar una noche juntos, tenía miedo de que después ya no la volviese a ver, pero me conocía y jamás lo permitiría, aquella mujer me importaba, la consideraba mía. Me alojaría en la casa de mi amigo Jorge. Este se enamoró locamente de una española y llevaba años sin verle, éramos amigos de sangre, nuestro vínculo de amistad era muy fuerte.

Tendríamos que dormir a la intemperie, elegí un lugar resguardado por los árboles, lejos de todo transeúnte y camino, recogí leña y me dispuse a hacer fuego, ambos nos pusimos alrededor de este y comimos un poco de pan y queso que había en la alforja. Ella estaba muy silenciosa, pensativa.

—¿Qué te pasa muchacho?, estás muy callado esta noche.

—Nada, solo pienso en la pobre gente que asesinaron en el castillo.

—Pensar eso te entristece. No podemos hacer nada Juan, el mal ya se ha hecho, con lo cual no podemos evitarlo. Lo único es saber quién

dio la orden y por qué, y tranquilo que lo pagarán. La justicia existe para ese tipo de miserables, si no es ahora será en otro momento, pero esas personas tienen tanto mal a sus espaldas que inevitablemente, en algún momento de su vida, se encontrarán con la justicia.

Se hizo un silencio, ella no contestó

—Hay algo más, ¿verdad? —le pregunté.

En el fondo deseaba que ella se sincerara conmigo y me dijese toda la verdad, pero estaba claro que no confiaba en mí.

—No, no hay nada más.

Dicho esto se arrojó con una manta al lado de la lumbre, se hizo un ovillo y se quedó dormida. Yo no podía pegar ojo, la observaba, aquellos hombres no me gustaban, tenían interés en María y no sabía el por qué, estaba tenso, sabía que sus intenciones no eran buenas.

Me fijé en ella, con la luz de la lumbre reflejada en la parte descubierta de su rostro, «qué bella era!», hasta vestida de muchacho se podía apreciar su delicadeza, «¡no!, nunca permitiré que la encuentren», me dije para mis adentros.

Me aproximé a ella, estaba tiritando, así que decidí dormir a su lado y así poderla dar calor con la cercanía de mi cuerpo, la abracé y ella se giró, se acurrucó en mi regazo, aquello sí que no me lo esperaba. La rodeé, pero en esa posición, sintiéndola tan cerca, notando su respiración, sentía el deseo de tenerla. La capucha se había bajado un poco, ahora sí que se apreciaban sus rasgos, necesitaba besarla, mi cuerpo así me lo exigía. Levanté con delicadeza su bello rostro y bajé el mío hasta que mis labios se posaron en los suyos, ella respondió levemente a mi beso, sentí la humedad de los suyos acariciar los míos, «Dios mío —pensé—, no quiero detenerme». En ese momento se acurrucó sobre mi pecho. Decididamente aquella mujer me había embriagado, me excitaba, atraía, sentía la necesidad de hacerla mía en aquel instante, era un sentimiento inexplicable que me atormentaba día y noche, y no estaba dispuesto a que una mujer nublara mi mente y más ella, la hija de aquel asesino. Pero sabía que era una batalla

perdida, me había cautivado.

La abracé y le puse mi manta sobre su cuerpo, dejó de temblar.

Un ruido me despertó, miré a mi alrededor, me asusté, pensé que se había marchado María, pero no, allí estaba, apoyada en mi regazo, no se había movido durante toda la noche. Subí su capucha y me deshice de sus brazos con mucho cuidado, temía despertarla.

Me levanté y fui a observar qué había sido aquel ruido, miré por los alrededores y no vi nada, regresé al lugar donde estaba María, teníamos que emprender camino hacia León. El fuego se había apagado, cogí la leña e hice una buena lumbre, ella se empezó a despertar.

—¿Has dormido bien? —Le pregunté, sabía que así había sido, toda la noche le estuve dando calor para que no notase la frialdad de la misma, temía que se volviese a poner enferma.

—Sí, he dormido fenomenal —contestó, con una gran sonrisa que se vislumbraba tras esa capucha que ya empezaba a odiar.

—Hoy llegaremos a León, ya me dirás dónde está la casa de tu familiar.

—Sí, está en las proximidades de la plaza.

Hubo un silencio, estaba preparándole un desayuno con las escasas provisiones que nos quedaban.

—Gracias, Henric, por acompañarme, por salvarme...

Aquellas palabras me estremecieron, venían de ella y yo sentía que salían de su corazón.

—De nada, pero era mi obligación.

No quería que aquella mañana tocase a su fin, estuvimos cabalgando durante toda la jornada, tenía su cuerpo aprisionado entre mis brazos, notaba su respiración, la necesitaba cerca de mí, no quería que aquello acabase, pero tenía que ser así. Ya no era solo la necesidad de que fuese mía por despecho por lo que hizo su padre, sino que quería que

ella también sintiese esa necesidad de estar conmigo.

Las puertas de la gran ciudad se veían desde la lejanía, y una gran tristeza invadía mi alma porque sabía que por el momento tenía que separarme de ella.

Entramos por la gran puerta, estaba anocheciendo y un sol rojo nos guiaba por el camino hacia el interior de la ciudad amurallada. De la tranquilidad pasamos al bullicio de una villa llena de vida, donde peregrinos, mozárabes, damas de buena posición, prostitutas, caballeros templarios y guerreros de diversa índole se cruzaban por las calles. Llegamos a las proximidades de la plaza.

—Ahí es, Henric.

Señaló una gran casa con un escudo en la puerta donde figuraba el León, símbolo de la gran ciudad. Tenía una puerta ancha, tres plantas y varios balcones que daban al exterior.

Me bajé del caballo y esta vez sí que no pude evitar cogerla de la cintura y retenerla entre mis brazos, la deposité en el suelo, ambos permanecíamos en silencio, nos miramos, ella me sonrió. Deseaba besarla pero no podía o, al menos, por el momento.

—Gracias por todo. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Me quedaré unos días por aquí, tengo un amigo que seguro se alegra de verme.

Hubo un silencio.

—Hasta pronto, Henric. —Y alzando la mano se dio media vuelta.

Ahí me quedé yo, junto a mi caballo, mirando cómo se alejaba.

CAPITULO V

La carta

No quería separarme de él, pero sabía que tenía que ser así. Hice verdaderos esfuerzos por no girarme para verle por última vez, sabía que si seguía mis impulsos correría al encuentro de sus brazos, debía ser prudente y comportarme con cautela, no confiaba en aquel hombre, quería creer que él no había participado en el asesinato de mi padre, pero a pesar de mis dudas y temores no podía impedir que mi corazón latiese cada vez que estaba cerca de él.

Toqué la puerta y me di ligeramente la vuelta, todavía estaba donde lo dejé, junto a su caballo observando, suspiré, la puerta se abrió y ante mi estaba Leona, no había cambiado mucho desde la última vez que la vi, seguía siendo una mujer atractiva.

Mi madre iba mucho a visitar a su hermana, los recuerdos más bonitos los tenía en esa casa, donde mi madre fue feliz, se sentía libre y reía y hablaba horas con mi tía Isabel.

—Lo siento, no tenemos camas para dar cobijo a peregrinos.

—¡Leona, soy María!, la hija de Laura, la hermana de Isabel.

—¡Dios mío! pero... —Empezó a hacer aspavientos con los brazos.

—Por favor, ahora te explico, pero déjame entrar y cierra la puerta.

Leona cerró la puerta tras de mí.

—¿Pero qué hace una señorita como usted vestida así?

Me quité la capucha, las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas, tenía mucha tristeza acumulada que necesitaba descargar: la muerte de mi madre, la desaparición de mi hermano Juan del que no pude despedirme, y el asesinato de mi padre, así como el temor de que Ana pudiese estar muerta también. No podía dejar de pensar en la incursión cruel al castillo. Además, en esos momentos se sumaba la pérdida de aquel hombre por el que sentía una atracción fuerte y del que me

producía un dolor tremendo la separación. El llanto cada vez era más fuerte.

Leona se acercó y me abrazó.

—Mi niña, sé lo de tu madre, pobrecita mía. ¡Ven!, que te voy a llevar a ver a tu tía que se va a alegrar de tenerte junto a ella.

Me precedió por las escaleras por las que tanto había jugado con mi hermano y me guio hasta la biblioteca. Allí, sentada, junto al gran ventanal, estaba mi tía leyendo. A pesar de su edad todavía conservaba su belleza. Ante nuestra llegada ella levantó la mirada, al vernos se extrañó.

—¿Se puede saber quién es este peregrino...? —No terminó la frase, se levantó y lentamente se acercó a mí.

Las lágrimas recorrían sus mejillas.

—¡No puede ser! —repetía.

Llegó hasta mí, nos miramos, ambas llorando, nos fundimos en un fuerte abrazo.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? —me preguntó.

Yo no podía dejar de sollozar.

—Bueno, tranquila, ya me contarás, ahora Leona te llevará a tu habitación para que tomes un buen baño, te asees y descanses. Tenemos mucho tiempo mi niña...

Mi tía se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

Recordaba cada rincón de aquella casa como si hubiese sido ayer la última vez que estuve allí: las escaleras que subían a la tercera planta donde se encontraban las habitaciones, el largo pasillo con los grandes cuadros de mis abuelos y todos los antepasados de mi madre, y allí estaba la habitación que siempre había ocupado durante mis largas estancias de verano en la casa de mi tía.

—Gracias, Leona —le di un gran abrazo y un beso en la mejilla.

—De nada, mi niña, ahora te subo agua caliente para que te puedas

bañar, que la verdad, te hace falta.

Le sonreí. Cerré la puerta una vez que esta se alejó.

Me detuve a observar cada rincón, estaba tal cual yo lo recordaba. Una gran cama en el centro, un aseo con una bañera en medio. Mis ojos se dirigieron hacia el gran balcón por el que tanto me gustaba asomarme. Me dirigí a él, descorrí los grandes cortinajes, la intensa luz penetró en la sala. El ventanal daba a la calle principal donde Henric me había dejado. Observé que él ya no estaba ahí, en el fondo deseaba que todavía pudiese estar esperándome.

Suspiré, me di media vuelta y vi aquella cama, por fin podría descansar, aquello suponía todo un privilegio.

Llamaron a la puerta, era Leona que transportaba, junto con otra criada, varias palanganas llenas de agua humeante, las depositaron en la bañera. Después Leona abrió el armario de par en par y frente a mí vi todos los vestidos de mi madre antes de casarse, eran sus prendas de juventud que siempre se quedaron en el hogar paterno.

—¿Los reconoces? —me dijo Leona mirándome con una gran sonrisa.

—¡Sí! —Estaba emocionada,

Me acerqué para tocarlos y olerlos, la esencia de mi madre seguía impresa en el tejido. Recordé cuando de niña los veía en el armario, en un rincón, mi madre siempre me decía que algún día serían para mí.

Se marcharon de la habitación para que pudiera descansar y asearme.

Me desnudé y doblé con delicadeza la ropa que me había dado mi hermano, y desprendí la navaja que este me había regalado para ponerla junto a su ropa, tenían un gran valor para mí, ya que le pertenecían. Me quité la capa por la que había ocultado mi condición de mujer y la deposité junto con el resto de pertenencias. Poco a poco iba apareciendo la mujer que había escondido tras esas vestimentas de hombre, solté mi melena y mis rizos cayeron por mi espalda, «qué felicidad», pensé, por fin me despojaba de todo aquello. Me metí poco

a poco en el baño y me sumergí en aquellas aguas templadas, quería olvidar el dolor que sentía, la tristeza de un corazón roto, no quería pensar, solo aislarme del mundo.

Cuando salí del baño me puse el camisón que había entre la ropa de mi madre y me hundí entre las sábanas de aquella cama, cerré los ojos, la tierra se detuvo para mí y por un momento perdí la noción del tiempo y el espacio.

Fue mi tía la que entró en mi habitación para despertarme.

—¡Querida! ¡Tienes que cenar algo!, ¡estás muy delgada! Vístete y baja al comedor, así podremos charlar un poquito —me dijo.

—Sí, tía, perdona, me he quedado dormida.

Me puse uno de los vestidos de mi madre y bajé al comedor con mi melena todavía húmeda cayéndome en forma de tirabuzones por la espalda.

—Cariño, ¡cómo te pareces a tu madre!

—Gracias tía, pero ella era muy bella, yo no puedo compararme.

—¡Qué modesta eres criatura! —Se rio.

Me acomodé y mis ojos solo se fijaban en las viandas que iban depositando sobre la mesa, mi tía me observaba, y yo no podía contenerme ante aquellos succulentos platos. Una vez hubimos finalizado, nos dirigimos a una salita contigua donde mi tía solía tomar el té.

—Ahora, cariño, explícame todo lo que ha pasado.

Le conté con detenimiento todo lo acontecido a excepción del encuentro con Henric en el jardín de mi casa. Describí la fiesta, el motivo de esta, la presencia del irlandés, la incursión de aquellos bárbaros en mi hogar, mi huida, el asesinato de mi padre y la ayuda del caballero extranjero hasta llegar a León.

Mi tía no daba crédito a todo lo que estaba escuchando, guardó silencio, me examinaba preocupada y temerosa ante todo lo sucedido.

—Bueno, cariño, aquí no tienes nada que temer, nadie te hará daño estando en León y menos en mi casa, nosotros estamos muy ligados a

la corona, ofendernos a cualquiera de nosotros es como meterse con la corona, y eso lo sabe todo el mundo que pisa León por primera vez. Eso sí, me tienes que prometer que por el momento no irás a ningún sitio sin decírmelo y ni que decir tiene que tampoco debes ir sola.

—No te preocupes tía, no quiero ni tengo intención de salir de aquí.

—¡No, cariño!, eso no... Aquí hacemos mucha vida social, tienes que olvidarte de todo lo que has pasado. Pasado mañana estoy invitada a una gran fiesta que da el conde Roder, han tenido un hijo varón y han organizado una gran fiesta, iremos las dos.

—No, tía, no me apetece...

Me interrumpió y con una gran sonrisa me dijo.

—Sí, cariño, me tienes que acompañar, hay que arrancar esa tristeza que está taladrándote el alma. Además, no quiero dejarte en casa sola, prefiero tenerte siempre cerca.

—¿Un no por respuesta no te vale?

—No, no me vale.

Ambas nos reímos. La verdad es que con mi tía siempre había tenido un buen entendimiento.

Aquella noche tuve una pesadilla que apenas me dejó descansar: Henric estaba en el campo de batalla, defendiéndose, tras él numerosos hombres a caballo se aproximaban, estaba solo, iban a matarle, yo no podía gritar, algo me lo impedía, necesitaba avisarle, quería que huyese, pero de repente esos hombres le atravesaron con sus dagas, una gran tristeza y angustia provocó que me despertase agitada, con miedo. Estaba sudando, temblaba, sentía pánico por aquella escena en la que él moría. Necesitaba desahogarme, me puse a llorar, me horrorizaba la idea de que muriese aquel hombre y más el saber que ya no le volvería a ver.

Mi tía estaba muy ilusionada de que la acompañase a la fiesta, iba a ser por la noche. La mujer de aquel conde era muy amiga de ella. Aquella mañana estaba nerviosa buscando la prenda más adecuada para mí, abrió el armario de par en par y extrajo un vestido rojo de

terciopelo.

—Este es el que te pondrás querida —La miré atónita.

—Pero tía... yo no quiero ir, por favor, déjame aquí tranquila, sabes que no estoy para fiestas.

—Lo sé, y es por eso por lo que más deseo que me acompañes, tienes que distraerte cariño.

Sabía que era una batalla perdida, estaba empeñada en que fuese con ella.

Me armé de valor, ya que las fiestas no me gustaban y más en aquellos momentos.

Subió Leona y me ayudó a ponerme aquel vestido rojo. Era ajustado, hasta el principio de la cadera, después caía hasta llegar a los pies. El escote no era muy pronunciado, pero sí se insinuaba. Leona me colocó un collar que tenía una pequeña lágrima de color rubí, realmente era precioso. Después me forzó a darme media vuelta y empezó a emplearse a fondo con el peinado, me colocó cada rizo con esmero, estos empezaron a caer en cascada por toda la espalda y, después, con mucha paciencia, me hizo una trenza a modo de diadema. Cuando finalizó, colocó sobre esta una flor diminuta blanca y otra roja, así las fue alternando. Tocaron a la puerta, era mi tía que portaba unos pendientes con forma de lágrima al igual que el collar, de color también rubí, me los puse.

—¡Madre mía, cariño! —dijo mi tía—. ¡Estás preciosa!

—¡Estás muy bonita! —dijo Leona—. Cuánto te pareces a tu madre, cariño.

—Qué exageradas sois —dije.

Leona me forzó a darme la vuelta y ponerme frente al espejo.

Hasta yo misma me sorprendí, el vestido realzaba mi figura y su color contrastaba con mi pelo y ojos negros.

—¡Leona!, hoy has obrado en mi un milagro.

Esta se rio.

—Es que había materia prima de sobra. —Se volvió a carcajear y se

dirigió hacia la puerta.

Mi tía estaba nerviosa, siempre le había gustado ser muy puntual y ya íbamos con retraso. Me apremió para que me metiese en el carruaje, ya dentro no paraba de hablar. El palacete al que íbamos estaba próximo a la casa de mi tía. Atravesamos callejuelas oscuras, en las que se veía mucho transeúnte, mozárabes, peregrinos, caballeros de diversas órdenes, mujeres, niños, todos ellos se apartaban a nuestro paso y nos miraban con curiosidad. Una vez lejos de ese tumulto, apareció ante mis ojos aquella casa iluminada por antorchas.

Era de dimensiones enormes, una grandiosa puerta nos daba la bienvenida.

Mi tía me empujó, estaba intranquila.

—¡No te entretengas, María!, llegamos tarde.

Pero yo no podía evitar examinar todo lo que me rodeaba. Pasamos a través de un pequeño jardín con olor a lilas, un camino de tierra a cuyos lados había rosales que estaban repletos de capullos de color rojo y amarillos, el perfume que desprendían conforme avanzábamos era impresionante. Llegamos al salón donde había muchos invitados ataviados todos ellos con sus mejores galas, pero no me apetecía observar sus trajes ni cotillear, deseaba percibir cada sensación que me producía lo que me rodeaba en ese momento. Mi tía me llevó directamente a presentarme a la condesa.

—Así que esta es tu sobrina. ¡Qué callado te lo tenías!

Isabel entabló una conversación con ella y yo decidí alejarme y buscar un sitio tranquilo donde poder respirar.

Me llamó la atención un grupo de mujeres, con sonrisa forzada que flirteaban ante la presencia de un hombre, al cual rodeaban, a él no lograba verle el rostro, pero estaba claro que a aquellas féminas les resultaba aquel varón muy atractivo e interesante, ya que no dejaban de tontear ante su presencia. Aquello me indignaba, no soportaba la idea de que una mujer se rebajase ante un hombre y pudiese caer tan bajo, sus carcajadas se escuchaban hasta donde yo me encontraba. Al

poco apareció otro caballero, al parecer amigo del tan halagado joven y empezó a participar en el cortejo. Necesitaba encontrar un sitio donde esconderme del tumulto, las fiestas no me gustaban y más después de mi última experiencia, el recuerdo de mi hermano Juan, mi tata Ana y mi madre me venían a la memoria y aquello me provocaba una gran tristeza, me ahogaba, necesitaba salir al jardín.

Desde aquel lugar se escuchaba la música, pero me sentía más tranquila, alejada de tanto bullicio, no tenía ganas de diversión ni de baile. Observaba el cielo y pensaba en Ana y en mi hermano, «¿estarían vivos?», me preguntaba. «Dios mío, ayúdame», dije. Me sentía muy triste.

Me senté en un banco de piedra que estaba ubicado un poco alejado de la salida principal al jardín, estaba tan ensimismada en mis pensamientos que apenas noté que no estaba sola.

—¿Qué hace una bonita dama lejos del baile?

«Aquella voz..., me resultaba conocida, era la de Henric». En aquel momento todo mi cuerpo temblaba, no podía estar frente a él, mis sentimientos me delatarían.

—¿Se encuentra bien? —Volvió a preguntar.

Sabía que era mejor darse la vuelta y afrontar aquella realidad, debía escabullirme lo antes posible y decir a mi tía que nos teníamos que marchar. Me volví y me puse frente a él.

«Dios mío —pensé—, qué guapo es». Su gran altura, corpulencia, su pelo negro y aquellos ojos verdes que me miraban fijamente mostrando en su rostro una bonita sonrisa, no quería que notase los sentimientos que despertaban en mí. Iba con una túnica de color azul que le llegaba por la mitad del muslo, sujeta por un cinturón de cuero negro, también llevaba unos pantalones negros y unas botas del mismo color. Por su ropa supe que se trataba del hombre al que rodeaban aquellas mujeres.

—¡Vaya! Si es usted... la joven que me propinó una patada en la espinilla y...

Agradecí que no siguiera con aquello, el pensar en la escena

apasionada de aquel beso me ruborizaría

—María... ese es su nombre, ¿o me equivoco?

—No, no se equivoca, disculpe, he venido con mi tía y creo que debe estar preocupándose de no verme en el baile.

Tenía la intención de irme, pero él se puso delante mí e impidió que avanzase.

—Por favor, no se marche, al menos permítame hablar un momento con usted. —Asentí.

Él me invitó a que me acomodase en un banco de piedra y se sentó muy próximo a mí. Tenerle otra vez tan cerca hacía que me faltase el aire, aquel hombre me provocaba sensaciones fuertes, me ruboricé y él lo debió notar pues una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Me tiene miedo? Creo que huye de mí y no entiendo el porqué.

—¿Que no entiende por qué?

Aquello me irritó. ¿Cómo podía tener tanta cara dura?, él, que me había besado y retenido en contra de mi voluntad ¿no entendía por qué?, ¿qué se había creído? Detestaba a aquellos hombres que creían que podían hacer su santa voluntad en el momento que más les complacía.

—Por favor, me besó sin yo consentírselo y me retuvo entre sus brazos forzándome a darle una patada en la espinilla, y todavía tiene usted la desfachatez de decirme que no sabe el porqué.

Soltó una carcajada, y conforme más se reía más me irritaba.

—Disculpe, pero esta conversación ya ha acabado. —Hice intención de levantarme pero su brazo me forzó a sentarme.

—Y sabes, querida María, que de eso no me arrepiento y es más, lo volvería a hacer.

Debí poner una cara extraña ante la idea de pensar que lo repetiría en aquel momento.

—No se atreva —le reté, y él estalló con otra risotada.

Mi malhumor aumentaba por momentos. Fijó sus ojos en mí y

aquella sonrisa no se desdibujaba de su rostro.

—¿Sabes?, me vuelves loco, y siento decirte que no te puedo prometer no volverte a besar, ya que cada vez me gustas más y siento el deseo de retenerte entre mis brazos..., y sé, española que tú también me deseas.

Me levanté y él me siguió con ese odioso gesto que detestaba.

—Pues siento decirle que está muy equivocado, irlandés. Y escuche bien, no lo vuelva a intentar o no respondo.

La ira se estaba apoderando de mí, se estaba divirtiendo a costa mía. Aquel hombre me sacaba de mis casillas, agarré mi vestido con las dos manos y me dispuse a andar hacia el interior de la sala, quería irme, porque lo peor de todo es que sabía que él tenía razón, deseaba que él me besase otra vez, no quería apartarme de su lado, pero mi orgullo y honor estaba muy por encima de todo eso, así como mi desconfianza hacia él. Su brazo asió fuertemente el mío y tiró de mí hasta posicionarme frente a él, su fuerza me retenía, estaba tan cerca de aquel hombre que mi corazón empezó a latir con gran rapidez, su semblante se había vuelto serio, me miraba. Su gran altura y corpulencia me superaban con creces, sabía que ante él no podía hacer nada. Pasó su otro brazo por mi cintura y me atrajo con firmeza hacia él, mi cuerpo estaba muy próximo al suyo, podía sentir su respiración. Me miraba, sus ojos verdes estaban clavados en los míos, en ellos veía ternura y deseo, su mirada me embaucaba, sabía lo que iba a suceder, lo deseaba pero me resistía a ello. No podía defenderme, aquel hombre con su fuerza había inmovilizado cualquier movimiento mío.

—Yo sé que me deseas tanto como yo a ti, española .

Bajó su rostro y me besó el cuello, humedeciendo mi piel tras el suave contacto con sus labios, intenté resistirme pero era una batalla perdida.

—Estás muy equivocado, detesto lo que representas, odio a los hombres que son como usted, que se creen que pueden hacer lo que quieran y usan su fuerza para conseguirlo.

Mis palabras fueron duras y noté como le afectaban, su mirada cambió y su expresión se tornó más seria, aflojó sus brazos, me soltó.

En ese momento apareció una de las mujeres que flirteaban con él, su cabellera rubia caía por toda la espalda, exuberante, llevaba un vestido azul muy escotado que caía hasta el suelo, tenía los ojos azules, Henric cambió su gesto y dibujó una sonrisa en su rostro.

—¿Qué haces aquí? Te hemos estado buscando, acuérdate de que me has prometido este baile.

—Tienes toda la razón. —Acto seguido me miró—. Señorita, ha sido un placer.

Aquella mujer pasó su brazo por el de él y se alejaron dejándome allí sola.

Los celos me estaban atormentando, pero sabía que mis palabras habían sido muy duras, le había dicho que le odiaba y detestaba. ¿Cómo podía haberle comentado aquello?, le había alejado de mí para siempre. Por una parte mi cabeza me decía que era lo mejor, pero el corazón no seguía las instrucciones de la razón, estaba triste, sentía pena de mí misma, realmente aquel hombre me importaba, era más que una atracción, que un deseo, mis sentimientos eran mucho más fuertes y, ante aquello, no podía hacer nada.

—¿Pero qué haces aquí María? —Era mi tía—. ¡Vamos!, ha empezado el baile.

Ella tiró de mí, me llevó hacia el interior, yo no quería ver a Henric bailando y tonteando con aquella joven.

La música estaba muy alta, se oían risas y mucho bullicio. Miraba a Henric y no me percaté que alguien se acercó a mi tía y a mí.

—Disculpe, señorita, me concede este baile.

Miré al caballero que me lo había dicho, mi corazón empezó a latir y el pánico se apoderó de mí, era el mismo hombre que había visto en la taberna, aquel joven rubio, vestido de negro que me observaba.

Titubeé, no deseaba bailar con él, ya que me producía cierto rechazo. Mi tía al ver mi desgana respondió por mí.

—¡Pues claro! —Me empujó.

—La verdad es que no sé bailar muy bien, es preferible que lo haga con otra joven.

—Ese no es ningún problema para mí, yo le guío. —Cogiendo mi mano me llevó hacia la pista.

La verdad es que era un buen bailarín, pero había algo en él que no me gustaba, quería alejarme.

—¿Es usted familiar de aquella dama? —Señaló con su mirada a mi tía.

—Sí, soy su sobrina, pero... ¿por qué desea saberlo?

—Simple curiosidad

—¿Usted la conoce?

—En persona no, pero sí que la he visto en algún que otro encuentro.

Hizo un movimiento inesperado que me impidió seguir contestándole.

—¿Y a qué ha venido a León? Señorita...

—A ver a mi tía. —Quise cambiar de conversación, aquello parecía un interrogatorio que no me gustaba. —¿Quién es usted, caballero?

Ante mi pregunta me miró con curiosidad.

—Yo... sonrió, soy un guerrero, mis antepasados así lo fueron y yo lo he heredado. Lucharon en la batalla del Clavijo, seguro que con algún antepasado suyo.

—¿Por qué dice eso?

—Porque casi todas las buenas familias de León sus antepasados lucharon en esta batalla. ¿Y su familia es de aquí? ¿O me equivoco?

—No, son de aquí.

—Pues entonces nuestros antepasados lucharon juntos. ¿Y sabe lo que se cuenta de aquella batalla? —Ante su pregunta negué con mi cabeza—. Que se venció a los musulmanes por la intervención milagrosa del apóstol Santiago. Según la leyenda uno de los caballeros

portaba algo que un antepasado suyo cogió del cuerpo del santo cuando se lo encontraron, esa reliquia santa fue pasando de generación tras generación y, allí, en esa batalla, alguien invocó al apóstol, alguien que portaba esa reliquia.

Aquellas palabras me aterrorizaron, estaba casi segura que se refería a la espina de Jesucristo, no quería seguir allí con ese hombre, me sentía amenazada, creía que podía sospechar que yo la tenía, aunque me autoconvencía de que eso era imposible. Por fin la música terminó, quería alejarme de allí, pero ese hombre insistía en bailar otra pieza conmigo, yo me negaba pero él no aceptaba como respuesta un no.

—Perdone, pero este baile me lo había prometido a mí.

Era Henric, que alivio sentí. El hombre inclinó su rostro hacia mí y se marchó.

Henric me abrazó por la cintura y aproximó su cuerpo al mío, la música comenzó a tocar.

—¿Quién era aquel hombre, María? —me dijo con semblante serio.

—No lo sé —le respondí, estaba agradecida a que él me hubiese rescatado de aquel joven.

Entonces me miró muy serio a los ojos.

—Tienes que tener cuidado, ¡prométemelo! —En realidad no sabía a qué venía aquella preocupación por mí.

—¿Por qué? —le pregunté. Aquella noche estaba resultando de lo más curiosa.

—María, tu padre... el castillo...

—Lo sé —le interrumpí—. Sé todo lo que pasó.

No quería que me lo volviese a relatar, cada vez que lo pensaba la melancolía me invadía. El aproximó sus labios a mi frente y me dio un cariñoso beso.

—Lo siento, de verdad, siento tu dolor. Pero como no se sabe la intención de los que hicieron aquello y el motivo, tú debes tener especial cuidado.

Seguimos bailando y agradecí que Henric no comentase nada más, yo estaba centrada en mis pensamientos, interiorizaba las palabras del irlandés, él tenía su semblante serio, su rostro había cambiado. Acabó la música y se despidió.

—Me tengo que marchar. Recuerda, ¡ten cuidado! —Cogió mi mano y la besó con dulzura.

Le vi cómo se alejaba y desaparecía entre la multitud, en ese momento me dirigí a mi tía y le supliqué con la mirada que necesitaba irme, no quería estar más allí, me daba pánico volver a encontrarme con aquel hombre de pelo rubio cuyo nombre desconocía, al igual que no paraban de repetirse las palabras de Henric en mi mente: «Ten cuidado». ¿Sabía él algo más que yo desconocía? Por una parte parecía que yo era una más de sus conquistas, pero por otra parte mostraba cierta preocupación por mi persona que me desconcertaba. Nos despedimos y por fin arrancamos en la carroza dirección a la casa de mi tía Isabel.

—¿Qué tal te lo has pasado, cariño? —me preguntó mi tía con una sonrisa en su rostro.

—Bien —mentí.

En esos momentos me vino a la cabeza la cruz de Santiago de mi madre que había dejado escondida entre las prendas de mi hermano de peregrino, al igual que la navaja que él me había regalado. Le prometí a mi madre que siempre la llevaría conmigo, ya que el valor que había en su interior era incalculable y muy peligroso si alguien lo encontraba, pero aquella noche, con el escote del vestido temí que alguien preguntase por la cruz, ya que era muy especial, diferente a las que había visto hasta el momento. Estaba deseando llegar al hogar de mi tía para ponérmela y quedarme tranquila.

Las luces de la entrada se divisaban desde la lejanía, «por fin, —pensé—, ya hemos llegado». En cuanto entramos por la puerta me despedí de mi tía alegando que estaba muy cansada y subí rápidamente

a la habitación, rebusqué entre la ropa de peregrino y allí estaba la cruz. Me la llevé a los labios, «gracias, Dios mío», repetí en voz alta. Me la colgué alrededor de mi cuello y la presioné con mis manos, jamás me la debía volver a quitar, así me lo hizo prometer mi madre y ella fue la que me trasladó el peligro de que cayese en otras manos, y si me lo dijo es porque sabía que era muy peligroso, si no, conociendo a mi madre, jamás me hubiese alertado de esto. Me desvestí y me metí entre aquellas sábanas tan suaves.

No sé qué hora era cuando Leona entró rápidamente en mi habitación haciendo aspavientos con los brazos, descorrió las cortinas y abrió las puertas del balcón.

—¡Vamos perezosa! —Me tapé con las sábanas el rostro.

—Pero si no tengo prisa, Leona. —Leona se detuvo y poniéndose las manos en jarra me miró muy seria.

—¡Claro que sí! Hoy vas con tu tía a caballo.

—¿Hacia dónde?

—Al convento de San Marcos, así que ponte ropa de montar, muchacha.

Elegí un traje azul celeste de mi madre, me recogí el pelo en un moño y ya estaba lista para esta nueva hazaña.

Cuando bajé a desayunar allí estaba mi tía con su gran sonrisa esperándome.

—¿Ya estás cariño?, te estoy esperando.

—¡Tía! ¿A dónde tenemos que ir? —dije sorprendida y molesta, pues estaba muerta de sueño.

—¡Ah! Es que se me olvidó comentártelo ayer, te llevo al convento de San Marcos, hay una persona que quiere conocerte.

—¿Quién? Yo no quiero conocer a nadie.

—¡Claro que sí, mi amor! Te presentaré a alguien que fue muy importante para tu madre, tu abuelo y toda nuestra familia, siempre

nos ha ayudado.

—¿Y se puede saber quién es?

—¡Qué curiosa eres!, anda desayuna, que vamos a llegar tarde.

No hice más preguntas, pero todo aquello me intrigaba, por qué tenía tanto interés en que me conociera alguien, sabía que habían asesinado a mi padre, le conté mis sospechas de que a lo mejor me perseguían para matarme. Necesitaba estar tranquila, sopesar todo lo que me había pasado, pero mi tía se había empeñado en sacarme del hogar. Estaba claro que no podía permanecer mucho tiempo más en casa de ella, quizás debía plantearme lo que dijo mi madre, llevar la santa espina al sitio que corresponde, al punto exacto de donde vino, pero estaba claro que una mujer sola nunca podría llegar a aquel lugar, debía meditar sobre qué hacer con mi vida, cómo orientar los últimos acontecimientos que me habían sucedido. Intenté no agobiarme, estaba inquieta, veía mi vida como un torbellino del que por el momento no podía o no sabía escapar.

Aquella yegua era magnífica, negra e indomable, me iba como anillo al dedo, se parecía mucho a mí. Mi tía la llamaba Sarah, ella me dejó elegir y cuando vi al animal supe que sería mi compañera de viaje. Nos miramos, aquel caballo me recordaba a mí: encerrada en una celda con el deseo de trotar y ser libre. Hubo una conexión muy especial entre el animal y yo.

El convento estaba muy próximo a León, no obstante había que salir fuera de sus murallas para llegar hasta él, atravesamos una explanada verde, repleta de vegetación, notaba como la brisa de primavera acariciaba mis mejillas, me sentí libre, necesitaba seguir cabalgando hasta donde me llevase Sarah. Atravesamos el río Bernesga a través de un puente de piedra que daba paso al convento, se divisaban sus grandes torres y sus anchos muros. Accedimos a él a través de una gran puerta que daba paso a un atrio donde dejamos nuestros caballos. Mi tía me indicó que la siguiera, conocía perfectamente aquel lugar, era como si estuviese en su propia casa. Alcanzamos un gran pasillo, al

final de este llegamos a otro espacio abierto donde mi tía me dirigió hacia una de las cuatro puertas que lo rodeaban, allí entramos a una sala prácticamente vacía y repleta de cuadros que representaban la vida del apóstol Santiago. Isabel se detuvo en mitad de la sala.

—Esperaremos aquí —me dijo en silencio.

—¿Qué es esto tía?

—Ya lo sabrás, impaciente.

—¿Pero saben que estamos aquí? Yo no he visto a nadie en ningún sitio.

—Sí, lo saben.

Dicho esto me miró muy seria, su semblante cambió, no conocía aquella cara de ella, no era la alegre y cariñosa tía Isabel, sino que ahora estaba fría, su mirada reflejaba temor, aquello me asustó.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que apareció alguien. De repente una puerta se abrió y acudieron dos hombres con una túnica blanca que les llegaba casi hasta el suelo sujeta por un cinturón marrón y en el centro de esta llevaban pintada una cruz de Santiago como la que me había regalado mi madre, así como una capa y unos pantalones color gris al igual que la malla que les cubría la cabeza. Mi tía en ese momento hizo una pequeña reverencia y me miró a mí con seriedad para que yo la imitase. Hice lo mismo, me incliné levemente, ellos bajaron ligeramente sus cabezas y sin mediar palabra se giraron y empezaron a caminar hacia otro recinto, mi tía les siguió y yo detrás de ella. Aquello me daba bastante respeto, esos serían los caballeros a los que se refería mi madre, guerreros de la orden de Santiago, sentí pavor, sabía que mi madre quiso trasladarme el peligro de que alguien de la orden supiese el paradero de la sagrada espina de Jesucristo, lo que no entendía era por qué mi tía me había guiado hasta allí. La sala a la que nos llevaron era más pequeña que en la que habíamos estado esperando, en el centro de esta había una gran mesa y detrás una silla y delante de la mesa dos sillas más y, de pie, tras la silla había un hombre corpulento, alto, con las mismas vestimentas que los dos hombres

anteriores. Se acercó a mi tía y a mí, a continuación hizo una señal a los otros dos hombres, los cuales se marcharon. El hombre se acercó y nos hizo un leve gesto con su cabeza, mi tía se inclinó al igual que lo hizo anteriormente y yo la imité.

—Por favor —dijo, y señalando las dos sillas nos invitó a sentarnos.

Aquella escena me parecía absurda, no reconocía a Isabel. Aquellos hombres con tanto protocolo y silencio me hacían sentir desconfianza

—Así que esta es tu sobrina, la hija de Laura —ella asintió.

Él la miró fijamente.

—Cariño, este es el comendador de la orden de Santiago en León, tú sabes que tu abuelo formaba parte de la orden y tu madre y yo guardamos juramento de obediencia, pues hay algo de vital importancia para la orden, tan importante que creemos que tú puedes ayudarnos.

—¿Yo? —No daba crédito a lo que estaba escuchando. Aquel hombre, ahora sentado frente a mí, no me quitaba ojo, me miraba fijamente, estudiando detenidamente cada uno de mis movimientos.

—Sí, tú —Mi tía hizo una pausa, miró a aquel caballero, este asintió con la cabeza y ella continuó hablando—. Tu abuelo se apropió de una reliquia muy importante para la orden, en su lecho de muerte confesó que había cogido algo que no le pertenecía y que era muy importante para todos ellos, no dijo dónde la tenía, pero la única persona que estuvo con él antes de morir fue tu madre, y se sospecha que él le dijese dónde estaba o se lo diese a ella. Ella ha muerto y si lo hubiese tenido en su poder sabemos que se hubiese sincerado contigo o con tu hermano.

Ambos se quedaron mirándome, en silencio, sabía perfectamente a lo que se referían.

—Pero tía... ¿tú sabes que si mi madre me hubiese dicho algo tan importante como lo que me estás trasladando yo te lo hubiese dicho ya?

—¿Y no te dio nada? —interrumpió aquel hombre con voz grave y

seria.

—No —dije rotundamente—. Mi madre jamás me comentó nada de lo que me están informando.

—No obstante, si recuerdas algo durante este tiempo que vas a estar con tu tía, por insignificante que te parezca, díselo a ella, porque como te ha comentado es muy importante recuperar ese objeto. Las vidas de todos nosotros, incluso la tuya y la de tu tía podrían estar en peligro. Hay personas relacionadas con esta orden que están detrás de esa reliquia, son muy peligrosos, y sus intenciones no son otras que utilizar el objeto sagrado para su propio beneficio y poder.

—Así lo haré.

En ese momento entraron los dos hombres que nos habían guiado hasta aquella sala.

—Cariño, vete con ellos, te llevarán donde hemos dejado a los caballos, yo voy ahora, tengo que hablar unos asuntos con el comendador.

Los dejé allí, serios.

Ya en el patio junto a Sarah me encontraba más tranquila, todo aquello me resultaba muy extraño, «¿y si es cierto que nuestras vidas corren peligro? —pensé—. No, mi madre fue muy clara en sus palabras, le hice una promesa y solo debía creer y recordar siempre lo que ella me dijo».

Escuché el relinchar de un caballo, se acercaban varios hombres, me escondí en un rincón oculto del patio. Entraron rápidamente al interior del recinto, llevaban las mismas vestimentas de la orden, iban liderados por aquel hombre de negro con el que había bailado en la fiesta. Le observé, iba muy seguro y conocía perfectamente cada rincón del convento, daba órdenes a los caballeros que le acompañaban. Se topó con mi tía, esta le saludó. ¡Le conocía! No entendía nada, en el baile fue como si se tratase de un auténtico desconocido. Él parecía estar enfadado con ella, mi tía agachaba la cabeza y no decía absolutamente nada. No entendía lo que estaba pasando, ella sabía de la existencia de

aquel hombre. Sentí pavor, aquella escena me hizo desconfiar de la persona que me había dado cobijo y cariño. Quería irme, pero sabía que no debía hacerlo, mi tía no debía sospechar que desconfiaba de ella, ni que la había visto con aquel caballero. Seguí observándoles, yo estaba en una posición que impedía que ellos me pudiesen ver, ella señaló con su dedo el lugar donde yo me encontraba, él, furioso, se dio media vuelta y empezó a caminar con grandes zancadas en la dirección donde yo estaba, me puse nerviosa, mi tía le seguía con rostro serio y de preocupación. En ese momento apareció en escena el hombre que me había presentado, gritó algo que no pude entender, el caballero se detuvo y se dio media vuelta. El hombre se acercaba a él con gran celeridad y le propinó una bofetada, este agachó la cabeza, hizo una reverencia y se marchó precipitadamente hacia el interior del recinto. Aquel hombre miró donde se suponía que estaba yo, se dio media vuelta para hablar con mi tía y después se despidieron. Estaba junto a mi yegua, el corazón me latía rápidamente, estaba asustada y muy triste, desconfiaba de mi tía, no era la persona que yo creí que era, tenía que irme de allí, pero sabía que no iba a ser fácil, decidí no mortificarme con esos pensamientos ahora, quería abandonar y alejarme de aquel lugar, llegar a León y pensar. Ella se acercó sonriente hacia donde yo estaba, nada que ver con la mujer que acababa de ver hablando con aquellos hombres.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

Asentí, nos subimos a los caballos en dirección a León. No me apetecía hablar y a Isabel tampoco, así que hicimos prácticamente todo el viaje en silencio.

Cuando llegamos a la casa, mi tía se disculpó diciendo que no le apetecía comer, que tenía una jaqueca terrible, aquello me alivió, ya que temía que descubriese mi tristeza y desconfianza hacia ella. Decidí comer rápido e ir a la biblioteca que se encontraba cerca del comedor. Aquella sala era muy espaciosa, tenía un gran ventanal que iluminaba todo aquel espacio y una gran silla próxima a ella. La sala era circular

y había varias estanterías donde se disponían estos. Decidí buscar el libro que siempre veía leer a mi madre cuando veníamos a pasar la temporada de verano, necesitaba encontrar la obra del Buen Amor. Busqué por orden alfabético y ahí estaba el manuscrito, lo cogí y me senté, lo abrí y empecé a leer, varias hojas del medio estaban desprendidas y se salían del resto, lo abrí por esa zona y encontré varias cuartillas escritas por otra persona. No tenía que ver aquello con el libro, las extraje, reconocí de inmediato la letra de mi madre, mi corazón pegó un brinco, casi no podía respirar de la impresión, estaba ansiosa por leer aquellos papeles, pero consideré que la biblioteca no era el lugar adecuado, ya que podría pasar mi tía y no me fiaba de ella y tampoco quería dar ninguna explicación. Los metí en donde estaban y me dirigí a mi habitación, cuando entré en esta me senté en la cama y rápidamente extraje los papeles y me puse a leer.

«Querido padre Pablo:

Siento miedo, en ningún sitio estoy segura, mi padre ha muerto. No creo que pueda aguantar mucho más sin que descubran lo que llevo junto a mi día y noche. Me dirijo a usted para que me ayude a hacer la última voluntad de mi padre, llevarla a Jerusalén, por favor se lo ruego, siento que la muerte está cerca, mi marido quiere acabar con mi vida y aquí, sin mi padre, estoy en peligro. Sospecho que le han envenenado, intuía que eso fue lo que pasó. Cuando murió tenía sangre en las comisuras de los labios y el vientre hinchado, él estaba perfectamente el día anterior y amaneció así.

Quiero ir a verle durante mi estancia en León, he pensado dejar a mis hijos con mi hermana Isabel y aprovechar la visita para ir a Saghún, me urge hablar con usted. En cuanto pueda iré a la Peregrina a verle, le aviso con antelación para que sepa de mi encuentro con usted.»

La carta terminaba aquí, «Dios mío, —pensé—, mi madre intuía que habían envenenado a mi abuelo y todo por la espina de Cristo». Empecé a entender el porqué de la insistencia de esta en que la espina

sagrada tenía que devolverse al lugar de donde provenía y ser enterrada allí para siempre. Esa reliquia la cogió un antepasado mío entre las pertenencias del apóstol Santiago, el discípulo de Jesús la trajo consigo desde Jerusalén, allí tenía que regresar, pero claro, eso era imposible, aquello me produjo dolor de cabeza, solo aquel sacerdote me podría ayudar. Estaba intrigada, esa carta nunca llegó a su destino, mi madre la guardó allí, ¿por qué?, ¿qué pasó? No paraba de preguntármelo. Debía descubrir si el padre Pablo, como mi madre lo llamaba, vivía y dónde estaba, la única pista que tenía era que se encontraba en la ciudad de Saghún y un nombre, La Peregrina. Cómo podría sacar información, desconfiaba de todo el mundo que me rodeaba, además tenía la sensación de estar vigilada en todo momento. Me llevé las manos a la cara, era curioso pero ansiaba encontrarme con Henric, necesitaba verle, con él al menos me sentía segura.

Me tumbé en la cama, me sentía perdida, sin saber cómo ni dónde ir, tenía miedo, pensé en mi madre, «mamá, ayúdame, guíame», estallé en un mar de lágrimas, tenía mucho acumulado, la falta y pérdida de mis seres queridos.

Golpearon a la puerta, era Leona.

—¡María! ¿Estás despierta cariño?

Me apresuré a guardar la carta que encontré donde escondía las ropas de peregrino, oculté el papel, nadie podía verlo ni descubrirlo. Me dirigí a la puerta y la abrí para que entrase Leona.

—Cariño, ¿estás bien? —Leona me observaba—. Tienes muy mala cara, como si hubieses estado llorando. —Asentí y Leona me abrazó.

—Venga, arréglate un poco, ese caballero que te trajo vestida de peregrino está ahí abajo y me ha insistido que no se va a marchar hasta que no te vea.

—¿Y cómo sabe dónde vivo?

—Bueno, él te trajo —dijo Leona.

—Sí, pero él no sabía que fuese una mujer.

—Pues ha preguntado por María.

—¡Dios mío! No pienso bajar.

—Pues si no bajas, con lo terco que es ese caballero es capaz de subir a por ti.

—¿Y mi tía? ¿Sabe que está aquí?

—¿Tú tía? Se marchó hace tiempo, al poco de que llegaseis cogió su capa y sin decirme nada fue a por su caballo y se marchó, volverá tarde.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque siempre que actúa así vuelve de madrugada y se va en silencio hacia su alcoba. ¡Anda! Arréglate ya o ese irlandés va a subir a por ti.

Me miré al espejo, tenía los ojos rojos de haber llorado y el pelo revuelto, me peiné un poco, pero no podía hacer nada para borrar las huellas del llanto, Henric era muy astuto y se daría cuenta nada más verme. Suspiré, él sabía quién era, «¡Dios mío!, más problemas», pensé.

Ahí estaba él, esperando en la salita, observando por el gran ventanal el jardín tan cuidado que tenía mi tía. Su gran altura, su corpulencia y aquel pelo negro desordenado le hacían muy atractivo. Tenía las manos en jarras, apoyadas sobre el cinturón que sujetaba su túnica de color blanco y su daga. Su capa blanca estaba en uno de sus brazos, aun estando de espaldas se percibía su fortaleza y masculinidad. Al escucharme entrar se dio rápidamente la vuelta, al verme sonrió. «¡Qué guapo es!» pensé, aquellos ojos verdes mirándome y sus labios... Me propuse armarme de valor, ya que aquel hombre había dado muestras de su poco respeto hacia mi persona, y no estaba dispuesta a que él notase lo que provocaba en mí.

—¡Vaya, vaya! Si es mi adorable Juan, o tengo que decir ¿María? — Se estaba burlando.

—Si lo sabía ¿por qué no me dijo nada en el baile?

—Me divertía aquella situación, además quería estar a solas contigo.

—¿Desde cuándo lo sabe? —Él sonrió.

—Desde casi el principio. Estuviste muy enferma, ¿recuerdas? La fiebre te había subido y tenía que quitarte esa capa horrible y esas vestimentas... fue ahí cuando descubrí que no eras un hombre —Me ruboricé.

—Es usted un bárbaro, un truhan... —Se aproximó a mí, divertido y risueño.

—Recuerda que acordamos tratarnos de tú, ya hay confianza. —Me guiñó un ojo, me estaba fastidiando.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiero invitarte a pasar la tarde conmigo.

—Lo lamento, pero no puedo. —Bajé la mirada.

Él se acercó para posicionarse frente a mí, su semblante estaba más serio.

—¿Qué te pasa? ¿Has estado llorando?

—No creo que le importe mucho. —Me di media vuelta—. Además tiene a otras jóvenes que estarían encantadas de aceptar su invitación.

No podía dejar de pensar en aquella mujer rubia con la que le vi divirtiéndose en el baile. Una carcajada retumbó en la sala.

En ese momento sus dos manos se posaron sobre mis hombros y me obligaron a girarme y estar frente a él.

—No sabía que te hubiese molestado que bailase con mi amiga.

«Quién se pensaba que era», pensé.

—En absoluto, no me importó para nada, al contrario, me alegré de que se divirtiese en el baile con aquella joven tan guapa.

—Bueno, he de confesarte que a mí me hubiese gustado bailar más con mi adorable Juan, ¡huy!, perdón, quiero decir María. —Se volvió a carcajear.

—Por favor, márchese, hoy no estoy para aguantar sus burlas.

Me di media vuelta, no estaba dispuesta a soportar sus insolencias.

Me cogió del brazo. Me retuvo.

—Perdona, María, he sido un grosero, te debo una explicación y creo que tú también a mí.

Tiró suavemente de mi mano hasta posicionarme frente a él, estábamos muy próximos, tanto que di un paso hacia atrás, aquella cercanía me ponía nerviosa y me aceleraba el pulso.

—Por favor, ven conmigo, te voy a llevar a la casa de mi gran amigo el conde Fontendar y su esposa, me gustaría que te conociesen y tú a ellos —me dijo con una gran sonrisa. Esta vez sí que era sincero.

—Lo siento pero hoy no puedo.

—Necesito hablar contigo, tengo que contarte lo que encontré en la casa de tu padre, temo por tu vida y quiero saber quién podría haber hecho aquello, porque mientras no sepamos la o las personas que están detrás de aquellos crímenes, tu vida, española, corre peligro y eso me está atormentado todas las noches, apenas puedo conciliar el sueño y ya no puedo seguir así, así que necesito hablar contigo. La casa de mi amigo, donde me alojo estos días, es un sitio seguro, nadie nos molestará.

—Pero... —Me tomó las manos y me atrajo hacia él.

—Me lo debes, te salvé de aquellos truhanes cuando aún pensaba que eras un chiquillo.

Tenía razón, «además, —pensé—, necesito que me aclare si vio a alguien vivo en el castillo».

—De acuerdo, asentí. ¿Cómo vamos a ir?

—En mi caballo, la casa está a las afueras de la ciudad.

Iba a rechistar pero él me interrumpió.

—¿No irás a decir que no quieres montarte conmigo después de todos los días que lo has hecho?

Me puse colorada, sentía el calor en mis mejillas, él lo notó y se rio.

—Es más seguro y más rápido, así no te perderás. Es un palacete en las proximidades de León.

—Me voy a cambiar. —Hice ademán de marcharme para ponerme otra ropa. Pero él me asió del brazo impidiéndome avanzar.

—Estás preciosa, no perdamos tiempo.

Y dicho esto no me dejó hablar, sin soltarme de la mano me llevó prácticamente a trompicones a las afueras de la casa.

Ví a Leona con cara sorprendida, me sonrió, apenas pude articular palabra de lo deprisa que me llevaba, me despedí de ella con la mano.

—Señorita, ¿le espero para la cena?

—No, Leona, no la esperes —contestó Henric.

Este la hizo un guiño y Leona le sonrió. Se la había ganado y aquello me irritó, Leona no fue capaz de detenerle viendo como me llevaba hacia su caballo, hasta se sabía el nombre de ella, aquel hombre me sacaba de mis casillas.

Henric no me dejó responder, me irritaba, no toleraba su orgullo varonil, él utilizaba su fuerza y hacía todo lo que le venía en gana, pero conmigo eso no funcionaba, yo no era como las demás. Cuando llegamos al caballo, me soltó la mano, estaba muy enfadada y no pude evitar enfrentarme a él.

—¡La próxima vez que me trates como una de esas mujerzuelas con las que acostumbras a estar, me doy media vuelta y desestimo tu invitación! —le dije muy enfadada.

—¡Vaya! Por fin me tratas de tú, eso me gusta. —Me sonrió.

No estaba dispuesta a que aquel irlandés se riese de mí, así que me di media vuelta con la intención de no marcharme con él.

—Tienes razón, soy un grosero, insolente, bárbaro... —se burló mientras me retenía —pero ahora te vienes conmigo, española.

Tiró de mi brazo lo que me forzó a caer sobre su pecho, se llevó mi mano a sus labios y me miró sonriente, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, atrapó mi cintura con sus brazos y me levantó hasta sentarme sobre el caballo, seguidamente él se montó de un salto tras de mí. Me atrajo hacia él, sus dos brazos me rodearon la cintura, cogió las riendas del animal. Percibía el suave roce de su piel, había echado de menos aquellas sensaciones que solo afloraban cuando él estaba próximo a mí, me sentía atraída hacia él, en esos momentos quería que se

detuviera el tiempo, que nunca llegásemos a nuestro destino. Notaba su respiración en mi cuello, me acariciaba, incluso podía sentir la suavidad de sus labios muy próximos a este.

—¿En qué piensas? —Henric interrumpió aquel silencio.

—En que eres un bárbaro, te crees en la condición de hacer lo que te venga siempre en gana.

—Pues cuando se trata de ti, sí.

—Yo no te pertenezco, soy libre y jamás voy a consentir que un hombre me humille o me obligue a hacer algo que yo no quiera.

Mi respuesta le divirtió. Cambió de tema

—¿Por qué has estado llorando? —dijo en un tono serio.

Mi semblante cambió.

—No creo que te interese saberlo.

—Pues estás muy equivocada, me interesa y mucho.

—Pensaba en mi madre, mi hermano, los necesito a mi lado, les echo mucho de menos... —mi voz se quebró.

Cada vez que hablaba de ellos sentía una gran tristeza. En ese momento noté como Henric me abrazaba.

—No te preocupes española, averiguaremos dónde está tu hermano.

—Hizo una pausa—. María, mientras yo viva jamás nadie te va a hacer daño, no lo voy a permitir, al igual que tampoco voy a consentir que estés triste, lo juro por mi vida.

Aquellas palabras me impresionaron, jamás me había dicho aquello, me imaginé que lo dijo porque en el fondo sentía la necesidad de protegerme, pero no porque yo despertase otro tipo de sentimientos diferentes a ternura y cariño. Me sentí abatida, porque realmente quería que aquellas palabras fuesen reales, por mucho que intentase convencerme de que lo odiaba, me estaba enamorando de él.

—Gracias, pero sé defenderme sin necesitar a nadie.

No pude decirle más, sentía tristeza de mí misma, ¿cómo podía pensar que él podía estar enamorándose de mí?

Estuvimos cabalgando un buen rato, hasta llegar a una explanada con una gran arboleda, entre la vegetación abundante se levantaba un gran palacete, con varias almenas de enormes dimensiones. Había unas pequeñas antorchas a la entrada, la portezuela se abrió y entramos al interior. Aquel lugar, extenso, era una antesala donde se dejaban los caballos, a los cuales los metían en una especie de establo para que descansasen y bebiesen después de un viaje. Henric bajó de un salto del animal e hizo ademán de ayudarme pero yo no lo permití, era una buena amazona, siempre me había subido y bajado yo sola del caballo y no estaba dispuesta a que aquel hombre me viese como una mujer vulnerable, débil, indefensa, era fuerte y a pesar de mi físico delgado y mi aparente fragilidad, era valiente. Vi cómo me miraba fijamente con ese gesto burlesco, pero esta vez le ignoré, me quedé observándole fijamente con los brazos en jarra hasta que se calmó.

—¡Ya has terminado de divertirme! —le dije muy seria.

—Anda, vamos. —Con una sonrisa me agarró del brazo y me llevó hacia la entrada principal de la casa.

Era una puerta de madera, con un blasón encima de esta donde se distinguía una rosa de piedra. Me adentré en el interior, había un jardín, la finca era de enormes dimensiones, hasta vislumbré un lago muy próximo a un pequeño riachuelo que atravesaba aquel lugar, a lo lejos se divisaba un palacete con almenas y torretas donde se observaban grandes ventanales de madera. Henric me examinaba, sabía que estaba disfrutando al ver mi cara de sorpresa ante esa magnífica fortaleza.

—¿Te gusta? —me dijo con gran admiración.

—¡Es preciosa! Tu amigo y su esposa deben ser muy felices aquí.

—Sí, la verdad es que no necesitan más. —Me miraba fijamente, con dulzura—. Me alegro de que te guste.

Henric era toda una incógnita, a veces me daba la impresión de que le conocía a la perfección y en otras ocasiones era un gran desconocido para mí.

—¡Ven! —Me cogió del brazo y me guio hacia el pequeño riachuelo —. Antes de presentarte a mi amigo, vamos a aquel lugar, allí estaremos tranquilos, tenemos que hablar.

—Pero... Henric, ¿tus amigos se van a extrañar de que nos demoremos tanto!

Henric se detuvo y me miró.

—No te preocupes tanto por lo que piensen los demás, ellos no van a cuestionarse nada, me conocen y saben cómo actúo.

Me llevaba prácticamente corriendo, era todo precioso, aquel paisaje primaveral me recordaba a mi hogar, a las escapadas que hacía con mi hermano, a aquellos instantes en los que me sentía totalmente libre. Henric se dio la vuelta, se aproximó a mí, apenas podía respirar, aquel hombre me embrujaba, su masculinidad, y atractivo, con aquellos ojos mirándome fijamente, me hacían sentir débil ante él, me aparté y él sonrió.

Él se sentó en la hierba bajo un árbol, estamos muy escondidos, aquí nadie nos podrá ver. Fijó sus ojos en mí y señaló con su mano el hueco que había dejado junto a él.

—¡Ven! Siéntate.

—¡Vamos, María!, no me digas que temes ensuciarte tu bonito vestido.

Aquello me irritó, siempre lo conseguía. Me senté muy cerca de él, crucé mis piernas y coloqué mis brazos por delante de mi regazo, jugueteaba con la hierba, él posó su brazo tras de mí, estaba ligeramente reclinado y yo más adelante que él.

—¿Sabes que eres preciosa? —me dijo mirándome fijamente. Me ruboricé.

—Por favor, Henric, ¿qué querías hablar conmigo?

—María, ¿por qué te hiciste pasar por un peregrino? ¿Qué te llevó a ello?

Me quedé en silencio, no sabía si debía decírselo o contarle solo una parte.

—Creo que me lo debes.

Tenía razón y accedí.

—Bueno... mi padre nunca se interesó por nosotros, es más, siempre se apartó de nuestra compañía... —se me quebró la voz—. Tras la muerte de mi madre su intención fue quitarse otro problema, ese era yo, y aprovecharse de ello. Concertó una boda con el Almirante Acurcio, aquel odioso y malvado hombre. No estaba dispuesta a casarme con un hombre al que no amaba, se lo dije a mi padre pero él no quiso escucharme y aquel baile significaba el anuncio de la boda. Decidí escapar, mi hermano me dejó aquellas ropas, estaba decidida a hacerlo, Juan me comentó que él me ayudaría, pero aquella noche no apareció. Lo demás ya lo sabes.

Me entristecí, no pude evitar que se asomasen las lágrimas. Echaba de menos a mi hermano, a mi tata Ana y a mi madre. Henric se aproximó más a mí y me abrazó, me sostuvo en su regazo mientras me susurraba palabras reconfortantes y posaba sus labios en mi cabello. En aquel momento no quise separarme de él, le necesitaba, necesitaba sentir su cariño, sabía que me había enamorado perdidamente de aquel hombre, aunque, en el fondo, quería engañarme pensando todo lo contrario.

—María, yo no voy a permitir que nadie te haga daño.

El me sostenía entre sus brazos con ternura. Estuve un buen rato recostada sobre su pecho, después me aparté y le miré fijamente, nuestros rostros estaban muy próximos, él retenía mi mirada con sus bonitos ojos verdes, serio. Su afecto en aquel instante era sincero.

—Ahora te toca a ti, creo que tú también me debes una explicación.
—le dije seriamente.

—Sí, tienes razón... bueno, tu padre era un canalla, María, asesinó y mató a mucha gente, y a personas que yo amaba, gente buena. Les asesinó salvajemente. Yo supe que él y el Almirante Acurcio habían sido los causantes de aquellas muertes y decidí vengarme de ellos. Supe de su castillo y dio la casualidad de que organizaba una fiesta, me

las apañé para ser invitado y allí estaba yo, en tu fiesta con deseos de venganza, le odiaba, pero mis rencores y odio se dispersaron al verte, ya que en ese momento solo tuve pensamientos para ti...

Quería que pasase por alto esa parte, me ponía nerviosa el pensar que pudiese comentar la escena en la que me besó.

—Esa parte la puedes omitir.

Henric sonrió, estaba claro que se había dado cuenta de mis recuerdos.

—Pasaré por alto un momento de lo más interesante y placentero para mí.

Me miró y sonrió con esa mueca de ironía que no soportaba, ya que me daba la sensación que se estaba burlando de mí. Continuó hablando.

—Al día siguiente regresé para verte otra vez pero tú ya no estabas y solo había sangre... El resto ya lo sabes. El día anterior observé a aquellos hombres que llevaban el emblema de la rosa roja, estaban hablando acaloradamente, sé que algo tramaban. En la taberna los encontré e intenté indagar, buscaban algo, no sé bien el qué, no lo encontraron y por alguna razón que desconozco, sé que su interés es encontrarte a ti, no a tu hermano. Juan está vivo, al menos no lo mataron en el castillo porque allí no estaba su cuerpo, y aquellos hombres no lo mencionaron, por lo tanto eso me hace pensar que él no estaba en tu hogar en el momento en que todo eso ocurrió.

—Yo vi a esos hombres la misma mañana del baile.

—¡Qué curioso! —Henric se quedó pensativo, después fijó sus ojos sobre los míos—. ¡María!, te están buscando, y si sigues aquí te van a encontrar, estás en peligro, tienes que venir conmigo.

—¡No! —dije rotundamente.

—Sí, María, te vienes conmigo, esos hombres piensan que tú tienes algo de gran valor, algo que pensaban encontrar en tu casa, tu hermano desapareció, solo estuvo al principio de la fiesta, yo creo que ni ellos repararon que tenías un hermano, se fijaron en ti y saben que tú huiste

por algo, no se pueden imaginar que fue por no quererte casar.

Sabía que tenía razón y más después de lo vivido con mi tía, pero él era un auténtico desconocido para mí. No obstante, la razón me llevaba a pensar que la mejor alternativa era alejarme de León, allí corría peligro.

—Pero... ¿dónde iré? ¿Y qué le voy a decir a mi tía? —dije.

Aquello me preocupaba

—Te vienes conmigo, a Cork, a mi castillo. —Le miré asombrada.

—¿A Cork? Pero... yo... No me dejaría mi tía. —Él se rio con una gran carcajada.

Se aproximó a mí y retuvo entre sus manos mi rostro, sabía sus intenciones, le retiré con mi mano antes de que lo intentase, era consciente de que en el momento que me volviese a besar no podría evitar entregarme a él, me había enamorado y mi corazón lo sabía aunque mi mente se negase a reconocerlo.

—Ya he pensado en eso. —Cambió su gesto, esta vez se puso serio—. Nos vamos a casar, le dirás a tu tía que vas a contraer matrimonio conmigo y te vienes a Cork.

—¡Estás loco, Henric! ¿Cómo me voy a casar contigo? —dije seria y apartándome de él.

—¡Vaya!, no me esperaba ese tipo de respuesta.

—Yo quiero ser libre y no pertenecer a ningún hombre.

—¿Tan horrendo te parezco?

—No, no es eso, disculpa, es que no te conozco de nada, eres un auténtico extraño para mí.

—Creo que soy mejor partido que el Almirante Acurcio. —Me hizo un guiño—. Además, nosotros ya hemos compartido cama.

Me sonrojé, él lo notó, sonrió.

—María, se práctica, es la mejor forma de que salgas de aquí y te pueda proteger. Viajaremos juntos sin levantar sospechas, así podremos buscar a tu hermano e investigar, pero todo ello desde mi

hogar, en Cork, donde tengo hombres y contactos que nos podrán ayudar. Averiguaremos quiénes son esos hombres. Yo te prometo, por mi honor, que no te tocaré ni te pediré responsabilidades conyugales, solo, claro, si tú las solicitas. —Se echó a reír. Me ruboricé.

—No tenía que haber venido. —Hice intención de levantarme.

—María, te doy mi palabra. —Se puso serio.

Le creí, sabía que era la única salida, la idea de casarme con Henric me ilusionaba, aunque no estaba dispuesta ni a demostrárselo ni a decírselo.

—¿Qué respondes? En unos días tengo que regresar a mi país. Necesito que me des una respuesta hoy mismo, de ello depende la decisión de partir un día u otro.

No podía soportar que se marchase sin mí, además sabía que era una salida.

—Acepto, pero sin relaciones conyugales ni acercamientos de ningún tipo. —Él me sonrió y yo le devolví la sonrisa. Me cogió de la mano y la besó.

—Solo una cosa más —le dije.

—Dime, futura esposa. —Sonrió.

Se estaba burlando, yo fruncí el ceño, pero en realidad no me molestó su comentario, es más, me agradó.

—Antes de ir a Cork necesito que me lleves a Saghún, tengo que encontrar La Peregrina, intuyo que es una iglesia que se encuentra en las inmediaciones de dicha villa.

—¿Y qué tienes que hacer allí? —me preguntó intrigado.

—Un último deseo de mi madre, tengo que ver a un fraile franciscano que la conocía y del cual no pudo despedirse. ¿Me llevarás?

—Por supuesto, no puedo negar nada a mi adorable esposa.

Me incorporé de un salto, no estaba bien tener esperando a sus amigos, qué estarían pensando. Henric leyó mis pensamientos, se levantó de un salto.

—¡Vamos! —Me cogió de la mano y yo la retiré rápidamente, su contacto me debilitaba, ya que me hacía sentir y desear más de él, necesitaba abrazarle y besarle, y sabía que aquello me restaba fuerza ante un hombre que se veía irresistible y que pensaba que podía hacer de todo lo que quisiese con una mujer. No podía caer en sus brazos, porque sabía que si así fuera estaría perdida, ya que me enamoraría perdidamente de él.

—María, si nos vamos a casar y se lo vamos a decir a mis amigos, no nos pueden ver fríos y distantes, ¿no crees? —Me miraba fijamente, sabía que eso era cierto.

Le volví a dar mi mano, la envolvió con la suya, ancha, de dedos largos, noté cómo me ruborizaba ante su contacto.

Henric me llevó hacia un pequeño porche, allí había una mesa redonda con cuatro sillas, dos de ellas estaban ocupadas por una dama y un caballero, conforme nos acercamos observaba sus movimientos y reacciones, me puse nerviosa y Henric lo debió notar porque me apretó suavemente mi mano y me susurró al oído: «tranquila».

La mujer, joven, rubia y muy bella se levantó en cuanto nos vio y en su rostro se dibujó una bonita sonrisa. Con esta expresión se dirigió ágilmente hacia nosotros. El hombre, alto, aunque no tanto como Henric, rubio y bastante atractivo también se levantó al vernos. Ella hablaba en perfecto español.

—¡Henric! —Le miró—. No me habías dicho que tu prometida era tan bella —Dirigió su rostro hacia mí para observarme.

—Mi nombre es Ana, aunque en esta casa estos dos caballeros me llaman Ann —ambos se rieron, se notaba que había complicidad y cariño entre todos.

—Encantado de conocerla, María. —El hombre miró a su amigo—. Desde luego, Henric, coincido con Ann, ahora entiendo las prisas por casarte.

Tanto él como la bella dama sonrieron y examinaron a su amigo con picardía. Me ruboricé, Henric habló por mí, se lo agradecí.

—Por eso quiero casarme cuanto antes. —Me miró a los ojos—. No quiero que ningún caballero la enamore y me abandone. Además, os anuncio que nos casamos pasado mañana, y si no os importa nos gustaría que fuese en la capilla que tenéis en vuestra casa, no vamos a invitar a nadie, solo asistiréis vosotros.

—Por supuesto que sí, amigo mío, eso sería un gran honor, ¿verdad querida?

—Por supuesto —respondió Ann.

—¿Pasado mañana? —le interrogué.

—Sí, querida, cuanto antes regresemos a Cork mejor.

Aquella situación me superaba, estaba fingiendo algo que me incomodaba bastante y para colmo tenía que mentir a aquellas personas que parecían buena gente.

—No les hagas caso, ¡ven conmigo, querida!, los hombres no nos entienden —Ann me cogió del brazo y me llevó hasta la mesa, los dos amigos se quedaron lejos de nosotras charlando.

—¿Quieres tomar algo?

—Sí, por favor, le agradecería un vaso de agua.

—Eso está hecho, querida.

Una joven trajo un vaso y lo llenó de agua con una jarra que había en una pequeña mesita que estaba situada detrás de nosotras.

—¿Desde cuándo conoces a Henric?

El agua se me atragantó y empecé a toser, Ann se levantó, pero le hice una señal con la mano para indicarle que no se preocupase.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias. —Estaba a la espera de que respondiese a su pregunta—. En realidad desde hace muy poco tiempo, nos conocimos hace ya un mes en el castillo de mi padre y fue desde entonces que nos hemos visto.

—Él nos comentó que te acompañó hasta León para que vieras a tu tía.

—Sí, así fue, hacía tiempo que no la visitaba. La aprecio bastante.

Busqué a Henric con la mirada, le encontré observándome, mi expresión me delataba, quería que viniese a mi encuentro, sabía que aquella mujer bella y cariñosa, llena de ternura, apreciaba mucho al irlandés y me iba a preguntar muchos detalles para asegurarse de que yo era la mujer indicada para él. Aquello me incomodaba, si seguía cuestionándome cosas al final descubriría la mentira.

—¿Le has dicho ya a tu tía que os casáis pasado mañana? —Me miraba fijamente.

—Bueno... la verdad... —Henric nos interrumpió

—¡Ya estás interrogando a mi prometida, Ann!, la vas a asustar. — La mujer le sonrió.

—¡No!, esa no es mi intención. ¿Qué os parece si pasamos al comedor para almorzar?

—¡Una idea estupenda!, estoy hambriento —respondió Henric.

Acto seguido Ann se levantó y se nos adelantó, su marido la cogió del brazo, Henric asió mi mano y suavemente la apretó.

—Tranquila, española, lo estás haciendo muy bien, ellos son de confianza, él es como un hermano para mí —me susurró.

—¿Y ella? —le pregunté.

—Ella es española. Ambas familias tenían una amistad fuerte, ellos se conocían desde pequeños y cuando crecieron, en uno de los encuentros se enamoraron y se casaron rápidamente, viven entre León y Galway.

—¿No tienen hijos?

—No, por el momento no —Henric hizo una mueca, llegamos al interior.

La sala era de dimensiones muy grandes, paredes repletas de retratos que yo supuse serían familiares, me quedé impresionada, cortinajes de terciopelo de color granate tapaban los ventanales de la sala. En el centro de esta había una mesa con cuatro sillas donde supuse que comeríamos, Henric se colocó frente a mí y presidiendo

ambos lados de la mesa estaban Jorge y Ann.

Nos empezaron a traer las viandas, todas muy apetecibles.

—Entonces imagino que la noche de antes de la boda dormiré la novia aquí, me haría mucha ilusión ayudarte a vestirme para el evento.

Noté como el calor del vino de la cena se me subía. No miré a Henric, contesté directamente.

—A ver qué opina mi tía, la verdad que ella desconoce nuestra decisión de casarnos tan pronto y es clave en todo esto, a lo mejor le hace ilusión estar conmigo.

—Claro, es normal, ¡pues se viene tu tía también aquí! —respondió Ann.

Aquella conversación estaba empezando a agobiarme, Henric me lo notó o sencillamente también se estaba angustiando ante tanta pregunta. Entonces habló el amigo de mi irlandés.

—Querida, dejemos que ellos lo decidan, ¿no crees?

—Sí, claro —respondió con una sonrisa en su rostro.

La velada fue amena y divertida, por un momento pude olvidarme de todos los problemas y preocupaciones que tenía en mi mente y se habían convertido en una gran pesadilla, veía a Henric diferente, divertido, cariñoso en su trato conmigo y con sus amigos. Dios mío, me estaba enamorando de aquel hombre y cuanto más le conocía más me gustaba su sonrisa, la forma en la que le brillaban sus ojos al mirarme, su naturalidad y fortaleza, todo en él me fascinaba, le deseaba, pero al mismo tiempo me reprendía a mí misma, no le conocía, es más, me daba la sensación de que había algo que me ocultaba y eso hacía que yo no quisiese abrirle mi corazón, tenía que estar alerta y mantener las distancias, pero he de reconocer que me hacía mucha ilusión ser su esposa y estar cerca de él.

Después de cenar salimos al jardín, la noche era espectacular, Henric se había posicionado a mi lado, yo estaba empezando a ponerme nerviosa, mi tía no sabía de mi ausencia y me iba a extrañar, Henric me lo notó.

—Voy a tener que llevar a María de regreso.

Nos despedimos y me monté junto a Henric en su caballo. Me sentía cómoda en su regazo, sentir su respiración, sus fuertes brazos rodeándome la cintura y su piel rozando la mía, me tapó con su capa y yo me acurruqué aún más sobre su tórax, ansiaba que el tiempo se detuviera y él me besara.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—Un poco.

—¿Estás preocupada por tu tía?

—Bueno... es que me marché sin decirle nada, estará intranquila, es tarde.

—En cuanto sepa que estás con tu futuro esposo seguro que se relajará.

—No creo. —Él se rio.

—¡Me vas a volver loco, española! —Me apretó dulcemente la cintura y me dio un beso suave en el cuello.

Se me puso la piel de gallina, no me lo esperaba, quería disfrutar de su proximidad.

El viaje se me hizo muy corto, Henric bajó de un salto de su caballo y después me agarró de la cintura para ayudarme a descender, me retuvo entre sus brazos y me apretó contra su pecho, a dos palmos del suelo, me sentía a su merced, él aproximó su rostro para besarme, pero yo retiré el mío, mi corazón lo ansiaba pero la razón así me lo aconsejaba, Henric sonrió. Me cogió de la mano y me llevó hasta la puerta. Llamó y salió Leona con rostro preocupado.

—¡Por fin! ¿Dónde la has llevado?

—No se preocupe Leona, se la traigo sana y salva —le dijo Henric con una sonrisa en los labios.

—¿Está mi tía? —pregunté inquieta.

—No cariño, todavía no ha llegado. —Vi en su rostro preocupación.

—¿No ha regresado? ¿Es muy tarde? —le inquirí.

Estaba cansada, necesitaba dormir y ordenar todos los acontecimientos que me habían sucedido, deseaba estar sola. Me despedí de Henric.

—Gracias por este día.

Me di media vuelta para introducirme en el interior de la casa, Leona ya estaba dentro de esta, esperándome, pero la mano de Henric me retuvo y con fuerza tiró de mí hasta que fui a caer entre sus brazos, me envolvió con ellos y me besó en los labios suavemente, beso al que respondí. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y una fuerza me empujaba a no detenerme, sus labios cada vez me reclamaban más, retenían los míos dulcemente haciendo que mi deseo por él aumentase, las caricias se prolongaron por el cuello, mi rostro hasta volver a mis labios, mi cuerpo exigía cada vez más su proximidad, en ese momento él se apartó ligeramente de mí, me miró fijamente y sonrió.

—Lo ves, española, tú también me deseas al igual que yo a ti.

Aquel comentario altivo y prepotente me irritó, quién se había creído que era, que todas las mujeres nos rendíamos a sus encantos, intenté apartarme de sus brazos pero resultó imposible era más fuerte que yo y me retenía con intención. Se quedó mirándome fijamente, serio.

—Conseguiré que te enamores de mí.

—¡Jamás! —le respondí.

Algo de lo que me arrepentí nada más decírselo, ya que estaba perdidamente enamorada de él. Él se rio, me apretó contra su pecho y me volvió a besar, después se apartó.

—Eso... ya lo veremos. —Con su dedo índice me tocó cariñosamente la punta de la nariz se montó en su caballo y se alejó al trote.

CAPITULO VI

La Peregrina

La noche anterior, después de llevar a María a casa de su tía la noté bastante intranquila, sabía que me ocultaba algo, tanta insistencia en que la llevase después de la boda a Saghún me hacía sospechar. De regreso me pidió que no le dijese a su tía lo de la boda aquella noche, estaba seria y me suplicó que bajo ningún concepto le comentase nuestra visita a Saghún. Me intranquilizaba, suponía que todavía no confiaba plenamente en mí, ya lo conseguiría, al fin y al cabo se iba a convertir en mi esposa y tendría que aceptar mi papel en su vida, al menos yo estaba dispuesto que así fuese. Aquella mujer me había hecho enloquecer, su cabello, sus labios, su cintura y cada parte de su cuerpo me cautivaba, sabía que no podría aguantar mucho en controlar mis deseos de tenerla una vez que nos casásemos. Ella cerca de mí, en mi terreno y sabiendo que era mía..., se lo había prometido y una promesa era una promesa, tenía que enamorarla, tenía que conseguir que me desease al igual que yo la deseaba. Sentía la necesidad de llevármela lejos de allí, cuanto más tiempo pasábamos en tierras leonesas más peligro veía a su alrededor, solo la idea de que la podía perder me hacía desfallecer, me resistía en pensar que me estaba enamorando de ella, aunque, en el fondo de mi corazón, sabía que lo que sentía era algo más que puro deseo.

Había averiguado cosas de su tía y no me gustaba mucho lo que había descubierto. Aquella mujer, según mis contactos y lo que había indagado por medio de mi gran amigo Jorge, frecuentaba reuniones nocturnas un tanto sospechosas, iban altos dirigentes y personajes de la nobleza leonesa de órdenes religiosas y se sospechaba que en sus encuentros se hacían cosas poco ortodoxas. Aquello fue lo que precipitó que le propusiese a María el matrimonio. Mi sorpresa fue

cuando ella aceptó, ya que tenía muy claro que si no lo hacía esa misma tarde me la llevaría a la fuerza fuera de allí.

Nos casaríamos en dos días, así que al día siguiente iría a hablar con su tía y comunicarle nuestra decisión, nos casaríamos en la pequeña capilla de la casa de mi amigo, un sacerdote conocido de la familia presidiría la ceremonia. María a eso no puso ningún impedimento, ella también tenía prisa por alejarse de allí y el porqué era una verdadera incógnita.

Llamé a la puerta, tanto silencio y espera me intranquilizaba, sabía que aguantar dos días no era nada de tiempo, pero tenía la impresión de que era demasiado, que María corría peligro.

Ella tenía que venir conmigo hoy mismo y pasar la noche en casa de Jorge y Ann, después nos casaríamos al día siguiente.

Leona abrió la puerta, estaba muy seria.

—Buenos días, Leona, ¿está la señorita María?

—Sí, ahora la llamo.

Me llevó hasta la sala de espera, estaba nervioso, no paraba de moverme de un lado para otro, ansiaba ver a mi futura esposa. Hasta que no la tuviese cerca de mí no me iba a quedar tranquilo, temía por ella y más en aquellos momentos, a un día de nuestra boda. Me giré y allí estaba, tan bella, con su larga melena rizada, desordenada, que le caía en cascada por su espalda, sus grandes ojos negros, y un vestido azul celeste que le ajustaba su pecho bajando así hasta su cintura hasta caer hacia los pies. «No sé cómo lo voy a hacer, no voy a soportar estar cerca de ella y no retenerla entre mis brazos y besarla hasta hacerla mía», pensé. Sonrió, se le iluminó su cara y a mí se me pasaron todos mis miedos. Leona nos dejó solos.

Me aproximé a ella, le cogí su mano fina y delicada y la besé, ella la apartó pero yo no la dejé escapar, necesitaba abrazarla y besarla. La atraje hasta mí y la sostuve entre mis brazos, esta vez no luchó contra mí, veía en sus ojos que quería que la besase, y yo no podía resistirme, ella me empujó. «Esta mujer me va a matar con su rechazo constante»,

pensé, aun así me hacía gracia su actitud y he de decir que me encantaba que se resistiera. No pude evitar que se dibujara en mi rostro una sonrisa.

—¿Cómo está mi futura esposa?

—Por favor, Henric —Se sonrojó.

Me encantaba cuando se ruborizaba.

—En privado no tienes que besarme, nadie nos ve y no hace falta que disimulemos —dijo.

—Yo no disimulo, querida, simplemente me dejo llevar por mis instintos.

—Pues tendrás que controlar esos instintos tuyos. —Me carcajeé, aquella mujer me divertía.

—He cambiado de planes, María, hoy vendrás conmigo a la casa de Jorge y Ann, pasarás allí la noche. A Ann le hace mucha ilusión que estés allí, te ayudará a vestirte.

—¡No! —gritó—. Quiero estar aquí, en el hogar de mi familia.

—¡Qué más da que vengas hoy que mañana!, además temo por tu vida. Me acerqué a ella y le cogí las dos manos—. Por favor, María, créeme que si temo por tu vida no es por meras tonterías, quiero que nos marchemos de aquí cuanto antes.

—No puedo dejar a mi tía aquí, sin más.

—María, si dejaste a tu familia para venir aquí, no me digas que no puedes dejar a tu tía.

No debí decir aquello, ya que ella cambió su semblante.

—Lo siento, pero quiero que vengas conmigo, yo me encargaré de decírselo a tu tía.

—Mi tía no está, Henric —hizo una pausa—, ayer se marchó no sé a dónde y todavía no ha regresado. Estoy preocupada y Leona también, ella me ha confirmado que esto nunca había pasado, siempre regresaba por la noche. No sé qué hacer, Henric, ni siquiera sabemos dónde puede haber ido. No puedo casarme hasta que ella no aparezca.

Aquello me preocupaba, había un misterio en todo lo que rodeaba a María, sabía cosas de la vida de su tía, pero aquello no iba a comunicárselo a ella, podría preocuparla más de lo que ya estaba.

—Bueno, pues tendremos que esperar a que llegue, pero tú te vienes conmigo.

—No —respondió desafiándome.

Su rostro serio y sus ojos me miraban fijamente decididos a hacer lo que ella quisiese, pero esta vez, aunque fuese a la fuerza, me la llevaría a rastras, estaba harto que hiciese lo que la diese en gana, era una cabezota que no entraba en razón.

—Sí, María, te vas a venir conmigo, y si no quieres de forma voluntaria pues te llevaré a la fuerza. —Puse mis brazos en jarra, retándola.

—Pues tendrás que llevarme a la fuerza .

Aquella mujer me irritaba, era capaz de llevarme la contraria, provocarme, estaba dispuesta a luchar.

—Tú lo has querido, damita.

Sin pensármelo, avancé hacia ella y la cogí como si se tratase de un saco de patatas, aquello me divertía, la española era capaz de sacarme una sonrisa con su terquería y valentía, realmente me gustaba que fuese así, todas las mujeres a las que yo había conocido siempre me habían dado la razón para complacerme, pero aquello siempre me había aburrido, María era diferente, y eso lo supe desde el primer momento que la vi. La sujeté fuertemente de las piernas, la tenía inmovilizada sobre mi hombro izquierdo, aun así ella se defendía como una fiera propinándome un puñetazo tras otro en mi espalda y gritando improperios contra mí, insultos que me divertían más que herirme.

Me dirigí hacia la puerta de salida, Leona salió a mi encuentro.

—¡Señor! ¿Qué hace con la señorita? —Estaba asombrada.

—Mañana me voy a casar con ella, y hoy me la llevo al lugar donde se celebrará la ceremonia. Si llega su tía díglele que una vez casados vendremos a despedirnos de ella antes de partir a Cork.

—¡Pero, señor...! ¿Cómo se va a casar? ¡Está loco!

—¡No me voy a casar! —gritaba María.

—¡Así no son las cosas!, no se la puede llevar a la fuerza —me recriminó Leona.

—No te preocupes, Leona —gritaba María mientras me propinaba patadas y puñetazos cuando podía.

Me asombraban sus cambios repentinos de humor, por una parte rabiosa y enfadada conmigo y por otra consolando a Leona. Me carcajeé no podía evitar reírme ante aquella situación, la encolerizó más y empezó a echar pestes por su boca.

—¡Eres un bruto y un salvaje!, no puedes cogermme como si fuese un animal de carga.

—¡Ah... sí... no me digas...!, pues es que veo que si no es así tú no te vienes conmigo. —Me estaba divirtiendo.

—Pues así tampoco me voy a casar, que lo sepas irlandés —estaba muy enfada.

—Eso ya lo veremos... —Me reí.

Leona, preocupada, nos siguió con la mirada hasta donde estaba mi caballo.

La subí al animal y de un salto me puse rápidamente detrás para que aquella fierecilla no se bajase de este.

—¡Señor! —gritó Leona.

—Tranquila, mujer, te la traigo en unos días como mi esposa.

—¡Eso jamás! ¡Irlandés bruto y salvaje! ¿Qué te has creído? ¿Qué puedes hacer lo que quieras conmigo?

La agarré bien de la cintura y la sujeté fuertemente contra mi pecho. Me gustaba sentirla cerca, notar el calor de su cuerpo contra el mío, quería besarla, la necesitaba, la deseaba, no sé cuánto tiempo iba aguantar y apaciguar el deseo que sentía por ella, pero había hecho una promesa.

Me despedí de Leona con la mano y achuché a mi caballo para que

se alejase lo antes posible de ahí. María se quedó en silencio. «Por fin», pensé. No podía dejarla allí, intuía que su tía pertenecía a un grupo con creencias y ritos oscuros, ella corría peligro, jamás me hubiese perdonado no llevarla conmigo, «pero esta cabezota jamás me dejaría explicárselo», me dije a mí mismo.

En aquella ocasión sentía tratarla de esa forma, no era mi intención, pero antes prevalecía su seguridad frente a lo que ella quisiese en ese momento.

—¿Por qué lo has hecho? Si piensas que porque nos vamos a casar yo te pertenezco o vas a poder a hacer lo que quieras conmigo, estás muy equivocado irlandés, ya sabes que es un acuerdo nada más, tú me diste tu palabra de honor.

Sonreí, me hacía gracia su altivez y valentía, realmente me había cautivado, para mí no era un trato, era un deseo de estar con esa mujer y un sentimiento de protegerla y no querer separarme de ella, algo que jamás había experimentado.

—No estaba dispuesto a que pasases más tiempo en esa casa, no me fio de tu tía y quiero llevarte lejos de aquí.

—Pero piensa que mi tía preguntará y se preocupará por mí, no puedo desaparecer así y decir que me voy a casar —dijo malhumorada.

—Tendrá que aceptarlo... y... cambiando de tema, aunque para mí también es un trato —mentí —que sepas, española, que de vez en cuando, públicamente, tendremos que demostrar que nos amamos y tener muestras de cariño como cualquier pareja de amantes, si no la gente puede sospechar que todo es una parodia y ya sabes que eso puede llevar a algunas personas, entre ellas a tu tía, a la sospecha de que todo es una farsa por algún motivo. —Sonreí para mis adentros, ella se había quedado en silencio y podía notar el furor de sus mejillas.

—Bueno, eso lo entiendo y lo acepto, pero ya sabes que nada más.

—Sí, muy a mi pesar lo sé. —La sujeté con fuerza su cintura y la atraje hacia mí.

Suavemente besé su esbelto cuello, ella dio un respingo y se apartó ligeramente.

Continuamos en silencio hasta llegar a la casa de mi gran amigo, allí estaba su esposa Ann esperándonos con una gran sonrisa, siempre me había parecido una mujer muy bella y, en realidad, envidiaba a mi amigo por amar tanto a esa mujer y ser correspondido.

—Querida. ¿Qué cara traes? ¿Qué le has hecho, Henric?

María se bajó del caballo sin esperar a que yo la ayudase y sonreí, me gustaba. Ann se la llevó al interior del recinto, la guio a la que iba a ser su habitación.

Jorge sonrió y se acercó a mí.

—A mí no me engañas, Henric, ¿qué te traes entre manos con esa muchacha?, esto es muy raro. —A él no podía mentirle, era como un hermano para mí.

—Me trae loco.

—Eso lo sé —contestó Jorge con una gran sonrisa en su rostro.

—Al principio solo quería vengarme de su padre, coger a su hija y hacerla mía a la fuerza, las ganas de venganza me cegaban. Él mató a Jasen y su familia.

—¡Vaya! Eso sí que no me lo podía imaginar. —Jorge cambió su expresión a más seria.

—Sí, pero... cuanto más la veía más me gustaba y ahora me trae loco. Corre peligro, Jorge, no sé qué sabe o qué esconde pero intuyo que unos bárbaros la persiguen, mataron a su padre y asaltaron el castillo acabando con las vidas de los que allí se encontraban. Ella tiene miedo, lo sé, pero no confía en mí, además ya sabes quién es su tía y mi desconfianza hacia ella.

Me tapé con mis manos el rostro, solo pensar que le podía pasar algo me hacía temblar.

—Tengo que casarme con ella y alejarla de aquí, llevármela a Cork, allí tengo a mis hombres y puedo protegerla mejor.

—¿Ella siente lo mismo que tú? —me preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Henric... pues ya lo sabes... A ti te gusta mucho esa joven pero... ¿ella te corresponde?

—No, no siente lo mismo, desconfía de mí. —Aquella confesión me entristeció.

Me irritaba el hecho de pensar que jamás podría enamorarse de mí. Jorge me dio una palmada en la espalda, alentándome.

—Tranquilo, amigo, no he conocido a ninguna mujer que se haya resistido a tus encantos o si no que se lo pregunten a toda la corte británica. —Ambos nos echamos a reír—. Vamos dentro, creo que hay una damita muy enfadada contigo. —Me guiñó el ojo y yo le sonreí.

Ann se había llevado a María hasta su habitación, sabía que ella la tranquilizaría y la facilitaría un vestido apropiado para la ceremonia. Jorge se había encargado de acordar la hora de la boda. Antes de salir a buscar a María le dije que quería que fuese lo antes posible, partiríamos ese mismo día hacia Saghún, Ann se encolerizó, dijo que al menos teníamos que organizar alguna fiesta, a lo que me negué en rotundo, no quería dar bombo al casamiento, no permitiría que llegase a oídos de personas que buscaban a María. Jorge me apoyó, partiríamos el mismo día de la ceremonia, antes pasaríamos por la casa de la tía de mi española y después iríamos en busca de La Peregrina y nos alojaríamos en alguna posada cercana, quería llegar cuanto antes a Cork.

No vimos a ninguna de las dos damas, sabía por mi amigo que le estaban arreglando uno de los vestidos de Ann para la ocasión.

La ceremonia tendría lugar a las nueve y media de la mañana, hubiese preferido que fuese antes pero no hubo posibilidad.

Empezó a atardecer. Jorge y yo estuvimos toda la jornada en el jardín.

—No me gusta que sean hombres ingleses los que están buscando a María —dijo con cara de preocupación.

—A mí tampoco, ya sabes como son, son mercenarios, sádicos y

asesinos sin escrúpulos, no sé qué es lo que esconde o que es lo que buscan o pretenden encontrar de María, pero me inquieta. La última vez que les vi estaban de camino a León y ahora espero que ya estén de regreso a su país y no se encuentren por aquí.

—Sí, eso espero. La tía...

—Ella, una vez casados, no va a poder hacer nada, amigo, María será mi esposa y yo tengo pleno poder sobre ella —dije con rotundidad.

—Sí, pero ella tiene contactos dentro de la orden de Santiago y ya sabes el poder de esta organización... Cuídate, amigo, no quiero perderte

Sabía que Jorge estaba preocupado, ambos habíamos librado muchas batallas juntos y siempre nos habíamos protegido el uno al otro.

—Ya salen las damas —dijo mi amigo iluminándosele la cara al ver a su mujer.

Allí estaba María, radiante, con su melena cayendo en cascada por sus hombros, su bonita figura, «madre mía», pensé. Deseaba llevarla esa noche a mi alcoba y amarla hasta el alba, tenía que contener mis impulsos, ya que le hice una promesa y ante todo quería que confiase en mí y, sobre todo que se enamorase de su esposo. Nos acercamos, Ann nos recibió con una gran sonrisa, me acerqué a María, estaba sonriente y de mejor humor que cuando la traje.

—Bueno, caballeros, que os parece si nos vamos al comedor, tengo un hambre tremendo —dijo la anfitriona.

Ellos se adelantaron y allí nos quedamos los dos, no podía dejar de mirar su rostro, ella no me observaba, tenía su vista fija en el suelo.

—¿Sigues molesta conmigo? —le dije con intención de disculparme.

—Sí, bastante. Te has comportado como un auténtico salvaje. —Me miró fijamente, pero en sus ojos ya no había ese resentimiento.

—Lo siento, española —le dije mientras le sonreía.

Me embaucaba su rostro, su mirada dulce, transparente, me enternecía y sacaba lo mejor de mí.

Me miró muy seria, se plantó frente a mí.

—Acepto tus disculpas, irlandés, pero como vuelvas a comportarte como un bárbaro ¡te vas a enterar de con quién te has casado!

La sonreí, me volvía loco su valentía, la cogí la mano y se la besé mientras no apartaba mi mirada de su rostro, ella me sonrió, estaba contenta, se lo notaba, mucho más receptiva.

La cena fue divertida, María se reía de nuestras aventuras de guerreros, de vez en cuando, mientras ella no se daba cuenta, la observaba, quería memorizar cada rasgo, gesto de su rostro, para que nunca se borrara de mi mente.

Después de la cena, Jorge y Ann se despidieron, yo sabía que querían dejarnos solos para que pudiésemos estar tranquilos.

Salimos al jardín, hacía una noche calurosa y muy estrellada.

—¿Te arrepientes de la decisión que has tomado? —le pregunté.

Se quedó pensativa, mirando al horizonte, mientras con sus dedos jugaba con un pequeño trébol que había cogido del suelo.

—No, no me arrepiento. —Se detuvo y me miró con una gran sonrisa que iluminaba sus bonitos ojos negros—. Tengo miedo, Henric, de las personas que conoce mi tía, de los hombres que mataron a mi padre.

—¿A qué personas te refieres? —le pregunté. Necesitaba saber a quiénes se refería para estar pendiente, alerta.

—No sé realmente quiénes son... —hizo una pausa—. ¿Te acuerdas una de las veces que nos detuvimos en una taberna y te alerté sobre un hombre que me estaba observando, el mismo hombre que después estaba en esa fiesta y bailó conmigo?, pues él es conocido de mi tía, y no sé, pero ese joven me produce cierto rechazo, no me gusta, me busca, lo intuyo y no sé el porqué.

—¿Realmente no sabes el por qué? —le pregunté. Ella desvió su mirada y se puso seria.

—No, no lo sé.

Mentía.

Aquello me inquietaba, necesitaba saber lo que ella se reservaba para sí misma, tenía que ganarme su confianza, hacerle entender que si yo no conocía todas esas cosas que le preocupaban no podría ayudarla. Esperaría, el tiempo le llevaría a mis brazos y a tener esa confianza y seguridad en mí.

—¡María!, si hay algo más tienes que decírmelo, si no, no te podré ayudar.

—No, no hay nada más —titubeó, entonces me miró muy seria, sus ojos apenas parpadeaban—. Henric, no puedo entender por qué te quieres casar conmigo, de esta forma renuncias a unirte a una mujer a la que ames y la que te ame.

Aquello me pilló de sorpresa, no me lo esperaba.

—Tú me gustas, española, bastante, no me digas que todavía no te has dado cuenta.

—Pero no me amas.

—Amor, ¿y qué es el amor?, en realidad no sé lo que significa esa palabra, desde pequeño supe que amor era sinónimo de dolor, sufrimiento..., aprendí a protegerme de ese sentimiento. No, María, no sé si te amo, pero la atracción que tengo por ti no la he sentido por ninguna mujer, eso sí que lo sé.

La miré, pero ella estaba como ausente, miraba fijamente sus manos y jugaba con el trébol que estaba retenido entre sus dedos.

—Bueno —dijo—, ya es tarde y quiero ir a descansar.

—Te acompaño.

—¡No! —dijo—, prefiero ir sola, conozco el camino.

La vi cómo se marchaba y no fui capaz de retenerla entre mis brazos y decirle todo lo que sentía por ella, mi orgullo irlandés se interpuso una vez más entre mis sentimientos. Claro que la amaba, adoraba cada gesto de ella, cada mirada, cada parte de su cuerpo, su sonrisa, sus ojos, su valentía, su orgullo, me gustaban las batallas verbales que teníamos, me divertía y al mismo tiempo me enfurecía, sentía la necesidad de protegerla y la necesidad de hacerla feliz, sería capaz de

morir por aquella mujer... pero yo, un hombre que había luchado en numerosas batallas, que había ido a las cruzadas, que había combatido contra los árabes en España para la Reconquista de los territorios españoles, no era capaz de abrir su corazón a la mujer que se lo había robado desde el primer momento que la vio, tenía miedo al dolor por su rechazo. Sabía que ella no sentía lo mismo que yo y quería evitar que me hiciera daño con sus desprecios si sabía de mis sentimientos. Me llevé las manos a la cara y estuve un rato en silencio contemplado aquel cielo estrellado. Me prometí a mí mismo que la enamoraría por completo.

Era la hora de la ceremonia, allí estaba yo delante del pequeño altar junto a mi amigo, enfrente el sacerdote. Jorge me examinaba y yo, nervioso, no dejaba de mirar la puerta por la que entraría ella, la que sería mi esposa.

—¿Qué te pasa, Henric? ¿Estás inquieto?

—No —le miré, a él no podía engañarle—, bueno sí, temo que ella se arrepienta y no aparezca por aquella puerta. —Jorge se echó a reír y yo no entendí muy bien el porqué.

—Pues si es por eso, tú tranquilo, Ann no lo permitirá. —Se acercó a mí y me susurró—: Realmente estás pillado por la española, ¡quién lo iba a decir!, que el valiente Henric, el orgulloso y libertino irlandés, iba a caer rendido a los pies de una mujer. —Se volvió a carcajear.

Me puse serio pero no le podía contradecir, tenía razón, aquella mujer me había hecho perder la cabeza, mi corazón latía solo por ella, y eso lo decía yo, un hombre que juró no entregarse a ninguna dama ni casarse, no dejarse enamorar, ese mismo hombre que había tenido a muchas mujeres, ahora solo respiraba por una, una mujer que no me amaba y de la cual yo me había enamorado perdidamente.

De repente la puerta se abrió y allí apareció, radiante. Su pelo estaba recogido en una larga trenza adornada toda de pequeñas flores rosas, llevaba un vestido blanco de terciopelo con sus bonitos hombros al

descubierto, de manga ancha que llegaban hasta la mitad de la mano, su vestido largo, sencillo, tapaba sus pies. Sujetaba un pequeño ramillete de rosas blancas que Ann debió cortar de alguno de sus rosales, María miraba hacia al suelo y conforme se fue acercando a mí levantó su mirada y me sonrió, Jorge me dio un codazo y me susurró:

—Ahí la tienes.

Pero en esos momentos me daba igual las burlas de mi amigo, solo tenía pensamientos para ella, solo existía ella, no había nadie más, su mirada no permanecía fija a la mía, pero yo no podía apartar mi vista de su rostro.

Se ubicó a mi lado, Jorge y Ann tras nosotros, nos pusimos frente al sacerdote, joven y regordete, amigo del anfitrión.

El religioso empezó a hablar. La ceremonia fue muy breve y en poco tiempo ya éramos marido y mujer. Cogí de la mano a María y se la besé, «por fin mi esposa», pensé. Ella estaba tímida, diferente, entendí que suponía un cambio fuerte para ella. María quería que nos marchásemos cuanto antes dirección a Saghún y después seguir ruta hacia Cork, yo también estaba deseando empezar la marcha dirección a mis tierras, cada segundo que pasaba en territorio español más temía por la seguridad de mi esposa.

Nos despedimos de mis amigos, fue triste, hacía tiempo que no les veía y no sabía cuánto tiempo estaríamos sin volvernos a encontrar. Subí a María al caballo y di un gran abrazo a mi gran amigo de batallas, después me despedí de Ann, y de un salto me coloqué detrás de mi mujer.

«¡Mi esposa!», me costaba creérmelo. La tenía tan cerca que el corazón me latía rápidamente. «¡Dios mío!, —pensé—, no sé si voy a poder soportar no besarla». Era una promesa muy difícil de cumplir.

—¿Estás nerviosa? Te noto rara, ausente —le pregunté.

—Un poco... No te conozco mucho y ahora...

—Ya me irás conociendo, además ¿no hemos acordado que esto es un mero trámite para protegerte?, solo habrá que aparentar cuando

estemos en público.

—Sí —me interrumpió—, ya sé que me has dado tu palabra de respetarme y confío en ella.

Aquello me cayó como un jarro de agua fría, no sabía si sería capaz.

—También temo por lo que pueda pensar mi tía —me dijo.

—Poco puede hacer, española, ahora eres mi esposa. Además no te va a decir nada, para eso estoy yo, no te preocupes, iremos y se lo diremos, al final tendrá que dar su brazo a torcer.

—Gracias, Henric. —Su mano apretó suavemente la mía, solo sentir el roce de su piel hizo que mis pulsaciones se acelerasen al cien por cien.

—De nada, española —respondí a su caricia, cogí suavemente su mano y me la llevé a los labios.

Nos aproximábamos a la casa de su tía. Había una aparente calma, me bajé del caballo y detuve a María que ya iba directa a bajarse del animal, tenía que asegurarme que no había peligro para ella. Llamé a la puerta, estuve esperando durante bastante tiempo y nadie la abría, sabía que esa espera intranquilizaba a María, volví a llamar más fuerte, pero nadie respondía.

—¡Espérate aquí! —Me dirigí a una pequeña puerta por donde entraba el personal del servicio, aparentemente estaba cerrada, iba a tocar pero cuando mi mano se posó en esta, la puerta se abrió. María me vio y de un salto bajó del caballo y se puso a mi lado, estaba decidida a entrar, yo me adelanté, accedimos directamente al patio trasero que daba a la cocina, allí no había nadie, salimos a la entrada y de allí subimos a las habitaciones. Mi esposa fue directa a la de su tía, después al salón, y así recorrió una a una cada estancia, su desesperación se notaba en su respiración al no encontrar a nadie, ni a Leona ni a su tía.

—No hay nadie, María, ¡vámonos! Esto no me gusta.

—¡Tengo que recoger mis cosas!

Fue directa a su habitación, la esperé en su puerta, estaba

intranquilo, aquello no me gustaba, no entendía por qué tampoco estaba Leona. María hizo un hatillo donde metió su traje de peregrino, un libro, una navaja y varias pertenencias que guardaba entre esas ropas, cogió algunas cosas más a las que no presté atención, al igual que algún que otro vestido. No la cabía mucho más, era práctica y rápida, aunque yo no entendí muy bien por qué ese interés en guardar sus ropas de peregrino, «¿quizás pretendía escaparse otra vez disfrazado de muchacho? —pensé—. No, esta vez no», me dije a mí mismo.

—¡Vamos, María! —le metí prisa.

—Ya estoy lista.

Escuché ruidos en la parte baja de la casa, rápidamente bajé las escaleras, pero al llegar a la primera planta allí no había nadie, supuse que debió ser un gato o algún animal, no obstante tenía una sensación rara en aquel lugar, cogí el hatillo de María y me lo puse en mi hombro, y con la otra mano agarré la suya y nos dirigimos por la misma puerta por la que entramos, allí estaba el caballo esperándonos, la ayudé a subir, necesitaba conseguir otro caballo para María, ya que así iríamos más rápidos, no obstante, por el momento me gustaba tenerla próxima a mí, notar su respiración, su cuerpo, sujetar su cintura con mi brazo, «no —me dije—, no es una buena idea», sonreí para mis adentros.

—¿Por qué no hay nadie? No entiendo nada, ni siquiera está Leona.

—No lo comprendo, pero esto no me gusta nada, tenemos que alejarnos. Nos vamos a Saghún. Cuando lleguemos a Cork ya veremos lo que hacemos, o mando a algunos de mis hombres a investigar con ayuda de Jorge, o regreso para descubrir lo que ha pasado.

—Yo regreso contigo.

—Tú no, a ti te buscan y no sé a cuento de qué, pero hay varios hombres detrás de ti y, la verdad, estoy intranquilo con todo este tema, siento que no eres sincera conmigo y que el peligro nos acecha constantemente. —Hice una pausa para ver si ella hablaba, pero no

decía nada, cambió de tema.

—¿Llegaremos hoy a Saghún?, me urge ir a la iglesia de La Peregrina.

—Sí, tranquila, que hoy llegaremos a Saghún. ¿Qué quería que hicieras allí tu madre?

—Despedirme de un fraile franciscano amigo suyo... —titubeó.

Mentía.

—¿Me estás ocultando algo María?

—Lo siento, Henric, pero es un asunto que solo tengo que conocer yo.

Con esas palabras dio fin a la conversación.

Permanecemos en silencio durante todo el trayecto. Hacía demasiado calor, estuvimos cabalgando toda la mañana. A lo lejos se divisaban las murallas de Saghún, debíamos detenernos antes para almorzar, pasamos por una pradera con árboles y una taberna próxima al río Cea, decidí detenernos allí, porque aunque María no se quejaba, la notaba cansada y desfallecida por el calor y el cansancio.

Detuve el caballo y lo até en la pequeña cuadra ubicada en la parte de atrás de la posada. Ayudé a María a bajar del caballo, estaba cansada y muy pálida, me asusté, temía que enfermara otra vez como la primera vez que la encontré vestida de peregrino.

—Aquí comeremos algo, después preguntaremos cómo ir a la Peregrina.

Pasamos a aquel lugar, estaba repleto de peregrinos y caballeros solitarios, nos miraron, no había ninguna mujer más que la tabernera y, al ver a María, una mujer joven y bonita, las miradas se centraron en ella. Sentí celos, cogí su mano y la atraje hacia mí, me dirigí hacia una mesa apartada, donde pudiésemos estar tranquilos, ya que sabía que a ella tampoco le agradaba sentirse observada.

La tabernera, una mujer de edad avanzada, regordeta y despeinada nos acercó una jarra de agua y otra de vino, dos vasos, pan, y en los platos cordero. María no hablaba pero devoraba aquel apetecible plato,

los colores volvieron a aparecer en sus mejillas.

—¿Mejor? —le pregunté. Me reí, ya que me había ganado en terminar el plato.

—Sí, mejor. —Ella sonrió. Hubo un pequeño silencio y empezó a hablar.

—Gracias, Henric. —Aquello sí que no me lo esperaba, unas palabras de agradecimiento, algo poco habitual en ella.

—¿Gracias? ¿Por qué? —pregunté.

—Por lo que estás haciendo por mí. —Se quedó mirándome fijamente, aquellos ojos, grandes, rasgados, negros, no podía resistirme a ellos.

—No me tienes que agradecer nada española, realmente en algún momento te pediré el pago de tanto favor. —Su rostro se tensó. La guiñé un ojo.

Una vez que finalizamos, nos dirigimos al santuario de la Peregrina, fue la tabernera la que nos orientó e indicó cómo llegar hasta allí. María estaba nerviosa.

El santuario estaba en un montículo desde donde se divisaba todo Saghún, sus murallas y la torre de la iglesia del pueblo. La Peregrina estaba rodeado de una espesa vegetación que contrastaba con la espesura seca de la comarca. Era de enormes dimensiones, de piedra, con una gran torre y contrafuertes que sujetaban sus paredes. Nos acercamos a la puerta y allí dejamos el caballo. Nos adentramos en el interior de este que daba a un amplio patio de forma circular con un pozo en el centro y cipreses alrededor, solo se escuchaba el trinar de los pájaros. No se veía a nadie. Puse mi mano en la daga que llevaba camuflada en mi cinturón, no me fiaba de ningún lugar, aquel silencio me producía desconfianza. A lo lejos María vio a un fraile y echó a correr tras él, me resultó imposible frenarla, la seguí.

—¡Perdone! —gritó.

El franciscano se detuvo, se dio la vuelta para examinar a mi

esposa. Era regordete y bajito, llevaba una túnica marrón, sujeta por un cinturón debajo de su enorme barriga. Estaba prácticamente calvo y los pocos pelos que le quedaban eran blancos, apenas contrastaban con su piel pálida.

—¿En qué puedo ayudarla? —dijo el fraile.

—Busco al padre Pablo.

—¿Fray Pablo? —Se quedó pensativo y después la miró fijamente.

—¿Por qué le busca? —le preguntó con rostro serio, mirándola fijamente sin apenas pestañear.

—Mi madre le conocía, se carteaba con él. Ella ha muerto y me hizo prometer en su lecho de muerte que le iría a ver para comunicarle su fallecimiento.

—¿Quién era tu madre?

—Laura hija de Don Pedro Pérez.

Dicho esto, el franciscano miró para ambos lados y cogió a María del brazo y le susurró:

—Jamás vuelvas a repetir el nombre de tu abuelo por estas tierras querida, y no se lo digas a nadie, ni siquiera a ningún franciscano de este santuario. ¡Venid!, os guiaré hasta él.

María me miró fijamente con sus ojos negros.

—Solo voy yo padre, él se quedará aquí, si a usted no le importa.

Aquello me disgustó, iba a protestar pero ella aceleró el paso con la intención de que a mí no me diese tiempo de recriminar su decisión. Estaba enfadado, me hubiese gustado enfrentarme a ella y mostrarle mi desacuerdo.

La espera se me hizo insoportable, nadie pasaba por aquel patio, todo era silencio, paz, se sentía un sosiego interior. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que vi a lo lejos a mi esposa con un hombre pequeño, de edad avanzada, delgado, iba vestido como el fraile anterior. Por fin se detuvieron frente a mí. Mi semblante era muy serio, estaba enfadado con ella, pero la española parecía ignorarme.

—¿Este es el caballero del que me has hablado? —le preguntó a

ella.

—Sí. —contestó.

Se dirigió a mí, primero me miró fijamente a los ojos, después me habló.

—Henric, ese es su nombre ¿verdad?

Asentí, no tenía muchas ganas de entablar una conversación.

—Le ruego encarecidamente que cuide y proteja a esta joven, si realmente ella le importa, que me imagino que sí porque ahora es su esposa. Protéjala, caballero.

—Descuide, así lo haré.

Aquello me intranquilizó, intuía el peligro que corría, pero dicho por el fraile de esa forma tan sutil, supuse que el riesgo era mucho mayor de lo que yo imaginaba.

—¡Padre! —dijo María—, le escribiré en cuanto llegue a Cork.

—Eso espero, hija, y piensa en todo lo que te he dicho.

—Así lo haré.

En ese momento María se fundió con aquel frailecillo en un fuerte abrazo. Sentí envidia ante aquellos gestos de cariño con un hombre al que apenas conocía.

Nos despedimos y regresamos al caballo, estaba oscureciendo, pasaríamos noche en Saghún. María estaba en silencio, inquieta. Mi curiosidad no podía más, tenía que preguntarle.

—¿Qué tenías que decirle a aquel fraile?

—Hemos hablado de mi madre —me dijo.

—María, sé que hay algo que te preocupa y que me ocultas, ¿por qué no confías en mí? ¿Quizás si me lo dices pueda ayudarte?

—Lo siento, Henric, ya te he dicho en reiteradas ocasiones que hay cosas que me pertenecen solo a mí, pero de todas formas, no sé a qué te refieres. —Y con esa frase dio por terminada la conversación.

Aquella mujer podía excitarme y al mismo tiempo irritarme y encolerizarme en cuestión de segundos.

Nos adentramos al interior de la muralla, había mucho tumulto de personas, era un ir y venir de carros, caballos, comerciantes deambulando de un sitio a otro, había mucho bullicio, la gente se reía, estaban de fiesta, todo el mundo se divertía y bailaba al compás de la música que se escuchaba por las calles. Nos dirigimos como pudimos a la plaza central de la villa, allí estaba en una esquina la posada que me había dicho Jorge para que nos alojásemos aquella noche. Detuve el caballo en la parte trasera, me bajé de un salto y María hizo lo mismo sin dejar que la ayudara, aquello me hacía gracia, quería demostrar, y yo sabía que así era, que no necesitaba a ningún hombre para hacer las cosas. Cogí a mi esposa de la mano, estaba cansado de su rechazo, al principio hizo intención de retirarla, pero mi insistencia la hizo desistir, la llevé rápido, ya que todavía estaba enfadado con ella por dejarme apartado de sus asuntos, pero como era de suponer, su orgullo le impidió quejarse por la rapidez con la que la dirigía al interior de la posada.

Salió una joven muy bonita, con los hombros al descubierto y un llamativo escote, se le podía apreciar el principio de sus pechos, llevaba el pelo rizado y recogido en una trenza, su blusa se ajustaba a la cintura y desembocaba en una amplia y larga falda, se podía observar su bonita figura. Le sonreí.

—¿Puedo ayudarles? —dijo la muchacha.

—Creo que sí. ¿Tendrías una habitación para pasar la noche?

—¿Una? —volvió a preguntar la joven mirándome fijamente y con una amplia sonrisa.

—Pues ahora que lo preguntas... —Miré a María, la cual me observaba con odio, muy seria—. ¿Qué prefieres cariño, una o dos? —Su mirada era intensa y salvaje, sabía que si en ese momento hubiésemos estado solos no me hubiese librado de una interesante batalla verbal, solo pensarlo me provocó una sonrisa. Irónicamente María me sonrió y contestó.

—Mejor dos ¿no crees? —dijo irónicamente.

—Pues... siento decirles que solo nos queda una habitación con cama de matrimonio ¿supone eso un problema? —preguntó la joven mirándome fijamente.

—Por mi parte ninguno, ¿para ti cariño? —Me hacía gracia observar su reacción y tensión en su mirada.

—Ninguno, al fin y al cabo estamos casados y eres mi esposo. —Esa última palabra la remarcó.

—¿Está casado? ¡Qué pena! —exclamó la joven mientras me sonreía y coqueteaba con sus gestos y movimientos.

—Sí, es mi esposo desde esta mañana —dijo María.

La joven cogió una llave y se posicionó delante de nosotros, subimos una escalera estrecha. Mientras ascendíamos por los escalones le susurré.

—¡Vaya! Me alegra saber que me consideras como tal, cariño mío. —Me carcajeé, ella se encolerizó.

—No te hagas ilusiones, irlandés, es de cara a los demás. Un acuerdo mutuo. —A pesar de sus palabras me estaba divirtiendo.

Aquella joven abrió la puerta de la habitación, la cama era grande y estaba en el centro, no había mucho espacio, pero al menos se veía limpia y con baño en el interior. Había una mesilla y dos sillas. La ventana daba a una calle trasera alejada del tumulto. La joven me sonrió.

—Para cualquier cosa ya sabe dónde estoy, caballero.

Me dedicó una bonita sonrisa a la que yo correspondí. Cuando me di la vuelta para buscar a María, esta me miraba seria, furiosa. Aquello me entretenía, mi enfado se había difuminado, me lo estaba pasando bien, por fin veía en ella un poco de celos.

—¿Te gusta la habitación querida esposa? —Fui hacia donde estaba ella, pero se alejó aún más de mí.

—No está mal, eso sí, ¿dónde vas a dormir esposo mío?, porque la cama es para mí.

—Y para mí también —ella se dio la vuelta para mirarme muy seria

y yo le sonreí, estaba disfrutando.

—Por favor, María, ahora no te hagas la remilgada, ya hemos dormido en una cama juntos, ¿o no te acuerdas? y esta es muy grande, así que elige el lado que quieras y yo me quedo con el otro. ¡Ah! y date prisa en cambiarte y asearte si lo deseas porque nos vamos de fiesta, hay mucha animación por las calles y creo que en nuestro día de boda nos merecemos diversión.

Iba a responderme y supuse que sería algo que no me gustaría, me aproximé a ella y puse mi dedo índice en sus labios para sellar su boca

—¡Date prisa, mi bella esposa! te espero abajo.

Ahí la dejé, enfurecida conmigo y la situación, en mi interior sonreía. Quería hablar con aquella muchacha y sacarle información sobre si había visto a los caballeros que perseguían a mi esposa.

En cuanto la joven me vio, una gran sonrisa se dibujó en su rostro, dejó de hacer las tareas que en ese momento realizaba para atenderme.

—Pronto se va de su habitación un caballero casado.

—He dejado a mi esposa tranquila para que se cambie de ropa, vamos a dar una vuelta por esta bonita villa.

—¿Van a cenar, caballero? Les puedo ofrecer cochinillo muy rico que he hecho yo. —Me sonrió, coqueteaba.

—Me encantará probarlo. —La devolví la sonrisa.

—¿Cómo te llamas muchacha?

—Elena.

—Elena, ¡qué nombre más bonito!

—Gracias —dijo la joven.

—Elena, ¿has visto por un casual a un grupo de hombres con una rosa roja en su estandarte? —le pregunté. Se quedó pensativa.

—La verdad es que pasan muchas personas por aquí, pero no, no ha pasado un grupo de hombres con ese emblema, seguro que me acordaría.

Le agradecí su atención y cuando me iba a marchar me interrumpió.

—Es curioso —dijo.

—¿El qué? —le pregunté.

—Hace dos semanas un hombre, joven y muy atractivo, me preguntó lo mismo que usted.

La joven me miró con cara pícara, yo sabía que tenía que utilizar mis armas de seductor si quería que ella hablase sin tapujos.

—No me digas, y seguro que aquel joven se quedó prendado de ver a una joven tan bonita. —Ella sonrió.

—Pues no le digo yo que no. —Me quedé mirándola a la espera de que continuase hablando—. También me preguntó si había visto a una joven, morena, de pelo rizado, alta, esbelta... pero yo le tuve que contestar a todo que no, lástima, porque era muy agradable y me hubiese gustado ayudarle, fíjese que el pobre venía de Soria, había atravesado el cañón del Río Lobos solo para encontrar a aquellos hombres, ya que según me dijo, uno de ellos era el padre de la dama y le quería pedir la mano de ella. —Aquello me pareció muy extraño, ¿quién sería?, la dama podía ser perfectamente María.

—¡Vaya! —Le sonreí—. ¿Y hacia dónde se dirigía aquel joven?

—No lo sé, no se lo pregunté, solo me dijo que volvería a pasar por aquí y vendría otra vez a mi pensión. —Me sonrió.

En ese momento María bajaba por las escaleras, se había puesto un vestido sencillo, azul celeste que realzaba su figura y su rostro. Le sonreí, qué bella era, solo tenía ojos para mi bonita esposa. Nos sentamos en una mesa y Elena nos llevó el succulento plato que había preparado. María no hablaba, estaba en silencio, no me respondía, estaba deseando terminar de cenar para llevármela afuera, a la fiesta que se estaba celebrando, deseaba estar con ella.

En ese instante la música se escuchaba por las calles, Elena nos dijo que fuera, en las murallas, estaban con danzas alrededor de la hoguera, era la tradición, se llevaba a la Virgen Peregrina allí y se la ubicaba en un pequeño altar y toda la fiesta estaba dedicada a ella.

Cogí a mi esposa de la mano y tiré de ella para dirigirnos hasta allí, la noche era realmente preciosa, estrellada y hacia bastante calor a pesar de que ya había anochecido. El contacto con la mano sedosa y fina de ella era muy agradable, me hubiese gustado abrazarla y besarla, decirle todo lo que sentía por mi mujer, hubiera deseado demostrarle todo mi amor, pero mi orgullo irlandés me lo impedía. Además sabía que ella no sentía lo mismo por mí y temía al fracaso y rechazo, solo pensar en ello me hacía daño, tenía que lograr enamorarla, al fin y al cabo era mi mujer y deseaba demostrarle mi cariño y que ella me amase.

Su rostro cambió y conforme veía el tumulto y nos acercábamos a la hoguera este se fue relajando.

—Te propongo una tregua —le dije.

—¿Una tregua?

—Sí, ¿qué te parece si por unos segundos dejamos nuestras diferencias y disfrutamos de la fiesta? —La miré sonriente. La amaba.

—De acuerdo. —Me devolvió la sonrisa.

Había muchos peregrinos entre la multitud, examiné primero que no estuviese aquel grupo de hombres, no me quedaría tranquilo hasta que no me asegurase de ello.

La hoguera era impresionante, iluminaba todo el terreno al lado de la muralla. Alejada estaba la pequeña imagen de la Virgen Peregrina, puesta en un altar repleto de flores e iluminado con dos pequeñas velas. La gente reía, bebían, se veía a todo el mundo feliz y aquella alegría se contagiaba. En ese momento un grupo de músicos con gaitas empezaron a tocar melodías que me recordaban a mi tierra, muchos de los allí presentes, alrededor de la hoguera cogieron a sus parejas y empezaron a bailar al son de la música. Vi como María movía sus pies al compás de esta. Agarré a mi española de la cintura y la saqué a bailar, girábamos mientras nuestros ojos permanecían fijos el uno en el otro, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro. Era ella la que seguía mi ritmo, girábamos cada vez más rápido al son de las gaitas mientras

las llamas de la hoguera iluminaban nuestros rostros. Ahora sí que estaba disfrutando mi española, por fin era ella, sin preocupaciones, aprovechando el momento. Cada vez bailábamos más rápido, girando alrededor, en ese momento para mí solo estábamos ella y yo, el tiempo se había detenido. La noche y la música nos envolvían. Las gaitas seguían sonando, nos detuvimos y nos miramos fijamente el uno al otro, cogí a María de la cintura y la atraje hacia mí. Debido a mi gran estatura ella quedó suspendida ligeramente en el aire, de puntillas, me incliné, la besé, deseaba hacerlo, la amaba, aunque me negaba a reconocerlo, no era solo deseo, había un sentimiento más fuerte que tampoco podía comprender, pero que me llevaba hacia ella con la necesidad de retenerla entre mis brazos y sentir su piel, sus labios. Ella no me rechazó, respondió a mis besos, sentía la suavidad de estos, acariciaba su piel mientras nos fundíamos en la pasión del momento, todo mi cuerpo reclamaba a aquella mujer. Notaba como sus manos acariciaban mi pelo, y yo no pude evitar acariciar su cuerpo. «Dios mío —pensé—, no voy a poder parar». Mi excitación iba en aumento, notaba su pecho contra el mío, sentía el latir de su corazón, así como los latidos acelerados del mío. En ese momento me detuve, excitado, lleno de deseos hacia ella, la miré a los ojos y ella miró los míos. La levanté en brazos y la retuve fuertemente entre estos, en ese instante unas de las personas que estaban disfrutando de la fiesta nos sujetaron a ambos del brazo y nos forzó a seguir bailando. Nos separaron. A María se la llevaron con las mujeres y a mí con los hombres. Empezamos a girar unos alrededor de otros al compás de la música. El vino pasaba de unos a otros, vi a mi española beber, la luz de las llamas, la noche tan estrellada iluminaban a mi adorada mujer. A pesar de estar separados mi mirada solo era para ella, su sonrisa me embaucaba. Estuvimos danzando bastante tiempo, la bebida empezaba a hacer efecto y observé que María se tambaleaba, era hora de retirarse.

La música se detuvo, y ella seguía girando sobre sí misma, me

divertía verla así, tan distendida, sin prejuicios, dejándose llevar por sus impulsos, la observé, pero empezó a tambalearse y fui rápidamente a su lado para sujetarla de la cintura y así evitar una caída.

—Nos vamos a la cama, española —le dije mientras la cogía en brazos. Apenas podía sostenerse.

—¡Todavía no, irlandés! —me dijo con una voz poco clara, típica de las personas que han bebido más de la cuenta.

—Sí, esposa mía, creo que has bebido bastante y es hora de descansar, si no mañana lo vas a lamentar y no quiero que me eches la culpa de ser el causante de tu malestar.

Me observó con una gran sonrisa y me agarró del cuello mientras me miraba a los ojos fijamente.

—Mi adorable, Henric —dijo—. ¿Sabes? eres muy guapo, esposo mío.

Aquello me hizo gracia, sonreí, sabía que si después recordaba aquellas palabras se arrepentiría.

—¡Me encantas! —me dijo, se acercó y me dio un fuerte beso en los labios y después apoyó su cabeza en mi hombro.

Entré en la posada, allí estaba Elena quien a la entrada me sonrió, yo le devolví el gesto.

Entré como pude en la habitación y la deposité en la cama. La contemplé, estaba muy bella durmiendo plácidamente. Algo en su cuello llamó mi atención, no me había fijado antes que lo llevaba puesto. Era una cruz de la orden de Santiago. Me senté a su lado y sostuve aquella cruz entre mis manos, era diferente a las que había visto, ya que esta tenía más cuerpo. Me daba la sensación que por su forma contenía algo en su interior, pero aparentemente no había ningún mecanismo de apertura de aquella cruz. «¿Por qué de la orden de Santiago? ¿Qué escondes María?», pensé. En ese momento me sorprendió abrazándome por el cuello y llevándome hacia ella, me besó con pasión, levantó levemente la cabeza y me retuvo entre sus

brazos. Notaba deseo en sus besos, sabía que si seguía correspondiéndola no podría detenerme y le di mi palabra de honor. Muy a mi pesar la aparté suavemente, quería que ella fuese consciente y se entregase libremente, no ebria, sin ser responsable de sus actos, aunque he de reconocer que aquellas muestras de cariño me sorprendieron y encantaron. Me aparté y decidí dormir en el suelo, sabía que si estaba cerca de ella terminaría haciéndole el amor y no me lo perdonaría a mí mismo, por más que deseaba desnudarla y besar cada rincón de su cuerpo, amarla y hacerla mía, tenía que controlar mis instintos. Abrí la ventana para que me diese el aire en el rostro y se calmase mi excitación, mi cuerpo no respondía a mi mente.

CAPITULO VII

Un encuentro inesperado

Sentía un fuerte dolor de cabeza, intenté incorporarme, pero todo me daba vueltas. Me llevé las manos al rostro. Estaba vestida sobre la cama, me giré para ver si estaba sola o con Henric, a mi lado no había nadie y la cama en esa parte no estaba deshecha. No lograba recordar lo que había pasado, solo me acordaba de la hoguera, la música y el baile con Henric. De repente recordé el beso, sus brazos, la pasión que despertó en mí con sus caricias, sabía que cada vez, teniendo a aquel hombre tan cerca de mí me iba a resultar imposible controlar mi deseo de estar junto a él. Deseaba besarle y estar entre sus brazos, pero sabía que para él aquella boda era un trato y que el amor no cabía en ese tipo de relación, de hecho dejó bien claro en la casa de su amigo Jorge que él no estaba enamorado de mí y que en su vida no cabía la palabra amor. Me sentía desgraciada, estaba enamorada de un hombre que solo sentía una atracción por mí como seguro habría sentido por otras muchas. Mi madre había muerto, mi tía había desaparecido y mi adorable hermano no sabía dónde se encontraba. Era una desdichada. Me sentí triste, además no sabía si aquella noche de la que no recordaba nada había habido algo más con Henric, intuía que no porque estaba vestida y él no estaba junto a mí en el lecho, pero el no recordarlo me hacía dudar. «¿Por qué? —pensé—, por qué me tiene que estar pasando esto».

No había nadie en la habitación, él no estaba. Me incorporé y senté en la cama, la cabeza me daba vueltas y me dolía bastante, me levanté muy despacio y fui directa a lavarme el rostro, en la pila había agua y una jarra al lado por si necesitaba más. Me miré al espejo, tenía muy mal aspecto, me peiné y me recogí el pelo en una trenza, me estiré el vestido que llevaba puesto y me pellizqué los mofletes para que

tuviesen un poco de color. Me asomé por la ventana, la ciudad estaba tranquila. En ese momento Henric entró en la habitación. Estaba muy atractivo. Llevaba una camisa blanca, ligeramente desabrochada donde se veía el principio de sus musculosos pectorales, y unos pantalones negros, el pelo ligeramente despeinado y el color moreno que iba tomando su piel por lo rayos de sol. Me miró y sonrió, aquel gesto me volvía loca. Esperaba que no mencionase el beso de aquella noche, quería evitar ese tipo de conversación.

—¿Ya te has despertado, esposa mía? —me dijo mientras se acercaba a mí.

—Sí, con un fuerte dolor de cabeza. —Me senté en la cama.

—Bebiste demasiado, un buen café te irá bien. —Se puso frente a mí con los brazos en jarra.

—Sí, creo que sí. —Me levanté como pude.

—¿Recuerdas algo de anoche? —Me ruboricé.

No podía decirle que recordaba aquel beso, aquella excitación en la noche estrellada, donde su bello rostro solo lo iluminaba el reflejo de las llamas de la hoguera encendida, tenía que negarlo.

—No, solo sé que hubo un baile, una hoguera y nada más, después de aquello no recuerdo nada más.

—¿Seguro, española? —me dijo con una sonrisa en los labios.

Le miré seriamente, sabía a lo que él se refería.

—Seguro, ¿es que he de recordar algo en especial? —Le reté con la mirada.

—Tranquila, damita mía, que lo que tengas que recordar ya lo harás.

—Se rio con su carcajada habitual que tanto me irritaba.

Hice intención de levantarme pero la cabeza se me iba para todos los lados, me volví a sentar. Henric sonrió y se acercó a mí, me cogió ágilmente en brazos, al principio protesté, pero sabía que por mi propio pie, por el momento, no podría ir. Rodeé su cuello con mis brazos y recliné mi cabeza sobre su hombro, me sentía feliz abrazada por él.

—Fue el vino. —Me besó con ternura sobre la frente.

Bajó las escaleras conmigo a cuestras y me sentó en una silla de una mesa apartada del resto, un lugar tranquilo y reservado. Me trajeron un buen café acompañado de unos bollos recién hechos. Henric me miraba, ya que él ya había desayunado. Me observaba fijamente, me detuve mientras sorbía mi bebida caliente y le increpé.

—¿Se puede saber en qué piensas? Me pones nerviosa mirándome.
—Le sonreí.

Henric posó su mano sobre la mía, se la llevó a los labios y la besó. La retuvo unos segundos entre las suyas sin querer soltarla.

—Si te pasase algo no podría resistirlo, es en lo que pienso. Sé que me hundiría y desearía que mi vida se terminase en ese mismo instante.

Su mirada se puso triste, sé que decía la verdad en ese instante, mi corazón dio un vuelco, aquella revelación tan profunda y dicho con tanto cariño me llenó de placer y amor inmenso hacia él, lo amaba, lo amaba con toda mi alma y sabía que si a él le pasase algo yo tampoco podría superar su pérdida.

Le miré y llevé mi mano hacia su mejilla, le acaricié, él cogió esta entre las suyas y la retuvo con ternura.

—Yo tampoco podría superar que te pasase algo a ti. —Le sonreí.

Él se sorprendió por mi comentario, me miró fijamente.

—María, sé que hay algo que te preocupa y por el motivo que sea no me lo quieres decir. Sé que aquel fraile franciscano tenía algo que decirte de vital importancia y estoy convencido que en lo que respecta a tu tía hay algo que te preocupa, ¿por qué no me lo dices?, ¿por qué no te sinceras conmigo? No podré ayudarte si no sé todos los detalles. Hay unos hombres que te buscan, otro caballero sin identidad que también te persigue.

Le notaba agobiado, era muy insistente con este tema, pero no podía revelarles mi secreto, le pondría en peligro y jamás me lo perdonaría.

—Henric, mientras tú no sepas nada, ninguno de los dos correremos peligro. —Di por zanjada aquella conversación.

No podía contarle mi secreto, hice una promesa a mi madre y sabía

que si ella me contó aquello fue para que nunca traicionase a mi familia, además el padre Pablo me hizo ver el gran peligro que existía y por qué aquellos caballeros querían la espina sagrada. Se vinieron a la mente sus palabras: «La espina significa poder, piensan que venerándola conseguirán control, dominio... Las personas que la quieren someterán a otras haciendo mención a la posesión de esta, hay que llevarla al lugar donde tiene que estar, tienes que regresar a Jerusalén, María. Me has dicho que te diriges a Cork, cuando estés allí, debes ir al monasterio de Buttevant, tienes que ir sola, en ese lugar preguntará por fray Antoni, le darás esta carta —extendió un pequeño sobre sellado—, él te ayudará. Tienes que hacerlo con precaución y no debes revelar a nadie este secreto, ni siquiera a tu marido, solo así le podrás proteger a él y a ti». Guardé la carta entre las páginas del libro de mi madre, donde se encontraba la carta de esta.

Henric me miró, estaba molesto.

—Pues no entiendo tanto secreto, ¿acaso no soy tu marido? ¿Quiero y debo protegerte? No lo entiendo.

Permanecí en silencio, dejó de gruñir.

Terminé el desayuno, me levanté y Henric me siguió, ya no me sentía tan mareada, aunque el malestar persistía. Me cogió de la mano con firmeza, quizás temía que me tropezase y quería asegurarse de que si fuese así no me caería o torcería un tobillo. El contacto con su mano me gustaba, ancha, fuerte, de dedos largos que cubrían completamente la mía.

Recogimos nuestras pertenencias y nos volvimos a poner en ruta, dirección Fisterra, allí embarcaríamos hacia Cork.

Desde la lejanía se veían las murallas de Ponferrada, estaba anocheciendo, el sol reflejaba ya sus rayos tenues de color anaranjado sobre esa fortaleza que se levantaba majestuosa, grande, para defender a sus habitantes del enemigo. El viaje se estaba haciendo muy largo a caballo, apenas nos habíamos detenido y la conversación había dejado

de fluir, ya que el calor y el agotamiento hacían mella en ambos. Necesitaba llegar a Fisterra, pero todavía quedaban dos largas jornadas para llegar a nuestro destino. Analizaba los gestos de Henric, él tampoco disimulaba su deseo de llegar pronto a Cork, estaba inquieto y cada vez más impaciente de regresar a sus tierras.

Nos íbamos aproximando a las murallas de la villa, se vislumbraba mucho gentío, carretas y caballos, era un ir y venir de personas de un sitio a otro, estaba empezando a marearme, estaba cansada, agotada, con calor y hambre. Henric debió notarlo y me sujetó fuertemente de la cintura contra su cuerpo, me recosté sobre su torso y él me abrazó. Atravesamos la gran puerta a través de la cual se accedía al interior de la muralla.

—Nos quedaremos en la primera posada que encontremos —dijo.

Ni le pude responder, el cansancio me lo impedía. A los pocos minutos de habernos introducido en aquel lugar encontramos una taberna. Henric se bajó de un salto del caballo y, en esta ocasión, me dejé ayudar por él. Ágilmente me cogió de la cintura y me depositó en el suelo como si tal cosa.

—¡Espérame aquí, María! —me dijo mientras él entraba.

Observé a mi alrededor, notaba mucho polvo de la cantidad de carros y caballos que pasaban por los caminos de la ciudad. Muchas mujeres iban cargadas de flores depositadas en grandes cestos. Los niños llevaban guirnaldas elaboradas por ellos con las que estaban decorando las calles, había alegría en sus caras. Una niña de unos ocho años, rubia y de ojos azules se detuvo ante mí.

—¿Está usted sola, señorita? —preguntó

—No —le contesté con una sonrisa en los labios.

Aquella niña me inspiraba ternura, llevaba sus piecitos descalzos y un vestido sucio, largo hasta el suelo.

—Pues yo la veo sola, no veo a nadie a su lado —preguntó otra vez.

Le sonreí.

—Bueno... en parte tienes razón, ahora estoy sola, pero...

No sabía cómo nombrar a Henric, decir mi esposo todavía me daba cierto pavor, en ese momento salió a buscarme y yo le indiqué con el dedo a esta que había venido con él.

—Ese hombre es mi acompañante.

En ese momento la niña echó a correr dirección Henric, él se detuvo y se agachó, se puso de cuclillas para estar a la misma altura que la niña, estaban hablando y Henric sonreía, me miraban, luego le cogió la manita y se la besó, la niña le sonrió y él le dio unas monedas a cambio de una rosa roja.

Se acercó a mí con su habitual sonrisa. Cortó cuidadosamente el tallo de la flor y con delicadeza la colocó detrás de mi oreja.

—Hay dos habitaciones contiguas cada una con una cama individual, es lo único que queda, lo siento amada esposa, pero esta vez tendrás que dormir sola, imposible una cama grande para los dos, está al completo, por toda esta zona son las fiestas de la Virgen, al igual que en Saghún, y está lleno de forasteros, peregrinos y caballeros que recorren los caminos. Lo soportarás, ¿verdad? —Se estaba burlando de mí y aquello me fastidiaba bastante.

—Lo soportaré muy bien, tranquilo, esposo mío que no te echaré en absoluto de menos. —Una risotada retumbó tras de mí.

Dejó su caballo en el establo y me guio con su fastidiosa sonrisa en los labios hasta el interior de la taberna. Había mucho bullicio, hombres bebiendo, gritando y comiendo sin modales. Subí rápidamente las escaleras, Henric me dijo que era el primer piso. Entré en mi habitación y me tumbé en una pequeña cama, estaba muy cansada, él llamó a la puerta.

—¡Te espero abajo en una hora!

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me desperté, recordé que Henric había dicho que en una hora me esperaba abajo, me levanté rápidamente y apenas reparé en mi aspecto, el pelo despeinado y los ojos hinchados de haberme quedado traspuesta. El ya no estaba allí, el

tabernero se fijó en mí.

—¿Busca usted a un hombretón alto, moreno? —me preguntó.

—Sí —le respondí—. ¿Sabe usted dónde está?

—Me comentó que cuando se decidiera a bajar le dijese que iba a dar una vuelta, que se había aburrido de esperarla. Que no se marchara sin él. Esas fueron sus palabras señorita.

Le di las gracias.

«Le iré a buscar», pensé, no me apetecía estar encerrada en aquel recinto y menos subir otra vez a la habitación. Me dirigí a la puerta de salida, hacía una noche bonita de verano, necesitaba pasear.

—¡Señorita! —me dijo el posadero—, ¿qué le digo al señor si pregunta por usted?

—¡Qué también me he cansado de esperar! —El posadero se sorprendió ante mi respuesta, me miró, ladeó su cabeza y volvió a sus tareas.

Yo me reí para mis adentros, ya que en cierta manera debíamos parecer una pareja un tanto peculiar.

La noche era calurosa, la ciudad estaba de fiestas, había personas deambulando de un sitio para otro, no reparé en que podía ser peligroso ir una mujer sola por aquellas calles, aquel lugar parecía seguro y tranquilo, empecé a caminar sin percatarme del camino que tomaba.

En mis pensamientos solo había cabida para Henric, recordé la escena con aquella niña, su mirada dulce cuando habló con ella, la ternura con la que la trató, era todo un caballero a pesar de mostrarse en muchas ocasiones como un bruto, orgulloso y bárbaro irlandés. No había reclamado sus derechos sobre mí en la cama, estaba cumpliendo su promesa y, aunque yo deseaba que se saltase aquel absurdo acuerdo, en el fondo admiraba su respeto hacia mí. «Algo debe quererme cuando teme por mi seguridad», pensé. Él siempre había estado ahí, desde nuestro primer encuentro en mi casa, aquel beso que me hizo temblar, y después cuando me salvó de aquellos truhanes.

Recordé el cariño que demostraba por sus amigos. Lo amaba, pero él no sentía lo mismo por mí, lo dejó bien claro, podría sentirse atraído pero el amor no cabía en su vida, el pensar aquello me entristeció, significaba una más en su larga lista de conquistas, y lo único que había logrado era casarme con aquel hombre porque todavía no me había entregado totalmente a él, sabía que el día que lo hiciese se acabaría la magia y él ya no estaría a mi lado, buscaría a otra mujer. Mis sentimientos eran sinceros y sabía que no podía ocultarlos por mucho tiempo. Aquella noche en Saghún desee besarlo, le correspondí y aunque después bebí y me emborraché, mis caricias y besos no eran fingidos, le deseaba y él lo sabía por más que yo intentase hacerme la ingenua y porfiar en que no lo recordaba.

A lo lejos vi un pequeño banco de piedra ubicado junto a la muralla, decidí sentarme y contemplar aquel maravilloso cielo totalmente estrellado, me recliné, cerré los ojos y me dejé acariciar por la suave brisa de la noche.

Debía ser muy tarde, en realidad no había reparado en el tiempo, ni recordaba exactamente cómo volver a la taberna, el corazón empezó a acelerarse, pero en ese momento me autoconvencí que al fin y al cabo aquel lugar no era tan grande y sería capaz de encontrar el camino. «Dios mío —pensé—, por favor, guíame».

Las calles me parecían todas iguales, estrechas y oscuras, no recordaba aquellos callejones, apenas había personas deambulando y, de vez en cuando, se veía a un peregrino o caballero con su capa en dirección desconocida, empezó a entrarme el pánico, de repente escuché unas voces masculinas de varios hombres que hablaban en un idioma que no entendía, doblé la esquina con sumo cuidado, ya que sabía que una mujer sola a esas horas no era muy seguro, eran caballeros con capas, altos, rubios y muy corpulentos, reconocí a uno de ellos, empecé a ponerme nerviosa, ya que sabía que si me veía probablemente me recordaría, en ese instante me vino a la memoria la insistencia de Henric y el miedo de este porque no me encontrasen

aquellos hombres, él sabía que me buscaban. Tenía el convencimiento de que querían la espina de Jesús, la misma que mi madre me dio. Uno de los hombres miró para donde yo estaba, retrocedí rápidamente para esconderme, recé para que no me hubiese visto, tenía que salir de allí lo antes posible, el corazón me latía rápidamente, me tranquilizó escuchar cómo las voces se alejaban. Cuando ya no las escuché volví a observar, tenía que salir de allí rápidamente, miré y vi cómo se metían en una fonda de alterne con mujeres pechugonas que les esperaban en la puerta insinuándose, estaba decidida a alejarme de aquellos lugares, eran calles repletas de borrachos y truhanes en busca de mujeres con las que pasar la noche.

Comencé a caminar rápidamente, tenía que cruzar aquella vía, aceleré el paso pero me detuve bruscamente nada más iniciar mi marcha, una figura masculina en la lejanía me resultó familiar, estaba casi segura que se trataba de mi hermano Juan, este entraba en la misma fonda de la que yo quería alejarme.

La alegría y el nerviosismo se empezaron a apoderar de mí y, sin pensar, comencé a gritar su nombre.

—¡Juan!

Pero estaba muy lejos y apenas me escuchaba.

Decidí entrar, si era mi hermano no me perdonaría el no haberlo hecho. Abrí ligeramente la puerta, una bofetada de calor me hizo retroceder. Con mucho cuidado miré para ver que aquellos hombres no me viesan, no estaban por la entrada. A lo lejos creí ver a Juan, estaba buscando a alguien o, al menos, eso era lo que parecía, me hice paso entre borrachos, prostitutas, pero no lograba alcanzarle, aquel lugar era grande y estaba repleto de gente, hubo un momento que le perdí de vista, en ese instante alguien me cogió del brazo y empezó a tocarme el pelo y acariciármelo, cuando vi la cara de aquel hombre sentí repugnancia, un viejo borracho me había confundido con una de las mujeres que allí se encontraban y se veía en su derecho de tocarme

como le venía en gana. Me revolví y le propiné una patada en su entrepierna.

—¡Déjame viejo asqueroso! —le dije.

Miré, pero Juan ya no estaba, cada vez había más personas dentro de ese lugar y me empecé a agobiar, tenía que salir lo antes posible de aquel sitio, notaba como unas manos y otras me manoseaban, «esto es horrible», pensé. Por fin alcancé la puerta, la abrí y la cerré tras de mí, «¡uff! —suspiré—, por fin». Iba a salir cuando la punta de un puñal presionaba sobre mi espalda.

—¿A dónde te crees que vas? —Era una voz masculina, extranjera.

No podía darme media vuelta y el corazón me latía a mucha velocidad.

—¿Quién eres? ¡Deja que te vea! —le grité.

En ese momento unas manos fuertes cogieron mi brazo y me forzaron a dar media vuelta, era aquel hombre que estuvo en mi casa, noté su mirada lasciva, aquel bárbaro del que me había estado protegiendo Henric. En ese instante me maldecía por haber salido sin él, ¿dónde estaría?

—¡Vaya! Por tu expresión ya puedo ver que te acuerdas de mí —dijo con una media sonrisa en sus labios.

Mientras me sujetaba con fuerza el brazo, hasta el punto de hacerme daño, cambió la posición de su puñal para volver presionar este sobre mi cuello. Examinaba cada parte de mi cuerpo, hasta el punto de ruborizarme. No pensaba permitir que aquel personaje me achantase.

—¿Quién se ha creído que es usted para amenazarme de esta forma? Soy una dama —le dije con el mentón bien alto.

—Eso no lo dudo, y muy bonita. —Me atrajo hacia él mientras me sujetaba con ambas manos.

—¡Suéltame, se lo ordeno!

Él se rio a carcajadas.

—¡Me lo ordenas! Yo no obedezco a nadie salvo a mi instinto, bella dama.

Se volvió a reír. Intuía cuál era su intención, pero no estaba dispuesta a permitir que aquel ser repugnante me besase y me pusiese sus sucias manos encima. Peleaba para soltarme, pero aquello le excitaba más, mi forcejeo le llevaba a divertirse y agarrarme con más fuerza. Cuando terminó de entretenerse, me asió fuertemente de las muñecas, me hacía daño.

—Ya estoy cansado de tanto luchar contigo, fierecilla.

Acercó su rostro al mío con la intención de besarme, le mordí el labio y le hice sangre, le provocó dolor y me dio una bofetada. Me agarró del pelo y forzó que mi cabeza se inclinase para mirarle, se aproximó. En ese momento oí su voz, era Henric, creí desvanecer de la alegría.

—¡Quita tus sucias manos de mi esposa! —gritó, con una voz fuerte y seria.

Tenía su espada apuntándole a su cuello, presionaba tanto la punta sobre este que le salía un ligero reguero de sangre. Aquel bárbaro me soltó y la voz de Henric sonó tajante y enfadada, sabía que era una orden sin opción a protesta, pero en esta ocasión yo estaba encantada de obedecerle.

—¡María!, ¡ponte detrás de mí! —En cuanto estuve cerca de él me agarró del brazo y tiró de mí para posicionarme tras él. Exclamó—: ¡No te muevas!

Él rodeaba a aquel hombre y sin dejar de presionar con la punta de su espada sobre su cuello.

—La próxima vez que toques a mi esposa te mato.

El hombre no le respondió, Henric le propinó un puñetazo en su vientre y el hombre se dobló del dolor. Vi su cara de odio.

Henric estaba muy enfadado, me miraba serio, encolerizado, me agarró fuertemente del brazo.

—¡Vámonos! —Y diciendo esto me sacó de aquellas calles prácticamente corriendo.

Estaba lleno de ira, no me dirigía la palabra, yo preferí no ser la

primera en hablar, ya que sabía que en el momento que lo hiciese estallaría la tormenta. Cuando estuvimos alejados por calles que empecé a reconocer, me miró con ojos irritados.

—¡Qué sea la última vez que te marchas sin mí! —Me cogió fuertemente de la mano.

—¡Tú fuiste el que te marchaste! ¡Si pensabas que yo me iba a quedar esperándote en mi habitación a que tú llegases... no me conoces! —le dije enfurecida.

Aquel tono no iba conmigo, no estaba dispuesta a que ningún hombre controlase mi vida y menos a que me quitase mi libertad.

En ese instante se detuvo, me soltó la mano y se posicionó frente a mí.

—¿Es qué todavía no te has dado cuenta de lo que me importas? ¿De que me muero si te pasa algo? —Se llevó las manos al rostro y después me miró seriamente, con temor en sus ojos—. ¿Tú sabes el miedo que he sentido al ver que no te encontraba? ¡Me he recorrido cada rincón de Ponferrada temiendo lo peor! Creí morirme. —Se retiró un mechón de pelo que le caía por su frente y me miró seriamente—. ¿Sabes lo que hubiese hecho aquel hombre contigo? Te hubiese violado salvajemente y cuando hubiese acabado contigo te hubiese entregado a sus hombres para que uno a uno hiciese lo mismo, después a base de palizas y torturas te hubiesen sacado ese gran secreto que a mi te niegas a desvelarme para después abandonarte en cualquier camino, medio moribunda, para que sirvieses de comida a cualquier bestia. —Me observaba.

Sabía que tenía razón, sentí miedo y temí por las intenciones de aquel bárbaro, le debía una disculpa.

—Lo siento, tienes razón.

—¡Vaya, por fin un poco de humildad! ¡Orgullosa, cabezota española! —Seguía bastante enfadado.

Me agarró de la mano con fuerza y estuvo en silencio durante todo el camino hacia la taberna.

—¡Hoy duermes conmigo! —Iba a rechistar, no quería estar junto a él en su habitación, temía que mis sentimientos me delatasen, pero él adivinó mis pensamientos—. Hoy no te pienso dejar sola en una habitación, y más después de que aquel hombre sabe que estás por aquí, él no va a cesar en encontrarte, primero por ese gran secreto que guardas, segundo porque con mi interés por ti he incrementado su deseo en tenerte, y tercero, porque ahora más que nunca quiere encontrarme para devolverme la humillación a la que le he sometido esta noche. ¡Busca tu ropa de peregrino y pónstela!, tienes que esconder tu apariencia femenina. Ellos buscarán a un hombre con una mujer, pero nunca repararán en un peregrino y un caballero que se esconde tras su capa.

Me llevó hasta la habitación y esperó a que yo me pusiese la ropa de peregrino, Cuando entré vi sobre mi cama una corona de flores, él siguió mi mirada.

—Eso fue lo que me hizo ausentarme unos minutos, mientras tú dormías. En la calle había varias jóvenes vendiendo esas coronas que acaban de hacer, el posadero me explicó que los novios se las ofrecen a las mujeres que van a ser sus esposas y yo fui a comprarte una, ya que no te había hecho ningún regalo de bodas.

No podía articular palabra, la corona era preciosa.

—¡Guárdala, ahora tienes que ser un muchacho!

Dicho esto, salió de la habitación para que me vistiese y esperarme fuera.

Me la probé, era realmente bonita, las flores eran de tela, perfectamente sujetas, de tonos blancos y rosados unidas unas a otras por una cinta de color azul. En ese momento me sentí fatal, era la culpable de todo lo que había pasado, quería abrazarle por aquel regalo tan maravilloso, pedirle disculpas y hacerle ver mis sentimientos que tanto me estaba empeñando en ocultar.

Aquella noche dormiríamos con la ropa puesta por si nos teníamos que marchar rápidamente, partiríamos al alba. Henric intuía que lo más

prudente era alejarse de Ponferrada, ahí corríamos peligro.

Una vez que me vestí y fuimos a su habitación él colocó unas mantas en el suelo, se tumbó y yo me quedé mirándole, le amaba y sabía que su vida ahora corría peligro por mi culpa.

—Gracias por el regalo, es precioso —le dije, mientras estaba sentada en la cama con mi atuendo de joven peregrino.

—No me lo agradezcas, te lo debía, eres mi esposa. —Me sonrió, se acomodó y cerró los ojos.

Yo me acosté, aunque me hubiese gustado abrazarle y besarle, le amaba.

Estaba amaneciendo y en la lejanía se veían las murallas de Ponferrada. Estaba deseando llegar a Fisterra, allí embarcaríamos hasta Cork, después iríamos hasta Blarney, lugar donde estaba su castillo. Estaba deseando llegar allí, tenía que reunirme con el fraile que me recomendó el padre Pablo, necesitaba saber qué hacer con el tesoro que llevaba escondido dentro de la cruz de Santiago.

CAPITULO VIII

Castillo de Blarney

Por fin divisaba los grandes acantilados de mi amada Irlanda, estaba deseando llegar al castillo, mi hogar, sentirme en mi territorio. Me dolía el alma de ver a mi encantadora española vestida de muchacho, sucia, cansada, pero sin rechistar, había aguantado todas las miserias y durezas del camino hasta Fisterra y después hasta llegar aquí. Sabía que estaba muy débil, se lo notaba por sus profundas ojeras, pero ella no se quejó en ningún momento, estaba muy orgulloso de mi valiente esposa, la amaba con toda mi alma y, a pesar de tener en ese momento el aspecto sucio de un muchacho, me parecía irresistible, me había cautivado, mi corazón latía y vivía por ella, aunque por orgullo estaba decidido a no desvelar mis sentimientos verdaderos hacia ella hasta que no estuviese seguro de que mi mujer me amase y, por el momento, no me sentía correspondido.

No podía dejar de contemplar ese paisaje, mi tierra, ahí estaba frente a mí, el país de mis antepasados, donde el clan McCarthy derramó sangre para hacerse lo que por ley correspondía a aquella tierra sobre la que erigieron el gran castillo Blarney, mi casa, mi hogar, donde tenía los recuerdos más felices de mi infancia. Porque a pesar de las diferencias en la forma de pensar entre mis padres, ellos se amaban y es algo que lo percibí desde mis primeros pasos, siempre vi complicidad, cariño y mucho amor entre ellos. Eso es a lo que yo siempre había aspirado, aunque nunca me había planteado unirme a ninguna mujer, incluso había huido de cualquier compromiso, era un aventurero que amaba y valoraba su libertad, sonreí para mis adentros, pero siempre había tenido claro que si me unía a una mujer tendría que haber amor en mi hogar.

María se levantó y se colocó a mi lado para contemplar junto a mí el

paisaje que tenía frente a ella, la observé.

—Desde ahora, querida esposa, esta va a ser tu tierra. Pronto conocerás tu hogar. —Cogí su delicada mano y se la presioné con suavidad, para mi asombro no hizo intención de retirarla.

—No te equivoques, irlandés, mi tierra es mi amada Soria. —Me miró y sonrió—. Y la segunda... —Hizo un parón—. Es esta.

Deseaba besarla, abrazarla, retenerla entre mis brazos, pero en ese momento me contuve.

Había mucho ajeteo en el puerto, nadie de mis hombres sabía de mi llegada, por lo tanto no nos esperaban, tenía que comprar al menos un caballo, ya que todavía nos quedaban tres largas horas de viaje hasta llegar a Blarney. Retuve la mano de María y la llevé rápido hacia tierra firme; por una parte estaba deseando pisar aquel suelo, y por otra sabía que si quería conseguir un caballo tenía que darme prisa, pues eran pocos los que había y muy difícil de conseguir. Sin soltar a mi esposa, fui corriendo a ver si estaba mi gran amigo Adam, allegado de mi familia, siempre estaba en el puerto a la espera de que llegasen caballos de Oriente para luego venderlos. Mi padre era amigo de su padre desde pequeño, amigos de batallas, siempre se habían ayudado, es más, su padre había salvado al mío de la muerte en un campo de batalla. El vínculo entre ambas familias era muy fuerte. Lo busqué pero no le veía, me desesperé, a lo lejos divisé a su hijo John. Solté la mano a María y fui corriendo hacia él, con una inmensa alegría. Por fin caras conocidas.

—¡John! —Alcé la mano.

El muchacho me reconoció enseguida, vino corriendo hacia mí y me abrazó. Apreciaba mucho a aquel joven, le había enseñado a luchar y defenderse.

—¡Señor!, ¡cuánto tiempo! Llegamos a pensar que había muerto. — El joven no me soltaba el brazo, le separé un poco para mirarle, no podía disimular mi inmensa alegría de ver a aquel jovencuelo.

—¿Estás con tu padre?

—Sí, señor, está supervisando unos caballo que van para las cruzadas en Oriente.

—John, necesito un caballo para ir a Blarney —le dije temeroso de que en ese momento no me pudiese dar ninguno.

El muchacho se separó de mí y me guio hasta donde estaba su padre, al verme este se giró y con los brazos abiertos vino corriendo hacia mí.

—¡Por fin, golfo irlandés! ¿Dónde has estado? ¿Te has entretenido con alguna dama y por eso no volvías?

Ambos nos reímos y abrazamos, pero ante ese comentario miré de reojo a María, ya que sabía que si hubiese entendido el comentario de mi amigo, sembraría más dudas sobre mí en su bonita cabecita. Ella se limitaba a observar, aunque también percibí una ligera sonrisa en sus labios ante aquellas escenas de entusiasmo y cariño.

—Pues sí. Una joven española muy bonita me ha embrujado —dije mirando a María.

Pude observar el color rosado en sus mejillas, ya que al sentirse observada debió intuir que hablábamos de ella. Me divertía apreciar cómo se ruborizaba ante algunas escenas.

—Adam, te presento a mi esposa, María. No entiende nuestro idioma, muchacho.

Adam se acercó a ella la cogió la mano y la besó.

—Encantado de conocerla señora McCarthy.

Al principio María se sorprendió ante el gesto de Adam, pero a pesar de no entender al joven, le correspondió con una divertida sonrisa en sus labios.

—No sé lo que me has dicho, pero gracias... —Sonreí ante su respuesta.

—Adam, María no entiende nuestro idioma. —Él sí que hablaba español por el mercadeo de caballos con Oriente, España y Francia. Me miró sorprendido y chapurreó español.

—Me llamo Adam.

—Yo María. Encantada. —Esta le sonrió sorprendida por escuchar hablar en su idioma en tierras irlandesas.

Adam era muy educado y discreto en el tema de mujeres, sabía que el atuendo de mi esposa le extrañó pero no hizo ninguna pregunta.

—Adam, viejo amigo, tienes que dejarme un caballo, tengo que llegar a Blarney.

—¡Pues claro que sí! Solo puedo dejarte uno, los demás van a Oriente.

Me llevó hasta el lugar donde estaban aquellos maravillosos animales, negros, con su piel brillante. Adam escogió uno y me lo entregó.

—Para ti. —Le abracé, quería a ese viejo barrigón.

—Gracias, amigo —le dije.

—A mí no me tienes que dar las gracias, anda vete ya que tu esposa debe estar deseando llegar a su hogar y todavía os queda un largo recorrido hasta el castillo.

Nos abrazamos y este me dio unas palmadas en la espalda.

—Anda, ¡muévete muchacho!, que me vas a hacer que me emocione. ¡Ven a vernos!

—Iré, estoy deseando ver a toda tu familia. —Me acerqué y los abracé otra vez.

María nos examinaba sorprendida y, al mismo tiempo, divertida por la escena que veía. La cogí, no se lo esperaba, y la subí al caballo. Después de un salto me ubiqué tras ella, rodeé su cintura y la obligué a recostarse sobre mi pecho. Me gustaba tenerla así, entre mis brazos, protegiéndola y sintiendo su cuerpo muy cerca del mío. Me alejé de mis amigos y ambos nos despedimos.

—¡Estás feliz! —dijo de repente María.

—Sí, esta es mi tierra, mi gente, la familia que tengo.

—Henric, ¿qué nos espera en el castillo? —me preguntó. Aquello me sorprendió.

—¿A qué te refieres?

—Si viven tus padres, algún hermano...

—Mi abuela, ella es la única que está en el castillo. Mis padres murieron. A mi padre le mataron en Jerusalén y mi madre enfermó al poco tiempo. Mi hermano murió... —Me dolía recordar la muerte de él, le amaba, era mi compañero de batallas, era todo para mí. Se me quebró la voz, María lo notó, cambió de tema mientras me acariciaba suavemente el brazo que sujetaba su cintura.

—¿Cuéntame cómo es tu abuela? —No pude evitar carcajearme.

Mi abuela era especial, aunque estaba convencido de que María le iba a gustar desde el primer momento, tenía tanto orgullo como mi española, así como carácter, personalidad y valentía, había sido y era una mujer poco habitual para la época, me miraba asombrada por mi reacción. Me dio un codazo.

—No sé qué te ha hecho tanta gracia.

—Prefiero no describirtela, ya te darás cuenta del porqué en cuanto la veas. Es única, la adoro. —La apreté contra mí y no pude resistirme a darle un beso en su bonito cuello. Me divertía verla intrigada.

Estaba feliz, por fin estaba en mi hogar, con la mujer que amaba, respirando aquel aire a tierra húmeda, sintiendo la caricia de aquel viento suave característico del verano. Miraba desde mi posición del caballo el perfil de ella, tan bello y delicado, la dulzura que desprendía, necesitaba que se enamorase de mí, tenía que enloquecer a aquella mujer, la quería y deseaba que ella también lo hiciera. «Ahora en mi hogar y mi tierra todo será diferente», me dije para mis adentros.

Después de tres largas horas, en la lejanía empecé a vislumbra el castillo, el de mis antepasados, el clan McCarthy. Detuve el caballo y señalé aquella fortaleza, en concreto la inmensa torre que se dejaba ver entre la arboleda y la abundante vegetación.

—¡Mira, María! Ahí está el castillo Blarney, ahora tu hogar. ¿Qué te parece? —le pregunté.

—¡La torre es enorme!, me gusta, me voy a entretener bastante

explorando todos sus rincones.

—Bueno —le respondí—, no sé si te va a dar tiempo, ya que también quiero que conozcas a los aldeanos que trabajan para mí y a sus familias, quiero que entres en sus casas y veas la buena gente de la que me rodeo. Quiero que te conozcan.

—¿Trabajan para ti? —preguntó curiosa.

—Sí, mi padre les regaló las tierras sin pedirles a cambio ningún tipo de dinero por la propiedad, pero a cambio ellos nos dan un tercio del dinero que sacan de la venta de los productos que cultivan. Tienes que estar al día en nuestros quehaceres diarios, debo ponerte al tanto de todos ellos enseguida, no quiero que te aburras y te dé tiempo a echar de menos tu hogar. —Le sonreí.

—Sí, la verdad es que estoy deseando conocer a las personas cercanas al castillo, necesito ocupar mi mente en otras cosas.

—¿Por qué lo dices María? ¿Qué te pasa? ¿No entiendo como todavía no confías en mí?

Me miró con cara de tristeza

—Estoy casi convencida de que vi a mi hermano esa noche en Ponferrada, por eso me metí en esa fonda y no reparé en lo que hacía —la voz se le entrecortó, se estaba emocionando, no podía verla así, la notaba muy triste desde que pisamos tierra irlandesa.

La rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí, la miré.

—Tranquila, si tu hermano está vivo le encontraré, me comunicaré con Jorge seguro que él en León puede investigar o buscarle, o si no mandaré hombres para que lo encuentren, pero daremos con él. No puedo, ni quiero verte sufrir, te arrancaré esa pena que llevas dentro, lo prometo. En ese momento ella me miró y no pude resistirme en besar sus labios, suaves, sensuales, los retuve con fuerza por miedo a perderlos, a que se me escapasen, ella se apartó.

—¡Vamos, Henric!, estoy cansada del viaje y quiero llegar.

Yo también me encontraba agotado, el trayecto desde que salimos de León había sido muy largo y duro y en el barco tampoco habíamos

podido descansar como consecuencia de los vaivenes de este producidos por el oleaje del mar. Quería llegar cuanto antes, además estaba anocheciendo y por aquellos bosques siempre se escondían jabalíes que podrían atacarnos, y no quería tener esa experiencia justo el día de vuelta a mi hogar.

La puerta de acceso al interior de la fortaleza estaba abierta, entré , ahí estaba mi gente, el personal que tanto amaba. James, el mozo de cuadra, un joven alto y fuerte, al verme echó una gran sonrisa, dejó lo que estaba haciendo en el establo y vino corriendo a mí, bajé del caballo de un salto, nos dimos un gran abrazo. James me empezó a hablar en un inglés cerrado. Miré a María, el problema del idioma tenía que solucionarse, empezariamos mañana mismo y yo me ocuparía de aquello.

Le dije a James que ella era mi esposa, española y que no entendía nada de inglés, ella ya se había bajado del caballo sin necesidad de que yo la ayudase, y allí estaba, de pie desafiándonos a ambos, con su mentón en alto y sus brazos en jarra.

—¡Vaya! —dijo James—, ¿y cómo le doy la bienvenida?

—Tranquilo, muchacho, tú acércate la besas la mano y se lo dices en inglés, ella te entenderá.

María le sonrió y James se volvió a mí.

—Realmente, señor, su esposa es preciosa. —Eché a correr.

Yo hice ademán de perseguirle, sonreí para mis adentros, quería a aquel joven y él me conocía muy bien. Me volví para mirar a María.

—Querida esposa mía, desde mañana te voy a dar lecciones de mi idioma, tienes que aprender mi lengua si no estás perdida, aquí son muy pocos los que saben tu habla, solo aquellos que hemos estado allí, Adam, su mujer, mi abuela, David y yo.

—¿Tu abuela? —me preguntó sorprendida.

—Sí, la verdad es que nunca me ha dicho dónde lo aprendió, pero creo que fue por un capitán español del que se enamoró perdidamente, por lo que me contó mi madre. Mi bisabuelo prohibió aquel amorío, y

ella había planeado la huida con aquel capitán, este se fue a la mar y prometió regresar a buscarla pero con la mala suerte que una gran tormenta llevó a la deriva el barco y a todos los que había en él.

—¡Vaya, vaya...!, tu familia es una caja de sorpresas maridito mío.
—Me sonrió.

Cogí de la mano a mi española y la guie por el interior del castillo, recorrimos la gran explanada de acceso al interior, pasamos por la zona de jardín para después llegar a la entrada principal, en aquel momento no quise enseñar a María todas las zonas exteriores de este, ya que me hubiese gustado mostrarla la huerta y la pequeña granja que cuidaba y cultivaba la señora Pot junto a su hija Zane, así como presentarle a Han, el jardinero, y su cultivo de flores preciosas, y a todos los que habitaban el castillo a los que estaba deseando saludar: a mi guardia personal, a David, mi amigo y hermano del alma, él era el jefe de mis hombres. Pero no era el momento, ella estaba cansada y las presentaciones serían después. En la entrada nos recibió la señora Robín, el ama de llaves, una mujer bajita, muy seria y delgada a la que nunca había visto una sonrisa.

—¡Señor! —Estaba sorprendida de verme—. ¡Por fin le vemos por aquí!

—Sí, señora Robín. ¿Qué tal todo? ¿Cómo está mi abuela?

—Todo bien, señor, su abuela está en la biblioteca, ¿quiere que le avise de su llegada?, se va a poner muy contenta de verle.

—No le digas nada Robín, iré yo mismo a la biblioteca. —Miré a mi española ante la falta de entendimiento de nuestro idioma, la descubrí observando los cuadros que decoraban las paredes de la entrada, así como las anchas escalinatas que subían a las habitaciones. Señalé a mi mujer.

—¡Esta es mi esposa!, es española y no entiende nuestra lengua. Por favor, Señora Robín, llévela a mi dormitorio, prepárele un baño, desea asearse y después descansar, pero antes súbale algo para comer. Que nadie la moleste, es una orden.

La señora Robín asintió.

—María —Me miró en ese momento—. Esta es la señora Robín, el ama de llaves.

—Encantada de conocerla, señora Robín —dijo María.

Sonreí, me hizo gracia, ya que sabía que aquella mujer no iba a apreciar su amabilidad, y así fue, se mantuvo seria, distante, ningún gesto ni movimiento en su blanco rostro.

—Cariño, no te ofendas, pero ella es así, además no te entiende nada, le he dicho que te lleve a mi habitación, te preparen un baño y que no te molesten que vas a descansar.

—¿En tu dormitorio?, pensé qué tendría una habitación para mí —me dijo con rostro enfurecido.

—Pues no, española, si duermes en otro dormitorio mi abuela y el resto del personal empezarán a sospechar y a hacer preguntas y, la verdad, lo que puedan pensar los demás me da igual, pero no estoy dispuesto a someterme a un interrogatorio profundo de mi abuela, ya sabrás por qué te lo digo. Además, María, no sé si te acuerdas de que eres mi esposa, estamos recién casados y los recién casados no desean otra cosa que no salir de la cama. —Le sonreí y ella se ruborizó, algo que me encantaba. Le propiné un azote en sus posaderas, y le guiñé un ojo.

Me marché antes de que protestase, sabía que eso la enrabietaría, pero yo me estaba divirtiendo.

Mi abuela era muy astuta y tenía que tener cuidado con ella, no estaba dispuesto a relatar todo lo sucedido con María, ella haría muchas preguntas y podía llegar a agobiarla, algo que bajo ningún concepto estaba dispuesto a que ocurriese.

Fui directo a la biblioteca, recorrí el pasillo, prácticamente estaba corriendo, tenía ganas de llegar y dar una abrazo fuerte a mi abuela, levantarla en volandas como solía hacer. Abrí la puerta de madera y recordé lo amplia que era aquella sala de dos plantas de libros

comunicada una con otra por una escalera de caracol y en el centro de la misma un enorme ventanal, desde donde entraba mucha luz que iluminaba toda la sala, y allí sentada, mi abuela leyendo. Levantó la vista para mirar hacia donde yo estaba, de repente dejó el libro apoyado en la mesa ubicada a su lado y una sonrisa se dibujó en su rostro. Sus ojos pequeños y verdes se iluminaron, yo avancé rápidamente hacia ella y solo le dio tiempo a levantarse del asiento donde se encontraba; la cogí entre mis brazos y le di un fuerte beso en su mejilla, después empecé a dar vueltas con ella, algo que desde mi juventud se lo hacía para demostrarle mi fuerza y que quedó como un gesto de cariño hacia aquella mujer tan importante para mí. Ella se reía.

—¡Anda para ya, eres de lo que no hay! —Me pegaba pequeñas palmaditas en la espalda para que me detuviera.

Le hice caso y la dejé suavemente en el suelo, ella se apartó un poco más de mí, quería observarme, su sonrisa permanecía en su rostro. Aquella mujer de gran estatura, delgada y muy bella a pesar de su edad, seguía impresionándome, era fuerte de naturaleza y su vigorosidad se transmitía allí donde ella estuviera.

—¡Déjame que te vea! ¡Qué guapo estás! ¡Eres todo un hombre! ¡Siéntate aquí a mi lado! —Me señaló una silla.

—¿Has visto? ¿A qué he regresado pronto? —Mi abuela cambió su gesto.

—¿Cómo puedes decirme eso? ¡Un año! ¿Tú sabes lo largo que es un año? Sin dignarte a mandar a nadie para decirme que estás bien, llegué a pensar que te habías muerto. ¿Tan poco te importo?

—Abuela... ¡Tú sabes que te adoro! —Me acerqué y le di un beso en la frente, ella sonrió.

—Bueno, hoy no quiero discutir contigo, pero mañana prepárate. ¡Cuéntame! ¿Por qué no viniste con los demás?

—Sucedió algo que me obligó a quedarme un poco más en España. —No quería relatarle la muerte de mi gran amigo y su familia, aquello

me entristecía.

—Bueno... ¿Y qué puede ser más importante que tu abuela?

—Una injusticia, un acto cruel ante seres inocentes. Tú me has inculcado desde pequeño que un hombre no es hombre hasta que no es capaz de sacrificar su propia seguridad, incluso su propia vida si ante una injusticia huye de ella. Siempre me pusiste el ejemplo de Pilatos cuando se lavó las manos ante la muerte injusta y cruel de Jesucristo. Recuerdo tus palabras: «Si nuestro corazón nos dice que lo que vemos no estaba bien, hay que enfrentarse a ese mal y no huir».

—¿Y? —preguntó mi abuela.

—Pues algo así pasó.

—E intuyo que no vas a contármelo, ¿verdad?

—¡Qué sabia eres, Madeleine! —Así la llamaba muchas veces.

—¡No seas zalamero! ¿Es por un tema de mujeres? —Sus ojos me miraban fijamente, me hacía ver en ellos esa curiosidad típica de ella de querer enterarse de todo.

—Pues no, en esa ocasión no.

—¿En esa ocasión? ¿Es que ha habido otras ocasiones?

—Sí, y por una de esas ocasiones me enamoré locamente de una española y me he casado con ella.

Mi abuela cambió su rostro, sabía que aquella noticia le iba a desagradar, primero porque era una desconocida de otro país, y segundo porque ella siempre había tenido en su mente que al final me casaría con la hija del conde de Windsor, Jane. Yo no podía negar que era muy bella, pero su carácter sumiso y variable, su obediencia hacia las normas y la falta de vida en todo lo que hacía me habían alejado completamente de ella. Jamás la vi como una posible candidata, es más, ya desde adolescente me alejaba totalmente de la joven cada vez que la veía, no quería que nadie pudiese comentar que éramos amigos, o que había un acercamiento entre ambos. Algo que sabía que a la joven Jane no le pasaba, intuía que ella sí quería y ansiaba ese matrimonio, y tanto ella como su madre, conforme crecíamos, fueron

estrechando su amistad con mi abuela hasta que ella hizo de celestina, pero sabía que yo era rebelde y jamás me casaría si me forzaban u obligaban a ello. Las normas y mi propia vida la escribía yo y nadie más.

—¿Qué? —Se levantó súbitamente—. ¿Qué es eso de que te has casado? ¿Dónde está ella? —dijo muy malhumorada.

—Está en mi habitación, descansando. —Hice una pausa, la miraba fijamente.

Sabía que con mi abuela tenía que ser así, ella tenía que ver que era firme en mi decisión y no me achantaba ante sus amenazas y personalidad, aunque de sobra sabía que conmigo no podía.

—Y sí, me he casado con la mujer que he decidido yo, y de la que me he enamorado hasta el punto de que si ella desaparece de mi vida, muero por mi joven esposa.

—¡Eso son tonterías!, el amor es algo que crece con el tiempo. ¿Y Jane?, ella te conoce y desea desde muy jovencita casarse contigo. Sé de primera mano que te ha estado esperando. Jane es muy bella y de muy buena familia, ¿acaso tu esposa pertenece a la aristocracia? —Se levantó con los brazos en jarra, yo hice lo mismo.

—Pues la verdad, no sé a qué clase social pertenece su familia, aunque intuyo que sí que están vinculados a la corte, pero sinceramente, abuela, no me importa, ella me gusta y para mí eso es suficiente. Tú sabes que yo solo obedezco a mi corazón e instinto, y antes son las personas independientemente de la clase a la que pertenezcan.

Iba a hablar, pero evité que volviese a hacer otro comentario. No me gustaba el curso que estaba tomando la conversación. A pesar de lo que quería a la anciana que tenía frente a mí, no podía tolerar que nadie cuestionase mis decisiones.

—¡Está decidido! y ni tú ni nadie, adorable ancianita —La cogí entre mis brazos y le di un beso en su mejilla—, va a hacerme cambiar de idea. Así que dejemos de hablar de este tema, y te ruego que ayudes

a mi esposa a tener una acogedora bienvenida. Por cierto, ella solo habla español, mañana empiezo a enseñarle nuestra lengua.

Mi abuela refunfuñó, sabía que era una batalla perdida.

—Anda, siéntate. —Me señaló la silla próxima a ella—. ¿Cómo se llama tu española?

—María —dije.

—Bueno... al menos el nombre me gusta. ¿Por qué no me la has presentado antes de llevarla a tu habitación?

—Abuela... Parece mentira que me preguntes eso. ¡Fíjate cómo te has puesto conmigo!, como para no prevenirte antes. —Ella sonrió, sabía que tenía razón—. Mañana te la presentaré, hoy es muy tarde y está muy cansada. —Mi abuela frunció el ceño.

—No me gustan las debiluchas, ya lo sabes.

—Por eso he elegido a María, ella no lo es. —Le guiñé un ojo y le sonreí, ella torció su boca con desagrado.

—En fin..., ya veo que no tengo nada que hacer. Por cierto, mañana, casualmente, vienen Jane y su madre a tomar el té, será una velada extraordinaria, muchas sorpresas y presentaciones...

—Abuela...

Después de aquello di un giro completo a nuestra conversación, le empecé a relatar mi experiencia por tierras castellanas. Así estuvimos bastante tiempo. Era muy tarde y decidí subir a ver a mi esposa. No había tomado nada para comer, pero tampoco tenía apetito, estaba deseando ver a María, había pasado mucho tiempo desde que la dejé en la entrada. En el fondo quería evitar mi encuentro con ella en mi alcoba, tenía que aguantar mis deseos hacia mi mujer, y en mis aposentos iba a resultar prácticamente imposible. Tenía que hacer tiempo, porque si la encontraba despierta estaba convencido de que sería muy difícil el no hacerla mía, algo que no quería si ella no lo deseaba también, faltaría a la promesa que le hice y sabía que eso ella no me lo perdonaría.

Antes quería saludar a mis hombres, en concreto al jefe de la

guardia, mi gran amigo David. Bajé a buscarle a las caballerizas. Ahí estaba él, dando de comer y beber a su caballo, le gustaba visitarle por la noche, amaba a aquel animal. Sonreí para mis adentros. Mi gran amigo, siempre conmigo, juramos fidelidad el uno con el otro siendo bien pequeños.

—¡Estás perdiendo reflejos, amigo! ¿No te has dado cuenta de que no estabas solo? —le dije.

El reconoció la voz y se dio rápidamente media vuelta, dejó lo que estaba haciendo y nos dimos un gran abrazo seguido de unas fuertes palmadas en la espalda.

—¡Por fin, Henric!, pensé que te habían matado. ¿Por qué regresaste tan tarde?

—¡Uff! —Hice un gesto que le bastó para saber que había mucho que contar, me conocía perfectamente y sabía que necesitaba hablar, y así era.

—¡Vamos! —dijo David.

—¿A dónde? —le pregunté. Me miró con los brazos en jarra.

—¿Pues a dónde va a ser? ¿Es que ya no te acuerdas de nuestro rincón? —Me eché a reír.

Desde bien pequeños, David, hijo del entonces jefe de guardia de mi padre, y yo solíamos hacer carreras para subir a la torre, en aquel lugar nos sentábamos sobre una piedra desde donde se divisaba todo el bosque. En las noches claras de verano siempre mirábamos al cielo y relatábamos las batallas a las que iríamos cuando fuésemos mayores. Durante nuestra juventud seguíamos subiendo a esta y haciendo nuestra ya habitual carrera, siempre llegábamos a la par, aunque las conversaciones ya giraban en torno a mujeres.

En ese momento, ambos comenzamos a correr hacia la gran torre, llegamos arriba de la gran escalinata, casi sin aliento, nos miramos el uno al otro y nos pusimos a reír. Nos sentamos en nuestra roca y estuvimos un buen rato en silencio, contemplando el maravilloso paisaje que teníamos delante de nosotros.

—Bueno, ¿me cuentas? Me tienes intrigado.

—Me he casado. —No quería mirarle, intuía que le iba a sorprender, no lo entendería, ya que sabía que era un alma libre, sin ganas ni necesidad de atarme a ninguna mujer.

—¡No me lo puedo creer! Me sorprendes. —Se carcajeó y le di un codazo.

—¡Vale ya! —Me reí con él.

—¿Y dónde está la dama en cuestión? —Me interrogaba y su mirada se había centrado en mi rostro.

—En mi alcoba. —Volvió a reírse.

—No entiendo cómo entonces estás compartiendo este momento nocturno conmigo y no estás en el dormitorio con tu esposa, ¿es que te han forzado a casarte? —Me dijo en tono de burla. Le miré.

—No, realmente estoy loco por esa mujer.

—Entonces... ¡no lo entiendo!, yo aprovecharía cada segundo para estar con ella.

—No es tan fácil.

Le relaté todo lo sucedido, incluso su desconfianza hacia mí, el misterio que ella escondía, su tía, los sucesos de León y el grupo de hombres sajones que la perseguían, así como mi promesa de respetarla hasta que ella lo deseara.

—Mal te veo amigo, esas promesas no se deben hacer nunca. —Se echó a reír y yo me contagié de su risa—. Apuesto a que no vas a ser capaz de aguantar más de una semana sin yacer con ella. ¿No te atreves a apostar?

—Claro que sí, aunque estoy seguro de que la enamoraré antes.

—Henric, tú no conoces bien a las españolas —se estaba burlando de mí—, son difíciles de enamorar, puedes perder antes la cabeza por una de ellas que robarles el corazón. Son apasionadas y muy románticas y exigen demasiado de nosotros y, claro, al final las desilusionamos.

—Me sorprendes amigo, no sabía que entendías tanto de ellas. —Me

estaba divirtiéndolo.

—Pero... ¿qué es lo que te preocupa realmente? —Él me conocía muy bien y era imposible esconderle algo.

—Su desconfianza. No confía lo suficientemente en mí como para desvelarme el gran secreto que la oprime y la preocupa y por el que ese grupo de hombres la persiguen. Estuve a punto de perderla en Ponferrada. Si no sé lo que persiguen aquellos vándalos me veo en desventaja frente a ellos y no sé cómo ayudar a mi esposa.

David se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo, hermano —Así nos llamábamos, ya que nos considerábamos como tal—, ahora estás aquí, no estás solo. Además, ¿esos hombres saben quién eres?

—No lo sé, son muy astutos, sobre todo el jefecillo, yo creo que no, pero ya sabes..., son sajones y tienen muchos contactos.

—Ni te preocupes. —Me examinó—. ¿A qué estás esperando para ir con tu esposa? —Soltó una risotada—. Tienes que marcharte ya, tengo que ganar una apuesta. —Ambos nos reímos.

Justo en el momento en que nos disponíamos a marchar observé que alguien se dirigía al bosque, me quedé mirando fijamente y me pareció que era la señora Robin.

Pronto desapareció y en aquel momento no le di importancia.

Bajamos, abracé a mi amigo y me dirigí hacia mi alcoba, era muy tarde y tenía remordimientos de conciencia por haber dejado tanto tiempo sola a María. Entré con sumo cuidado para no despertarla. Estaba con su vestido azul, sobre la cama, con su pelo limpio rizado cubriéndole el rostro. Me acerqué y se lo aparté de su mejilla. Qué bella era. Me agache para besarla, cogí una manta que había en el armario y la tapé. Sabía que tenía poca ropa, ya que no le había dado tiempo a coger mucho, además tampoco podíamos llevar muchos bultos y ella fue muy práctica, Ni siquiera tenía ropa de cama. Eso lo solucionaría a la mañana siguiente, le encargaría a mi abuela que llamase a la modista y le hiciesen unos cuantos vestidos y, mientras

tanto, seguro que ella le podría dejar a María ropa de mi madre.

Mi beso la despertó ligeramente y medio dormida me dijo.

—¿Dónde has estado? Te he estado esperando. —Seguía con los ojos cerrados.

—Duerme, española —le dije mientras le acariciaba su cabello.

—¿Dónde te vas a acostar?

—Tranquila, hay una habitación contigua a la que se accede desde aquí, allí hay otra cama. Dormiré allí.

Mi hermano y yo dormíamos en habitaciones que estaban comunicadas. Accedíamos por una puerta, había decidido que lo mejor sería dormir allí. Sabía que cerca de María no podía controlar mis deseos y, en realidad me daba igual que se enterasen las personas del servicio al ver que aquella cama se estaba utilizando, mientras no se enterase mi abuela era suficiente. Sonreí, dejé la puerta abierta y me tumbé tal cual iba en la cama de mi hermano, estaba muy cansado, la jornada había sido muy dura.

Como de costumbre mi abuela era la primera en levantarse y desayunar. Yo me había despertado pronto. Cuando salí de la habitación María seguía dormida y evité hacer ruido, sabía que necesitaba descansar; además, prefería encontrarme a mi abuela sola y así hablarle del tema del vestuario de mi esposa. Entré en la sala, toda iluminada por los grandes ventanales que la rodeaban. En el centro estaba la larga mesa con el mantel blanco cubierto por los dulces que yo tanto recordaba.

—¿Solo? ¿Se dignará tu esposa en aparecer algún día para que yo la vea?

—Tiene que descansar. —Mi abuela hizo un gesto de desagrado—. Abuela, tienes que encargarte del vestuario de María. —Ella me examinó—. No me mires así, ella apenas pudo recoger ropa suya cuando nos marchamos camino de Cork. Además, quiero que hasta que tenga su propia ropa le facilites vestidos de mi madre, así como

ropa de cama que no tiene.

Mi abuela me miró fijamente.

—¡Sé que nadie lo hará como tú! —Me acerqué y le di un beso en su mejilla—. Te lo pido por favor.

—Muy bien, zalamero, hoy le daré ropa de tu madre y llamaré a la modista mañana, podría estar bien que le tomase medidas y, por favor, preséntamela.

—Sí, en cuanto baje, aunque tendrás poco tiempo para escrutarla, ya que pienso llevarla a que conozca a nuestra gente, sus tierras y el trabajo que hacen.

Suspiró, sabía que conmigo poco podía hacer.

En ese momento se abrió la puerta de madera tras la cual se accedía a la sala, allí estaba ella, con su vestido azul de terciopelo que le favorecía y resaltaba sus grandes ojos negros, su melena rizada que le caía por la espalda, esta vez peinada, como corresponde a una dama, y su esbelta figura, realzando sus pechos y sus caderas. Se dibujó en mi rostro una sonrisa, mis ojos se iluminaron al verla, sabía que mi abuela no debía sospechar nada del tipo de relación que teníamos. Me dirigí hacia mi esposa, esta también dibujó una gran sonrisa en su rostro, tenía claro cuál era su papel. Me detuve frente a ella, la cogí de la mano y la apreté suavemente, no quería que estuviese nerviosa, sino transmitirle seguridad. La llevé frente a mi abuela.

—Esta es mi esposa. —La anciana se levantó y la observó detenidamente.

—Mi nombre es Madeleine —dijo en un castellano perfecto.

—Encantada, lady Madeleine. —María le sonrió y mi abuela no le devolvió el gesto. Notaba a María tranquila, como si aquello no le hubiese molestado en absoluto.

—Siéntate, querida. Tendrás hambre. —Retiré la silla que estaba al lado de mi abuela para que María tomase asiento, yo me ubiqué frente a mi joven mujer y al lado de mi abuela.

María empezó a comer mientras mi abuela la observaba. La

interrumpió, sabía que quería indagar cómo era ella.

—¿Tanto amas a Henric como para abandonar a tu familia?

Empezaba la batalla verbal.

Me acomodé en mi asiento, dos mujeres valientes, orgullosas y con personalidad, aquella situación prometía ser divertida, la sonrisa se dibujó en mis labios. María miró fijamente a mi abuela a los ojos.

—No tengo familia, solo a su nieto.

—¿Cómo? —preguntó mi abuela.

—Mis padres han muerto, mi madre por enfermedad y mi padre asesinado, mi hermano ha desaparecido y yo me quedé sola, entonces es cuando conocí a Henric.

—Lo siento mucho —dijo mi abuela, pero aquellas palabras no la enternecieron, continuó.

—Pero querida, no me has contestado a toda la pregunta, ¿amas a mi nieto como para dejar tu tierra, tu hogar? —María hizo un silencio y yo esperaba con ansiedad su respuesta, me estaba divirtiendo, ya que si algo caracterizaba a mi abuela era por lo directa que era en sus preguntas, le gustaba ir a por lo que ella consideraba lo más importante y no quería rodeos.

—Sí, le amo, si no, no hubiese venido a Irlanda. —La miró de frente y continuó comiendo, sabía que temía encontrarse con mi mirada.

—Muy bien, querida, te voy a ser sincera, este matrimonio no es de mi agrado, yo quería para Henric otro tipo de boda, pero en vista de que el matrimonio ya se ha consumado y es imposible dar marcha atrás... —Me atraganté al escuchar lo de la consumación, tenía razón, un matrimonio si no había sido consumado podía anularse, mi abuela me miró sorprendida—. ¿Te ocurre algo Henric?

—No, me he atragantado nada más. —Me encontré con la mirada de María.

—Porque ya habéis consumado... ¿verdad?

Fue María la que respondió rápidamente.

—Sí, señora, por supuesto. —Bajó la mirada para no encontrarse

con la mía, yo estaba disfrutando.

—Pues no me queda otra que aceptar vuestra unión, no hay más que hablar.

Había pasado el examen, sonreí.

—Querida —le dijo a María mi abuela—, mañana vendrá una modista para tomarte medidas para hacerte ropa nueva, Henric me ha dicho que apenas pudiste traerte vestimenta, así que te daré de mi hija ropa de cama y algunos vestidos para que puedas ponértelos, aunque, claro, habrá que arreglarlos, tú estás muy delgada.—Me miró.

—Henric, tienes que cuidar más a tu esposa, está muy delgada y no me gustaría que enfermase.

—Por supuesto, abuela.

—Ahora si me disculpáis, esta tarde tenemos invitadas, María quiero que tomes el té conmigo.

Dicho esto se marchó y nos dejó solos.

La miraba fijamente, ella apenas levantaba la vista de su plato, me recliné sobre mi asiento.

—Vaya, vaya... así que mi bella esposa me ama. —María me miró enfurecida.

—Sabes muy bien por qué lo he dicho. —Realmente me divertía.

Me incorporé, ella también se levantó, ya había terminado. Me puse frente a ella, y mi esposa dio un paso atrás, yo avancé lentamente hacia mi mujer y ella daba pasos hacia atrás hasta que ya no pudo retroceder más por chocarse contra la pared. Estaba en mis dominios y ella lo sabía. Le sonreí y me aproximé mucho más, apoyé mis dos manos sobre la pared en la que ella estaba, de tal forma que su bonito rostro quedaba entre medias.

—Sí —le dije—, lo sé. —En ese momento la cogí de la cintura y la atraje hacia mí, no podía resistirme más a no besarla. La rodeé con mis brazos y la besé. Deseaba saborear sus labios, retenerlos entre los míos. Ella me correspondió, la miré y sonreí—. Al igual que también sabes muy bien por qué te tengo que besar, ¿verdad esposa mía? Todo

es un mero paripé. —Ella me apartó con toda su fuerza, estaba enfurecida.

—No lo vuelvas a hacer si estamos solos.

Se dio media vuelta dispuesta a marcharse, yo la agarré de su brazo y la obligué a dar media vuelta, estaba dispuesto a que ella me desease, a que ansiase mis besos y caricias al igual que yo las necesitaba, sabía que también me deseaba pues ya eran varias ocasiones en las que había correspondido a mis besos. La atraje con firmeza hacia mí, la volví a abrazar y a retener entre mis brazos, esta vez la besé con el deseo y la pasión que ella despertaba en mí, primero retuve sus labios entre los míos y saboreé la suavidad de estos y disfruté del placer que me producía el contacto con ellos. Notaba su respiración acelerada al igual que mi pulso, mi excitación crecía a cada segundo de contacto con su cuerpo y su boca. Presionaba su cuerpo contra el mío, besaba sus ojos, su mejilla hasta bajar a su esbelto cuello y saborear su piel suave y delicada. Ella ya no luchaba, se entregaba a una pasión y una química fuerte e irresistible de contener. Sabía que si continuábamos así, en cuestión de segundos me la llevaría a la cama para hacerla el amor, necesitaba sentir su cuerpo entre mis brazos, acariciar cada rincón de su piel. Me contuve, la miré fijamente y la besé con suavidad y dulzura. No podía controlar mis impulsos. En ese momento alguien abrió la puerta y nos interrumpió. Maldije a aquel que hubiese sido tan inoportuno. Era David. Carraspeó, le miré, él tenía baja la mirada, después de mi confesión de ayer por la noche debía estar lamentando su inoportunidad, sabía que le reprocharía su entrada. María se separó bruscamente, sus mejillas se enrojecieron y al verla, sonreí. Tendría que echarme un jarro de agua helada para calmar mi necesidad de ella.

—¡David! —le dije—. Esta es mi esposa, María. —Él se acercó y le besó la mano.

—Encantado. —Ella inclinó la cabeza y le sonrió.

—Y ahora me dirás qué es tan importante como para interrumpir un momento a solas con mi esposa. —Sonreí y la observé, ella me miró

seria, enfurecida por mi comentario.

—Ya están los caballos, ¿o no te acuerdas de que me dijiste ayer que a las diez en punto querías dos caballos listos en las cuadras? — Me guiñó un ojo y sonrió.

—Es verdad, tienes toda la razón. Hoy te voy a presentar a los trabajadores de nuestras tierras, quiero que conozcas a cada uno de ellos, David vendrá con nosotros.

María se adelantó hacia la puerta y David me sonrió y susurró.

—Amigo mío, confirmo que siempre has tenido muy buen gusto para las mujeres, yo también me hubiese casado con ella. Anda ve y échate agua fría, la necesitas. —Ambos sonreímos.

María estaba disfrutando del paisaje y la velada, se la veía sonreír y atender a las historias que le relataba David, ambos habían congeniado muy bien, le explicaba cómo los hombres trabajaban las tierras que mis padres les habían regalado en su día a cambio de una parte de la producción, una parte que les permitía a cada trabajador tener altos ingresos. En cada casa que nos deteníamos nos recibían con una sonrisa y gratitud, yo apreciaba a todas esas personas.

—Como me lleves a más granjas no voy a poder almorzar —dijo María.

David y yo nos echamos a reír y María rio con nosotros. En realidad tenía razón, ya que cada parada significaba tomar algo de lo que aquella gente, como muestra de gratitud, nos invitaba, hubiese sido un feo no probar lo que ponían en su mesa a nuestra llegada.

—Es así, son personas humildes, con grandes valores cristianos que dan lo que tienen a cambio de nada. A veces me gustaría intercambiarme por uno de ellos —dije. María me miró y David soltó una carcajada.

—No le hagas caso, eso lo habrá podido pensar en otra etapa de su vida, pero creo que en este momento no se intercambiaría con nadie. —Ambos nos echamos a reír y María frunció el ceño—. Solo nos falta una última visita, quiero que conozcas a la familia de Adam, el hombre

que nos facilitó el caballo. Es como de la familia, él, su esposa y sus tres hijos, a uno de ellos ya lo conoces, además ellos sí que hablan tu lengua, con lo cual te sentirás mucho mejor en su hogar.

La casa de Adam estaba más alejada que la del resto y que el propio castillo. Estaba cerca del cabo Mizen, de hecho se podía acceder hasta ese paraje a pie. La granja era bastante acogedora, tenía su pequeño rebaño, una vaca, gallinas y varios cerdos, así como una gran explanada de terreno con todo tipo de cultivos. En la lejanía vi a Adam en el campo y a su mujer, otra vez embarazada, ordeñando a la vaca que pastaba tranquilamente en el valle próximo a la casa. Sus dos hijos varones ayudaban a su padre en sus labores del campo y mercado de caballos en el puerto de Cork, mientras que su hija, Melani, la mayor, de 18 años, una gran belleza, ayudaba a su madre en las tareas del hogar. Observé a David, desde hacía tiempo sospechaba que él sentía algo por aquella joven y su mirada así lo confirmaba, sus ojos brillaban y solo miraban en una dirección: a la de la joven. Ann nos vio y le gritó a Adam, el cual dejó de hacer sus labores para correr junto con sus hijos hacia nosotros. Yo bajé de un salto y fui directo a abrazar y coger a aquellos muchachos, los adoraba, los había visto nacer y crecer y los quería con locura. Fue tal la fuerza con la que llegaron hasta mí que fueron capaces de derrumbarme, yo caí y aquellos dos mocosos lo hicieron encima de mí, reíamos mientras manteníamos una lucha, ellos dos contra mí, al final decidí hacerles cosquillas, la mejor arma para vencer a aquellos muchachos.

David miró a María, que al ver la escena sonreía.

—Tranquila, tu marido es así, lo quieren todos los chiquillos de la zona, es su héroe, juega con ellos, les enseña a luchar, les cuenta historias de piratas y batallas donde vencen los irlandeses, en fin... ya te irás dando cuenta.

—Sí, ya lo veo, jamás imaginé que Henric pudiese ser así. —
Sonreía.

David dio un salto y saludó a Adam, acarició la cabeza de aquellos

dos muchachos, los cuales no se apartaban de mi alrededor. Fui a ayudar a María, pero ella ya había dado un salto y se había posicionado a nuestra altura, aquella mujer cada vez me sorprendía más. Nos dirigimos hacia donde estaba Ann y su hija Melani, ambas nos esperaban con una sonrisa en el rostro, al verlas no pude evitar abrazarlas.

—¡Anda!, pesado, ¡bájame y déjame que te mire! —Me observó detenidamente, Ann era una mujer regordeta, de pelo rubio y ojos claros.

—¡Vaya! Estás más delgado.

—¡Ann!, déjale y no le analices tanto —dijo Adam.

—Sí —continuó Ann—, os quedáis a comer, además he hecho el guiso que tanto te gusta.

—¿Cómo va el nuevo vástago? —señalé su prominente barriguita. Ann ya no tenía edad para tener otro bebé, sabía que eso a Adam seguro que le preocupaba y se culpaba por haberla dejado embarazada.

Ann sabía de la inquietud de su esposo y el sentimiento de culpa de este, le miró, se acercó a él y le acarició con dulzura su cabeza.

—¡Fenomenal!, le vamos a llamar Jim, porque va a ser otro varón, lo sé. —Nos reímos. En ese momento Ann miró a María y se dirigió a ella.

—Tú debes ser María, ya me han hablado de ti —dijo en castellano. María asintió, agradeció que se hablase en su lengua y a partir de ese momento todos empezaron a hablar castellano.

—Ven conmigo cariño, estos hombres no saben de las necesidades de las mujeres. ¿Estarás cansada? —Solo hablaba ella, así era Ann. Me miró—. Tienes que cuidar a tu esposa Henric, por cierto, es muy bella. —Ann me miró y me dio un codazo.

—Deja ya al chico y no agobies a la muchacha —dijo Adam.

Todos entramos al pequeño comedor a excepción de Melani y David. Mis sospechas empezaban a confirmarse: a mi amigo le gustaba aquella joven.

María estaba divertida y se la veía muy a gusto con Ann y su familia, ayudó a Ann a poner la mesa de madera ubicada en el pequeño jardín, ambas charlaban y yo me deleitaba en observar a mi bonita mujer de la que me sentía orgulloso y feliz de tenerla a mi lado. Adam me dio un codazo en ese momento.

—Esa mirada te delata, muchacho, te has enamorado. Estás perdido. Bienvenido al grupo. —Ambos nos echamos a reír—. ¿Me vas a contar qué pasó? Te creímos muerto. —Mi semblante cambió en ese momento al recordar todas las escenas de sangre vividas.

—Decidí abandonar el campo de batalla, mi lucha la di por finalizada, no podía ver como se mataban a personas inocentes. Mataron a muchos musulmanes convertidos al cristianismo, personas buenas, apartadas de los radicales, hombres y mujeres que no querían problemas. Yo también maté, mis manos se mancharon de sangre, Adam. Asesinaron a alguien muy importante para mí, un musulmán que me salvó la vida, al que iba a ayudar a escapar, y cuando fui a buscarle a él y a su familia, me encontré con una escena terrible, una sangría salvaje que jamás imaginé. Ahí decidí vengarme y matar a los que cometieron esa atroz carnicería. En mi búsqueda de venganza conocí a María y me volví loco por ella, así que decidí casarme y marcharme de esas tierras. —No quería contarle más detalles, en el fondo algo me impedía decir toda la verdad, pensaba que así protegía a mi española.

María estaba con los muchachos y Ann, ambas se reían de los comentarios de estos en un castellano indescifrable al que su madre les ayudaba pronunciar.

—¡Vamos a comer! Ya estás en casa. —Me dijo Adam. En ese momento aparecieron Melani y David, observé las mejillas enrojecidas de la joven y la mirada brillante de mi amigo.

Todos nos sentamos alrededor de aquella mesa ubicada en el jardín, rodeada de árboles que proyectaban una gran sombra.

Durante la comida observaba a María distendida, alegre, yo me

senté frente a ella. Llegó el final de la velada con una deliciosa tarta que Ann había elaborado. Todos se disgregaron y aproveché para excusarme y decirles que iba a enseñar a mi esposa el cabo Mizen. Estaba a unos quince minutos andando, así bajaríamos la succulenta comida. A María le gustó la idea y allí dejamos a los demás. La cogí de la mano y la guie hasta un bosquecillo el cual había que atravesar para llegar hasta el cabo.

—Son encantadores —dijo mirándome.

—Sí, sí que lo son. Yo los considero parte de mi familia.

—¿Los conoces desde hace mucho?

—Sí, con Adam siempre he mantenido una gran amistad, y Ann ha sido mi confidente, esa hermana que nunca tuve.

—Se nota —me contestó.

—Se les ve muy enamorados —dijo.

—Sí, lo están, ellos son un ejemplo de que el amor perdura y crece con el paso del tiempo.

Permanecimos el resto del camino en silencio, vi como poco a poco aquella espesura iba abriéndose hasta percibirse la brisa del mar, el ruido de las olas. Los árboles quedaron atrás. Miré a María, estaba expectante, asombrada, aquello era un espectáculo para todos los sentidos. La brisa acariciaba nuestros rostros, María cerró los ojos, extendió sus brazos y dejó que la brisa la invadiese hasta cada rincón de su ser. Me reí, me hizo gracia su espontaneidad, la imité, ambos sonreímos, la agarré de la mano y la llevé hasta las proximidades de los grandes acantilados. Realmente era un espectáculo de color donde el intenso verde de la hierba contrastaba con el azul vivo del mar. Se podía escuchar el ruido de las olas al chocar con las rocas que sobresalían del agua salada formando pequeños montículos de piedras a modo de islas, todo un reto a la feroz naturaleza del cabo Mizen. María me miró, sus ojos brillaban, se sentía feliz.

—¡Es precioso! —me dijo—. Gracias por traerme aquí. Es espectacular, jamás pensé que en el mundo pudiera haber algo

semejante. —Se acercó más al borde del acantilado, me asusté.

—¡No! —grité, la agarré de la mano bruscamente y tiré de ella—. Perdona —me disculpé, ya que sabía que probablemente le había lastimado al retirarla tan bruscamente—, han muerto personas por confiarse, los golpes de viento aquí son fuertes y aunque haga un día sin aire, a veces las ráfagas te sorprenden y pueden empujarte hacia el vacío. —Estaba nervioso, ver a María tan cerca del acantilado me asustó, ella me observaba—. ¡Ven! Te voy a llevar a mi lugar preferido, mi refugio.

Subimos hasta el punto más alto del cabo. Allí, había unas cuantas rocas a una distancia prudencial de la línea divisoria entre la tierra y el mar. Desde allí se contemplaba un paisaje espectacular, los atardeceres eran especialmente bellos. Aquel lugar estaba escondido y apartado, era mi rincón particular como solíamos llamarlo mi hermano y yo. Nos sentamos, la brisa soplaba, desde aquella altura se veía a lo lejos la pequeña playa, vacía y rodeada de naturaleza allá por donde se mirase, todo un paraíso de color.

—Aquí solíamos venir mi hermano y yo, estas rocas eran nuestro castillo.

—¿Tú hermano? —me preguntó.

Hablar de mi hermano me entristecía, a pesar del tiempo que había transcurrido, pensar en aquellos momentos de intenso dolor, se habían quedado grabados en mi alma y en mi corazón, aquella pérdida fue muy dolorosa, pero sabía que ella debía saber lo que ocurrió. María me miraba fijamente.

—Sí, mi hermano.

—¿Qué pasó? —me preguntó.

Me quedé en silencio, pronunciar las palabras que iba a decir todavía me producía dolor.

—Mi hermano murió, María.

—Lo siento —dijo ella. Cogió mi mano y la retuvo entre las suyas, gesto que agradecí, por fin una muestra de cariño.

—Fue hace mucho tiempo, éramos jóvenes, creíamos que la vida nos pertenecía. Él era impulsivo, mayor que yo, retaba a los elementos de la naturaleza, fue en los acantilados de Moher, mi padre nos llevó un día allí por unos asuntos suyos. Nos dejó ahí, en aquella inmensa mole de tierra que se levantaba enfrentándose al mar, mucho mayor que estos acantilados. A mí me daba respeto, pero a él no, le apasionó nada más ver la altura de aquellos acantilados. Recuerdo que se tumbó, se arrastró como una serpiente hasta el mismo extremo de estos, hacía una brisa suave, él no temía a la muerte. Se asomó, pero una oleada de viento fuerte le desestabilizó justo cuando empezó a incorporarse, perdió el equilibrio y cayó. —No podía mirar a María, no quería seguir hablando, el nudo en la garganta no me lo permitía. Yo siempre me había culpado de no haber evitado que él hiciese esa locura, mi padre me echó siempre la culpa de aquello, y mi madre nunca perdonó a mi padre su descuido.

Ella se aproximó a mí, me soltó mis manos y cogió mi rostro suavemente, giró mi cara para que la mirase.

—Henric —dijo con ternura—, tú no pudiste hacer nada para evitar la muerte de tu hermano. —Era como si me hubiese leído el pensamiento—. Él fue el único responsable de su muerte.

La miré a los ojos, sabía que me lo decía porque así lo sentía, vi en su mirada un brillo diferente, podría ser que hubiese empezado a encariñarse conmigo. La observé. Con esa mirada dulce, ese rostro delicado, sus bonitos labios y la claridad en su mirada, la amaba y sabía que moriría de tristeza si aquella mujer que tenía frente a mí nunca llegase a quererme. Puse mis manos sobre las suyas y las acaricié, las retiré de mi rostro y las cubrí con las mías, las llevé a mis labios y las besé, levanté la vista y la miré fijamente, deseaba besarla. Ella retenía mi mirada, en silencio, nuestros rostros empezaron a aproximarse el uno al otro, pero un ruido nos sorprendió y desvió nuestra atención. Fue un ruido que venía de la playa, esta estaba lejos, pero cualquier rumor en aquel lugar solitario se escuchaba nítidamente.

Me incorporé de un salto, ella me siguió. En la playa se distinguía a una mujer, llevaba el pelo recogido, vimos como esperaba algo o a alguien, estaba inquieta, entonces apareció una barca que salió de entre las rocas sumergidas dentro del mar, había un hombre de pelo rubio remando, se acercaba. El hombre la aproximó a la orilla hasta que esta tocó la arena de la playa. Salió, era bastante alto, no podía distinguir sus rostros por la distancia que nos separaba, estaban hablando, y algo le dio a la mujer, después se marcharon cada uno por donde vino, y les perdimos de vista. Me pareció extraño, ya que hubiese entendido que fuesen dos amantes que a escondidas se citasen en la playa, pero resultó un encuentro curioso.

—En fin —dije en alto—, creo que debemos irnos. Adam y, sobre todo Ann, deben estar echándonos de menos.

María asintió. El viaje de regreso a la granja de mis amigos transcurrió en silencio, el recuerdo de la muerte de mi hermano y aquel hallazgo en la playa me tenían pensativo e inquieto.

—¡Por fin! —dijo Ann— ¿Dónde os habéis metido?

—Cariño, no hagas preguntas a dos recién casados —dijo Adam mientras le guiñaba un ojo.

David nos miraba sonriente, a su lado estaba Melani y los dos muchachos, yo les sonreí.

—Creo que va siendo hora de que nos vayamos al castillo —me dijo David.

—Os veo entonces mañana, ¿no? —nos dijo Ann mirándonos a los tres.

—¿Mañana? —respondimos a la vez David y yo.

—¡Será posible! ¿Es que ya no os acordáis de lo que se celebra mañana? —David y yo no caímos a qué se refería.

—¡Mujer! Henric acaba de regresar de tierras lejanas, se ha casado, ¿tú te crees que recuerda que mañana es la fiesta de las hogueras en la playa del cabo Mizen?

Cada año, los primeros fines de semana de los meses de verano, se

celebraba su entrada haciendo hogueras en la playa, con música típica irlandesa, bebida y comida. Era una fiesta plebeya, a la que acudían todos los granjeros de la zona, pero yo siempre me había unido a esa fiesta junto con David, mi gran amigo. Se hacía al anochecer y duraba hasta altas horas de la madrugada.

Sonreí.

—Ya no me acordaba, querida Ann, por supuesto que vendremos.

Nos despedimos. El regreso fue animado, David se emocionó y comenzó a contar leyendas de aquella noche, nos reímos mucho, ya que David estaba especialmente divertido.

A la llegada al castillo, mi abuela nos estaba esperando en el comedor, su semblante era serio.

—Ya sabes, Henric, que el horario de comidas aquí se lleva a rajatabla, eso tienes que inculcárselo a tu esposa también.

—Abuela, ya sabes que yo no soy hombre de horarios y mi mujer tampoco. No te preocupes, bajaré a la cocina para ver si la señora Pot nos puede hacer algo.

—¡Henric! —gritó mi abuela —No puedes hacer lo que te venga en gana en cada momento, eres el heredero de estas tierras. —No entendía el enfado de mi abuela, era excesivo, ella sabía perfectamente que yo no tenía horarios y nunca los había respetado.

—¿Pasa algo? —Me puse serio, me adelanté hacia ella dejando a María atrás.

—¿Qué si pasa algo? Ayer te dije que hoy venía lady Windsor y su hija Jane, y que quería que estuvieses tú y tu esposa conmigo, ha sido muy violento el excusarte.

En ese momento lo recordé, pero la verdad me alegraba de no haber estado allí, hubiese hecho lo imposible por excusarme de aquel encuentro.

—Abuela... tú sabes que no quería acudir a esa reunión, lo sabes muy bien, así que ahora no te pongas así. —Me aproximé y le di un beso en la mejilla—. ¡Te quiero, gruñona!

Y dicho esto cogí a María del brazo y la saqué de aquella sala, no me apetecía entrar en batallas verbales con mi abuela y era lo que probablemente vendría a continuación.

—¿Quién es lady Windsor y Jane?

Carraspeé, no me esperaba esa pregunta.

—Bueno... —titubeé—, son amigas de la familia, muy aburridas, ya las conocerás.

Iba en dirección a la cocina, pero cuando llegamos a las escaleras centrales que subían a la planta superior donde se encontraban las habitaciones, María se detuvo.

—Henric, yo no quiero comer nada, estoy hinchada.

En realidad la entendía, habíamos estado comiendo a lo largo de todo el día, yo tampoco es que tuviese hambre, pero necesitaba hacer tiempo antes de subir a la habitación. Tenía claro que no podría controlar mis deseos y aquello me atormentaba porque sabía que si forzaba a María, si le hacía el amor, ella nunca me lo perdonaría por no haber respetado mi promesa. Necesitaba una jarra de cerveza.

—Muy bien, yo subo ahora. —María cambió su rostro, sabía que la noche la incomodaba.

No había nadie por la cocina, era absurdo permanecer allí, mis pensamientos me atormentaban y mi excitación crecía solo de pensar en ella. Subí a la habitación, abrí la puerta, al principio María se sobresaltó, estaba de pie, vestida, con su melena cayendo en cascada por su espalda mirando por la ventana que se encontraba abierta. Cerré la puerta tras de mí, eché la llave y me apoyé en esta para contemplar a mi bella esposa en la oscuridad.

—Hace mucho calor —dijo María.

Yo no podía responder, solo la observaba.

Empecé a caminar hacia donde ella se encontraba, me miraba fijamente, me aproximé, la cogí de la cintura y la atraje hacia mí, necesitaba notar y sentir su cuerpo, el latir de su corazón.

—Lo siento, esposa mía, pero necesito tenerte, esta noche serás mía,

solo mía.

Aproximé mi rostro al suyo y la besé, deseaba saborear esos labios dulces y sedosos, acaricié suavemente sus caderas, sus brazos, sus pechos, necesitaba sentir su cuerpo ahora que me pertenecía. Besé su cuello y después sus hombros que quedaban al descubierto por la forma de su vestido, volví a besarla en los labios, ella en un principio quiso apartarme pero eso duró segundos, después respondió a cada una de mis caricias y en cada uno de mis besos, exigía más de mí. Bajé suavemente las mangas de su vestido que se ceñía perfectamente a su cuerpo pero que se escurría rápidamente por este, retiré las mangas y deslicé su vestido hacía abajo hasta que este cayó al suelo rápidamente. Tenía su cuerpo desnudo frente a mí, suave, bello, de curvas marcadas, la abracé, no quería que sintiese ningún tipo de vergüenza ni pudor, quería que disfrutara y me deseara y que se entregase a mí sin complejos, ni prejuicios. Recorrí con mis manos cada una de sus curvas, sus caderas, acaricié sus pechos y los besé, ella suspiró de placer, regresé a besar aquellos labios que me hechizaban. Me quitó la camisa y acarició mi pecho, la cogí en brazos y la deposité suavemente en la cama, deseaba a la mujer que yacía en ella, ya no podía detenerme, necesitaba tenerla, sentirla, notar su piel rozando la mía. Le sonreí mientras suavemente me ponía encima de ella haciendo fuerza con mis brazos para no hacerle daño con mi peso. Sus labios me exigían cada vez más, bajé a su cuello, a sus pechos, y fui besando cada parte de su cuerpo, sabía que era virgen y que la penetración le dolería, no quería hacerle daño, pero ella exigía mi entrega. Poco a poco fui introduciéndome en su intimidad, un ligero quejido de dolor salió de su boca, lo acallé proporcionándola placer. Le besaba, mordisqueaba sus labios, acariciaba su lengua con la mía, hasta que su virginidad fue mía y el desenfreno, la pasión y el deseo fueron un torrente de calor y exigencia del uno al otro. Jamás había sentido nada igual, ya no podía parar y ella no me permitía que lo hiciese, me sujetaba fuertemente con sus largas piernas abrazadas a mi cuerpo para

evitar que yo retrocediese, me necesitaba al igual que yo la necesitaba, nuestros cuerpos respondían a nuestros impulsos, éramos uno.

Había hecho el amor con otras mujeres pero aquello fue diferente. María me miró, sus ojos aún brillaban de placer, cogió mi rostro entre sus manos y me besó, después susurró.

—Te amo, irlandés.

No podía dar crédito a lo que acababa de escuchar, aquellas palabras que tanto había deseado oír de sus labios taladraron mis oídos, dicho esto solo pude besarla, la amaba, me puse a su lado, ambos desnudos, muy próximos el uno al otro, acalorados y todavía con la excitación del acto de amor, la abracé, no quería que aquello acabase, pero mi orgullo irlandés impidió que yo me sincerase con ella, que le declarase también mi amor.

CAPITULO IX

El monasterio de Buttevant

No sé qué hora era cuando desperté, todavía sentía la presencia de Henric a mi lado, desnudo. Notando su cuerpo me ruboricé al recordar los detalles de la noche anterior. Entraba la luz por la ventana, observé, Henric ya no estaba junto a mí. Me sentía feliz, amaba a aquel hombre y aquella noche había sido especial, lo único que me atemorizaba es que él solo deseara hacerme suya, ya que recordaba las palabras que le dije, le declaré mi amor y él no me correspondió, se calló, no dijo nada, sabía que él no estaba enamorado de mí y temía que dejase de atraer a aquel hombre que amaba. Cada faceta suya me sorprendía, el cariño que sentía por personas de distinta clase que él, su humildad, su trato para con ellos, su gran corazón, pero él no me amaba... Me entristecí, no obstante no estaba dispuesta a que aquellos pensamientos amargasen los recuerdos de la noche pasada. Llamaron a la puerta, rápidamente cogí la sábana y me la coloqué por encima de los hombros. Abrí, era Madeleine, la abuela de Henric. Estaba avergonzada de recibirla así, pero apenas disponía de ropa y menos de cama. Al verla recordé que iba a pasar la mañana entera con ella y la modista, aquello me aburría solo de pensarlo, pero sabía que en aquel momento tenía que aguantar.

—Ya veo que eres igual que mi nieto. ¿Se puede saber qué haces todavía así? ¿No te acuerdas que hoy venía la modista? ¡Vístete, señorita!, que ya la estamos haciendo esperar. Tengo que recordar que te hagan ropa de cama, no puedes estar desnuda tapada con una sábana, eso no es propio de la esposa de un McCarthy.

No me dejó ni hablar, me vestí rápidamente, recogí mi pelo en una trenza, miré por la ventana, no vi rastro de Henric.

Bajé las escaleras y me dirigí rápidamente al comedor, allí estaba

lady McCarthy, una mujer que a pesar de la edad mantenía la belleza del pasado, esbelta, seria y elegante. Me miró y observó.

—Hoy te quedas sin desayunar querida, los horarios en esta casa han de respetarse, además la modista nos espera. —Asentí mientras seguía a la abuela de Henric. Por cada rincón que pasábamos miraba para ver si le veía, necesitaba ver a mi esposo, aunque sentía cierto pudor después de todo lo vivido. Madeleine debió averiguar mi inquietud y curiosidad de mirar por todas partes.

—Si buscas a tu esposo ha tenido que marcharse.

—¿A dónde? —pregunté.

—Cómo te pareces a él —dijo refunfuñando.

—A casa de lady Windsor, el caballo de Jane lo sacrificaron hace dos días y lady Windsor me pidió el favor de que fuese Henric, experto en caballos, para que eligiese el más dócil para su hija. Antes de irse me dijo que te comentase que recordases que hoy iríais a la fiesta de las hogueras. Regresará al atardecer.

—¿Tan tarde? —No pude evitar responder, necesitaba tenerle junto a mí, ver su rostro, su cuerpo, sus ojos mirándome, así como su bonita sonrisa.

—Sí querida, lord Windsor tiene que hablar de unos asuntos de tierras con mi nieto y ya aprovechará la visita.

Madeleine me miró.

—Además, creo que él debe una explicación a Jane.

La observé con curiosidad.

—¿Por qué me dice eso? —No entendía muy bien aquella frase.

—Jane era su prometida, ambas familias siempre dimos por hecho que ellos se casarían hasta que apareció contigo. —Aquello me dolió, ¡Henric estaba comprometido! Eso sí que fue una sorpresa, él no me había comentado nada.

—No lo sabía —respondí.

La mujer me miró.

—Él se hubiese casado con Jane si tú no hubieses aparecido en su vida. Tú has sido un capricho, pero querida, por experiencia, vete haciendo a la idea de que los hombres de esta familia son infieles por naturaleza, cuando se cansan de una te sustituyen por otra.

Aquello me cayó como un jarro de agua fría, me sentía triste y desgraciada, aquellas palabras retumbaban en mis oídos, solo tenía ganas de llorar, de huir de allí.

Monique era la modista, una joven regordeta, rubia y de ojos azules, su piel blanca contrastaba con el azul de sus ojos. Al principio estaba en silencio y me observaba, empezó a tomarme medidas y a anotar las instrucciones que le iba indicando Madeleine. Yo apenas escuchaba lo que hablaban, hacía lo que me indicaban en cada momento, mis pensamientos estaban lejos de aquel lugar. Estuve toda la mañana en aquella sala, deseando que acabasen de tomar medidas.

—¿Qué llevas ahí? —Madeleine señaló la cruz de Santiago—. Eso te lo tienes que quitar, es antiestético para una esposa de un McCarthy.

—Es un recuerdo y regalo de mi madre. —Lo sujeté fuertemente.

—Pues guárdalo —dijo ella.

—¡No! —respondí tajantemente. No iba a tolerar que nadie dijese lo que tenía que hacer y menos que se metiesen en lo que tenía o no tenía que llevar.

La abuela de Henric me miró sorprendida ante mi respuesta.

—No voy a quitarme el recuerdo que tengo de mi madre, así que, por favor, no lo vuelva a sugerir.

—¡Uff! —Suspiró. Le enrabietó mi comentario, salió de la sala y me dejó sola con Monique. Esta me miró y sonrió, la devolví la sonrisa.

Aunque Henric ya me había empezado a enseñar algunas palabras de su lengua, avanzaba lentamente. Monique solo hablaba inglés, pero ambas con la mirada nos entendíamos perfectamente, congeniamos.

Estuve todo el día con la modista, paramos para almorzar y después seguimos, ya que Madeleine le había dado a Monique ropa de su hija para que me la adaptase y, así, pudiese cambiarme de vestido. La

joven me obligó a ponerme un vestido rojo que me favorecía mucho, era de seda, los hombros quedaban al descubierto, el vestido se ajustaba por debajo del pecho y después caía hasta el suelo.

La muchacha daba palmadas al ver el resultado después de haberlo ajustado, me lo quedé puesto, sabía que así agradaba a Monique. Me lo llevaría aquella noche a las hogueras. Esta se quedó con mi vestido azul de terciopelo para coser una costura que se había soltado. La joven se fue y yo subí directamente a mi habitación. Estaba anocheciendo y Henric no había aparecido. Abrí la puerta y la cerré, me acerqué a la ventana, hacía mucho calor, fui a buscar las guirnaldas de flores que Henric me había regalado en Ponferrada, sabía que aquel detalle le gustaría, me las coloqué sobre la cabeza, solté mi pelo y lo peiné. Realmente me favorecían. Me dirigí de nuevo hacia la ventana. Observé que en el patio estaba el caballo de mi esposo. Por fin lo vería. El corazón empezó a latirme, escuchaba unas zancadas rápidas que subían las escaleras a gran velocidad, de repente la puerta se abrió, era él, la cerró y con una gran sonrisa se acercó a mí, me rodeó con sus brazos y me besó. Dios mío, cómo había necesitado sus besos a lo largo de todo el día. Después me apartó para observarme.

—¡Estás preciosa! —Tocó la guirnalda de flores y me sonrió. Me volvió a rodear con sus brazos y a besar con deseo, sus manos bajaron hasta mi cintura y se posicionaron en mis caderas que presionaba suavemente contra su cuerpo. Le deseaba, pero el recuerdo de aquel comentario de su abuela seguía estando presente en mis pensamientos. Me aparté.

—¿Ahora huyes de mí? —Me sonrió y él volvió a atraerme hacia él —. Te he echado mucho de menos, española.

—Sí, con tu ex prometida Jane. —Henric se apartó, me miró.

—¿Mi ex prometida? Nunca ha sido mi prometida —me dijo mientras me observaba con una sonrisa en sus labios. Yo estaba celosa, enrabiada y no podía disimularlo.

—No finjas, Henric, ya lo sé todo, me lo ha contado tu abuela. —Él

soltó una carcajada. Me agarró las manos y me aproximó hasta donde estaba él, me miraba fijamente con aquellos ojos verdes.

—No hagas caso de todo lo que te dicen ni cuentan sobre mí. —Me volvió a besar, bajó al cuello, le detuve.

—¿Acaso no tenemos que ir a una fiesta? —No quería que siguiese, sabía que si lo hacía volvería a caer en sus brazos y, en aquel momento estaba enfadada y triste por los pensamientos que rondaban en mi cabeza.

Soltó una risotada.

—Sí, bella dama, vamos a una fiesta.

Me cogió la mano y me llevó por las escaleras hasta llegar al patio, allí estaba David quien al vernos sonrió. Junto a él había un solo caballo. Miré para todos los lados.

—No querida, para ti hoy no hay caballo, vendrás en el mío. —Se acercó a mi oído y susurró: «Quiero tenerte muy cerca de mí». —Me ruboricé, me dio un beso en la mejilla y sin yo esperármelo me subió al caballo, él se puso tras de mí de un salto, ágil y veloz.

David nos miraba y sonreía.

—No te asustes, María, tu esposo siempre ha sido así, ha huido de todo protocolo y ha seguido sus impulsos.

Henric me atrajo contra su pecho y mientras me sujetaba con un brazo por mi cintura con el otro agarraba las riendas de su caballo.

—Solo he pensado en ti, española —me susurró al oído mientras me daba otro cariñoso beso en la mejilla—. No veía el momento de regresar para tenerte entre mis brazos, abrazarte...

En esos instantes me sentía feliz, decidí apartar esos pensamientos y disfrutar de él y la felicidad que sentía.

Nos estábamos acercando a la playa del cabo Mizen, la música irlandesa con el sonido de las gaitas se escuchaba ya en la lejanía, al igual que se podía apreciar el resplandor de las llamas.

—¡Ya estamos! —dijo Henric.

Había muchas personas, las hogueras se repartían a lo largo de toda la playa y desprendían calor sin permitir que la brisa marina penetrara a través de ellas. Henric dio un salto del caballo y esta vez se dio prisa para que fuera él el que me bajara del animal. Me cogió de la cintura y me retuvo un tiempo entre sus brazos sin pisar el suelo, aproximó su rostro y me besó. Me agarré a su cuello y le correspondí, necesitaba recuperar todo el tiempo perdido. David se excusó y se alejó de nosotros, Henric sonrió, quizás sabía hacia dónde se dirigía. Seguí con la mirada sus pasos y efectivamente fue a buscar a Melani que estaba junto a su familia. La sacó a bailar. Adam y Ann nos saludaron con el brazo, ellos también comenzaron a bailar. Yo observaba como Henric movía su pierna al son de las gaitas, no pudo evitarlo, me cogió de la mano y me llevó a danzar entre las hogueras.

—¡Vamos, española! —me dijo.

Ambos nos unimos a un círculo humano que se había formado alrededor de una de las hogueras, todos los allí presentes se movían con pequeños saltos al son de la música, después nos entrelazábamos unos con otros. Me estaba divirtiendo. Hubo un momento que perdí a Henric, pasaba de unos a otros entrelazando nuestros brazos, desconocidos pero todos ellos con una amplia sonrisa en los labios. Por fin le vi, ya estaba aproximándome hacia él, en ese momento él me agarró de la cintura y empezamos a dar vueltas sobre nosotros mismos. Henric sonreía. Para ser tan alto y fuerte bailaba muy bien. Me levantó y giró sobre sí mismo conmigo al son de la danza, yo me reía con él, estaba feliz, después me bajó y continuamos bailando y girando alrededor de la hoguera. En un momento Henric tiró de mi brazo y me apartó de aquel círculo, me miró serio, fijamente, me alzó en alto y me besó con pasión, después me volvió a posicionar en tierra firme y me sonrió. Cogió dos jarras de cerveza y ambos nos la bebimos. Yo me sentía feliz, tenía calor y era una noche especial, me sentía hechizada por las llamas, el ruido de las olas, la alegría de los allí presentes, girábamos, bebíamos y bailábamos al son de la música irlandesa.

Parejas aparecían y luego desaparecían entre las rocas. Henric me miraba conforme dábamos vueltas en la rueda humana cada uno por separado hasta volvernos a encontrar. En aquel momento del encuentro él tiró de mi brazo y me alejó de toda la fiesta, me vi en cuestión de segundos envuelta en una nube, me había llevado a un rincón apartado de la playa, se escuchaban a lo lejos la música y el griterío. Henric me apoyó sobre una roca y me besó, sus manos acariciaban todo mi cuerpo con deseo y yo sentía lo mismo, quería que me hiciese el amor en aquel momento, su cuerpo retenía al mío, apenas podía respirar, me besaba el cuello hasta después volver a mis labios, los cuales los capturaba entre los suyos, sus manos se metieron bajo mi falda hasta acariciar mis muslos, escuché gente, le detuve, no era el momento, había personas por todas partes, él se apartó y me sonrió.

—No, irlandés —le dije—, aquí no.

Él me miró, hizo una mueca y me besó.

—Me has hechizado, española, no puedo detenerme.

—Ya verás cómo sí. —Me escabullí de entre sus brazos como pude, le pillé desprevenido, me siguió con la intención de atraparme, yo corría, sabía que apartada de la fiesta él me haría suya, yo tampoco podía contenerme.

Pero él era mucho más rápido que yo, estaba acostumbrado al combate en el campo de batalla, me alcanzó en cuestión de segundos y me retuvo entre sus brazos, me cogió como si de un saco de patatas se tratase, me elevó y se adentró en la parte del bosque.

—¡Henric! ¡Estás loco! —le decía enrabiada—. ¿Qué van a pensar Adam y su esposa?

Henric se estaba divirtiendo subía por un camino irregular y pedregoso, de repente me di cuenta de que eran las rocas donde me había llevado el día anterior, lo único que esta vez accedió por otro sitio diferente.

El irlandés me dejó en el suelo y me miró fijamente mientras me apartaba con una de sus manos un mechón de pelo.

—No me importa lo que digan ni lo que piensen, solo sé que quiero estar contigo solo contigo, que estoy locamente... —se detuvo y no continuó.

—¿Locamente? —le pregunté, pero él no siguió.

—Te deseo y te necesito...

Dicho esto rodeó mi cintura con sus brazos y me atrajo hacia él, comenzó a besarme, la pasión y el deseo eran irrefrenables en aquel momento, le necesitaba y él a mí. Rápidamente nuestros cuerpos se unieron en uno solo. Nos necesitábamos. Mientras hacíamos el amor él me susurraba cosas bonitas en el oído, pero no me decía lo que realmente quería oír, hasta que toda la pasión y placer invadió todo mi cuerpo, mis extremidades, hasta desencadenar en una paz y sosiego interno indescriptible. Permanecimos abrazados contemplando el horizonte estrellado, me sentía feliz entre sus brazos, no quería que aquella noche acabase, necesitaba grabar cada momento en mi mente. Estábamos ambos en silencio, él me besó dulcemente en la frente.

—¿En qué piensas, españolita?

—En ti, en mí... No quiero despertarme de este sueño.

Me abrazó con fuerza y me besó.

—Yo tampoco —me dijo.

Mientras observaba aquel paisaje nocturno lleno de belleza me vino a la memoria mi familia, «la felicidad sería completa si supiese dónde está mi hermano», pensé. Sabía que jamás podría disfrutar de los momentos que la vida me regalaba si no descubría el paradero de mi hermano y zanjaba el tema de la reliquia santa. Tenía que ir a Buttevant, pero aquello iba a resultar complicado, ya que ausentarme del castillo no iba a resultar una tarea fácil.

—¿Y ahora? ¿Qué es lo que pasa por tu mente? Te has puesto muy seria María.

—No, no tiene importancia, me ha venido a la memoria mi hermano...

—Le encontraré, tranquila española, que él estará junto a ti. —Me

subió el mentón con su mano para que le mirase, me besó la punta de la nariz y después me miraba serio, fijamente a los ojos—. María, me tienes que decir por qué te perseguían esos hombres, creo que ya no tienes ningún motivo para desconfiar de mí.

Bajé el rostro y miré a la playa, a las hogueras y el gentío.

—Henric, no insistas, hice una promesa que ni a ti desvelaré.

—¡No lo entiendo! ¡Desconfías de mí! —La expresión de su rostro cambió y se volvió para mirarme.

—Sí, desconfío en ese asunto de todo el mundo, tú te casaste sabiéndolo Henric, no es nada nuevo.

Permanecimos un tiempo en silencio, estaba enfadado ante mi comentario, se le notaba, se levantó de un salto y yo también, me coloqué el vestido y peiné el pelo, él me agarró de la mano sin dirigirme la palabra y bajamos a la playa. Nada más llegar nos encontramos a David con Melani, ambos estaban en una actitud muy cariñosa, David al verle se dirigió a él.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó sonriendo, aunque al ver nuestros rostros serios cambió su sonrisa por la seriedad—. Henric, Jane ha venido con su hermano, te estaban buscando.

«¿Jane? —pensé— ¡Su ex prometida!». El corazón empezó a latirme rápidamente. Henric no contestó y me llevó donde estaban Ann y Adam.

—¡Vaya caras! —exclamó Ann. Al ver que ninguno contestábamos, me cogió del brazo y me llevó a un grupo de mujeres que se reían mientras contaban leyendas—. ¡Ven querida!, cuando los hombres se enfadan lo mejor es no hacerles caso y alejarse de ellos.

Nos sentamos en aquel círculo tan ameno, Ann aprovechó para hablar en confianza conmigo. Henric se sentó en la arena de la playa hablando con Adam.

—Se sincera conmigo, cariño, ¿tú le amas? —Me quedé atónita, otra vez aquella pregunta, la miré fijamente a los ojos.

—Sí, Ann, le amo con toda mi alma, con todo mi corazón. —Ann

me cogió la mano.

—Entonces, querida, ¿por qué se te ve tan triste? —Bajé la mirada, aquella mujer me recordaba a mi madre, cándida, cariñosa, me inspiraba confianza.

—No creo que él sienta lo mismo que yo, Ann, siente atracción y deseo pero nada más —Ann hizo una mueca y me agarró la mano.

—No cielo, él no es así, es verdad que por su físico puede dar esa imagen, pero sé que si ha dado el paso de casarse, en las circunstancias que hayan sido, es porque está muy enamorado, si no, Henric no se casa. —Hizo una pausa y continuó hablando—. Siempre ha tenido a la mujer que ha querido, todas bellas, pero con ninguna ha dado este paso. Es muy atractivo y resulta imposible que pase desapercibido para ninguna mujer, pero él siempre ha buscado algo más para la que fuese su esposa: valentía, personalidad... Él necesita a alguien que le haga frente, no quiere a una mujer sumisa y apocada, y todo eso lo ha visto en ti, en nadie más. Yo conozco a Henric y te digo, cariño, que está muy enamorado de ti, se lo noto y lo sé. Tiene un gran corazón, siempre se ha dejado llevar por sus sentimientos nunca por la razón, y créeme, jamás se casaría con una joven solo por desearla o encapricharse de ella. —Me sonrió.

—Gracias, Ann —sus palabras me reconfortaron.

Miré para atrás para buscar a mi irlandés con la mirada, pero ahí no estaba, Adam se encontraba solo con sus dos hijos, comiendo y bebiendo. Observé en las proximidades y tampoco lo visualicé.

—Disculpa, Ann, voy a ver si encuentro a Henric—. Ann me sonrió y asintió.

Fui andando por la orilla de la playa hasta llegar a la zona rocosa. Vi parejas besándose y otras escondidas entre la maleza próximas a la playa. Seguí andando y allí vi a Henric, aceleré el paso para encontrarme con él, pero me di cuenta de que no estaba solo. A su lado había una joven alta, rubia y muy bella, estaban discutiendo sobre algo, ella se abalanzó a su cuello y él se deshizo de sus brazos, la joven

empezó a llorar y entonces Henric la intentó consolar acariciando su rostro, pero ella le apartó bruscamente, le abofeteó y se marchó de su lado. Me escondí entre las rocas, no quería que ninguno de los dos me viese, Henric fue tras ella y esta le abrazó, permanecieron abrazados y la joven se puso de puntillas y le dio un beso en los labios, él no se apartó.

«Dios mío —pensé—, ella debe ser Jane». Las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas. Me sentía humillada. Aquello parecía una discusión de enamorados, se habían besado. Me sentía engañada. Me dirigí a una de las rocas de la playa y me senté observando el mar, solo se escuchaba el rumor de las olas. Miré al cielo, «¡Mamá, ayúdame!». Sentía que me había casado con mi enemigo, no sabía que se traía entre manos aquel hombre que apareció en la fiesta de mi padre, aquel joven que estaba en mi hogar cuando mataron a mi padre, aquel que se quedó en León. ¿Qué diferencia había entre él y los hombres que me perseguían? En ese momento todo me cuadraba, le veía como un enemigo que quería conseguir la santa espina. Me llevé la mano a la cruz de Santiago donde se encontraba la reliquia y que siempre llevaba conmigo y recordé las palabras de mi madre: «Son muchos los que la quieren» y, ¿acaso estaba yo segura de que Henric no era uno de ellos?

Lloraba desconsoladamente, me sentía sola, necesitaba a mi hermano, el cariño de Ana, a mi madre... Me llevé las manos a la cara y en ese momento decidí que haría todo lo posible por apartar a aquel hombre de mi corazón y seguiría con mi misión: tenía que ir al Monasterio Buttevant y encontrar a aquel fraile. Me tenía que deshacer de la espina, esta tenía que ser llevada a Jerusalén. No sé cómo lo iba a hacer pero el padre Pablo me dijo que fray Antoni me ayudaría.

No sé cuánto tiempo estuve allí, decidí ir a la zona de las hogueras, me debían estar buscando, además deseaba llegar al castillo, tenía que descansar, despejarme para encontrar la excusa de ausentarme un día de aquel lugar, pero antes tenía que saber cómo ir hasta allí.

Empecé a caminar, en la playa seguía habiendo muchas personas, David me vio y salió a mi encuentro

—¡Por fin! ¿Dónde te habías metido? Henric está muy nervioso porque no te veía.

En ese momento vi correr a Henric hacia donde yo me encontraba, su cara era seria, estaba muy enfadado conmigo.

—¿Se puede saber dónde estabas? —me preguntó exigiendo una respuesta rápida, yo también estaba enrabieta con él, David nos dejó solos.

—¡Lo mismo quiero saber yo de ti! ¿Dónde te has metido Henric? —Él iba de un lado a otro. Se detuvo frente a mí.

—Me he asustado —me dijo.

—Pues no te asustes por mí, es más... a partir de ahora quiero que respetes el trato que hicimos respecto a nuestro matrimonio, me hiciste una promesa que no has cumplido, eres hombre de honor y conmigo no lo has demostrado, te exijo por esa promesa que no vuelvas a tocarme, ni besarme. —Henric se aproximó más a mí, su cara estaba encolerizada.

—¿A qué viene esto María? ¿No te entiendo? ¿Tú eres la primera que no has querido que yo siga adelante con mi trato? Me dijiste que me amabas, ¿o ya no te acuerdas? —Iba a cogerme de la mano, pero yo me aparté.

—No te amo, Henric, me he visto llevada por la pasión y el deseo. Dijiste que solo lo harías cuando yo te lo pidiese, pues ahora te exijo que cumplas tu promesa. —Henric me miraba exhausto, no daba crédito a lo que escuchaba, se llevó las manos al pelo y me miró con dulzura.

—¿Por qué me haces esto María? Tú me deseas como yo a ti, lo sentí en tus besos, tus caricias... —Me rodeó con sus brazos la cintura y me besó.

«Dios mío —pensé—, si sigue besándome tendré que retractarme de todo lo que he dicho». Le retiré.

—Es un trato Henric, solo eso. —Cambió su gesto.

—Muy bien, pues si eso es lo que quieres por mi parte lo tendrás.
¡Vamos!

Iba encolerizado. Se adelantó en dirección al caballo, yo observé para ver si veía a aquella mujer, pero no estaba por los alrededores. Me cogió de la cintura y me subió sobre el animal, de un salto él se puso tras de mí, con ambos brazos sujetó las riendas del caballo.

David no paraba de hablar, yo permanecía en silencio y Henric solo le respondía en monosílabos, David optó por callarse, él conocía a su amigo y sabía que algo pasaba entre nosotros. Llegamos al castillo, todo estaba en silencio, Henric dio un salto y se posicionó en el suelo, rápidamente me agarró de la cintura y me bajó. Me cogió del brazo y me llevó bruscamente hasta la entrada del castillo. Subió las escaleras hasta nuestra habitación, me llevaba prácticamente volando de la rapidez con la que andaba, abrió la puerta y me empujó adentro y después entró él.

—A partir de ahora vamos a dormir en habitaciones separadas, tú dormirás aquí y yo en la de mi hermano, señaló la habitación contigua. ¡Ten muy claro, española, que no te voy a poner una mano encima hasta que tú no me lo digas!, si lo he hecho antes es porque creía que tú también lo deseabas. —Dicho esto se marchó y tras de sí cerró la puerta de un portazo.

Sentí morirme, mi corazón latía a mucha velocidad, le amaba pero estaba celosa, desconfiaba de él y de su amor y aquella escena que vi en la playa me irritó y enfadó, ni siquiera tuve el valor de hacerle frente y decirle lo que había visto. Abrí las ventanas y miré al cielo, las lágrimas empezaron a surcar mi rostro. «Madre —pensé—, si tú estuvieses aquí, al menos podrías aconsejarme». Yo era impetuosa, impulsiva, directa y muchas veces actuaba antes de pensar en las consecuencias que aquello iba a llevar consigo. Me tapé el rostro con ambas manos, necesitaba llorar. La noche estaba muy calmada, algo llamó mi atención, entre la oscuridad de aquellos muros observé una

sombra, me escondí para que no me viesen, alguien estaba en las caballerizas e iba en dirección al bosque, solo pude distinguir que quien fuese llevaba una capa y se cubría la cabeza con la capucha, iba rápido y de vez en cuando se detenía a observar como si tuviese miedo de ser descubierto o descubierta, ya que no se sabía si era hombre o mujer. Le perdí de vista. «Qué raro —pensé—, quién podrá ser». Recordé la escena de la playa en la que Henric y yo vimos a una mujer esperando a alguien y allí apareció un hombre en una barca. No le di importancia, bastantes problemas tenía ya como para preocuparme por personas que aparecían y desaparecían. Me acosté en la cama, transcurrió un tiempo hasta que escuché unas pisadas que subían por las escaleras, supuse que eran de Henric, se paró primero en mi puerta, vi como el picaporte de esta se movía, después se detuvo en su intento de abrirla y se fue a la puerta de al lado, esta se abrió y cerró. Cuánto me hubiese gustado que él no me hubiese hecho caso y hubiese abierto la puerta, pero no fue así, y sabía que esta vez le había hecho daño con mis palabras y hasta que yo no fuese a él, él no volvería a acercarse a mí como lo había hecho hasta entonces.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que me desperté, el sol ya entraba por la ventana e iluminaba toda la habitación, y a pesar de que me puse la almohada sobre la cabeza, al final no pude volver a conciliar el sueño. Debía ser muy tarde y solo pensaba en la cara de Madeleine al darse cuenta de la hora que era, además hoy también venía Monique a terminar de adaptarme algunos vestidos de la madre de mi esposo. «¡Henric! —pensé—, tengo que pedirle disculpas». Estaba dispuesta a contarle lo que vi en la playa con aquella mujer y a decirle que me explicase aquel beso, estaba deseando encontrarme con él, lo amaba y no podía concebir otra noche sin sus caricias y sus besos. Opté por ponerme un vestido color marfil, realmente me sentaba muy bien, se ajustaba a mi cintura y caderas. Me peiné la melena y la dejé suelta. Bajé las escaleras corriendo. La casa estaba en silencio, no se escuchaba a nadie. Aquello me pareció muy extraño.

Llegué al comedor, habían retirado todo lo del desayuno. «Dios mío — pensé—, debe ser muy tarde». Decidí dirigirme hacia las habitaciones donde estuve con Monique, bajé unas escaleritas y fui directa hacia la otra ala del castillo. De repente tuve la sensación de que me seguían, me detuve y miré hacia atrás, estaba oscuro el pasillo, ya que apenas entraba luz por haber pocos ventanales. Debió de ser imaginación mía y seguí avanzando. Aquel lugar me imponía. En las paredes había cuadros de antepasados de la familia, cuadros oscuros, sobrios. Avanzaba a grandes zancadas, deseaba llegar al final de este. Allí, en un rellano luminoso se encontraba la habitación donde me reunía con Monique. Volví a escuchar un ruido tras de mí, esta vez sí que lo había sentido, me detuve y giré rápidamente.

—¿Quién está ahí? —grité.

Empecé a desandar lo andado, había escuchado aquel rumor con claridad. Las pisadas ahora sí que se oían, rápidamente empecé a acelerar el paso, tenía que saber quién me había perseguido y quién era el que ahora corría para huir de mí.

Empecé a avanzar por todo el pasillo pero quienquiera que fuese era mucho más rápido que yo, bajé las escaleras y los pasos se perdieron tras llegar al comedor,. Ya no escuchaba nada, empecé a abrir puertas de salas próximas, en algún lugar tenía que estar la persona que me perseguía y había huido. Me di media vuelta con la intención de regresar al pasillo oscuro para ir a ver si estaba Monique, de repente me topé con la señora Robin, me asusté.

—¡Lady McCarthey! —dijo. Ella no hablaba español, pero yo había avanzado en el idioma inglés, no me expresaba muy bien pero sí sabía palabras sueltas.

—¡Señora Robin!

Le pregunté a través de palabras sueltas y gestos si había visto a alguien por ahí, ella negó con la cabeza, le sonreí y me dirigí hacia el pasillo otra vez en dirección a la sala donde estaba Monique. Temía volver a pasar por allí, había escuchado alguien tras de mí, y unos

pasos que después huían y se alejaban para no ser descubiertos.

Monique estaba en la sala peleándose con uno de los bajos de uno de los vestidos que me estuvo probando, estaba sola y al verme sonrió. Me extrañó que Madeleine no estuviera con ella, no había ruido en el castillo y Henric tampoco daba señales de vida.

Monique me hizo señas para que me probase uno de los vestidos que ya había terminado, era de color verde claro. Me sentaba muy bien aquel tono, ella aplaudió al verme con él y ambas nos reímos. Estuve con la joven gran parte de la mañana, nos lo pasábamos bien juntas, le señalaba objetos y le decía la palabra en español y ella me la repetía en inglés.

No sé cuánto tiempo transcurrió en la estancia con Monique, decidí dejarla tranquila trabajando y ver si encontraba a Henric, necesitaba verle después de las palabras que le dije la noche anterior, estaba arrepentida, le amaba, estaba dispuesta a comentarle lo que vi y, abierta a que él me diese sus explicaciones. Me despedí de Monique y fui directa al patio a ver si le veía. Me imponía pasar otra vez por aquella galería, la atravesé prácticamente corriendo, tenía la sensación de que me observaban, aunque supuse que aquello serían imaginaciones mías.

En el patio no había nadie, todo estaba tranquilo, ni siquiera vi a David. Decidí ir al jardín, allí había visto siempre a Han cuidando con esmero y paciencia de las plantas que allí crecían y también había visto en alguna ocasión a Madeleine. El muchacho estaba allí y junto a él un chiquillo de unos seis años de edad. Según me había explicado Henric era el hijo de la señora Pot, esta, aparte de ocuparse de la granja junto con su hija Zane, también era la cocinera del castillo, ambos hijos le ayudaban en sus tareas diarias, aunque el pequeñín poco hacía. Apenas había conocido a las personas que trabajaban en aquel lugar, ya que desde que llegué, Henric se había ocupado de enseñarme sus tierras y presentarme a todos los granjeros que estaban próximos a los dominios

del castillo.

Me acerqué, el niño me miró y una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Hola! ¿Qué haces? —le pregunté, sabía que no me había entendido, pero me miraba sonriente. El me cogió de la mano, quería llevarme a un sitio del jardín.

Han me vio y le sonreí, él me devolvió el gesto, dijo algo al niño y este le contestó.

El jardín era bastante grande, por un lado estaba el huerto rodeado de flores bellas que crecían en una bonita explanada, dichas flores se mezclaban con árboles frutales, aportando mucho colorido a todo el lugar. Al fondo del jardín había una casita de pequeñas dimensiones, acristalada y de techo de piedra. La puerta estaba abierta, el niño me llevaba prácticamente corriendo hacia aquel lugar. Se detuvo justo en la entrada, me soltó de la mano y entró, una vez el niño estuvo dentro me alentó para que hiciese lo mismo, hacía bastante calor en el interior, había varias hileras de plantas pequeñas, todas ellas tenían puesto un nombre, estaban ubicadas en una especie de estantería de madera donde se mezclaban con botes que contenían hierbas, allí estaba Madeleine, nos vio entrar.

—¡Timi! —dijo la abuela de Henric. Después me miró.

—¿Te ha traído el niño?

—Así que se llama Timi —miré al niño y me señalé con mi dedo índice.

—Yo, María —Madeleine se echó a reír y se lo dijo en inglés.

Timi se acercó a mí y me dio su pequeña mano regordeta, yo me puse en cuclillas y le di un beso en su mejilla, Madeleine nos observaba.

—Timi siempre me ayuda a preparar las hierbas —me dijo.

—¿Para qué son? —le pregunté.

—Las utilizó para sanar a los enfermos, son plantas medicinales con muchas propiedades, por aquí no hay médico y los lugareños me

llaman cuando necesitan ayuda o se encuentran mal. Les ayudo en todo lo que puedo, claro que a veces resulta imposible por el tipo de enfermedad que se trata. Hoy voy de visita, ¿verdad Timi?

—¿El niño va con usted? —me sorprendí, estaba viendo un aspecto de aquella mujer que no me lo esperaba.

Ella miró con ternura al pequeño.

—El solo me acompaña cuando voy cerca del castillo, hoy voy un poquito más lejos, así que se quedará aquí cuidando de las plantas.

—¿Puedo acompañarla? —Realmente era una súplica, no sabía dónde estaba Henric y no podía soportar estar encerrada en aquel castillo sin hacer nada, necesitaba sentirme útil y ocupar mi tiempo en cosas importantes que distrajesen mi mente de todos mis problemas.

Me observó y luego me sonrió.

—Bueno, creo que te vendrá bien estar ocupada hasta que Henric regrese.

Aquella frase me taladró la cabeza. «Hasta que Henric volviese», ¿dónde se había ido?, tenía que averiguarlo, pero no se lo preguntaría directamente a ella. El hecho de que yo no supiese nada de su marcha le extrañaría y le haría cuestionarse nuestro matrimonio.

Madeleine me miró. Le dijo al niño que metiese unos botes en un gran bolso, después le ordenó que me diese un manojito de hierbas. Las cogí.

—Tendremos que decirle a David que prepare dos caballos.

—Yo se lo diré mientras usted termina de recoger sus cosas. —
Madeleine asintió.

Me fui en dirección a las cuadras, el niño venía conmigo, me agarró de la mano y me sonrió, yo le devolví el gesto y le acaricié su suave y blanca mejilla.

David estaba con dos de sus hombres dándoles una serie de instrucciones, imaginé que sería para la seguridad del castillo, al verme sonrió y se adelantó hacia donde yo estaba.

—¡Buenos días, María! —me dijo con una gran sonrisa.

—¡Buenos días, David! —bajé la mirada, no sabía cómo preguntárselo. Timi le dijo algo y él sonrió.

—Me dice Timi que vas a acompañar a la señora. —Asentí.

—Sí, así es, por favor, prepara dos caballos. —Hice una pausa—. David...

Él me observaba, sabía lo que le quería preguntar.

—Henric ha salido esta mañana muy temprano, no dijo a dónde iba, María, pero lo que sí que me comentó es que no le esperase hasta pasadas unas cuantas semanas o incluso más tiempo. No sé qué se traía entre manos, pero no va a volver por el momento.

Al escuchar esas palabras me entristecí, yo había sido la causante de su marcha y si ya no le volvía a ver o le pasaba algo jamás me lo perdonaría. David al verme se acercó a mí y me susurró.

—Tranquila, no creo que aguante mucho tiempo sin estar a su lado. Él es así, impulsivo, como haya algo que le esté rondando en la cabeza tiene que ejecutarlo, pero estoy convencido de que le tendrás pronto a tu lado.

—¿Te dejó algún mensaje para mí? —David agachó la cabeza, intuía lo que iba a decir. Además sabía que con las palabras que le dije la noche anterior le había hecho daño y no quería saber nada más de mí.

—No, no dijo nada.

—Gracias.

Madeleine ya venía a lo lejos, David fue al establo y preparó una yegua blanca para mí y sacó el caballo de la abuela de Henric, un animal negro, muy bonito, esbelto, ágil, su piel brillaba con el reflejo del sol. Mi yegua era tranquila, conecté desde el principio con ella.

Salimos del castillo, la abuela de Henric era muy parecida a su nieto, aparte de conservar su belleza a pesar del paso de los años, era ágil, una buena amazona, valiente, impulsiva y con mucha personalidad, pero al mismo tiempo encerraba para sí misma una ternura y entrega hacia los demás, especialmente hacia los más débiles y necesitados, aquello me enternecía.

—¿A dónde vamos, lady McCarthey? —Me miró sonriente.

—Querida, eres la esposa de mi nieto, llámame de tú. Vamos a una granja en el valle Killarney, llegaremos al atardecer al castillo, está un poco lejos. Esta mañana ha venido el esposo de Grace, está embarazada de cinco meses y ha sangrado durante la noche.

—¿Y a qué puede ser debido? —le pregunté asustada.

—Probablemente haya hecho un esfuerzo. Grace es una mujer fuerte, robusta, con cuatro hijos varones y este es el quinto. Hace dos meses tuvo una hemorragia y le dije que tenía que guardar reposo, pero esta mañana su marido me ha confirmado que solo lo hizo durante tres días, después empezó a ocuparse de los animales y de la huerta. —Hizo una pausa—. Es una mujer muy trabajadora, cabezota y terca, que no puede estarse quieta durante una semana.

——¿El bebé estará bien? —le pregunté.

—Espero que sí —dijo con voz de preocupación.

El paisaje era espectacular, poco a poco fui observando cómo nos adentrábamos en una vegetación más espesa, bosques de encinas y con mucha humedad.

Ambas permanecimos un buen rato en silencio mientras disfrutábamos del sonido de la propia naturaleza, el tintineo del agua, que aunque en ese momento no se podía ver como consecuencia de la abundante vegetación, ahí estaba el río que daba musicalidad a aquel bosque. Los pájaros comunicándose, el aire puro y frío, a pesar de la época en la que nos encontrábamos, acariciando nuestros rostros. Respiré hondo, todo aquello me recordó al cañón del Río Lobos donde solía acudir con mi hermano, «¿dónde estarás Juan?, te echo de menos». Me entristecí solo de pensar en él, mi única familia. No me percaté de que Madeleine me observaba.

—Querida, hay algo que no puedo entender. ¿Por qué mi nieto que te ama se ha marchado para una larga temporada dejándote aquí? No lo entiendo —bajé el rostro.

—Yo tampoco lo entiendo —le dije, no quería fingir ni inventarme

historias, y menos con ella, una mujer tan astuta.

—¿Tú le amas? —Aquella pregunta aceleró mi corazón.

—Sí, le amo.

—Entonces no comprendo nada. Esta mañana cuando le vi estaba muy serio, algo muy poco habitual en mi nieto, él siempre está alegre, es un bromista, divertido, pero no había nada que le hiciese sonreír, evitó hablar de la fiesta de las hogueras. Su semblante, yo diría que era triste, como el tuyo ahora. Me miró serio y dijo que había algo que tenía que resolver y que le llevaría tiempo solucionarlo. ¿Tú sabes a lo que se refería?

—No, no lo sé.

Por qué no me comentó que se iba, y cuál sería ese asunto, eran las preguntas que me rondaban desde ese momento por la cabeza. Lo necesitaba tanto a mi lado que no sabía cómo podría sobrevivir a su ausencia.

—Discutimos—dije.

—Pero todas las parejas discuten María. Conozco a mi nieto y no huye ante una riña, algo le ronda en la cabeza. —Me miró—. Querida, quiero disculparme por las palabras que te dije sobre Jane y el compromiso con mi nieto, he de serte sincera, desde que te vi junto a él supe que erais el uno para el otro, tenéis muchas cosas en común. En ti vi una mujer valiente, con decisión, capaz de plantarle cara, orgullosa y con personalidad, ese es el tipo de mujer que necesita mi nieto para ser feliz. —Me sonrió, le devolví el gesto. Agradecí sus palabras.

Ambas permanecemos en silencio durante todo el recorrido.

El lugar donde se encontraba la granja era un valle que, según me explicó Madeleine, era de origen glaciario, de abundante vegetación. Observaba la cantidad de acebos, robles y hayas que nos íbamos encontrando por el camino, así como las rocas calizas cubiertas de musgo que esquivaban nuestros caballos para no tropezarse. El valle estaba rodeado de bosque y altas montañas, y en ese lugar, aislado

pero paradisiaco, estaba ubicada la granja de los Sullivant.

El marido de Grace y sus cuatro hijos, todos ellos de edades muy similares: entre los ocho y doce años, nos esperaban en la puerta. Al vernos, el esposo fue corriendo hacia nosotras, ayudó a Madeleine a bajarse del caballo y después a mí. Los chavales llevaron a los animales al pequeño establo que tenían para que se alimentaran, bebieran agua y descansasen del largo viaje.

Madeleine entró rápidamente al interior de la vivienda. Era de una sola planta y había dos habitaciones, la cocina y una pequeña terraza. Seguí a Madeleine.

Grace era una mujer joven, regordeta, estaba tumbada en la cama, Madeleine le retiró la sábana y estaba llena de sangre, echó al marido y a los hijos de la habitación, yo me quedé en el interior. La anciana empezó a tocar la prominente tripa de Grace.

—Está vivo, pero como no te lo tomes en serio tu hijo morirá.

Grace lloraba, y Madeleine la acariciaba y la consolaba con ternura y cariño. Me dijo que trajese agua templada y unas gasas que había metido en su maletín. Cogió las hierbas que había traído, las humedeció y se las puso en el bajo vientre, después le hizo beber a la joven un jarabe que extrajo de su bolsa.

Yo la miraba con atención y Madeleine me empezó a explicar.

—Este jarabe es para que no le duela tanto y detener la hemorragia. ¡Ven! —Me hizo poner mis manos en su vientre y empecé a notar los movimientos del bebé. La miré sonriente.

—¿Para qué sirven las hierbas que le has colocado en el bajo vientre?

—Por si hay infección o inflamación en la zona interna —me respondió.

—Bueno —dijo Madeleine—, con esto vas a mejorar, pero si quieres ver a tu bebé con vida, tienes que estar en cama y en reposo todo lo que te queda de embarazo.

Grace asintió y la miró muy agradecida, también me sonrió a mí y yo

le devolví la sonrisa. Estaba emocionada por ver cómo había trabajado Madeleine. Ella después dejó claro a su marido y a sus hijos la gravedad del asunto, todos asintieron. El marido de Grace nos invitó a comer algo a su mesa y no lo rechazamos, ya que el viaje de vuelta era largo y llegaríamos al anochecer.

Ya de regreso, observaba a aquella mujer, me había sorprendido su sabiduría y el cariño con el que había tratado a esa familia, la primera imagen que me dio había dado un giro, ya que la soberbia y arrogancia que percibí en nuestro primer encuentro había cambiado.

—¿Cómo aprendió esos conocimientos? —le pregunté.

—¡Uff!, hace mucho tiempo. —Me miró sonriente—. Yo conocí a un capitán español que se asentó durante una larga temporada en Cork, nunca supe si tenía alguna misión importante, tampoco se lo pregunté. Ese capitán me enseñó todo lo que se de la medicina, las hierbas, los brebajes... —Se quedó pensativa—. De ahí, querida María, que yo sepa hablar español. Me miró, supe que por el momento no quería extenderse más sobre ese tema.

—Me gustaría que me acompañases en mis visitas, María, claro, si tú quieres, querida.

Aquello era lo mejor que me podía pasar en aquel castillo.

—¡Muchas gracias!, Madeleine, me encantaría, hoy he disfrutado muchísimo. —Me examinó y aplaudió mi decisión.

Cuando llegamos al castillo la oscuridad de la noche no nos dejaba avanzar por las inmediaciones de este. David estaba esperándonos junto con tres de sus hombres. Se encontraban en el patio junto a los establos, al vernos se levantaron rápidamente y nos ayudaron a bajar de los caballos.

—Mañana a las diez en los establos. Me gustaría que me acompañases a la casa de los Durrey, su niño se puso muy malito de la tripa, le di un jarabe y voy a ver como está.

—A esa hora estaré allí. —Sonreí y cada una se fue a su habitación.

Desde la anécdota en el pasillo que conducía a la galería sentía la sensación de que me seguían, así que decidí cerrar con llave la puerta, estaba muy cansada y quería dormir. Me puse el camisón que me facilitó la abuela de Henric y abrí los ventanales, hacía mucho calor, respiré hondo. Mi primer pensamiento fue para Henric: «¿Dónde estás amor mío, por qué me has abandonado? Te amo». Observé el cielo, estaba muy estrellado. Algo me llamó la atención en el patio del castillo. Otra vez aquella persona, pero esta vez al haber luna la distinguí más nítidamente. Llevaba capa, andaba rápidamente, en silencio, iba directa a las afueras del castillo, parecía la figura de una mujer, lo que no entendía es cómo los hombres que vigilaban los accesos no podían detener a esa persona que se escabullía de los muros del castillo a altas horas de la noche. Atravesó un rincón oscuro de la muralla y perdí el rastro, desapareció. Aquello me intrigaba, era la segunda vez que lo veía, estaba muy cansada y deseaba dormir. Mi mente y pensamientos solo estaban en Henric.

El pequeño Timi me estaba esperando en los establos, Madeleine todavía no había llegado, en cuanto el pequeño me vio vino corriendo y se abrazó a mis piernas, yo le cogí en brazos y le apreté contra mi pecho propinándole un beso en la mejilla, me estaba encariñando mucho con aquel muchachito. Madeleine nos vio y se acercó a nosotros.

—Bueno, Timi, hoy vienes con nosotras, ya he convencido a tu mamá. —El pequeño se puso muy contentó y decidió que quería montarse conmigo, así que le posicioné delante de mí y con una de mis manos abracé su pequeño cuerpecito.

La granja que íbamos a visitar en aquella ocasión estaba muy próxima al castillo, era mucho más humilde que la del día anterior.

Atamos a los caballos y nos metimos en el interior de la casa. Timi me dio su manita regordeta que no solté en ningún momento, sentía la necesidad de proteger al pequeño.

La madre del muchacho estaba de pie, con cara angustiada esperando a Madeleine, por los gestos sabía que había algo que no iba bien, Madeleine me hizo una señal para que entrase e indicó a la madre del muchacho que se encargase de Timi. La abuela de Henric se dio media vuelta para observarme.

—Querida, me tienes que ayudar, el muchacho no ha mejorado y le tengo que tocar su barriguita pero le duele tanto que no va a dejarse, le tienes que sujetar fuertemente. —Asentí.

El niño era muy delgadito y estaba muy pálido. Se revolvía de dolor a cada tocamiento de Madeleine.

—Ya está —le dijo mientras le acariciaba su pequeño rostro.

—¿Qué le pasa? —le pregunté asustada.

—Ha consumido algo tóxico, le voy a dar este jarabe y se lo dejaré a su madre para que se lo administre por las mañanas junto con el medicamento que se estaba tomando.

—¿Mejorará? —le pregunté, ella me miró y sonrió.

—Se pondrá bien, es un chico muy fuerte.

Después de aquellos días, la relación entre la anciana y yo era muy buena, las mañanas que no teníamos que ir a hacer visitas, Timi y yo nos dedicábamos a seleccionar las hierbas para cada tipo de cura. El niño me había cogido mucho cariño, era mi sombra, allá donde iba él me seguía, era un sentimiento mutuo. Mi inglés había mejorado mucho y la comunicación entre ambos era muy fluida.

Había transcurrido más de un mes desde la partida de Henric, aquella mañana había decidido ir a ver a Ann y Adam, ella estaba muy avanzada en su embarazo y le agradaba siempre mi compañía. David me acompañaría, su relación con Melani ya era evidente.

David me miró.

—¿En qué piensas, María? —Le miré y sonreí con tristeza.

—En Henric, ¿dónde estará? Ansío el momento de verlo otra vez.

—No te preocupes, él volverá. —Le miré con resignación.

—Ya no sé si le volveré a ver David, a veces pienso que le ha pasado algo y que se encuentra malherido en cualquier punto del mundo.

—Él es fuerte, es un guerrero, no le pasará nada.

David era un buen hombre, había estado muy pendiente de mí desde la partida de Henric y siempre me había dado ánimos.

Adam y Ann estaban esperándonos, Melani al ver a David fue corriendo hacia él, ambos se escabulleron y les perdimos de vista. Ann nada más verme me dio un fuerte abrazo y me agarró de la mano y me llevó al porche. Estaba ya su embarazo muy avanzado y tenía más dificultad para moverse.

Nos sentamos, hacía mucho calor. Ann me miró.

—¿Qué te preocupa, María? —me dijo.

—Bueno... pienso en Henric. —Las lágrimas acumuladas empezaron a asomarse.

—Cariño, no sé qué es lo que pasó aquella noche entre vosotros, yo os vi muy bien y, la verdad, no entiendo la partida de Henric.

No pude más, a Ann se lo tenía que contar, le relaté lo que me dijo Madeleine sobre Jane y lo que vi en la playa y las palabras duras que le dije. Ann me miraba y movía su cabeza de un lado para otro, sabía que no entendía mis dudas y mis celos.

—No te entiendo querida, ese hombre te ama. Él nunca quiso a Jane, pero ella estaba locamente enamorada de él, seguro que esa noche ella le lloraba y por eso viste esa escena, pero Henric ha tenido muchas oportunidades para estar con ella, ¿tú crees que si él hubiese querido algo con Jane no lo hubiese hecho antes? Él no la soportaba, es una niña consentida, arrogante y altiva para los que no pertenecen a su clase, eso Henric lo deplora, el ama a todas las personas sin distinción, es el carácter de los McCarthy, su abuela es igual y su madre también lo era. El desprecio hacia los demás no lo puede

soportar y Jane le fue desencantando, su belleza física no era suficiente para que Henric se cegase por ella. Él te ama a ti y te ha elegido a ti porque eres la mujer con quien quiere compartir el resto de su vida. — Ann sujetó mi mano y me la acarició—. Lo sé cariño, le conozco desde que era un muchacho y sé cuándo su corazón palpita.

—Temo por su vida Ann, porque no le vuelva a ver y que no le pueda decir lo mucho que le amo y le necesito.

—Tranquila, él volverá, es un guerrero, un luchador. —Ann me sonrió.

Cambiamos enseguida de tema, en ese momento entró Adam.

—Está últimamente muy ocupado —me dijo Ann mirándome—. Dentro de una semana es la feria de los caballos en Buttevant, la más grande e importante de Irlanda, y él tiene que vender a algunos de los potrillos. Irá con John.

—¿Buttevant? —exclamé.

—Sí. —Me miró extrañada ante mi entusiasmo—. La familia Barry son los que la organizan desde hace muchos años y gestionan tierras. Familia adinerada, próximos a la realeza. Allí se reúnen comerciantes de muchos condados de Irlanda, viajan y recorren largos kilómetros para estar allí.

—¿Podría ir con Adam?

—No sé, cielo, ese no es lugar para señoritas, va mucho bárbaro.

—Un amigo de la familia, un fraile franciscano está en el monasterio de Buttevant y me gustaría visitarle, era muy amigo de mi madre —mentí. Evidentemente no le iba a contar la verdad a Ann, pero era mi oportunidad, tenía que encontrar a fray Antoni.

—Bueno, se lo diremos a Adam a ver qué opina, no creo que le importe, más bien a quien tendrás que convencer es a lady McCarthy.

Adam no se opuso a que les acompañase.

No me lo podía creer, por fin podría zanzar el tema que me había dado tantos dolores de cabeza, había decidido decirle a Madeleine la verdad del lugar donde iría.

De camino al castillo David me observaba.

—¿Qué piensas María? —me dijo.

—En cómo le voy a decir a la abuela de Henric que me voy a ir la semana que viene con Adam a la feria del caballo a Buttevant.

David me miró extrañado.

—¿Y por qué quieres ir allí? Puede ser peligroso.

—Me apetece verlo, me gustan los caballos y me ha dicho Adam que es muy entretenida.

—¿No creo que sea una buena idea? A Henric no le gustaría que acudieseis allí.

—Sí, pero él no está, me ha abandonado. —Hice una pausa—. Además quiero ir al monasterio de esa localidad, necesito ver a fray Antoni, es un antiguo conocido de mi madre.

David me observaba perplejo.

—¡Vamos, que lo tienes decidido! —Le miré sonriente.

—Sí, está decidido. —David me sonrió y movió su cabeza para ambos lados.

—Está claro que estáis hechos el uno para el otro. —Rio.

—Pues a mí no me hace ninguna gracia. —David me miró.

—Te echo una carrera, señora de Henric McCarthy. —Sonreí.

Empezamos a cabalgar, yo era buena amazona, así que llegamos ambos muy a la par al castillo. Cuando entramos al patio nos estábamos riendo y, allí, de pie, estaba Madeleine con los brazos en jarra observándome.

—¡María! ¡Vaya comportamiento el tuyo! Desde luego que a veces haces las cosas de los muchachos, no me extraña que Henric se haya vuelto loco contigo, eres diferente a cualquier dama de la aristocracia. —Tras su comentario miré a David y le guiñé un ojo, en realidad no sabía cómo tomarlo, si como una ofensa o un cumplido.

—Esta noche vienen Jane, su madre y su hermano, desean conocerte, así que arréglate que en breve están aquí. —Empezó a

andar y se detuvo a mirarme otra vez—. ¡Ah!, y no bajas tarde, les gusta mucho la puntualidad.

—No se preocupe que bajaré antes de que lleguen —le dije.

—Eso espero, muchacha.

La vi marcharse refunfuñando, me había encariñado mucho de aquella mujer gruñona de gran corazón, no la defraudaría en esta ocasión, sería puntual.

David me observaba.

—Tranquila por Jane, no hagas caso a nada de lo que te diga, yo te aseguro que Henric la ignoraba por completo.

—Gracias David, eres un buen amigo.

—Solo trato de proteger y defender los intereses de los míos. —Me guiñó un ojo y me sonrió y yo le devolví el gesto.

Subí corriendo las escaleras, aquello era como mi propia casa, empujé la puerta y la cerré tras de mí. Abrí el armario, tenía que ponerme un vestido muy bonito, vi el rojo que tanto le gustó a Henric cuando me lo puse para él, peiné mi melena y miré al espejo, me vi bonita. Hasta entonces no había reparado que sobre mi cama había un papel enroscado sobre sí mismo, me acerqué y lo cogí, lo abrí con sumo cuidado, lo leí:

Este no es su sitio, usted no debería estar aquí.

El corazón me empezó a latir, ese mensaje iba para mí, empecé a hilar todo lo que me había sucedido, los pasos en la galería, la sensación de que me perseguían y observaban. Decidí no darle importancia, lo guardé en el cajón de la mesilla de la habitación junto a la navaja que me había regalado mi hermano. Descendí a la sala, seria, pensativa, «si estuviera Henric —pensé—, no me preocuparía de todo esto. Seguro que él me insistiría que son tonterías». En el salón estaba Madeleine que al verme me echó una gran sonrisa.

—Querida, ¡estás guapísima! Gracias por tu puntualidad. —Le sonreí—. Deben estar ya al llegar. —Estaba nerviosa y, ella me lo notó—. María, no te preocupes, no voy a permitir que nadie te ponga en

evidencia o diga nada que te incomode, eres mi familia, la mujer de mi nieto. —Se volvió y me dio un beso en la mejilla—. Y te aprecio mucho. —Aquellas muestras de cariño en ella hacia mí no eran nada habituales.

—Gracias, yo a usted también.

Jane, su hermano Philip y lady Windsor aparecieron a la hora acordada. Jane era una mujer bastante bella, arrogante y altiva, aunque se la notaba acobardada. Se expresaba con temor y apenas se atrevía a dar su opinión frente a su madre y su hermano. Philip, era rubio como ella, alto, con unos bonitos e intensos ojos azules, también se le veía altivo, orgulloso y arrogante. Y lady Windsor reunía las mismas características que sus dos hijos. Me observaban, Jane desde que entró en la sala me miraba fijamente, seria, decididamente se notaba que no le caía nada bien, mientras que su hermano me observaba de otra forma que no me gustaba nada, su media sonrisa de engreído me incomodaba, me sentía como si les hubiese quitado el lugar que les correspondía estar a ellos por derecho.

Nos ubicamos en la mesa, ambas mujeres se sentaron cada una en un extremo de la misma, Jane su puso a mi lado y Philip en frente de las dos. Nos empezaron a servir la cena, estaba hambrienta.

—Y si no es indiscreción, querida —dijo lady Windsor dirigiéndose a mí—, ¿cuándo va a venir su esposo? —Me quedé atónita frente a esa pregunta.

—El tiempo necesario para zanjar unos asuntos —le dije mientras centraba mi mirada en mi plato.

—Es curioso —respondió Jane—, que se ausente nada más casarse. —Aquello me taladró el alma. La miré y la sonreí mientras en cuestión de segundos pensaba en la respuesta que le iba a dar.

—Sí, puede resultar curioso, pero yo no espero otra cosa de mi matrimonio sino que sea curioso, que me sorprenda y que no siga las normas y la rutina habitual que se espera. —Se hizo un gran silencio, pero no estaba dispuesta a que aquella joven arrogante cuestionase mi

matrimonio.

Philip soltó una carcajada.

—Desde luego Henric ha elegido una esposa a su medida. —Le sonreí y vi como su hermana le fulminaba con la vista.

—Así es. —Madeleine zanjó aquella conversación—. Henric ha elegido a la perfección, María y él son dos almas gemelas, iguales para lo bueno y para lo malo.

En ese momento la anciana cambió de conversación y empezaron a hablar de los cultivos. Yo notaba como Philip no dejaba de observarme, así como la tensión de Jane.

La cena finalizó y se alargó la velada en el jardín. Las dos mujeres de edad avanzada se sentaron a hablar de sus cometidos, yo estaba un poco alejada observando las estrellas y noté que se posicionaban a mi lado, era Jane.

—No se crea que soy tonta señorita María

—Yo no pienso que lo sea —le dije asombrada.

—Se perfectamente que cuando un hombre como Henric, tan apasionado, se aleja de una mujer es porque ya no tiene interés en ella.

—Henric no es así.

—Si es así, créame, lo sé, lo he experimentado. Entre nosotros podía haber habido algo si no es porque la conoció a usted, yo sé que él se hubiese casado conmigo, solo era cuestión de tiempo. Hasta que se cruzó en su camino. —Aquello último lo dijo con odio—. Usted es la culpable de que él no me mire como antes. Usted no tenía que haber sido su esposa. —Aquella mujer me despreciaba, se le notaba en cada palabra que pronunciaba—. Si no pregúntele a su esposo qué pasó en la playa.

—No me interesa el pasado, solo vivo por y para el presente. Si él hubiese querido que usted fuese su esposa, ¿no cree que ya lo hubiese hecho? Yo no le forcé a tomar esa decisión.

—El tiempo dará el lugar que corresponde a cada una. —Aquello me sonó a una amenaza, le iba a responder, pero en ese momento

apareció su hermano.

—Jane, mamá te está llamando, quiere hacerte una consulta. —La joven me miró fijamente y se dio media vuelta.

—Es bonita la noche —me dijo.

—Sí, sí que lo es.

—Así que es de tierras españolas. —Asentí—. Pues he de reconocer que ha aprendido muy pronto nuestro idioma.

—He tenido a muy buenos profesores. —Se puso frente a mí, su mirada y su sonrisa no me gustaban nada.

—Yo jamás la hubiese dejado sola tanto tiempo. —Se iba aproximando y yo dando pasos atrás. ¿Qué pretendía?—. Espero que se demore en regresar su esposo.

—Ojalá no sea así, ansío el momento de estar con . —Me asió de la mano, yo la retiré. Aquellas confianzas..., ¿quién se había creído que era?

—Perdone, he de regresar con lady McCarthy. —Acto seguido me fui al lado de Madeleine y di por zanjada aquella conversación.

La velada finalizó y me escabullí indicando que tenía un fuerte dolor de cabeza. Subí a la habitación, me tumbé en la cama tal cual iba. «Henric, ¿dónde estás?». Las lágrimas rodaron por mis mejillas, le necesitaba a mi lado.

Había transcurrido una semana desde la visita de los Windsor, ese día iría con Adam y John a Buttevant. Madeleine me había dicho que no era partidaria de que me fuese a aquella feria llena de hombres bárbaros, que una dama no tenía lugar en ese tipo de eventos.

—Madeleine, yo no voy a estar en la feria, voy a aprovechar a ir al monasterio de Buttevant para ver a un fraile amigo de mi madre. —Aquello no le cuadró, pero no siguió haciéndome preguntas—. Eres una cabezota y sé que vas a hacer lo que te dé la gana. Si al menos estuviese aquí Henric, te lo prohibiría y a él sí que tendrías que hacerle

caso.

Le di un beso en la mejilla, y le respondí.

—No, Madeleine, iría igualmente. —Se alejó gruñendo, sabía que se preocupaba por mí más de lo que aparentaba.

David me miró.

—Te acompañaré a casa de Adam y me quedaré allí hasta que regreses. ¡Qué sepas que yo tampoco soy partidario de que vayas a ese lugar! Si te pasa algo, Henric me va a matar. Solo hay bárbaros, María.

—Sí, lo sé, pero él no está, él me ha abandonado, David, y me ha dejado sola. Su opinión o lo que él pudiese pensar no lo contemplo.

—No digas eso, María.

—Sí, David, lo siento así, y cada día que pasa más lo creo y lo confirmo, su ausencia así lo indica, me ha abandonado y no quiere saber nada de mí.

Adam me estaba esperando, Melani, Ann y David nos despidieron. Yo he de reconocer que estaba feliz, por fin podría zanjar el legado que me había encomendado mi madre.

Buttevant estaba lleno de banderas, antorchas, feriantes por la calle contando leyendas, mercaderes, bailarines, era una fiesta de color, ruido y belleza. Adam y su muchacho tenían un lugar asignado donde se mercadeaba con los caballos, me desvinculé de ellos y fui en busca del monasterio de Buttevant, estaba a las afueras de la villa, del bullicio.

La ciudad estaba custodiada por el gran castillo de la familia Barry, los cuales fueron los fundadores de aquella feria de caballos famosa ya en toda la isla. El monasterio estaba próximo al castillo. Este era una construcción de enormes dimensiones, hecho de piedra, bastante sobrio, sin apenas ventanales. Al entrar se respiraba paz y ese silencio transmitía una armonía especial. Aquel lugar, al igual que la villa, estaba rodeado por montañas en cuyos picos todavía se observaban pequeños restos de nieve. Dejé el caballo y lo até a un árbol a la

entrada del monasterio.

Anduve despacio, ya que ese silencio y la sensación de estar deshabitado me indicaban que tenía que ser precavida. Entré en el interior donde había un patio rectangular.

—¿Quién es usted? —Me di la vuelta bruscamente, era un monje bajito, regordete y con gafas.

—Estoy buscando a fray Antoni, tengo esto para él. —Le di la carta que me había dado el padre Pablo—. El franciscano me la cogió y me indicó que le esperase en aquel patio.

Pasados unos minutos le vi aparecer con un monje alto, delgado, muy serio, con la nariz aguileña y gafas. Me observaba detenidamente por encima de ellas. El otro fraile se marchó y nos dejó solos.

—¿María? —Asentí.

—Si lo que dice el padre Pablo en esta carta es cierto, usted es la hija de Laura y la portadora en estos momentos de la espina sagrada.

—Así es.

—Necesito verla —dijo el fraile—. ¿La lleva usted?

Aquella forma de hablarme y presentarse no me pareció normal, aunque por otro lado pensaba que si el padre Pablo me había dicho que me dirigiese a él y le confiase la custodia de la espina sería por algo.

—Sí, la llevo conmigo. —Me quité la cruz de Santiago que me había dado mi madre, la abrí y, allí, intacta, estaba la espina sagrada.

El fraile me arrebató la cruz con la espina y la observó, después me miró.

—¿Usted sabe la importancia que tiene esta espina?

—Sí, lo sé, por eso la he protegido incluso con mi propia vida. —Se la arrebaté, cerré la cruz y me la volví a poner en el cuello, el fraile me miró muy serio.

—En la carta me dice el padre Pablo que la tengo que llevar a Jerusalén, que allí es donde debe estar.

—¿Usted irá a Jerusalén?

—Sí, tengo previsto el viaje para dentro de dos semanas, así que deme la espina que la custodiaré hasta entonces. —Algo me hacía no confiar en aquel hombre, su forma de actuar y de mirar la reliquia, no me inspiró seguridad.

—Prefiero venir yo unos días antes de su partida, hasta entonces la tendré yo tal y como quería mi madre.

—¿No lo entiende? Si cae en manos de alguien esta espina puede desencadenar muchas desgracias, está más segura aquí, en un monasterio, en mis manos, tal y como indica el que ha escrito esta carta.

Sabía que era lo más fácil y en cierta manera, lo más sensato, pero había algo en mi interior que me hacía no confiar en aquel monje.

—Lo traeré yo. —Dicho esto me di media vuelta para marcharme. El fraile me cogió fuertemente del brazo.

—¡No!, esa espina tiene que estar en mi poder. —Me hacía daño, intenté quitar sus manos de mi brazo pero resultaba imposible, me revolví y más tarde noté un fuerte golpe en la cabeza.

Caí desplomada al suelo, perdí el conocimiento.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que desperté, sentí un fuerte dolor de cabeza, intenté incorporarme pero fue inútil. Abrí los ojos, estaba en una sala pequeña, oscura, iluminada por dos antorchas a ambos lados de esta. Sentía frío. Había grandes cortinajes rojos que tapaban las paredes y ninguna ventana. Al principio veía borroso y después empecé a distinguir a los allí presentes, estaba el fraile Antoni junto a un hombre. Me centré en sus vestimentas, iba con pantalones negros y un blusón blanco, destacaba en ella un emblema, una rosa roja sobre fondo negro, el mismo emblema que vi a aquellos hombres que mataron a mi padre. Era alto, fuerte, de pelo muy rubio que le llegaba por los hombros, con aspecto sucio.

Estaba atada a una silla.

—¿Qué hago aquí? —Mi pregunta llamó la atención de los dos

hombres, el fraile al ver que estaba despierta miró a aquel caballero y se marchó. El joven empezó a acercarse lentamente a mí, en su mano portaba mi cruz de Santiago.

«Dios mío, la espina», pensé.

—Vaya, vaya... Así que ya te has despertado. —Con su mano jugaba con la cruz.

—¿Qué quiere de mí? ¡Esa cruz es mía! —le dije enojada. Él se empezó a reír. Se apoyó sobre una mesa que estaba frente a mí.

—No, querida, no, ya no, además te tengo que dar las gracias por habérmela traído a mis manos, al final ha resultado más fácil de lo que yo creía.

—¿Quién es usted? —El hombre negó con la cabeza.

—¡No, no, no!, aquí las preguntas solo las hago yo. —Me contemplaba detenidamente haciéndome sentir vergüenza.

—Eres muy bella, así que tengo que pensar qué hacer contigo, si mantenerte viva o matarte, sería una pena desaprovechar una hembra como tú.

Mi corazón empezó a latir ante aquel comentario, «Dios, ayúdame».

Se empezó a carcajear y se marchó dejándome encerrada en aquella habitación, atada y con mucha tristeza. Había fallado a mi madre. Las lágrimas empezaron a caer por mi rostro.

CAPITULO X

El retorno

Me desperté sobresaltado, sudando, ella volvía a estar en mis pensamientos, en peligro, huyendo de algo o alguien, tenía que regresar a Cork, aunque sabía que si quería ganarme el amor de mi esposa tenía que demostrarle que la quería y que estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario por ella. Tenía que encontrar a su hermano.

La chica de la posada de Saghún, Elena, me había dado la pista de que aquel muchacho que en su día preguntaba por María había regresado, estaba por la villa y le había dado su palabra de que regresaría a verla en unos dos o tres días. Tenía que saber de quién se trataba, intuía que podría ser su hermano, tuve ese presentimiento desde el primer momento que me lo comentó, pero en aquella ocasión, por la seguridad de María, no esperé para comprobarlo. Estaba claro que no era ninguno de aquellos bárbaros con los que tuve aquel encononazo.

La muchacha de la posada se acordaba perfectamente de mí.

—Por favor, si le ves dile que me espere, que yo conozco a la joven que busca. —Ella me sonrió y asintió.

Todavía seguía esperando a que el joven apareciese por la posada, habían transcurrido más de tres días, y cada segundo que pasaba temía por mi esposa. Me marché sumido en cólera e ira por sus palabras sin decir nada a nadie y menos a ella, no entendía su comportamiento, pero dejó bien claro sus sentimientos hacia mí, aunque no podía entenderlo. Cuando estuvo a solas conmigo, cuando se entregó a la pasión de la noche, lo hizo voluntariamente y yo notaba algo más que pasión en sus besos. «No entiendo a las mujeres», pensé. No obstante me arrepentía, mi orgullo ganó frente a mi corazón, no le expliqué lo que significaba para mí, no le dije que la amaba y que se lo

demostraría. Deseaba volverla a tener entre mis brazos, abrazarla, besarla, amarla durante toda la noche, retener sus rizos entre mis dedos...

Escuché unos pasos que subían, tocaron a mi puerta.

—¡Señor! —Era Elena. Me incorporé de un brinco.

—Sí. —Abrí la puerta y ante mí apareció aquella joven bonita, de sonrisa permanente y ojos muy brillantes que prácticamente hablaban al mirarlos.

—El joven le espera abajo, está sentado en la mesa más alejada de la entrada a la posada, junto a la ventana.

—Gracias, ahora mismo voy.

Cogí mi daga y me la escondí entre el cinturón del pantalón y la camisa, no sabía con qué tipo de persona me iba a encontrar ni de sus intenciones.

Conforme descendía por las escaleras me fijé en el muchacho que estaba sentando. Se le veía alto, delgado, su pelo rizado, negro realzaba sus grandes ojos. Me vio y me observó desde la lejanía. La muchacha me señaló su mesa con el dedo. Me puse frente a él, este no se levantó y yo me senté. Ambos nos miramos fijamente, sin mediar palabra, analizando cada uno a la persona que teníamos en frente.

—¿Por qué busca a una mujer con esa descripción? —Decidí ir al grano, sin rodeos, sujetaba con una mano el lugar donde había posicionado mi daga por si tenía que hacer un uso rápido de ella.

El me miró fijamente, serio.

—¿Qué interés tiene usted en una mujer con esa descripción? —Me preguntó.

—La de un esposo celoso —le dije. Él me miró con curiosidad.

—¿Esposo? No, entonces no es la mujer que busco, ella no está casada.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo está tan seguro? —le pregunté.

—Porque la conozco perfectamente, desde que éramos pequeños, y sé que casarse nunca ha entrado en sus planes. —Sonreí, ya sabía a

quién me recordaba aquel joven, era la viva imagen de María. El corazón me empezó a latir rápidamente, aunque lo intuía desde el principio, no obstante tenía que estar seguro de que era así, ya que ante todo era la seguridad de mi esposa.

—Tampoco entraba en los planes de mi mujer. ¿Y si le digo que fue una boda programada para salvarla de una situación muy peligrosa? ¿Qué tuvo que vestirse de peregrino con un traje que le dejó su hermano para huir de un compromiso? —El muchacho me miró, su rostro cambió de expresión.

—¿Dónde está? —Me asió del antebrazo con fuerza.

—Antes dime quién eres y para qué buscas a la joven.

—Ella es mi hermana. —Su rostro cambió, la voz le temblaba.

—María, así se llama, ¿verdad? —Él me miró, sus ojos brillaban de la emoción—. Tranquilo, ella está bien, está en mi castillo, en el condado de Cork.

—¿Cork? —exclamó y se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, muchacho, Cork, allí está segura. Aquí la perseguían, su vida corría peligro.

—Lo sé, lo supe desde aquella maldita noche, pero no pude decírselo...

—¿Qué ocurrió? ¿Tú sabes la tristeza que ha tenido tu hermana desde entonces?

Me miró, se frotó su rostro con sus dos manos.

—Aquella noche bebí bastante y estuve en las cuadras con una mujer... —Me miró y continuó—. Estábamos escondidos entre la paja y escuchamos un ruido, en ese momento no sabíamos quién había entrado en el establo, eran voces masculinas, varios hombres, extranjeros, pero curiosamente hablaban español, ya que para mi sorpresa estaba mi padre con ellos. Estaban discutiendo —Juan hizo una pausa. Curioso, pensé—. Mi padre les decía que la espina no estaba en su poder y que por derecho si la había escondido mi madre le correspondía a él tenerla. Ellos le decían que él les mataría, que eso no

era lo que habían acordado desde un principio, que el hombre al que se referían le ayudó por sus contactos a descubrir quién era el poseedor de la espina y que él le dijo que si lo descubría, la reliquia sería para el conde, que el pacto era ese, y que ellos habían cumplido, le habían ayudado contra los infieles en las tierras de España. Yo no entendía nada, ni sabía a qué hombre se referían, mi padre siguió amenazándoles y diciéndoles que si no se marchaban de su castillo ordenaría que les matasen uno a uno y después les daría la comida a los perros. Uno de ellos le gritó y tuvieron un fuerte enfrentamiento, no me acuerdo muy bien las palabras, dijeron que si él no colaboraba le matarían y que al final buscarían dentro de su familia para dar con la reliquia que por derecho correspondía al conde. —Me miró—. Yo no sé a lo que se referían, pero la cosa no acabó muy bien. Mi padre se marchó a la fiesta y les amenazó con que si no se marchaban en ese momento les mataría. Yo vi a aquellos hombres y me asusté, ya que eran los mercenarios que María y yo habíamos visto esa misma mañana, nos llamó la atención su emblema, el de una rosa roja sobre fondo negro.

—¿Escuchaste el nombre del conde?

Solo pensaba en María, si ella tenía algo que ver con aquello que buscaban esos hombres, al final darían con ella, eran mercenarios que se dedicaban a eso.

—Sí, lo dijeron..., pero no lo recuerdo, estaba asustado y triste, no es que hubiese tenido un buen concepto de mi padre, pero aquello era la prueba de que él no era una buena persona. —Hizo una pausa, respiró, en ese momento la posadera nos trajo unas cervezas, le guiñó un ojo a Juan y el muchacho le sonrió, «aquel chico había conquistado a la damita», pensé.

—La tienes en el bote, muchacho. —Él me sonrió.

Me recordaba mucho a mi española, eran muy parecidos físicamente. Continuó con su relato.

—Estuvieron un buen rato hablando en su idioma y después se

marcharon. La muchacha se fue corriendo del establo, yo salí tras ella pero no la alcancé, quería observar si estaban aquellos hombres por allí, pero recibí dos fuertes golpes en la cabeza. Mientras caía al suelo, antes de perder el conocimiento, pude ver a uno de ellos frente a mí. Después, cuando desperté, ya era al alba, salía humo del interior del castillo, entré y vi cuerpos muertos, me asusté, subí corriendo a la habitación de mi hermana pero vi que ella se había marchado. Lo sabía, no estaba la ropa que le había dejado ni la bolsa que había preparado. Sentí pánico al ver el cuerpo de mi padre descuartizado y hui rápidamente de aquel lugar por si aquellos hombres estaban todavía por allí. Fui un cobarde, ni siquiera me detuve a ver si había alguien vivo, utilicé la vía más fácil.—Se echó las manos a la cara. Me acerqué a él y le di una palmada en la espalda.

—No te martirices, no merece la pena, te lo digo por experiencia, ya no puedes hacer nada al respecto. Sí que hubo supervivientes. —El joven levantó su mirada para mirarme.

—Yo estuve esa mañana allí y vi lo mismo que tú, pero me encontré a personal del servicio, en concreto a Ana. —El rostro del joven se iluminó, yo lo sabía ya que vi el cariño que aquella mujer tenía a los dos hermanos.

—¡Ana!

—Sí, ella está viva, está en el castillo, esperando el regreso de uno de vosotros.

—Yo quiero regresar con mi hermana. —Me miró fijamente.

—Tendrás que ir al castillo de tu familia, Juan, tu hermana tiene ahora otro hogar, junto a su esposo. —Juan me miró—. Ella te visitará, pero alguien tiene que hacerse responsable de vuestras tierras, se lo debes a todas las personas que trabajan y han luchado por vosotros durante años. —Él sabía que tenía razón.

—Creo que ahora tú me debes una explicación. ¿Por qué estabas en la fiesta? ¿Y por qué regresaste?

Le relaté todo, a él se lo podía explicar claramente, desde la

crueldad de su padre, mis ansias por vengarme, mi paso por León, el misterio de su tía Isabel, incluso aquel hombre que perseguía a María independientemente de los otros bárbaros.

—¿Por qué no ha venido contigo? —Me preguntó Juan, bajé la mirada.

—Ella no me ama muchacho, de hecho no sabe que estoy aquí, he venido por ella, porque sé que si no te encontraba nunca iba a ser feliz y jamás podría abrir su corazón a nadie, ni siquiera a su esposo. —Juan me sonrió.

—Yo conozco a mi hermana y te puedo decir que si se ha casado contigo no es por seguridad ni por marcharse de España ni por miedo, ella es valiente y una mujer fuerte, si lo ha hecho es porque te ama. — Le miré, pero sus palabras no me convencían. Cambié de tema, ese asunto me hacía daño, sus últimas palabras me seguían taladrando en la cabeza.

—¿No sospechas a qué se referían con la espina, la reliquia?

—No, no tengo ni idea.

—Ahí está la clave, Juan, tu tía Isabel también tiene que ver con ese tema. Cuando la fuimos a buscar no estaba, tu tía desapareció. Tu hermana fue a ver un fraile franciscano a la iglesia de la Peregrina. Yo no quiero volver a Cork sin solucionar todo esto antes, quiero que tu hermana no corra peligro, no sé lo que esconde ni lo que tiene en su posesión que todos persiguen, pero tengo que averiguarlo y necesito que tú me ayudes. —Juan asintió.

—¿Qué piensas hacer irlandés? —Me sorprendí y me reí, eran muy parecidos, aquella expresión me recordó a ella.

—Mañana partiremos en dirección a La Peregrina, creo recordar que habló con el padre Pablo. En ese momento vino la posadera a preguntarnos si queríamos algo más. Elena solo tenía ojos para Juan.

Me carcajeé.

—Creo muchacho que te tienes que despedir de esta jovencita, te va a echar mucho de menos.

Le sonreí y él me sonrió, se levantó en dirección a la posadera.

—¡Muchacho! —Se dio la vuelta—. Quiero verte aquí al alba, no te despistes. —Le guiñé un ojo y él se rio mientras se dirigía al lugar donde se encontraba la muchacha quien le esperaba con una amplia sonrisa.

Subí a la habitación, abrí la ventana y me tumbé en la cama. Cuánto deseaba tenerla a mi lado, junto a mí. Jamás pensé necesitar tanto a una mujer como a María. Sabía que tenía que zanjar este asunto y lejos de España era imposible. No quería miedos ni tristezas, si quería que mi amor con ella funcionase tenía que acabar con aquel misterio y aquella persecución. Al menos había encontrado a su hermano.

Juan estaba esperándome tal y como le indiqué, aquel joven me había caído bien. Cabalgamos en silencio durante un buen rato, cada uno estaba ensimismado en sus pensamientos.

—¿Cómo está mi hermana?

—Está bien.

—No soportaría perderla, la amo, siempre hemos estado muy unidos —me dijo.

—A ella le pasa lo mismo que a ti, su gran pena es el no saber dónde estás, el no tener la certeza de si te encontrabas bien.

—Deseo volver a verla.

—La verás, cuando ella sepa que estás con vida querrá regresar a su tierra, al castillo de vuestro padre. —Le miré—. Pero no la traeré hasta asegurarme de que no corre ningún peligro.

—¿La amas? —Me preguntó. Tardé en responderle.

—Sí, la amo.

Recordaba el recorrido hacia el monasterio, su grandiosidad dominando todos los alrededores. Nos aproximamos, dejamos los caballos atados y ambos nos adentramos en aquel lugar. Recordaba aquel patio, aquella paz y tranquilidad que allí se respiraba, no se veía

a nadie, ambos observamos. Nos adentramos al interior del monasterio. Era bastante sobrio, oscuro, había un gran crucifijo en la entrada y a ambos lados de las paredes dos cuadros, uno el de la crucifixión de Jesucristo y frente a él otro de la Inmaculada Concepción. Estaba el interior en silencio, no había nadie, seguimos avanzando por un pasillo largo, iluminado solo por dos antorchas, avanzábamos y en la lejanía se escuchaban cantos gregorianos, una voz que venía tras nosotros nos sorprendió.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —Nos dimos la vuelta. Un frailecillo, anciano, muy delgado y cara agradable nos cuestionaba.

—Estamos buscando al padre Pablo —le dije.

—Fray Pablo está en la capilla orando, ahora no puede hablar con ustedes.

—Por favor, es muy importante

—Les he dicho que ahora no puede, señores. Están en un sitio sagrado, deben respetar nuestras normas.

—Sí, lo entendemos —dijo Juan—. No nos importa esperar a que termine sus oraciones para poder hablar con él. —Sonreí para mis adentros, mucho más diplomático que yo, pensé.

—Si así lo desean, por favor, esperen en el patio, en cuanto finalice fray Pablo, le avisaré que ustedes están aquí. —Acto seguido el frailecillo se marchó.

Juan me observaba con una sonrisa en los labios, estaba apoyado sobre uno de los cipreses que adornaba aquel lugar. Yo iba de un lado para otro con las manos cruzadas tras mi espalda. Me detuve al ver su cara divertida mientras me examinaba.

—¿Se puede saber de qué te ríes?

—Solo pienso, nada más. —Su sonrisa seguía sin borrarse de su rostro.

—¿Y en qué piensas, si puede saberse?

—Pues que sois iguales, impacientes, inquietos, cabezotas, impulsivos... —Se carcajeó.

—Pues no veo la gracia, la verdad.

Estaba nervioso, el tiempo pasaba y nadie aparecía por aquel lugar. Aquel muchacho tenía razón, estaba impaciente, necesitaba saber qué pasaba, quería averiguar el motivo por el cual intuía y sabía que mi esposa corría peligro. Alguien se aproximaba, apareció aquel monje, con cara seria y al verme me reconoció y se sorprendió. Rápidamente miró a Juan, quién al observarme, se incorporó y se percató de que aquel hombre era el fraile que había estado hablando con su hermana.

El religioso se aproximó, venía solo, nos hizo un gesto para que no hablásemos y nos llevó fuera del recinto, a un pequeño huerto que había a las afueras de este, allí estábamos solos y podíamos hablar libremente sin necesidad de temer que alguien escuchara nuestra conversación. Me miró fijamente, con semblante muy serio.

—¿Y su esposa? ¿Por qué no está con usted? —Me sorprendió su pregunta.

—Está en mi castillo, en el condado de Cork, con mi gente. Este es el hermano de María. —le miró con curiosidad pero después se dirigió otra vez a mí.

—¡Es un insensato! Da igual que María esté lejos de aquí, esté donde esté siempre correrá peligro, porque lo que guarda interesa a muchas personas de aquí y de todas partes del mundo. No tenías que haberla abandonado hasta que ella no hubiese ido a donde yo le dije. —Movía la cabeza de un lado para otro, estaba preocupado, ante sus palabras mis miedos por mi bella esposa se incrementaron, Juan también cambió el gesto de su rostro, estaba inquieto.

—No sé lo que guarda mi esposa, ni a dónde tenía que ir, tiene que explicarme todo, ella no confía en mí y jamás me lo contará. Si desconozco el tema no podré ayudar y menos proteger a mi mujer. — Estaba molesto y enfadado, no podía entender cómo, si se trataba de algo tan grave y tan peligroso, ella no me lo hubiese dicho.

—Tienes razón. —Nos llevó hacia un banco de madera y nos sentamos—. Laura, la madre de María y tuya también —miró a Juan—, le dejó un legado muy importante para los cristianos, un legado que al igual que para tu madre y tu abuelo, había que protegerlo y guardarlo para que nadie lo utilizase para justificar guerras ni persecuciones ni para conseguir riquezas ni poder. Para otros era una reliquia que significaba poder, quien la tiene puede justificar una guerra o ambicionar más poder. Tu abuelo nunca dijo que él disponía de esta reliquia, reliquia que fue pasando de generación tras generación a un solo miembro de la familia, y se tenía que hacer la promesa de no desvelar su posesión a nadie. —Me miró entonces a mí—. María prometió a su madre que jamás lo diría porque el conocimiento de su existencia puede cambiar a las personas tanto para bien, amando esa reliquia por pertenecer a Nuestro Señor Jesucristo, como para mal, utilizándola para otros fines alejados de las enseñanzas de Él. —Hizo una pausa—. Por eso no se lo podía decir ni a su hermano, ni a su esposo ni a nadie.

—¿Y cómo es que lo sabía usted? —le interrumpí.

—Yo sabía de esta reliquia porque su abuelo me lo confesó. El pertenecía a la orden de Santiago y dentro de esa orden hay miembros con mucha ambición y ganas de poder, una orden formada por caballeros, guerreros que ambicionan y justifican una guerra. Recibió amenazas, agresiones, intuían que él lo tenía y querían quitársela, estuvieron a punto de matarle en una ocasión, estaba moribundo. Tu abuelo estaba casi seguro de que habían sido miembros de la orden de Santiago los que le habían hecho eso. Yo le recogí, y le atendí, y él me reveló el gran secreto.

—¿Por qué vino mi hermana a verle? ¿Cómo supo de usted?

—Su hermana encontró una carta de su madre, un escrito que iba dirigido a mí, una carta que nunca me llegó, y ella sin saber qué hacer con esa reliquia vino a preguntarme. María lo que quería es hacer la voluntad de su madre, quería dejarla en un lugar seguro, un sitio donde

nadie pudiese apoderarse de ella y donde cristianos de fe verdadera pudiesen venerarla como corresponde a una reliquia de Nuestro Señor. —Nos miró a ambos—. Ella me dijo que se había casado con usted y que se dirigía a Cork, a Irlanda, allí hay un fraile franciscano amigo mío conocido de mis peregrinajes a Jerusalén, él iba todos los años allí y pensé que si ella le daba la espina este la podría ocultar allí y guardarla para mostrársela a los peregrinos, qué mejor sitio que llevarla al lugar de donde vino. Escribí una carta para fray Antoni y se la di a María para que se la llevase, ahí le explicaba todo.

En ese momento le pedí a Dios que ella no hubiese ido a buscar a ese monje sola, «que me espere», pensé.

—A tu esposa no solo la persiguen caballeros de la orden de Santiago, sino mercenarios contratados por aristócratas de habla inglesa, ellos saben de la existencia de esta reliquia y quieren hacerse con ella a toda costa.

Juan me miró con cara de preocupación.

—¿Qué miembros de la orden de Santiago la persiguen?

—Ahí no puedo ayudarle, joven, pero por lo que me comentó María, su tía los conoce y pertenece a esa orden, es más, me dijo que la llevó al monasterio de San Marcos y allí la hicieron preguntas, y que un jinete de la orden, al que ella reconoció por haberla estado persiguiendo durante su peregrinaje hasta León, tenía un interés obsesivo por ella. Tu abuelo fue envenenado, estoy convencido, y tu madre tuvo una muerte muy similar a la de este. Ella estuvo en León una semana antes de su fallecimiento, vosotros también vinisteis y curiosamente empezó a enfermar de regreso a Soria. —Hizo una pausa—. Por eso temo por María. Ellos son capaces de cualquier cosa para lograr su objetivo y saben cómo hacerlo y pasar desapercibidos.

Cuando salimos de allí me temblaba todo el cuerpo, tenía muy claro que debía acabar con esta historia antes de regresar a Cork, lo hacía por ella, por la mujer a la que amaba.

Cabalgamos en silencio, cada uno ensimismado en sus propios

pensamientos.

—Tenemos que buscar a mi tía Isabel, ella es la clave. —dijo Juan, yo le miré.

—Yo también lo creo, ella fue la que llevó a María a aquel monasterio y la guio hasta aquellos hombres. Si cabalgamos sin detenernos podemos estar al anochecer en León. —Juan asintió—. Nos alojaremos con mi amigo Jorge y su esposa y a la mañana siguiente podemos ir a hablar con tu tía.

Jorge me dio un abrazo nada más verme, tanto él como Ann se extrañaron de que no estuviera María conmigo, Ann frunció el entrecejo, después se fijó en Juan.

—Os presento al hermano de María. —Ambos se sorprendieron, estaban perplejos. Ann empezó a hablar con Juan y le guio hasta el interior de la casa.

—¿Y María? —me susurró Jorge.

—Está en Cork. —Le miré, a él no podía engañarle—. Ella no sabe que estoy aquí.

—No te entiendo, Henric, querías sacarla de España por temor a su seguridad, estabas deseando llegar a Cork y plantearle otra vida en tu territorio, y ahora estás aquí, con su hermano, quién sabe porqué.

Mientras Ann había entablado una conversación con Juan y lo llevaba al interior de la casa para mostrarle su dormitorio, yo me quedé en el jardín hablando con mi amigo.

—Ella no me ama, me lo dejó claro la última noche, fue en ese momento cuando me percaté de que si no conseguía encontrar a su hermano ella jamás sería feliz junto a mí. Por ese motivo regresé a España, para encontrar a Juan y por saber la causa por la que la persiguen. —Me dolía pensar que ella no me amaba, recordaba sus duras palabras.

—Yo he visto a esa joven y te puedo asegurar que te ama, su mirada, el hecho de haberse casado contigo, una mujer así no se casa

porque sí, Henric.

—No, Jorge, para mi es duro reconocerlo pero es así. No obstante tengo que descubrir qué es lo que le preocupa, debo acabar con las dudas y los miedos. Mañana iremos a casa de su tía Isabel, ella desapareció, María no se pudo despedir de ella, ni del ama de llaves, algo muy extraño.

—Sí, la verdad que sí. Os acompañaré.

—No, Jorge, puede ser peligroso y si no regresamos quiero que tú estés aquí para buscarnos.

—No, amigo, iré con vosotros, echo de menos este tipo de aventuras contigo. —Nos echamos a reír, en ese momento me palmeó el hombro y me dijo—: Y por el otro tema, tú tranquilo, amigo, las mujeres a veces nos sorprenden, su forma de ver las cosas choca con la nuestra. Ella te ama, lo sé porque he visto cómo te miraba, y ante eso no hay engaño.

Agradecí sus palabras, ya que, aunque yo estuviese convencido de todo lo contrario, consolaba pensar que él tenía otra perspectiva diferente.

Aquella noche no pude conciliar el sueño, cada vez que cerraba los ojos la pesadilla de que María estaba en peligro me despertaba. Empecé a lamentar el haber venido a España y haberla dejado sola. Después me tranquilizaba pensando que estaba con mi gran amigo David y mi abuela, que aunque gruñona, sabía que María le había gustado y no iba a permitir que la pasase nada, era una McCarthy.

No podía dormir, así que decidí levantarme y vestirme, era ya el alba y pronto partiríamos.

Recordaba perfectamente aquella casa de madera con el emblema de la familia de María, su aspecto sobrio contrastaba con el jardín interior repleto de flores variadas y abundante vegetación. Dejamos los caballos a una distancia prudencial, decidimos entrar Juan y yo, Jorge se quedaría esperándonos en aquel lugar.

Llamamos y nadie nos abría, volvimos a tocar varias veces hasta que por fin nos abrieron la puerta, era Leona, con semblante muy serio. Al verme se la iluminaron los ojos.

—¡Señor! ¿Han regresado? ¿Dónde está María? —Miró a Juan pero era evidente que no le reconocía, él iba a hablar pero yo le di un codazo para que no lo hiciera todavía, lo entendió.

—Hola, Leona, María no está conmigo. ¿Está su tía Isabel? Me gustaría hablar con ella.

—Pase, señor. —Leona nos abrió la puerta y nos condujo al pequeño saloncito—. Tomen asiento. —Y sin decirnos nada más se escabulló por los pasillos de la casa.

Miré a Juan.

—No digas quién eres hasta que no estemos seguros de lo que buscan, Juan, no me fío de nadie, ni siquiera de tu tía Isabel.

Juan asintió, él se sentó en una silla y yo me puse a observar por la ventana el bonito jardín, esa paz, el silencio que había en esa casa me intranquilizaba.

Un ruido tras de mí me alertó, pero antes de poder girarme y observar quién estaba en aquella sala, además de nosotros, me propinaron un fuerte golpe que me hizo caer y perder el sentido. Solo vi a Juan sacar su daga, pero era inútil, había varios hombres a su alrededor vestidos con un símbolo que recordaba, la cruz roja de Santiago.

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza, me incorporé, me dolía todo el cuerpo, intenté levantarme pero no podía, algo sujetaba con fuerza una de mis manos y no me permitía ponerme erguido. Froté mis ojos, no veía con nitidez, poco a poco fui recuperando la visión, estaba en un recinto muy pequeño, frío y húmedo, oscuro, apenas había claridad, a excepción de la poca luz que entraba por una especie de hendidura hecha sobre la piedra. Estaba solo, no se escuchaba nada ni a nadie. Me percaté de que estaba totalmente desnudo, solo recordaba

un gran golpe y a Juan levantando su daga contra unos hombres que vestían la túnica de la orden de Santiago. Por la mente se me pasaban muchas cosas, el cuerpo me dolía, cada músculo cada parte de mi ser estaba como si me hubiesen pegado una paliza, y en esos momentos solo pensaba en mi adorable María, la mujer que amaba, me arrepentía de haberla dejado sola, «si no vuelvo con ella...». En ese momento me sentía morir, una gran tristeza invadió todo mi ser. Pasaron las horas y con ellas el día transcurrió. Ni un ruido, ni señales de que hubiese nadie con vida, así se esfumaban los días.

Poco a poco mis ojos se fueron adaptando a esa oscuridad, sentía hambre pero sobre todo sed. Intuía por la humedad del lugar que debía haber alguna filtración de agua por la roca, empecé a tantear aquel lugar aunque con muchas limitaciones debido a que estaba encadenado y tenía poca capacidad para moverme. Me aproximé a esta y note que estaba mojada, en esos momentos mi necesidad por sobrevivir superaba cualquier sentimiento, no lo pensé y aproximé mi boca hacia la pared para tomar las pequeñas gotas que recorrían esta. Era un guerrero acostumbrado a situaciones extremas, sabía que fortalecer mis articulaciones era fundamental, las piernas las podía estirar, hacía ejercicios con ellas, así como tensar mis brazos hasta que las cadenas me lo impidiesen, tenía la ligera esperanza de que forzándolas, estas podrían ceder algún día y liberarme, aunque poco podría hacer para poder salir de allí. Pasaban los días y nadie aparecía, escuchaba pasos pero ya no sabía si se debía a que tenía alucinaciones. Mis pensamientos solo eran para la mujer a la que amaba, y mi sentimiento de tristeza era por ella, por no poder volver a estar a su lado, no tenerla entre mis brazos, no besar esos labios que me hechizaban, no vivir junto a ella para el resto de mi vida. «Había tantos rincones que quería haberle enseñado, tantos lugares de mi adorada Irlanda... Dios mío — pensé—, dame otra segunda oportunidad». Agudicé el oído, esta vez sí que eran pasos, cada vez estaban más próximos hacia el lugar en el que yo me encontraba, la cerradura empezó a moverse y se abrió, la poca luz que entraba por la puerta fue suficiente para cegarme. Cerré los

ojos pero reconocí aquella voz. Hablaba en inglés, eran dos voces, ambas hablaban en mi idioma. La primera la identificaba, la segunda no. Poco a poco fui abriendo los ojos y reconociendo las imágenes que tenía ante mí. Uno de ellos era el mercenario con el que tuve un encuentro en Ponferrada y, el otro, el caballero que me describió María, aquel hombre que vi en el baile. Sabía que ese joven haría lo que fuese por encontrar a María para obtener lo que ella escondía.

—¡Vaya, vaya!, si el caballero irlandés sigue vivo —dijo el mercenario. Se acercaba lentamente a mí, el otro hombre observaba.

—Eres fuerte, ¿estás pensando en tu bella dama española? —Me revolví, pero las cadenas me impedían moverme, él se rio mientras el otro hombre seguía observando la escena—. Pues tranquilo que sola no va a estar, ya me encargaré yo de ello, sabemos dónde está, el muchacho ha contado todo, él no es como tú, no ha soportado mucho el dolor. —Me dio una patada en el abdomen, yo me encogí del dolor.

—No hablas, ¿eh? Además, las casualidades de la vida, tú has sido quien la ha acercado al lugar de nuestro señor, del hombre que siempre ha perseguido lo que ella esconde, nos la has puesto en bandeja. Quiero que estés tranquilo, muchacho, porque yo, expresamente, cuando nos diga tu bonita dama dónde esconde lo que buscamos, me encargaré de ella, así que ya puedes morir en paz. —Él rio y el otro hombre le imitó.

El dolor y la tristeza me estaban matando, el hombre susurró algo al inglés, él se marchó y se quedó conmigo mirándome, intuía lo que me esperaba.

—Que sepas que la saborearé por ti, irlandés —dicho esto me empezó a pegar patadas en la cara, las piernas, el abdomen, hasta que perdí la conciencia de lo que estaba pasando.

La oscuridad volvió a reinar en la celda y con ella el silencio, pero esta vez tenía la certeza de que moriría, la sangre manaba por cada parte de mi cuerpo y, aunque mi corazón y mi mente se resistían a dejar de vivir, mis extremidades no respondían.

Notaba cómo me hablaban, pero no tenía fuerzas para contestar, la luz me cegaba, me pusieron un pañuelo en los ojos y escuché que me susurraban.

—Para que no te quedes ciego, amigo. —Era Jorge. Una gran alegría inundó mi ser, pero no tenía fuerzas para responderle. Me agarré a sus hombros y él me cogió con fuerza por la cintura.

—¡Vamos, amigo!, me tienes que ayudar, sé que no puedes andar y que estás débil y dolorido, pero tenemos que salir de aquí lo antes posible, no estamos a salvo, piensa en ella.

Pensé en María, era lo único que me daba fuerzas para seguir adelante, mi amada esposa estaba en peligro y yo era el principal causante de aquello.

No sé cuánto tiempo pasó, solo recuerdo las voces de Jorge y Ann, la luz, el sudor frío que recorría mi cuerpo, el dolor y el miedo de perder a mi esposa.

—Henric —susurró Ann, abrí los ojos—, ¡por fin! —dijo ella.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? —Intenté incorporarme pero todo me daba vueltas, volví a mi posición.

—Estás muy débil, Henric, has estado a punto de morir, si Jorge no te encuentra ese día hubieses fallecido.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Juan? ¡Ella corre peligro! —Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Lo sé —dijo dulcemente Ann—, pero si no te recuperas no podrás ayudarla. Juan está aquí, con nosotros. Le cogieron. Leona, ¿así se llama la mujer que os abrió la puerta? —Asentí—. Ella reconoció a Juan, y no estaba sola, había unos hombres con ella que fueron los que a ti te dieron un golpe y a Juan le cogieron para torturarlo y sacar información. Él está muy mal, Henric, no le echés en cara nada, le torturaron no sabes hasta qué punto, al final no pudo resistir el dolor y dijo que la habías llevado a Cork, a tu castillo.

—Jamás se lo echaría en cara, esa gente son asesinos. Tengo que

irme lo antes posible.

—Tranquilo, empieza por tomarte esto que te he preparado, es un jarabe que hace maravillas, y a continuación esta sopa. —Le obedecí, salió a buscar a Jorge quien entró rápidamente.

—Vaya, vaya... ya estás mucho mejor que la última vez que te vi. — Me sonrió.

—Necesito saber todo lo que ha pasado, Ann ya me ha contado algo, pero... ¿cómo diste conmigo y con Juan?

—Yo estaba fuera, tardabais mucho, iba a entrar cuando vi movimiento en la parte lateral de la casa, desde la posición donde estaba se divisaba la entrada principal y la parte de atrás. Observé que había dos hombres con las vestiduras de la orden de Santiago y otro que iba vestido de blanco, rubio. Su cara me resultaba conocida pero no lograba acordarme dónde le había visto. Me sorprendí al ver a Leona salir, hablaba con aquel hombre, los dos caballeros entraron otra vez en la casa y sacaron dos cuerpos, los metieron en la carroza que suponía era de la tía de Laura, ambos hombres se metieron en el interior y el hombre de blanco se dio media vuelta y dio un beso, yo diría apasionado, a Leona. —Hizo una pausa, yo estaba atónito ante lo que estaba escuchando—. Tenía dos opciones, una seguir a aquellos hombres con vuestros cuerpos y otra esperar a que se fueran, colarme al interior de la casa y pillar desprevenida a la mujer y, así, obtener la información que necesitaba. Y así lo hice, opté por la segunda opción.

—¿Te podía haber salido mal?

—Lo sé, pero ya sabes que un caballero muchas veces tiene que hacer caso a su intuición. Acorralé a Leona, se asustó bastante de verme allí, la amordacé y le metí tanto miedo en el cuerpo que habló. Me dijo donde llevaban al chico, pero no a ti. Juan fue llevado al monasterio de San Marcos a escondidas, le ocultaron en una de las salas privadas que tiene cada caballero de la orden, ya que solo unos pocos hombres estaban involucrados en esta persecución de la reliquia sagrada de Jesucristo. Persecución en la que colaboraban con

irlandeses, de ahí aquellos hombres del estandarte. En concreto con un conde templario irlandés que prestó dinero a unos pocos de la orden para sus pesquisas a cambio de que persiguiesen y encontrasen la espina sagrada que desde hacía mucho tiempo, miembros de la orden, sospechaban que la tenía la familia de María. Aquí viene lo mejor de todo: por lo visto el interés del conde hacia esta reliquia era porque abogaba que debía pertenecer a la orden templaria y que a él, por pertenecer a esta orden y haber hecho tanto por la cristiandad, le correspondía por derecho.

—¿Y quién es el hombre al que besó Leona? ¿Era extranjero? Intuyo que fue uno de los que me vino a visitar a aquel lugar junto con el irlandés.

—Sí, es irlandés, mercenario, que está a dos bandas, trabaja para los de Santiago, pero las órdenes directas las recibe de este conde irlandés. Hablando con aquella mujer, recordé que le vi en el baile, y por lo que me dijo Leona y lo que me contó después Juan que observó, hemos sacado esta conclusión

—¿Quién es ese conde?

—No nos lo ha dicho.

—¿Qué has hecho con Leona?

—Se escapó, la dejé amordazada para regresar cuando visitase el lugar en el que me había dicho que estaba Juan, pero cuando volví ella ya no estaba allí.

—Continúa por favor.

—Me adentré al interior del monasterio y di con la sala donde le tenían retenido, en ese momento solo había dos hombres del emblema de la rosa, los asalté como en los viejos tiempos y rápidamente liberé al muchacho. Estaba ensangrentado, le habían quitado las uñas después de golpearle. Le traje hasta aquí. Nos marchamos. Esperé a que Juan se recuperase, y al cabo de unos días, fui a buscar al bastardo del emblema de la rosa roja a su taberna preferida, sabía que siempre iba allí, me lo había dicho Juan que le había seguido durante un tiempo de

su estancia en Ponferrada. Allí estaba, borracho, divirtiéndose con varias mujeres. Entré y fui esquivando a todos los allí presentes, a mi él no me conocía, además estaba solo, sin ninguno de sus hombres. Le agarré y le eché a patadas al exterior de la taberna, me lo llevé a la parte trasera de esta para tener más intimidad..., y bueno, ya sabes mis métodos para que hablen los bastardos como él. Me dijo dónde estabas, pero me comentó que el maestro nos perseguiría a ambos hasta matarnos. Supuse que el maestro era el otro hombre que vi en la casa, le pensaba dejar vivo pero se abalanzó sobre mí con su daga, le maté sin contemplaciones.

—¿Has encontrado al maestro?

—Le busqué después de sacarte de aquel lugar. Fui al monasterio y ni rastro de él. Es una de las máximas autoridades de la orden, pero ninguno de los hombres de esta que por allí se encontraban me supo decir dónde estaba, es más, ignoraban quién era la persona de la que les hablaba.

—No entiendo nada, aquel hombre no es español y para ser miembro de la orden de Santiago tienes que ser español —le comenté.

—Es extraño, sí, pero sea quien sea es muy peligroso y en cuanto se percate de que ni Juan ni tú estáis en su poder irá a por vosotros y a por... —se detuvo, sabía lo que iba a decir.

—Lo sé, a por María, si no está ya de camino en su búsqueda. Tengo que ir a Cork —hice intención de levantarme pero fue imposible.

—Antes tienes que fortalecerte y recuperarte, si no, no vas a poder ayudar a tu esposa.

—Pero cada segundo en el que estoy aquí tumbado ella está en peligro. No me perdonaría que le pasase algo, Jorge.

—Pues entonces empieza ya a poner remedio y reponerte.

Pasaron los días, poco a poco iba encontrándome fuerte para empezar mi marcha. Juan estaba pensativo, le había cogido mucho

cariño, era valiente, me recordaba mucho a mi bonita mujer.

—Quiero irme contigo, Henric.

—No, muchacho —le respondí—, tú tienes que ir al castillo de tus padres, allí te esperan, ahora eres el heredero. —Le miré y le di una suave colleja—. Además, tu hermana y yo vendremos a verte, tú ya conoces a María y sabes que no me dejará tranquilo hasta que no te vea con sus propios ojos. —Ambos nos reímos.

—¿Sabes? Me alegro mucho de que mi hermana se haya casado contigo. —Miré al suelo. Solo pensar en ella, en estar lejos de mi bonita esposa me producía una gran tristeza—. No te preocupes Henric, ella te ama, si no, sé que no hubiese dado ese paso. —Me acerqué a él y le abracé, me daba pena alejarme de él.

—Juan, mañana tienes que partir a Soria.

—¿Pero... y tú? ¿Cuándo vuelves a Cork? No te dejaré solo hasta que tú no reanudes tu partida a Irlanda.

—Tienes que marcharte cuanto antes, ya sabes que el otro hombre está vivo, tiene poder y no quiero que te vuelva a coger, ya has experimentado cómo se las gastan. —Juan miró sus dedos sin uñas, estos todavía estaban vendados para evitar cualquier infección.

—No le tengo miedo.

—Lo sé, pero si quiero salvar a tu hermana, necesito saber que tú estás fuera de peligro. Además tienes unas tierras y personas a tu cargo, es hora de que te responsabilices de todo ello.

—Sí, lo sé.

La partida de Juan me entristeció, pero sabía que era lo mejor. Le di un fuerte abrazo, le veía frágil como a María y sentía la necesidad de protegerlo, pero sabía que en él solo era apariencia, ya que me había demostrado que era muy fuerte, capaz de resistir cualquier situación dura. Aquella mañana, tras la partida del joven, habíamos acordado Jorge y yo ir al monasterio de San Marcos para averiguar el paradero del inglés.

—¿Listo? —me dijo Jorge.

—Listo, amigo. —Ann estaba preocupada.

—¡Tened cuidado!

Cabalgamos hasta el monasterio, no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar. Pero sí que aquel hombre era muy peligroso.

Ese lugar estaba en silencio, tranquilo, se respiraba paz. Nos adentramos en su interior, allí no se escuchaba a nadie. Fuimos entrando en cada sala que nos íbamos encontrando en nuestro camino, pero no se veía ni un alma. Había luz en una pequeña estancia, miramos por la pequeña rejilla y vimos a un hombre alto vestido de caballero de la orden. Y para nuestra sorpresa se encontraba Leona junto a él. Jorge y yo nos pusimos a cada lado de la puerta, nos comunicábamos con la mirada, irrumpiríamos en la sala y les amenazaríamos con nuestras dagas, necesitábamos respuestas.

La mujer y el caballero nos descubrieron, Leona nos reconoció al instante e intentó escabullirse, pero fue inútil, Jorge la agarró de los brazos, la obligó a sentarse y la asió las manos detrás de la silla con su cinturón. Yo puse la punta de mi daga en el cuello de aquel hombre. Les miré a ambos.

—¿Dónde está el maestro, el extranjero? —les dije.

—No sé a quién se refiere

—Yo creo que sí lo sabes, ¿verdad Leona? —Miré a la mujer mientras presionaba la daga sobre el cuello de él, y una ligera gota de sangre caía por este.

—No está ya aquí —dijo ella con odio—, habéis llegado tarde.

—¿Dónde ha ido? —le gritó Jorge, ella se asustó.

—A Irlanda

—¿Irlanda? —dije

—Sí, Irlanda, a por tu mujer, —Se empezó a carcajear como si estuviese loca, realmente lo parecía—. Ella va a morir y tú no vas a poder hacer nada.

Deseé cogerla del cuello y estrangularla, aquellas palabras me hundieron, fueron como una espina que atravesó mi corazón. Jorge me

apartó el brazo.

—Tranquilo, Henric, pretende irritarte, pero ella pasará el resto de su vida encerrada, la entregaremos a las autoridades.

Leona se reía y me miraba con odio, no daba crédito a lo que escuchaba, no era aquella mujer cordial y sensata que yo había conocido.

—Yo, señores, no sé de quién hablan —dijo el caballero—, esta mujer ha venido a pedirme dinero por los servicios que ha prestado a la orden, por el hijo que espera, un bastardo, que según ella es del maestro que le ha abandonado y le prometió dinero si le ayudaba.

Leona se empezó a reír, pero pronto su risa se convirtió en llanto.

—Yo le amaba, él me dijo que si le ayudaba a encontrar la reliquia me haría su esposa. —Hizo una pausa—. Sabía que la señorita Isabel sospechaba de él, y más cuando regresó del monasterio con María, ella quería traicionar a mi maestro. Había tenido unas palabras con él, ella amaba a su sobrina y sabía que tenía la reliquia, quería dársela a la orden para que ellos la venerasen y ella no tuviese esa carga. Su tía confiaba plenamente en mí, me dijo que tenía que ir otra vez al monasterio. Aquella tarde partió con la intención de ponerlo todo en conocimiento de la orden, yo fui corriendo a avisar a mi amado y él salió al encuentro de ella. —Hizo una pausa —la mató, la descuartizó y la tiró al río.

—¿Cómo la pudiste traicionar así? —le dije, no daba crédito a lo que estaba escuchando.

Ella soltó una risotada, sus ojos estaban desencajados.

—¿Así que tú mataste a Isabel? —dijo el caballero de la orden—. Ella vino a verme por la mañana con su sobrina, nosotros sabíamos que la reliquia se escondía en la familia, y que muchos la buscaban para obtener poder. Es la espina de Cristo, tiene que ser guarda y protegida para orar delante de ella y venerarla, pero nunca utilizarla para fines que no fuesen esos. Isabel me dijo que creía saber quién era el impostor que probablemente asesinó a su abuelo, me dijo que era el

maestre, pero yo no podía dar credibilidad a sus palabras, él es una de las máximas autoridades, ella dijo que me traería pruebas y jamás regresó. —El hombre miró a Leona—. ¡Mujer! ¿Tú sabes lo que has hecho con tu locura?

Leona se rio a carcajadas

—Yo le amaba —repetía.

Jorge me observó, aquella confesión cambiaba las cosas, el concepto de Isabel, ella en realidad intentaba ayudar a su sobrina y se metía en esos grupos para saber quién había llevado tanto mal y odio a su familia. A María le iba a doler esa revelación, lo sabía, pero lo peor es que aquel asesino estaba camino de Irlanda.

—María... —dije en voz alta.

Leona me miró.

—Ella va a morir también.

—¡Calla, mujer! —le ordenó el caballero de la orden—. Joven, nosotros poco podemos ayudarle desde aquí, ese hombre será expulsado de inmediato de la orden, pero si puede hacer algo por la joven... Como la reliquia caiga en manos de ese hombre y los que estén con él, los fines para los que utilizarán la santa espina de Jesucristo no serán lícitos, será para mercadear y obtener poder y ganancias.

—Tengo que ir a Cork.

—No os preocupéis, yo me encargaré de esta mujer, ella tiene que estar en manos de las autoridades de la orden, nos debe una explicación, ha sido cómplice del asesino de un familiar miembro de la orden, Isabel, y ha puesto en peligro la santa espina que llevaba el apóstol Santiago. Nos corresponde a nosotros juzgarla y sentenciar su castigo.

Jorge y yo asentimos y nos marchamos, aquella confesión nos llegó hondo.

—No entiendo nada. Te podías haber casado con una mujer normal, a la que no la persiguiesen, que no tuviese en su poder algo tan importante como la santa espina, pero no, para ti normal es

aburrimiento. —Jorge me sonrió.

En realidad era cierto. Al principio me gustó por lo bonita que era, pero la observé y su carácter rebelde y valentía me hechizaron desde el primer momento, después se ganó mi corazón cuando supe que había sido capaz de disfrazarse de peregrino, tenía personalidad, era aventurera y amaba su libertad... Era muy parecida a mí.

—Tú ya sabes que jamás hubiese dado el paso para casarme con una mujer que llevase una vida normal, rutinaria. Me gustan las emociones fuertes, amigo. —Nos echamos a reír.

Mi corazón estaba en un puño, por primera vez sentía miedo por perderla.

—Jorge, hoy inicio la partida, no me puedo demorar ni un segundo más, quién sabe dónde estará ya ese canalla, si le pasa algo a María me lamentaré toda mi vida.

—Lo entiendo amigo, yo también haría lo mismo.

CAPITULO XI

El rescate

Estaba en aquella habitación encerrada. Nadie sabía dónde me encontraba. Me sentía engañada y también habían traicionado al padre Pablo y a mi madre. Ellos sabían quién tenía desde siempre la reliquia y fueron directamente a por mi familia. Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas, «Dios mío —dije—, ayúdame». Pensé en Henric, cuánto daría por retroceder en el tiempo... Por qué le dije aquellas palabras que precipitaron su partida. Le amaba y él debía haberlo sabido. Ahora jamás le volvería a ver, esos hombres tarde o temprano acabarían con mi vida y nadie sabría lo que habría pasado conmigo, es más, pensarían que me he marchado e incluso escapado. Henric así lo creería. Recordaba sus bonitos ojos mirándome.

Aquella habitación me angustiaba. ¿Qué pensaría Adam, cuando llegase a su casa sin mí? Seguro que Ann sospecharía que algo me había pasado, conocía a aquella mujer y sabía que enseguida se lo diría a David, pero jamás darían conmigo, aquellos hombres ya se habían encargado de no dejar ningún rastro.

Empecé a caminar por la habitación, no había muchos adornos, era bastante sobria, sin cuadros, solo grandes cortinajes rojos de terciopelo que tapaban las altas paredes de piedra. Había varias sillas y una mesa en el centro, el suelo estaba cubierto por una alfombra con motivos de caza. Necesitaba encontrar algún objeto punzante para ver si podía abrir la puerta, aunque iba a ser complicado, era de madera y tenía una cerradura de hierro. Empecé a investigar. Escuché pasos, se detuvieron delante de la puerta. Me senté a esperar. Era fray Antoni. Se puso frente a mí, con los brazos en jarra.

—¡Es un corrupto!, ha traicionado su hábito y a su religión.

—Estás muy equivocada, yo he colaborado para que la espina

sagrada esté en buenas manos.

—¿Usted cree? ¿Piensa que Jesucristo querría que algo tan importante, como una de las espinas que se incrustaron en su sagrada cabeza durante su pasión, tuviese que estar en manos de ese hombre violento, ambicioso, que en sus ojos se puede observar las ansias de poder?

—Sí, algo tan sagrado tiene que estar en manos de gente con poder.

—Usted no tiene que llevar ese hábito, el hábito solo es para personas humildes, no para usted que piensa y actúa por y para el mundo, no para Dios.

Su gesto cambió, se acercó a mí lentamente y me abofeteó, en mi mejilla se produjo una pequeña fisura que comenzó a sangrar, ya que el anillo que él portaba rozó mi piel y con la fuerza del manotazo provocó una pequeña herida. Me llevé una mano a mi rostro y limpié la sangre que caía. Le miré con odio.

—No conseguiré callarme, sus métodos no me dan miedo.

—Si no dejas de hablar, mujer, lo lamentarás, y te aconsejo que no me provoques.

—Se arrepentirá, mi marido les encontrará.

El fraile se empezó a carcajear.

—No, querida, para cuando te extrañen o empiecen a indagar sobre tu paradero, tú ya no estarás aquí.

Con estas palabras el fraile se marchó.

«Dios mío —pensé—, ¿qué habrá querido decir?». En realidad tenía razón, nadie daría conmigo, ya que Henric estaba en paradero desconocido y para cuando regresase, si es que volvía, lo mismo hasta ya no estaba viva.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que volvieron a entrar en la estancia. Esta vez era un hombre, uno de los guerreros que acompañaban a aquel ser repugnante que me había encerrado. Me dejó bebida y comida. Se me había quitado el apetito. Al poco tiempo entró aquel irlandés, se sentó en una silla frente a mí. Estaba en silencio, le

observaba y él me miraba fijamente. Sonrió.

—¡Vaya, vaya! Así que no quieres comer —no contesté—, pues así no vas por el buen camino mujer. —Se carcajeó.

—Usted ha robado algo que me pertenece y me tiene secuestrada. Mi esposo se vengará.

—Así que estás casada, eso sí que es una sorpresa, y eso te hace aún más interesante ante mis ojos. Me gusta tomar lo que no es mío, ¿sabes?

—Sí, mi esposo es Henric McCarthy.

Su rostro se tensó al pronunciar su nombre. Sabía que el clan McCarthy tenía mucha fuerza y era muy respetado en el condado de Cork.

—¡El gran Henric! —Se aproximó más a mí—. Pues tu amado esposo jamás te volverá a ver, vas a venir conmigo a Jerusalén y allí, lejos de Irlanda, me pensaré lo que hacer contigo. Lo mismo te vendo a los musulmanes. Claro, todo eso depende de cómo te portes conmigo.

—¡Me da asco! —le dije—. Mi marido me encontrará. —Él se carcajeó ante mi comentario.

—Eso ya lo veremos.

En ese momento entraron bruscamente en la habitación. Me sobresalté. Era aquel hombre, el joven rubio que me había perseguido en España, al que vi hablar con mi tía, con el que bailé aquella tarde, aquel hombre de mirada fría y gesto duro.

Se quedó mirándome e hizo una mueca con su boca.

—¡Es ella! —le dijo al caballero irlandés—. ¿Dónde está la espina?

—En mi poder.

—¡Déjamela ver, Daniel!

—No, James, antes hay que preparar todo para el viaje.

—Salimos mañana de madrugada.

Ambos me miraron y habló el joven rubio:

—Hay que deshacerse de ella, solo nos traerá problemas. —

Aquellas palabras provocaron la ira y el miedo en mí.

—No, lo he pensado mejor, me la llevaré hasta Jerusalén y luego hasta a lo mejor saco beneficio de su belleza.

El joven rubio miró al caballero irlandés.

—Hermano —Aquello me sorprendió, eran hermanos—, esta mujer solo nos puede traer problemas, está casada con un McCarthy.

—Lo sé, pero... ¿cuándo un Durrey ha temido a un McCarthy? — Daniel se rio mientras que James permanecía serio e implacable.

—¡Te lo advierto!, como sea un obstáculo para nuestro propósito la mataré.

—De acuerdo, pero mientras tanto déjame divertirme, hermano.

—Hay que amordazarla, atarla y esconderla en el carro. Tenemos que ir hasta Limerick, alejarnos de Cork y allí coger la embarcación. Hay que darse prisa.

—Él os encontrará y os matará —les dije con odio.

James se volvió para mirarme y me respondió.

—No creo, española, la última vez que vi a tu esposo estaba en una mazmorra, atado y desangrándose, es muy difícil que a estas alturas esté vivo. Un muerto poco puede hacernos. —Ambos se empezaron a reír.

James se fue dejándome a solas con Daniel, el conde de Buttevant. Me miraba fijamente y sonreía conforme se acercaba a mí, me daba miedo su mirada.

—Ahora, querida, eres viuda.

—No crea que es tan fácil acabar con Henric McCarthy, es más, si su hermano hubiese estado convencido de que había muerto no tendría tanto miedo, ni querría huir.

—Pero allí a donde vamos, nadie podrá encontrarte, pensarán que has muerto. Cuanto antes te hagas con tu nueva situación mucho mejor para ti y para mí.

Salió de la sala, no sé cuánto tiempo transcurrió hasta que volvió a

aparecer James con dos hombres. Traían una especie de tela.

—¡Atadla! —ordenó.

Me resistí, no estaba dispuesta a que se saliesen con la suya, al menos se lo iba a poner difícil. Recibí un fuerte golpe en la cabeza, me desvanecí, pero antes de abandonarme al mundo de la inconsciencia pude notar cómo me ataban las muñecas y las risas de los allí presentes. Pensé en Henric, no podía creer que estuviera muerto, una gran tristeza se apoderó de mi alma.

No sé cuánto tiempo transcurrió desde que me golpearon, al despertar notaba el trotar de los caballos, no podía ver, mis ojos estaban tapados y mi boca también, solo percibía el sonido de los caballos y el movimiento de un carruaje que se movía por el vaivén del terreno. En la lejanía escuchaba a hombres hablar, gritando y riéndose. Estaba incómoda, estaba en posición fetal, mis manos atadas por las muñecas y mis tobillos también, sin posibilidad de ningún movimiento, además sentía un fuerte dolor de cabeza como consecuencia del golpe que me habían dado. Me empecé a mover y fue en ese preciso momento cuando supe que no estaba sola.

—¡No te muevas o te harás daño! —era la voz de James.

Se acercó hacia mí y me retiró la cinta que tapaba mis ojos, después me quitó la cuerda de los tobillos y me apoyó la espalda en el asiento.

Me observaba mientras se reía.

—No te pareces en nada a tu tía —me dijo mientras sonreía—. Por eso no lamenté matarla, disfruté haciéndolo, ¿sabes? —Había matado a mi tía, aquel hombre me había quitado a las personas que amaba—. Ella ponía en peligro mi plan, era una entrometida y estaba muy cerca de descubrir todo, pero ¿sabes con quién gocé más? —Se acercó más a mí, sus ojos reflejaban ira y lujuria, disfrutaba sabiendo que me estaba haciendo sufrir—. Cuando vi a tu marido encadenado, desnudo, sin nada que comer ni beber, teniendo de compañeras de celda a las ratas. Le golpeamos. La sangre le recorría por todo el rostro y el cuerpo y las ratas merodeaban por su alrededor atraídas por el olor a sangre. Seguro

que se pegaron un gran festín. —No podía soportar escucharle más, las lágrimas empezaron a recorrer mi rostro, el dolor que sentía era insoportable, creí morirme, odiaba a aquel hombre, juré que si podía lo mataría.

—No llores, damita, porque pronto te reunirás con él.

En ese momento el carro se detuvo de golpe, James miró hacia la puerta de salida de este, salió rápidamente. Le escuché hablar, habíamos llegado al lugar donde tenían pensado. Daniel asomó por el carro y me cogió fuertemente del brazo.

—Vamos, damita, ya hemos llegado.

Debíamos estar próximos al mar, ya que escuchaba las gaviotas y olor a salitre. Me llevaron al interior de una gran fortaleza, el ruido de las olas era muy cercano. En el patio de armas había algunos hombres con sus armas, entrenando, vigilando. James desapareció entre los muros y Daniel me sujetó del brazo y me guio hasta el interior de la fortaleza, penetrando por una puerta de madera de enormes dimensiones; me obligó a subir por una escalinata hasta alcanzar la planta superior. El castillo era frío, oscuro, austero, sin nada de decoración a excepción de los cortinajes de terciopelo azul oscuro que decoraban las paredes. Me introdujo en una habitación y cerró la puerta tras él.

Me miró fijamente y me quitó la cinta de la boca, así como las cuerdas que herían mis muñecas.

—Al anochecer partiremos, así que te recomiendo que descanses porque hoy el mar está revuelto y probablemente la navegación sea muy movida. —Me miró, sonrió y se marchó.

La habitación solo tenía una cama y una silla, estaba cansada, así que me tumbé, empecé a llorar, no soportaba tanta angustia por la pérdida de Henric. « ¿Por qué se marchó?», me pregunté. Me culpaba de su partida, sabía que mi actitud y comentarios habían hecho que él decidiese alejarse de su hogar.

Me debí quedar dormida, el ruido que provenía del piso de abajo me

despertó bruscamente. Había movimiento, escuchaba mucho jaleo, me aproximé a la puerta, intenté abrirla pero era imposible. Puse el oído sobre esta para ver si escuchaba algo con mayor nitidez pero era imposible, percibí pisadas por el pasillo donde se encontraba la habitación donde estaba descansando. Me retiré de la puerta, era Daniel, su rostro estaba tenso y su mirada fría, distante. Me cogió fuertemente del brazo, me hacía daño, me quejé pero él permanecía impassible, me forzó a que me sentara en la silla, volvió a atar mis muñecas heridas que al apretar de nuevo la cuerda sangraron, me colocó la cinta en la boca. Yo me resistí pero él aplicó la fuerza hasta que logró tapármela, me cogió del antebrazo y me llevó hasta la puerta. Me dirigía prácticamente corriendo, tropecé con la falda y caí de bruces al suelo, él me levantó y me cogió como si se tratase de un saco de patatas, me puso en su hombro y bajó rápidamente las escaleras. Yo pataleaba, pero era inútil, era un hombre fuerte. Había mucho griterío y bullicio. Cuando descendimos a la sala de la planta baja vi varios cuerpos de guerreros que yacían muertos, la sangre teñía el suelo del lugar. Estaba estupefacta, ¿qué estaba pasando? Me llevó corriendo por el patio de armas escoltado por varios de sus hombres, había otros que luchaban. No entendía nada. Tenía miedo. Me sacó por una de las puertas y allí estaba el mar, «Dios mío, me piensa llevar hasta alta mar», pensé. En la lejanía se divisaba un gran barco, el mar estaba movido y había mucho oleaje, había una pequeña barca esperando en la playa, se dirigía hacia la embarcación. Me depositó en el interior del bote y después se metió él y sus hombres empezaron a remar rápido. Observé cómo Daniel miraba hacia atrás, no habíamos avanzado mucho cuando de repente unos hombres irrumpieron en la barca y empezaron a luchar. «Era mi momento», pensé. Me levanté como pude y salté de la barca, el agua me llegaba por encima de la rodilla, había oleaje que dificultaba mi avance, Daniel me agarró del brazo, yo me resistí y un hombre le volvió a asaltar. Empecé a correr, estaba asustada, pero uno de aquellos guerreros que luchaban contra Daniel me asió del brazo, yo estaba tan asustada que forcejeé, este me quitó la

cinta de la boca y luego comenzó a aflojarme las cuerdas. Sentía miedo, ¿qué querría hacerme aquel hombre?, le pegué un puntapié y me fui desatando mis muñecas ya que me había aflojado las cuerdas bastante con lo que me permitía poder hacerlo hasta que pude soltarme. Tenía que huir, pero antes debía buscar la espina de Cristo, la última vez se la había visto a James y él debía seguir dentro del castillo. Me aproximé hasta este, entré en el patio de armas, solo había cuerpos en el suelo, sin vida, sentía pánico ante aquella escena que estaba visualizando, sangre por todas partes y cuerpos destrozados por el acero. Me acerqué a uno de ellos y quité la espada que estaba junto a la mano del fallecido, necesitaba tener un arma para protegerme. Fui hacia la parte de las estancias, se escuchaba ruido en una de ellas, sentía miedo, fui directa a aquel lugar, estaba en la planta baja, atravesé el pasillo oscuro, sobrio, sin ningún tipo de decoración. En la puerta escuché la voz de James, no estaba solo y el tono de voz era serio, elevado, agresivo.

—Te tenía que haberte matado cuando pude —dijo James.

—Sí, lo tenías que haber hecho, ahora ya es tarde.

Aquella voz..., no me lo podía creer, era la voz de Henric, ¡no había muerto! Una gran alegría invadió mi alma, tenía que acceder a la sala sin ser vista por James, aquel hombre era peligroso y quería matar a mi irlandés.

Abrí sigilosamente la puerta, estaban luchando, me aseguré de que era Henric, allí estaba él, con su fortaleza, su gran altura, y su bello rostro, su pelo un poco más largo que cuando se fue. Le amaba, el corazón me latía muy rápido. Observé que James llevaba colgado en el cuello mi cruz en la que probablemente iba la espina sagrada. Tenía que ayudar a Henric, aunque sabía que más bien podía ser un obstáculo. Ambos eran buenos con sus dagas, en un descuido de James, Henric le acorraló con su daga y le presionó el cuello con esta.

—¡Tira tu espada! —gritó Henric. Él obedeció y la tiró a sus pies, Henric le arrancó el colgante con la cruz de un tirón. —¿Dónde está

ella? —James se rio. Henric le presionó aún más con el acero—. ¡Responde o te mato!

—Ella ya no está. —El rostro de Henric se había vuelto serio, decidí entrar.

—¡Henric! —grité. Él se dio la vuelta y una gran sonrisa apareció en su rostro.

—¡María! ¡No te acerques! ¡Quédate ahí! ¡Nos vamos! —James aprovechó aquel momento de debilidad de Henric y le atizó una patada en una de sus piernas, momento en el que Henric aflojó su daga del cuello y a James le dio tiempo de coger la suya, le propinó varios puñetazos a Henric y su daga cayó al suelo, yo me quedé perpleja, aquel hombre tenía la intención de hundir su acero en el estómago de Henric, no podía permitirlo.

—¡No! —grité, al ver aquella escena y las intenciones de James corrí rápidamente hacia donde estaba él, me puse delante, sin pensar en las consecuencias, solo quería protegerlo.

Un dolor muy fuerte en un costado me obligó a doblarme sobre mí misma, instintivamente coloqué mi mano sobre la zona que me dolía y esta se tiñó de rojo. El acero estaba clavado en mi costado. Caí al suelo, las fuerzas me abandonaban, me costaba respirar y la vista se me nublaba, escuché el grito de Henric y vi, mientras yo caía al suelo y me quedaba allí quieta, como este recuperaba su daga y la hundía con rabia en el estómago de James. Rápidamente vino a mí.

—¿Por qué, María? ¿Por qué lo has hecho? —Ví que por su rostro caían lágrimas—. Tú no —repetía—. Tranquila voy a sacarte de aquí.

Se puso de rodillas, se quitó su camisa dejando su pecho al descubierto, y la hizo jirones.

—Esto te va a doler.

No se atrevía a hacerlo, tenía que quitarme la daga y presionar la herida, su mano temblaba, se la agarré con suavidad y sin fuerzas.

—Henric, hazlo, si no la quitas moriré.

Ante mis palabras las lágrimas cubrieron sus ojos, agarró la parte

saliente del arma, presionó con un jirón de la tela de su camisa mi costado, cerró los ojos apretó los dientes y sacó la daga.

Gemí de dolor, la respiración se me cortó y me doblé sobre mí misma. En ese momento sabía que iba a morir, la sangre fluía pero Henric actuaba como si supiese qué hacer en cada momento. Presionó la herida con fuerza durante unos segundos y después puso parte de la tela rota sobre la herida y con las otras tiras fue rodeando mi costado a modo de vendaje. Era perfecto, lo hacía como si le fuese la vida en ello. Cuando acabó ató las puntas de la tela. Un sudor frío empezó a recorrerme por todo el cuerpo. Me miró con sus ojos verdes, se me había olvidado lo bonitos que eran. Estaba serio.

—¡María! No quiero que hables, no agotes tus fuerzas, solo mueve tu cabeza para responder. Estamos lejos de Cork, no podemos quedarnos aquí, lo entiendes ¿verdad? —Asentí—. Tenemos que partir, podemos correr peligro, estas son tierras de los Durrey. ¿Te ves capacitada para montar conmigo en el caballo? —Volví a asentir. Él me sonrió—. Haremos una parada en un sitio de una vieja conocida, ella es curandera, allí te limpiaremos la herida, se puede infectar.

En ese momento entraron en la estancia. Era David.

—¡Dios mío! —Me miró asustado, la tela se había teñido de rojo, la sangre seguía saliendo a borbotones—. ¿Qué ha pasado?

—David, lleva a los hombres a Cork y dile a mi abuela que yo regresaré cuando la vida de mi esposa esté fuera de peligro. Me quedaré en Kerry, ya sabes dónde. —Me miró y David siguió su mirada—. María no llegará a Cork si no se cura esa herida antes.

—Iré, pero luego regresaré a buscaros —dijo David.

—No amigo, quédate en el castillo, no te preocupes, en Kerry estaremos bien. Mi abuela puede necesitarte.

—Henric, el conde de Buttevant ha muerto —dijo David.

—¡Marcharos!, aquí corremos peligro todos.

Se dieron un abrazo y David se fue. Henric rápidamente vino hacia donde yo estaba, me levantó entre sus brazos y me miró.

—Confía en mí, María. —Aproximó su rostro al mío y me besó con suavidad, pero aquel beso que agradecí se esfumó, ya que el dolor intenso y mis fuerzas me abandonaban. Henric me retenía entre sus brazos con fuerza, y al mismo tiempo con delicadeza para evitar provocarme más dolor, iba rápidamente hacia las afueras del castillo. Yo cerré los ojos, estaba en sus brazos, él junto a mí, vivo. «Dios mío —recé—, no me separes ahora de él, no me lleves todavía contigo». Me subió al caballo, y a pesar de la suavidad con la que intentó hacerlo, el dolor cada vez era más fuerte. Evitaba lamentarme, ya que sabía que mis quejidos le desesperaban, pero él era consciente de ello. Subió tras de mí.

—Lo siento cariño, la culpa de todo esto es mía. —Me recostó en su pecho y me abrazó con suavidad. Le acaricié su mano.

«Cariño, —pensé—, me ha dicho cariño». Con aquella palabra ya era suficiente haber pasado aquel dolor. Cerré los ojos, las fuerzas me abandonaban. Perdí el sentido del tiempo, apenas me di cuenta del viaje, escuchaba la voz de Henric pero no entendía lo que decía, un ligero recuerdo de que me bajaba del caballo y una figura difusa de una mujer, ahí perdí el sentido y la conciencia de todo.

Sentía los besos de Henric en mi rostro, en mis labios, sus caricias, hasta en algún momento percibí con claridad palabras como *te amo*, aunque mi sentido de la realidad en ese momento era un poco vidrioso y no sabía discernir lo real de lo irreal. Entre sueños vi a Henric cómo me quitaba la ropa, la mujer también estaba en la habitación, ella le iba trayendo cosas mientras él me limpiaba la herida, el dolor tan intenso me devolvía al subconsciente.

No sé cuánto tiempo permanecí en esa situación, solo tenía aquellos vagos recuerdos en mi mente cuando desperté.

La habitación en la que me encontraba era pequeña, sencilla, sin apenas decoración ni mobiliario. Había una ventana por la que entraban los rayos de sol, no había cortinas por lo que su reflejo

iluminaba mi rostro. Observé y vi que a mi lado, junto a mi cama, recostado, en una silla estaba Henric, dormido. Próximo a él, en una mesa de madera, había tela blanca, doblada, y una palangana con agua. Intenté incorporarme, pero el dolor en mi costado no me lo permitió, levanté la sábana y vi que tenía puesto un camisón blanco de manga larga, toqué la zona de la herida, sentí el vendaje pero ya no había manchas de sangre. Miré a Henric, él me había cuidado, al menos esos eran los vagos recuerdos que tenía. Amaba con locura al hombre que tenía a mi lado, cada faceta que descubría de él me enamoraba más. Su mano ancha de dedos largos estaba apoyada en una de sus rodillas, estiré mi mano para tocarla ligeramente y acariciar el extremo de esta. Mi contacto provocó que Henric abriera los ojos, me miró y al verme despierta sonrió. Tomó mi mano y se inclinó para estar más cerca. Le sonreí.

—¿Cómo te encuentras, española? —me dijo mientras apretaba con suavidad mi mano.

—Mejor que el otro día —le dije. Él sonrió.

—¡Vaya! Tienes sentido del humor, eso es buena señal. —Se llevó mi mano a sus labios y la besó.

—¿Henric? —le dije. Necesitaba pedirle perdón por mis palabras antes de su partida.

—Dime, españolita. —No dejaba de sonreírme.

—Lo siento, siento todo lo que te dije... —Con suavidad puso su dedo índice sobre mis labios para silenciarme.

—No, María, ahora lo importante eres tú, tu recuperación. Ya tendremos tiempo de hablar, además no tienes que disculparte, todo está olvidado, yo también tengo parte de culpa, no respeté nuestro trato —le interrumpí, yo no quería que respetase el trato, lo amaba y quería hacérselo saber.

—No, Henric...

Pero él no me dejó continuar.

—Ahora no bella dama. —Aproximó su rostro al mío y me besó con

ternura en la frente.

En ese momento nos interrumpieron, abrieron la puerta y apareció una mujer bella, exuberante, pelirroja, alta y fuerte. Su cara era dulce y delicada, al vernos sonrió.

—¡Vaya! Ya te has despertado.

Se acercó a mí. Miré a Henric.

—Es Diana, una vieja amiga, ella nos ha dado cobijo y te ha cuidado.

—Bueno, Henric, no seas modesto, tu esposa debe saber que has sido tú el que le ha limpiado la herida, el que ha preparado un ungüento que siempre veías hacer a tu abuela y el que ha cambiado las vendas. Yo solo te he ayudado. —Él la sonrió—. Este hombre siempre actúa de la misma manera. ¡Qué suerte tienes de ser su esposa! —Ambos se miraron y sonrieron, había mucha complicidad entre ellos.

Diana me había caído bien, ya averiguaría de qué la conocía.

—Sí, sí que la tengo —respondí. En ese momento Henric me miró, se sorprendió de mi respuesta y me sonrió.

El ver brillar sus ojos, tenerle otra vez junto a mí después de tanto tiempo añorando su presencia, su voz, su proximidad, su mirada... era algo que no estaba dispuesta a que se volviese a repetir. El me asió de la mano y se la llevó a los labios.

—Henric, tu esposa tiene que comer, lleva tres días sin probar bocado y así va a ser imposible que se reponga.

—¿Tres días? —Henric me miró con semblante serio.

—Sí, has tenido mucha fiebre y has estado a punto de morir, María, la primera noche fue clave, pensé que te perdía —su voz se trabó—. No podía soportar... —No pudo terminar la frase, Diana continuó.

—Estaba muy preocupado, desde luego que tienes mucha suerte muchacha, jamás le he visto sufrir tanto por una mujer. Ha estado noche y día en esta habitación junto a ti, no ha dormido apenas, ni comido, así que a él también le vendrá bien reponerse y después descansar.

—Me gustaría levantarme, me duele todo el cuerpo.

—Sí, ahora te levantarás, pero antes tengo que cambiarte el vendaje.

—Me entró el pánico, él ya me había visto desnuda, pero sentía vergüenza de que me viese así y me curase, Diana salió a preparar el desayuno en el jardín.

—Te ayudo a subirte el camisón. —En ese momento me miró y se carcajeó.

—¡María! Todas estas noches he sido yo el que te ha curado y limpiado la herida, el que te quitó la ropa, sin contar que ya antes había conocido tu cuerpo desnudo al completo. —Sonreía, le hacía gracia mi timidez de ese momento.

—¡No seas grosero! Pero no es lo mismo, estaba dormida y no me he dado cuenta, y lo de antes... bueno eso no cuenta. —Henric soltó una risotada.

—Desde luego que ya estás mucho mejor. —Se puso los brazos en jarra y su rostro era divertido. Le conocía, sabía que estaba disfrutando en esa situación—. A ver, damita, te voy a quitar ese vendaje y a ponerte otro sí o sí. Colaboras o te lo quito a la fuerza —se burló.

Apenas podía subirme aquel camisón, Henric se acercó, me dio un beso en la frente, y me subió la tela con delicadeza, la sábana me tapaba hasta la cintura, y solo levantó el camisón hasta por debajo del pecho, lo justo para hacer la cura del costado. Se sentó en la cama y me ayudó a incorporarme, en ese momento entró Diana, ella me sujetaba mientras Henric vendaba la herida. Le observaba, lo hacía con cuidado para evitar provocarme más dolor del que tenía. Estaba completamente enamorada de aquel hombre de mirada dulce, penetrante, alma libre. Una vez que terminó se levantó. Se acercó a mí y me izó en brazos, yo me agarré a su cuello, deseaba besarle, le di un beso en la mejilla.

—¡Gracias, irlandés! —le dije. Me recosté en su hombro mientras me transportaba hasta el jardín. Se escuchaba el trinar de los pájaros.

Había una mesa en el centro con un succulento desayuno,. Me dejó

suavemente en la silla, un gran dolor en el costado provocó que me retorciere.

—¿Qué pasa María? —me preguntó preocupado.

—Nada, solo que me han clavado una daga y he estado a punto de morir, y todo por salvarte la vida. —Él me sonrió.

—¡Vaya! Te has levantado graciosa. —Se colocó frente a mí ligeramente inclinado, apoyó sus manos en los poyetes de la silla y aproximó su rostro al mío.

—Me encantas, española —dicho esto me besó, sus labios presionaron suavemente los míos y después me miró sonriendo—. Por cierto, gracias por salvarme, cogió una manta que había en la silla de al lado y la puso sobre mis hombros.

A pesar del dolor, estaba feliz, había dado por muerto a Henric, al hombre que amaba, y ahora le tenía a mi lado, junto a mí, solo para mí, me daba igual que no me amase como yo le amaba, que solo sintiese atracción por mí, incluso si algún día dejaba de gustarle. Decidí pensar en el ahora y centrarme en disfrutar cada segundo a su lado, sabía que sin él mi vida estaba vacía.

Se sentó a mi lado y adelanté mi mano para tocar la suya, él la agarró con fuerza y la envolvió con la suya. Me miraba fijamente, con semblante serio.

—¿Henric? ¿Dónde has estado? ¿Cómo diste conmigo?

—Ahora no, María, son muchas cosas y quiero que estés más recuperada.

Me llevé la mano al cuello en busca de la cruz de Santiago. Henric me observaba. Me preocupaba la espina sagrada, había fallado a mi madre, me entristecí, sabía que debía contárselo al hombre que me amaba, pero por otra parte le había hecho una promesa a mi madre de guardar el secreto.

—¡María! —dijo Henric. Me miraba serio—, si lo que te preocupa es la espina, tranquila, está en mi poder. —Le miré sorprendida. Lo sabía.

—¿Cómo...?

No me dejó terminar.

—Tranquila, lo sé todo, pero ya habrá tiempo para las explicaciones, ahora quiero que te recuperes. —Metió la otra mano en su bolsillo del pantalón y sacó mi cruz de Santiago, me colocó la cadena con mi cruz alrededor del cuello—. Esto es tuyo, y dentro está la espina sagrada. —Me sonrió—. Ya hablaremos.

—Gracias, Henric. —Estaba emocionada, se me saltaron las lágrimas.

Los días pasaban y gracias a los cuidados de Diana y Henric iba mejorando. Diana resultó ser una gran anfitriona, entre ellos había mucha amistad, ella estaba casada con un marinero que Henric le presentó, un amigo suyo de batallas.

Entre ellos había mucha complicidad que suponía que en algún momento fue pasión, pero era algo que no estaba dispuesta a averiguar.

Estaba sentada en el jardín, Henric en ese instante no se encontraba a mi lado, algo poco habitual, ya que era mi sombra. Diana se sentó junto a mí.

—Tienes suerte de haberte casado con un hombre como Henric.

—Sí, doy gracias a Dios por haberle puesto en mi camino.

Permanecemos unos minutos en silencio.

—¿De qué le conoces Diana?

—Bueno... es una larga historia. Él se culpó mucho tiempo de la muerte de su hermano, y se refugió en mí. Ambos nos ayudamos. Yo tenía una mala vida por aquel entonces. —Me observó, imaginé a lo que se refería— Él me sacó de ese mundo, me dio dinero para empezar un nuevo camino aquí en Kerry, y yo le hice ver la vida de otra forma.

—Entiendo...

—Nunca hubo nada entre nosotros, querida. Yo rehíce mi vida

ayudando a los lugareños con mis ungüentos y él me visitaba y pasaba largas temporadas con mi marido y conmigo. Es un buen hombre, y te ama.

Ambas congeniamos mucho, nuestra amistad aumentaba conforme pasaban los días. Todas las mañanas me preparaba un succulento desayuno, me cuidaba como si fuese un familiar suyo, Henric y ella bromeaban, me divertía al verles en sus cómicas batallas verbales, contando anécdotas de historias pasadas.

Aquella mañana Henric me había prometido llevarme a la playa, quería darme una sorpresa. Me puse una blusa blanca y una falda roja que Diana me había dejado, me recogí el pelo en una coleta, todavía estaba muy pálida, ya que la herida había sido muy profunda y la infección había tardado en retroceder. Llamaron a la puerta y sin esperar a que yo respondiera abrieron, era Henric, fuerte, con su gran envergadura y su bonita sonrisa.

—¿Estás lista?

—Sí, eres un impaciente. —Se rio, se acercó a mí y me cogió suavemente entre sus brazos para no hacerme daño en la herida mientras me besaba con ternura.

—¡Estás preciosa! —me dijo mientras me sonreía.

—No mientas, tengo muy mal aspecto. —Me cogió de la mano y me sacó de la habitación.

—¡Vamos! Iremos andando.

Aquella idea me fascinaba, necesitaba caminar, respirar aire puro, sentir la brisa del mar acariciar mi rostro. Henric entrelazó sus dedos con los míos, le observé, era muy alto, a pesar de mi gran estatura él me sacaba más de una cabeza, junto a él me sentía frágil, diminuta

Le examiné, sabía que teníamos una conversación pendiente, él también y ese era el momento.

—¿Henric? ¿Dónde te fuiste?

—En fin, no vas a dejarme tranquilo hasta que no te lo cuente. — Tomó aire—. Después de tus palabras me sentí dolido, aunque sabía que yo no había respetado el pacto que habíamos hecho. Intuía tu preocupación por el secreto que ahora he descubierto y por el paradero de tu hermano, pensé que si no descubría dónde estaba o no daba con él, tú jamás serías feliz, y si tú no eras feliz, jamás lo seríamos nosotros. —Hizo una pausa, me miró mientras se llevó mi mano a sus labios para besarla—. Fui a España, a Saghún, a la taberna en la que estuvimos. Aquella joven posadera me dijo cuando estuvimos allí que un joven había estado preguntando por una mujer cuya descripción se asemejaba a la tuya, así que fui allí para descubrir quién era aquel hombre, él prometió a la tabernera que volvería para verla y así fue. Estando yo allí ese joven apareció. Era tu hermano Juan, María.

Me detuve, le miré, mi corazón empezó a latir rápidamente.

—¡Juan! ¿Cómo está?

—Tranquila, está bien, me recuerda mucho a ti. —Se echó a reír.

—Esos hombres de la fiesta, los del emblema de la rosa roja, fueron los causantes de que no apareciera aquella noche, le golpearon y cuando recuperó la conciencia el castillo había sido arrasado por ellos, tu cuerpo no estaba allí así que dio por hecho que aquellos bárbaros te habían secuestrado. Necesitábamos saber el porqué. Fuimos al monasterio de la Peregrina y allí hablamos con aquel fraile que fue el que nos reveló todo. A partir de ahí teníamos que encontrar a tu tía Isabel, había que acabar con aquellos hombres que te perseguían, ya que ellos representaban un verdadero peligro para ti. Fuimos a casa de tu tía, acompañados por mí amigo Jorge, al entrar estaba Leona, tu tía no estaba allí, pero ella no estaba sola, estaba con James y aquellos hombres del emblema. A mí me golpearon y a tu hermano le obligaron a decir todo lo que sabía. Leona nos traicionó, a nosotros, a tu tía y a tu familia, ella era la amante de James, él mató a tu tía al ver que era una amenaza para sus intereses y después se marchó a Irlanda a buscarte. A mí me llevaron a un calabozo y estuve a punto de morir, y

tu hermano también. Si no hubiese sido por Jorge ninguno de los dos estaríamos vivos para poder contarlo. Él está bien, en vuestro castillo, en Soria, deseando que algún día le visitemos.

Estaba feliz, mi hermano vivía, pero aquella historia me encogió el corazón, ambos podían haber muerto por mi causa, y yo en Irlanda sin ser consciente del peligro por el que estaban pasando.

—Lo siento, Henric, estuviste a punto de morir por mí.

—Y tú por mí, españolita. —Se detuvo para mirarme, me sonrió, tiró de mí—. Vamos, estoy deseando que veas el lugar donde te llevo.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —Sonrió.

—No vas a parar de preguntar, ¿verdad? Fue el padre Pablo el que nos habló de la carta que te había dado para Fray Antoni. Cuando llegué a mi casa David me dio la noticia de tu desaparición. Estaba desesperado, entonces Adam me dijo donde fuiste, allí estaba el monasterio de Buttevant, fui allí aquel mismo día y amenacé a ese fraile, le hubiese matado ahí mismo, él fue el que me desveló dónde te llevaban. David y algunos de mis hombres me acompañaron, así que sin perder tiempo fui hasta el castillo de los Durrey, en Limerik. Me moría solo de pensar que pudiese perderte para siempre, sabía que si montabas en ese barco dirección Jerusalén jamás daría contigo, te perdería para siempre, no quería ni pensarlo. —En ese momento se detuvo y me hizo girarme para estar frente a él—. Si te hubiese pasado algo yo no hubiera podido superarlo, mi vida hubiese terminado en ese momento. —Me atrajo con sus manos hasta estar tan próxima a él que podía sentir el palpitar de su corazón, me abrazó como si temiese perderme.

Retomamos el camino, ya se escuchaba el ruido del mar, de repente me encontré ante un paisaje salvaje, de arena prácticamente blanca, pequeños islotes en mitad del mar y toda una vegetación abrazando la playa, era un espectáculo de color.

—Maté a James. Daniel Durrey también ha muerto. —Henric estaba pensativo.

Estuvimos en silencio hasta que llegamos a aquel paraíso frente a mí.

—¡Esto es increíble, Henric! —exclamé.

El me observaba, estaba disfrutando solo de contemplar mi reacción.

—El anillo Kerry, un paraíso visible a muy pocos. ¡Ven! ¡Descálzate!

Le hice caso, nos quitamos las botas y me llevó corriendo a la orilla.

El agua estaba muy fría pero me encantaba sentir su suavidad en mi piel. Henric se agachó y empezó a echarme agua, se reía de ver mi desconcierto por su actitud, yo le seguí y al final quedamos empapados.

—Quieres guerra, ¡eh! —me dijo, y empezó a perseguirme. Poco podía hacer, ya que apenas podía caminar de prisa, menos aún correr. Me alcanzó y me levantó entre sus brazos y empezó a darme vueltas sobre sí mismo.

—¡Henric! ¡Qué todavía me duele! —Me depositó suavemente en el suelo.

—Perdona, se me había olvidado por un segundo.

Me retuvo entre sus brazos y me besó con ternura, después se apartó, deseaba que continuase pero él lo evitaba, incluso el contacto físico también. Quise pensar que era por mi condición todavía convaleciente. Me llevó hasta la arena, nos sentamos, y después me empujó para que me tumbase con él, apoyó mi cabeza sobre su brazo y ambos mirábamos el cielo azul. Me observó y sonrió. Permanecimos en silencio. Necesitaba decirle lo que sentía y que lamentaba lo ocurrido.

—Irlandés —le dije—, siento lo que te dije aquel día, en realidad fue por celos, te vi con aquella mujer que...

—¿Jane?

—Sí, estabas en actitud muy cariñosa y la besaste... los celos me llenaron de ira. —Henric se sorprendió.

—¿Por qué no me lo dijiste? Jane estaba enfadada conmigo porque

me había casado contigo, pero yo nunca he sentido nada por ella, nunca tuve la intención de casarme con esa mujer y menos después de conocerte. Aquella noche se lo estaba dejando claro pero ella se resistía a creerlo e hizo todo lo que pudo. —Se puso de medio costado para mirarme—. Ella me besó pero yo no la correspondí, sentí pena por la joven, no está muy equilibrada mentalmente, es variable y esa noche me asusté de verla así, decía cosas incoherentes. Tú eres la que me has hechizado.

—No debí decirte aquellas palabras, no lo pensaba ¿sabes? —Hice una pausa—. Te amo, Henric, te amo con toda mi alma.

Henric se puso serio, aquello no se lo esperaba, sus ojos brillaban, me miraba fijamente, en silencio, se aproximó a mí y me besó, sus labios acariciaron los míos, suavemente presionaron estos, los retuvo entre los suyos, su lengua ligeramente se entrelazó con la mía, lentamente, con ternura. Deseaba más pero él se detuvo para mirarme y después me volvió a besar suavemente en los labios. Se apartó. Me observó fijamente con sus bonitos ojos verdes sin apartar su mirada de la mía, sus ojos brillaban.

—¿Por qué te apartas Henric?

—Porque si no, no podré detenerme. —Me miró sonriendo—. Y no quiero lastimarte. —Me volvió a besar suavemente y se incorporó, yo le seguí—. Mañana partiremos hacia el castillo.

Aquella idea me ilusionaba, aunque me daba pena marcharme de allí, aquellos días junto a Diana y próxima a él habían sido maravillosos y me había enamorado aún más de la persona con la que me había casado.

El día de nuestra marcha me dio mucha pena despedirme de Diana, le había cogido bastante cariño.

—Gracias, vendré a verte —le dije mientras la abrazaba.

—Vendremos —corrigió Henric.

—Eso espero, a ver si cuando volváis esta Tom, mi marido.

Nos fundimos en un abrazo.

CAPITULO XII

Encuentro con el pasado

La rodeé con mis brazos, la necesitaba, sentía miedo de perderla, en mi mente solo venía a mi memoria aquel horrible momento en que vi la daga de aquel asesino penetrar en el costado de María, recuerdo mis pensamientos en esos momentos: «Dios mío, ahora que la he encontrado no me la quites». Creí morir solo de pensar en esa posibilidad, había dado su vida por salvarme, cuando yo hubiese dado la mía por ella, solo imaginar el perderla después de haberla encontrado me partía el corazón, las lágrimas recorrieron mi rostro, desde la muerte de mi hermano no sentía aquella tristeza por la pérdida de alguien. David no daba crédito a lo que había sucedido, cuando salí con el cuerpo de ella totalmente ensangrentado, abatido, en el que la vida se desvanecía, me miró, vio cómo mis lágrimas recorrían mi rostro y me ayudó rápidamente a tomar la decisión de llevarla a casa de Diana, una gran amiga del pasado. Ahora, viéndola prácticamente recuperada, montada en mi caballo delante de mí, camino a nuestro hogar, me sentía feliz. La rodeé con mis brazos, sentía la necesidad de retenerla, después de tanto tiempo sin la mujer a la que amaba. Necesitaba de ella, su olor, su cuerpo, su rostro, sus ojos, su sonrisa, su voz, su verborrea, su ternura, su ingenio, impulsos, todo me gustaba de ella y más después de haber escuchado de sus labios las palabras que tanto había añorado: que me amaba. Me dio un vuelco el corazón, hasta pensé que no lo había oído bien. Observarla tan sincera, con ese brillo especial en su mirada, quería haberle hecho el amor en ese momento, pero sabía que aquello tenía que esperar por su bien, ya que se podía abrir la herida y no estaba dispuesto a que mi necesidad de tenerla, de sentir su cuerpo junto al mío, de hacerla mía, pudiera lastimarla. Era un hombre capaz de frenar sus deseos y necesidades

por el bien de la mujer a la que amaba, aunque me estaba costando tenerla cerca y no hacerla mía, amarla hasta el alba. Me odiaba por no haberla hecho del mismo modo partícipe de mis sentimientos hacia ella, le tenía que haber dicho que la amaba, que mi vida sin ella no tenía sentido y que antes de vivir sin ella prefería morir, necesitaba decírselo, quería gritar a todo el mundo mi amor por ella, pero mi orgullo irlandés me lo impedía y no podía soportarlo, el corazón me estallaba cuando estaba cerca de ella y necesitaba decírselo, la amaba demasiado como para retener ese sentimiento para mí y no compartirlo con ella, era muy egoísta por mi parte, mientras que ella había sido muy generosa.

La apreté contra mí y la bese el cabello, ella cogió mi mano y la besó con ternura, aquellos gestos de cariño hacían palpitar mi corazón.

—¿Qué piensas, españolita? —le pregunté, ya que desde que partimos hacia el castillo había permanecido en silencio.

—Que no quiero volver a separarme de ti, me tienes que prometer que no te irás nunca más sin mí. —Aquellas palabras me daban la vida.

—Te lo prometo, damita. —La besé el cuello.

—¿Qué vamos a hacer con la espina sagrada, Henric?

—Cuando lleguemos al castillo voy a escribir al padre Pablo, tú no debes tener esa reliquia santa, es una responsabilidad que no debes cargar con ella, has estado a punto de morir y quién sabe los que pueden venir tras ella con la intención de quedársela.

—Pero se lo prometí a mi madre.

—Sí, pero seguro que ella no sabía del peligro que correría tu vida, si lo hubiese sabido jamás te la hubiese dado, estoy convencido de ello. La espina debe estar en manos santas y en un lugar donde se le pueda dar el culto como corresponde a una reliquia de Nuestro Señor, debe ser venerada como corresponde.

—Ya... pero esa espina es especial. —Cogió la cruz de Santiago que escondía la reliquia sagrada y la besó.

—Lo sé, pero por eso mismo es especial y debe estar en un lugar

donde nadie pueda utilizarla para fines que no sean de culto y veneración. Tranquila, tú no te preocupes que yo me encargaré de ese asunto.

—No irlandés, nos encargaremos los dos. —Me hizo gracia, me encantaba su personalidad y decisión para las cosas.

—Muy bien, pues los dos, ¿contenta?

—Así, sí. —Nos echamos a reír ambos.

La admiraba, era valiente, sabía que el movimiento del caballo le debía molestar en la herida, pero ella no se quejaba, al contrario, intentaba disimular para que yo no me preocupase por ella, pero yo lo sabía, después de tanto tiempo junto a ella percibía cuando había algo que la molestaba o dolía. Decidí hacer una parada en uno de los valles próximos al río, estábamos cerca, pero quería que descansase y también tener un momento de intimidad junto a la persona que amaba antes de llegar al castillo.

—Vamos a parar en aquel valle. —Señalé con el dedo una explanada cerca del río.

Detuve el caballo, me bajé de un salto y la agarré con cuidado de su cintura para que descendiese, la retuve unos instantes entre mis brazos y la abracé para besarla, lo había estado deseando durante todo el viaje. Ella se agarró a mi cuello y yo la mantuve suspendida, besé su pequeña nariz y ella me besó en los labios con pasión. Dios mío, aquello no lo iba a poder resistir, la reacción de mi cuerpo traicionaba mis intenciones y promesas..., me aparté y la sonreí, la bajé con suavidad en el suelo.

—Española, como sigas besándome así no voy a poder evitar hacerte el amor. —Ella sonrió.

—No te has dado cuenta, irlandés, de que lo estoy deseando. — Aquellas palabras me provocaron una gran risotada, la cogí de la mano y me la llevé junto al río, ambos necesitábamos remojarnos un poco.

—¡Anda! —Tiré con suavidad de ella—. ¡Ven aquí! —Me empecé a descalzar—. ¡Venga! —La alenté a que hiciese lo mismo.

—¡Qué haces! ¡Estás loco!

—Loco por ti, españolita. —Me sonrió, me imitó y se descalzó, la agarré de la mano y la llevé hasta el río.

Era un pequeño riachuelo que había visitado mucho con mi hermano, allí siempre nos remojábamos los pies y nos bañábamos en los días calurosos del verano.

—¡Está helada! —exclamó.

La observé, me divertía su disposición y decisión, siempre lo había admirado en mi esposa.

—Está buenísima, ¡vamos! No seas cobarde.

Aquello sabía que la enfurecía, así que se mordió ligeramente los labios, gesto que me encantaba verlo en ella, lo había observado varias veces y me divertía observarlo. La empecé a mojar, al principio gritó por el frescor del agua, pero después me imitó, ambos nos reímos, ella comenzó a salpicarme con los pies y me empezó a calar, me reí, me encantaba verla tan distendida, sin preocupaciones en su mente, por fin feliz. Sonreía, era aquella mujer que siempre desee ver, sin agobios, siendo ella misma, como el águila imperial que vuela libre por el cielo soriano. Fui tras ella, reacción que no se lo esperaba y echó a correr, pero pronto la alcancé.

—¡Quieres guerra, españolita! —Ella me sonreía

—No vas a poder conmigo, irlandés —me dijo mientras me agarró del cuello y me besó, aquello fue su estrategia, ya que aprovechó mi debilidad ante sus labios y me empujó para salpicarme y empaparme.

—Tú lo has querido, damita.

La cogí con cuidado como si se tratara de un saco de patatas mientras ella se reía y pataleaba, la bajé despacio y la tumbé en la hierba verde de la pradera, me puse junto a ella, la envolví en mis brazos y la empecé a besar, no podía resistirme al deseo y pasión que sentía por ella, necesitaba probar la dulzura de sus labios, los necesitaba. Me retiré para observarla, sus ojos brillaban mientras me sonreía.

—Te amo, irlandés —me dijo

La besé, la amaba y la necesitaba, todo mi ser necesitaba a aquella mujer. Retenía sus labios entre los míos, los quería para mí, su lengua rozó la mía y la pasión y deseo pasaron a tomar protagonismo, el fuego que sentía era incontenible no podía parar. Mis manos empezaron a recorrer su cuerpo, la toqué con suavidad sus bonitos pechos, después bajé hasta tocar sus largas piernas, me detuve y la miré. Dios mío, no podía detenerme. En ese momento ella sonrió, y rodó para apartarse de mis brazos, me hizo gracia aquel gesto.

—Irlandés, contrólate, ya sabes que me puedes hacer daño. —Se empezó a carcajear, la sonreí, agradecí que se hubiese apartado, me levanté de un salto y fui a retenerla, ella corrió y se detuvo apoyada en un árbol, la cogí del brazo y la atraje hacia mí.

—Mi encantadora María, me tienes loco. —La besé—. ¡Nos vamos! ¿Estás lista? —Ella asintió.

David fue el primero en salir a nuestro encuentro. Bajé rápidamente del caballo, , mi gran amigo, mi hermano del alma, mi fiel compañero... Nos abrazamos mientras nos reíamos los dos, después David miró a María y nos aproximamos al caballo.

—¡Vaya!, ya estás mejor. A partir de ahora tenéis que controlar vuestros instintos de aventura, porque ahora no solo es Henric sino que su esposa es igual que él y me va a resultar muy difícil controlaros a los dos.

Nos reímos.

Me dirigí al caballo y ayudé a María a bajarse, David se aproximó a ella y María le dio un gran abrazo.

—¿Cómo está mi abuela?

—Está dentro, deseando veros, ha estado muy preocupada.

La cogí de la mano y nos dirigimos al interior de la casa. Allí estaba Robin, seria, observándonos desde el umbral de la puerta, aquella mujer nunca me había gustado, mi abuela fue la que en su día decidió

que viniese al castillo como ama de llaves, nunca me explicó el porqué, ya que desde el principio le dije mi opinión, pero ella se limitó a explicarme que se veía en la obligación de hacerlo. Jamás lo entendí y por más que se lo pregunté en reiteradas ocasiones, ella nunca me dio más aclaraciones sobre su decisión.

—¿Señores? —dijo seria. Observaba a María, me sentí incómodo con aquella mirada fría hacia mi esposa.

—Buenos días, Robin. ¿Dónde está mi abuela?

—En la biblioteca, señor, ¿quiere que le diga que ya han llegado?

—No, Robin, gracias, quiero darla una sorpresa.

Mientras nos dirigíamos por el largo pasillo de la planta primera hacia la biblioteca, agarré fuertemente de la mano a María y la sonreí, ella me devolvió el gesto. Abrí la puerta y allí estaba ella, sentada en su silla con uno de sus libros. Ante la interrupción levantó la mirada, al vernos sus ojos brillaron y una gran sonrisa se dibujó en su rostro, se levantó rápidamente y se dirigió a nosotros con los brazos abiertos, nos abarco a los dos.

—¡No me volváis a hacer esto! —nos regañó.

Solté a María, y levanté a mi abuela con mis brazos y le di unas cuantas vueltas mientras la besaba fuertemente en su mejilla, con sus bellas arrugas. Amaba a aquella mujer luchadora y sufridora. La dejé en el suelo y fue María la que le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla, aquella reacción me sorprendió, ya que después de mi ausencia no sabía cómo había sido la convivencia entre ambas, pero por las muestras de cariño intuía que se apreciaban.

—¿Por qué no me dijiste nada, muchacha? Eres una terca, ¿tú sabes el disgusto que tenía Adam? Y Timi ha estado llorando desde que te fuiste.

En ese momento apareció el pequeño hijo de la cocinera, tiró a María de la falda, esta se dio la vuelta y una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Timi! —exclamó. Le cogió entre sus brazos y le besó.

Aquello estaba siendo un descubrimiento, mi mujer había encandilado a toda mi familia, hasta a aquel pequeñajo que era la sombra de mi abuela.

—Lo siento, Madeleine. —Mi abuela frunció el ceño.

—No lo vuelvas a hacer, muchacha —le regañó y después me miró a mí—. Ni tú tampoco. Si no te hubieses ido tu mujer no se hubiese marchado a aquel sitio donde desapareció.

Tenía razón, me sentía culpable, pero ya no podía retroceder en el tiempo para evitar todo el sufrimiento que le había causado a mi española.

—Y ahora me tenéis que contar todo para que os pueda perdonar por estos días de desolación.

Miré a María y sonreí.

—Abuela, estamos cansados, María tiene que recuperarse todavía, no tiene la herida cerrada, debe descansar, cenaremos algo y mañana te prometo que te contaremos todo.

Una vez tomamos algo, subimos a la habitación, antes de pasar el umbral de la puerta cogí a mi esposa en brazos.

—¿Y esto? —me preguntó.

—Lo debí hacer el primer día que te traje aquí, pero nunca es tarde, ¿verdad? —Ella me sonrió y revolvió mi pelo con sus dedos—. Pediré que te preparen un baño, y después necesitas descansar.

Bajé a hablar con David.

—¿Y el fraile?

—Ya no estaba en el monasterio, cuando regresamos había desaparecido.

—¿No te dijeron dónde había ido?

—Me comentaron que se había marchado de peregrinación a Jerusalén, partió en un barco, Henric, y no creo que se atreva ya a regresar a Irlanda.

—¿Los demás murieron?

—Sí, todos.

—La familia Durrey investigará la muerte de sus hijos —le dije.

—Sí, seguro, pero no hay testigos, nadie sabe que fuimos nosotros, además su hijo era un asesino y no creo que cuando descubran sus artimañas quieran indagar más.

—Tienes razón, no hay motivos para preocuparse ya por ese tema.
—Nos quedamos en silencio.

—Cambiando de asunto —dijo David—, ¿qué tal con tu mujer? Ella te ama, ¿lo sabes, verdad? Lo ha pasado muy mal durante tu ausencia.

—Lo sé, yo también la amo, no puedo concebir la vida sin ella, creí morir cuando pensé que la perdía. —David me miraba en silencio.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! Nunca hubiera apostado por verte así. ¡Henric enamorado! —Se empezó a carcajear, le di una colleja.

—¡No tiene gracia! —Ambos nos reímos.

—¿A qué esperas, por qué no estás en la habitación con ella?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Tengo que esperar a que ella se duerma.

—¿No te entiendo?

—No puedo hacerlo David, su herida no está cerrada y sé que si estoy junto a ella no podré evitar hacerle el amor, no quiero lastimarla, no quiero que se abra la herida.

—¡Uff!, mal asunto, amigo. Te veo entonces unas cuantas noches aquí, conmigo, contemplando el anochecer —se burlaba.

—¿Y tú? ¿Qué tal con Melani?

—¿Melani?

—Sí. —Le miré—. ¿Te crees que soy tonto?, te conozco muy bien y sé cuándo te gusta una mujer. ¿No piensas casarte con ella?, ¿a qué esperas?

—Bueno... —titubeó y me reí—, es que no encuentro el momento.

—¡David! ¡Qué tú no eres un cobarde!, como no te decidas ella se va a cansar de esperar a que se lo pidas.

—Sí, tienes razón

Ambos nos quedamos pensativos, cada uno con sus propios pensamientos, contemplando aquel cielo estrellado. Me sentía feliz, estaba en mi hogar con la mujer que amaba, «por fin — pensé—, ya nadie podrá separarnos». Respiré hondo.

Transcurrieron varios días, intentaba tener ocupada a María en actividades cotidianas en el día a día para que por las noches acabase agotada y así no reclamase mis caricias y besos. Estaba resultando muy duro para mí tener a la mujer que amaba y deseaba y no poder retenerla entre mis brazos y hacerla mía.

Aquella mañana íbamos a ir a la granja de Adam, ella había dado a luz justo el día en que regresamos al castillo. María estaba deseando ver al bebé, además tenía necesidad de pedir perdón a Adam por el disgusto que le había provocado. David nos iba a acompañar como era de esperar.

La granja estaba tranquila, en su pequeño huerto estaba Melani recogiendo unas verduras, y en la lejanía, partiendo leña, Adam y sus hijos. John nos vio y agitó su mano para saludarnos, Melani dejó de recolectar y también se acercó para vernos.

David se bajó del caballo y dio un saludo especial a Melani. Yo les observaba, divertido, me acerqué a él y le susurré.

—Creo que ha llegado el momento, amigo. —Me carcajeé y él me propinó un pequeño codazo.

Adam se acercó a María a quien ayudó a bajar del caballo, María le dio un gran abrazo.

—Lo siento, Adam, fue... —Él la interrumpió.

—No me tienes que pedir perdón, niña. Anda, ven. Ella está deseando enseñarte al bebé, ha sido una niña, se llama Gabriela. — María le siguió con una gran sonrisa y yo tras ellos.

Ann estaba en la cama y al lado había una cuna de madera donde yacía un bebé precioso de cara angelical.

—¡María! —dijo ella extendiendo los brazos invitándola a que se sentase en la cama—. ¿Cómo estás, querida?

—Bien —Me miró—, gracias a sus cuidados.

—Si es que yo ya te lo dije: Henric sorprende. —Me miró sonriendo, me acerqué y le di un beso en la frente, nos cogió a ambos las manos—. Por favor, no nos deis estos sustos y dedicaros a tener bebés. —Me hizo gracia su comentario, miré a María y se había ruborizado. Me encantaba.

—No te preocupes, que pondré empeño en ello —le respondí riendo. María se ruborizó aún más ante mi comentario y sonreí.

La velada fue divertida, estuvimos hasta prácticamente el anochecer. De regreso, como ya iba siendo habitual, dejé a María en la habitación. La herida ya se había cerrado pero temía dañarla, aunque ella cada vez me reclamaba más. Fui a ver a mi amigo.

—¿Novedades? —le pregunté

David me miró con una gran sonrisa.

—Me caso. —Le abracé.

—Me alegro, amigo. ¡Por fin! Pensé que jamás te ibas a decidir.

—Mañana iré a pedir la mano de su hija a Adam. —Ambos nos echamos a reír.

—¿Y tú, qué? ¿No crees que ya es hora de ir a la cama? —Se carcajeó.

Hice tiempo para ir a la habitación, subí las escaleras y abrí la puerta. La cerré tras de mí, me apoyé en ella y para mi sorpresa María estaba despierta, asomada al balcón, en camisón. Al tras luz se veía la silueta de su esbelto cuerpo.

—¿Sorprendido de verme? —me dijo. Aquello me hizo gracia.

—De ti ya nada me sorprende.

Me acerqué hacia donde estaba, me puse a su lado y la giré para mirarla y tenerla frente a mí, mi deseo por aquella mujer era ya incontrolable, teniéndola cerca, prácticamente recuperada, era imposible evitar lo inevitable. No podía controlar la reacción de mi cuerpo y lo que todo mi ser me exigía, necesitaba tenerla entre mis brazos aquella noche, hacerla mía. Aproximé mi rostro al suyo y la besé —aquellos labios me embriagaban— primero con dulzura, suavemente, pero después la pasión se fue apoderando y nuestros cuerpos cada vez pedían más. Le retiré las mangas de los hombros, los besé y después dejé caer el camisón al suelo. Ante mí tenía su cuerpo desnudo y bello, lo acaricié y besé, quería que aquello no acabase, ella me quitó mi blusón, me acarició el torso, la cogí en brazos y la llevé hasta la cama, la tumbé y yo sobre ella, evitando el hacerla daño y manteniéndome con mis antebrazos apoyados, la besé. Ella se agarró a mi cuello, sus besos exigían cada vez más, mis manos recorrían todo su cuerpo mientras retenía sus labios con los míos, cada caricia mía producía en ella un movimiento de placer que le hacía gemir y mover su cuerpo, movimiento que me excitaba cada vez más. El fuego del deseo era imparable, cada vez la exigencia de estar más unidos el uno al otro era mayor, besé su cuello sus hombros, sus brazos, sus pechos, y fui bajando, necesitaba hacerla mía, ella así me lo exigía y mi cuerpo reclamaba lo que ella me pedía. Nos fundimos el uno en el otro, éramos uno, unidos por el amor y el deseo que sentíamos ambos, todo su cuerpo me abrazaba y retenía el mío reclamando lo que la pertenecía y a mí también me pertenecía: nuestro amor.

No podía dejar de observarla, su bonito cuerpo desnudo, entre mis brazos, su bello rostro descansaba apaciblemente, acaricié cada una de sus curvas, quería memorizar aquella imagen en mi mente. Suavemente retiré mi brazo que lo retenía bajo su cabeza, estaba amaneciendo y quería llevarla a un sitio especial esa mañana. Iría antes a ver a unos granjeros que tenían problemas con sus vacas, de ahí que quisiera

madrugar para regresar pronto e irme con María al mar y comer allí, le diría a la cocinera que prepara un picnic para mi regreso. La besé suavemente, no quería despertarla. Tapé con la sábana su cuerpo desnudo, solo de verla deseaba otra vez hacerle el amor. Le dejé una nota y la volví a besar, me vestí y bajé rápidamente. Desayuné y hablé con la señora Pot para que preparase el picnic para la playa.

Era una familia muy humilde, mi abuela me había informado de que una de sus dos vacas había enfermado y no tenían dinero para comprar otra, yo había tomado la decisión de darles el dinero para que comprasen otro animal, el granjero en cuestión era muy trabajador.

Alice era su esposa, su marido estaba en el granero y ella salió a recibirme,

—¡Señor!

—Hola, Alice, ¿dónde está Peter?

—En el granero señor.

Me dirigí allí, el joven estaba de cuclillas, su perro había muerto y la vaca estaba muy enferma, al verme se levantó.

—¡Señor! —Se sorprendió al verme.

—Peter, mi abuela me ha contado tu situación. —Me fijé en el perro muerto—. ¿Qué le ha pasado?

—Le han disparado, señor.

—¿Quién, Peter? ¿Quién ha sido?

—No lo sé, señor. Estábamos en la playa en nuestro paseo matinal y vimos una mujer junto a un hombre en la lejanía. Había una barca próxima al hombre. Escuché a la mujer gritar, él la estaba golpeando. Mi perro enseguida fue hacia ellos ladrando y yo le seguía, pero estaban lejos y yo avanzaba lentamente como consecuencia de mi artrosis. Entonces aquel hombre disparó a mi perro. Él se marchó en la barca y ella desapareció, se metió en el bosque y allí me quedé yo, solo, junto a mi perro. No lo entendí señor.

—¿No les pudiste ver?

—No, estaba muy lejos, sé que estaban discutiendo pero no logré ver bien sus rostros.

Recordé cuando estuve con María en la playa y vimos a una mujer y a un hombre que se acercaba en una barca, aquella coincidencia me intrigaba y lo que no me gustaba es que hubiesen disparado al animal.

—Lo investigaré, Peter, no te preocupes, sabremos de quién se trata y te corresponderá por la muerte de tu perro. Toma esto, es para ti. — Le di el dinero, él lo rechazó, pero después lo cogió.

—No, señor, no puedo aceptarlo.

—Sí, Peter, tienes que comprarte otra vaca, la necesitas para vivir y mantener a tu familia.

—Gracias, señor.

Ayudé a enterrar a su perro y me despedí de ellos.

De regreso no podía dejar de pensar en aquel suceso que me había contado Peter, me preocupaba que pudiese haber alguien por los alrededores que pudiese ser capaz de perpetrar ese crimen. Después de lo vivido con María, cualquier cosa de este tipo me alertaba.

María me estaba esperando con los brazos en jarra, en cuanto me vio llegar bajó corriendo para recibirme en el patio.

—¿Cómo has podido?

Estaba enfadada y me recriminaba. A mí me divertía. Bajé de un salto y me acerqué a ella mientras ella no paraba de gruñirme por haberla dejado y no habérmela llevado conmigo. La cogí de la cintura y la presioné contra mi cuerpo, la besé y después la miré, le sonreí y la pegué un cariñoso azote en su trasero.

—Yo quería haberte acompañado.

—Era muy temprano, estabas plácidamente dormida, ¿o quieres que te recuerde cómo después de lo de anoche te quedaste tan relajada que te dormiste como un niño? —Le guiñé un ojo mientras me divertía.

—¡Eres un grosero!

Me carcajeé.

—¿Vas a estar discutiendo o quieres que nos vayamos ya de picnic a la playa?

Su semblante era serio pero al menos ya había dejado de protestar. Fui a recoger las viandas que la señora Pot había preparado. Le di a María la yegua con la que había acompañado a mi abuela en sus visitas y marchamos hacia la playa.

En mi mente seguía pensando en lo que me había comentado Peter, estaría atento por si veía a alguien. María estaba silenciosa.

—¿Qué te pasa? ¿Todavía sigues enfadada conmigo?

—No, no es eso...

—Entonces... ¿Qué te preocupa?

—Durante tu larga ausencia a España, empecé a tener la sensación de que me observaban, escuchaba ruidos tras de mí cuando estaba sola en los pasillos del castillo. Encontré una nota en nuestra habitación. — Me la mostró, aquello no me gustó, ¿quién osaba a escribir aquel mensaje a mi esposa?—. Esta mañana cuando he bajado a desayunar, mientras te buscaba he tenido la misma sensación y al regresar al dormitorio había otra nota.

—¿Qué ponía? —La leyó y a continuación me la dio.

Tú no perteneces aquí. Traerás la desgracia al castillo.

—¿Viste a alguien?

—No, salí al pasillo y bajé las escaleras, me topé con la señorita Robin y le pregunté, pero ella me dijo que no había visto a nadie.

—No te preocupes, seguro que es una broma. —lo dije para tranquilizarla, pero aquello me intrigaba, tenía que observar e indagar, no iba a permitir esas amenazas a María dentro de mi hogar.

—Sí, eso pienso yo —me respondió.

—Aquí nadie puede hacerte daño.

Se oían las olas del mar, la suave brisa y el olor a salitre. María se bajó del caballo, abrió los brazos para respirar hondo, aquello me hizo

gracia, la imité y ambos nos reímos. Nos fuimos caminando hasta la playa, nos sentamos en la arena, nos descalzamos y nos tumbamos a contemplar el cielo azul que estaba sobre nosotros.

—María —le dije—, he pensado que voy a escribir hoy mismo al padre Pablo para decirle que tenemos la espina sagrada, creo que él debe tenerla y es él a quien corresponde custodiarla y tomar una decisión de su destino, ¿qué opinas?

—Me parece bien. En él confiaban mi abuelo y mi madre, esta espina que se hundió con otras muchas en la sagrada cabeza de Cristo durante su horrible pasión, tiene que estar en un lugar de oración, digno para recibir este tesoro que nos ha sido otorgado.

—Sí, yo también lo creo. Esta misma tarde le escribiré, además así, con la excusa de llevar la espina a La Peregrina, podemos organizar el viaje a Soria, así podrás ver a tu hermano y a Ana.

María se incorporó

—¿De verdad?

—¡Pues claro! Iremos a Soria, allí está tu familia. —Se tiró a mi cuello y me besó—. Te quiero, ¿lo sabes, verdad? —me dijo mientras me miraba fijamente con una gran sonrisa.

—Sí, lo sé. —Se levantó de un salto y tiró de mí—. ¡Vamos a mojarnos un poco, irlandés! —La verdad es que me daba pereza, pero su insistencia me llevó a ello.

Me soltó y echó a correr hacia el mar, se metió hasta las rodillas y levantó la falda de su vestido por encima de estas. La amaba, contemplándola quería retener aquella escena en mi mente para recordarla siempre. Me levanté de un salto y me dirigí hacia el mar. Me metí y la atraje hacia mí, necesitaba besarla, sentir sus labios, su rostro, cada parte de su ser.

Estuvimos hasta el anochecer, de vuelta al castillo estaba todo en silencio, se había hecho muy tarde y sabía que mi abuela al día siguiente nos recriminaría el haberla dejado sola toda la jornada. Subimos a la habitación y cerré la puerta tras María, ella fue a abrir la

ventana, entró una ráfaga de viento que levantó sus rizos que caían en cascada por su espalda, me acerqué y entrelacé mis dedos en su bonito cabello, ella se recostó en mi pecho, yo la cogí de su cintura, estaba de espaldas, la atraje hacia mí.

—Hay algo que he querido decirte desde que descubrí que eras tú la que se escondía tras ese disfraz de muchacho.

—Ah... sí, ¿y qué es? —dijo sin darse la vuelta para mirarme.

—Te amo, María, eres mi vida, sin ti estoy perdido, mi orgullo me ha impedido decírtelo en muchas ocasiones. Estoy locamente enamorado de ti y quiero que todo el mundo lo sepa, porque eres la luz de mi vida, el agua que sacia mi sed. Cuando creí que te perdía me culpé de no haberte dicho nunca lo mucho que te quería. Me casé porque quería que fueses mi esposa para siempre, no como un acuerdo, mi pensamiento era mucho más egoísta, te quería tener a mi lado, aunque tú no me correspondieses, porque la sola idea de pensar en que tú no fueses a estar junto a mí me mataba por dentro.

María se dio la vuelta para mirarme, sus ojos brillaban, estaba seria.

—¡Creí que jamás me lo dirías, irlandés!

Ella rodeó mi cuello con sus brazos, se puso de puntillas, yo la abracé, nos fundimos en un apasionado beso, necesitaba tenerla aquella noche como la noche anterior y como el resto de noches. La amaba.

Los días pasaban, mi abuela había obligado a María a que la acompañase a curar y visitar a los enfermos de nuestras tierras y yo con David fui a visitar las granjas, aunque David estaba muy ocupado con los preparativos de su boda.

Seguía preocupado por la historia del perro de Peter, aunque aquello ya no se volvió a repetir, al igual que las notas a María. El día anterior fui a ver a Adam, a quien relaté el suceso de la playa y el asesinato del perro de Peter, pero él no sabía nada.

Antes de irme me dirigí a Timi.

—Vigila a María, ya sabes que la tenemos que cuidar y proteger para que no le pase nada. —El niño asintió.

Aquel día intuía que algo no marchaba bien, María estuvo muy distante durante toda la jornada, apenas la vi, había acompañado a mi abuela a visitar a varios enfermos y cuando regresó subió a la habitación con un fuerte dolor de cabeza. Estuvo toda la tarde recluida en el dormitorio y por la noche seguía su malestar y su silencio, sabía que algo la rondaba por la cabeza, la abracé en la cama.

—¿Qué te pasa?

—Es este dolor, no te preocupes por mí... ya se me pasará.

—¡María! Sé que hay algo que te ronda por esa cabecita, hoy has estado muy rara todo el día. —Se dio media vuelta para mirarme, me acarició la mejilla.

—No me pasa nada, irlandés, mañana seguro que estoy mejor, es este dolor de cabeza. —La abracé y ella se acurrucó en mi regazo hasta que se quedó dormida.

En mitad de la noche me desperté, ella no estaba en la cama, estaba observando a través de la ventana. Me levanté y fui a su lado.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué te pasa, amor mío? —Se giró y me besó.

—No te preocupes, vete a la cama, ahora voy yo. Hace mucho calor.

A la mañana siguiente cuando desperté ella no estaba, aquello me intranquilizó, empezaba a no ser normal ese comportamiento en ella. Me vestí y bajé rápidamente al comedor, allí estaba mi abuela, pero María no se encontraba en la sala, no quería preocupar a la anciana, así que disimulé. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla.

—Hay que empezar a decir a tu esposa que en esta casa hay unas normas, no puede levantarse tan tarde siempre.

—Abuela... ella necesita dormir más.

—A eso lo llamo yo pereza

—Pues hoy se ha levantado antes que todos nosotros, porque no está en el dormitorio.

—¡Vaya! pues eso sí que es raro, ¿qué se traerá entre manos? Ayer me dijo que no me podía acompañar a las visitas, esta chica es una caja de sorpresas. Pero he de confesarte que le tengo mucho cariño. Elegiste muy bien, es ideal para ti, sois igual de cabezotas, tercos, orgullosos, impulsivos... Sois tal para cual. —Se levantó y se acercó a darme un beso en la mejilla.

—Si ves a tu esposa dile que hoy se lo perdono, pero que mañana me tiene que acompañar al mercadillo que se organiza en Cork, vamos a ir de compras.

—Se lo diré.

Estaba preocupado, apenas se marchó mi abuela salí a buscarla, tenía que encontrarla, el pánico estaba empezando a apoderarse de mí. Recordé que la había visto mirar por la ventana la noche anterior y los dos mensajes que había recibido, así como esa sensación de que la observaban. Fui a buscar a David a ver si la había visto, David negó con la cabeza y me ayudó en la búsqueda. En el castillo no estaba, fuimos a la playa, me asustaba la escena que relató Peter y el hecho de que ella se hubiese encontrado a esas personas, después fuimos a la granja de Adam, ahí tampoco la habían visto.

—Dios mío, ayúdame —dije en alto.

—Tranquilo —dijo David, la encontraremos, no ha podido ir muy lejos

—No sé, es muy raro, me dijo que había recibido dos mensajes amenazándola. No sé, me da la sensación que algo la inquietaba y me lo ocultó para que no me preocupase por ella. ¿Por qué me hace esto?

Regresamos al castillo, el día avanzaba y María no aparecía, vi a Timi salir del huerto, «a lo mejor el niño sabe algo», pensé, él la perseguía a todas partes.

—¡Timi! ¡Muchacho! ¿Has visto a María?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El gato loco me despertó y le fui a sacar a la calle, estaba amaneciendo, aunque todavía estaba oscuro y vi salir a María.

—¿Te dijo a dónde iba?

—Se acercó y me acarició la cara, después me dijo que ahora venía, le pregunté que a dónde iba, que si la podía acompañar y me dijo que no y que cuando regresase me llevaría a la playa a jugar. Después la seguí un poco, pero iba muy rápido.

—¿Y sabes hacia dónde se dirigía?

—No lo sé, iba para allá. —Señaló hacia el bosque—. Yo creo que seguía a la señora Robin, ella se fue antes en esa dirección.

Aquello me empezó a preocupar, no me gustaba. A Robin tampoco la había visto en todo el día.

—No se preocupe, yo creo que se dónde ha ido Robin.

—¿Tú?

—Sí, señor, ella siempre sale por la noche, y más de una vez. Por curiosidad la he seguido sin que mamá lo sepa, ¡no se lo diga usted ahora!

—No te preocupes, Timi, esto es un secreto. Continúa.

—Va a una cueva que hay en el bosque, a veces ha ido también a la playa, ahí también la he seguido, aunque eso siempre lo ha hecho por las mañanas. Se reúne con un hombre, ese señor que ha venido a veces al castillo acompañando a esa señora rubia que hablaba con usted. Él debe ser su novio porque los he visto besarse, aunque ese señor no la trata muy bien.

«Dios mío, debe ser Philip, el hermano de Jane», pensé. Enseguida empecé a atar cabos, el hombre y la mujer de la playa.

—¿Me podrías llevar a la cueva, muchacho?

—Sí, sígame.

CAPITULO XIII

Sospecha

«Dios mío, ayúdame». Me encontraba atada en aquella cueva húmeda, a oscuras. Tenía que haberle contado mis sospechas a Henric, pero no quería preocuparle sin estar segura. Aquella mañana descubrí a Robin dejando un papel entre mis cosas, al sorprenderla se lo metió enseguida en el bolsillo, la increpé, pero ella lo negó todo y huyó antes de que pudiese extraer el papel que se había introducido en el bolsillo. Empecé a atar cabos, siempre que había notado que me observaban e incluso, cuando había encontrado un papel en la habitación, a la que me había encontrado en esos momentos había sido a ella.

Estaba casi segura de que era Robin, al igual que era la figura que siempre desaparecía de forma misteriosa del castillo todas las noches. Tenía que asegurarme. Aquella noche no podía dormir pensando en todo ese asunto. Todavía no había amanecido y fue cuando la vi. Era ella. Decidí seguirla, me puse una manta por encima, solo me vio Timi, confiaba en que él al ver que me demoraba en mi llegada al castillo, le dijese a Henric que me había visto, era mi único consuelo. La seguí hasta el bosque, allí apareció un hombre de muy mal aspecto. La gritaba, en ese instante no le reconocí, pero después lo examiné detenidamente y descubrí que era Philip, el hermano de Jane, «¿qué hacía él con Robin?», pensé.

—Necesito dinero, tienes que matarla, ella no puede darle un heredero, a ti te pertenece parte de esa herencia. Además, si ella muere él no tendrá más remedio que casarse con mi hermana.

—No es tan fácil, él no la deja ni a sol ni sombra.

—¿Le has dicho a la vieja que te dé más dinero?

—No he podido.

—Pues a qué esperas. Les debo dinero y sabes lo que harán

conmigo, me matarán, no les he pasado la bebida de contrabando que les prometí.

Me maldecía por haber pisado esa rama y no haber tenido más cuidado, hizo un ruido agudo y ambos se dieron la vuelta, enseguida me localizaron, Philip me miró con odio, se precipitó contra mí y me agarró del brazo con fuerza. Me hacía daño. Robin le proporcionó un trozo de tela para que me amordazase. Me llevaron a esa odiosa cueva, él me ató y se fue y Robin se quedó junto a mí.

—Querida, siento decirte que te vamos a matar, con lo que has oído y visto, ya no puedes regresar.

—¿Quién eres Robin?

—¿Qué quién soy? Soy una McCarthy, de hecho soy tía ilegítima de tu adorable Henric.

—¿Tía?

—Sí, querida, su abuelo era un mujeriego, mi madre fue su amante. Su abuela, al enterarse, en un principio no quiso saber nada de mí, pero después la amenacé con que si no me llevaba al lugar que me correspondía y no me daba dinero divulgaría por los cuatro vientos que era una McCarthy, y claro, ella se lo pensó y prefirió evitar el escándalo.

—¿Le has estado chantajeando? —le reproché.

—Sí, y siempre me ha dado dinero cuando se lo he pedido, pero tú estropeas mis planes. Yo no quería que Henric se casase ni tuviese descendencia contigo, en todo caso era a Jane, la hermana de Philip a la que le correspondía ese lugar. Pero llegaste tú, él enamorado de ti, tenía que deshacerme a toda costa de ti, quería volverte loca para que tu Henric se desencantase de ti y después matarte y hacer que pareciese un suicidio, nadie sospecharía de mí, creerían que habías perdido el juicio.

—Pero... ¿por qué?

—Yo tengo que ser la única heredera, mataré a tu amado cuando

termine contigo y después a la vieja. —Se reía como una histérica.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo, cariño. Bueno ya he hablado demasiado contigo.

—Si lo haces Philip te odiará, ¿no te das cuenta de que él quiere que Henric se case con Jane?

—Estás muy equivocada querida, Philip quiere ser el único heredero casándose conmigo. Su hermana siempre ha rozado un poco la locura, algo que lady Windsor ha querido ocultar a la señora McCarthy con el único fin de que se casase con Henric. Philip y yo habíamos planeado que una vez casados, ya nos encargaríamos de que ella enfermase en la locura. Nos hubiese resultado muy fácil, créeme, ya que tiene desviaciones neuróticas, y a posteriori mataríamos a Henric, así la única heredera sería yo. —Se carcajeó.

—¿Estás segura de que Philip te ama o solo quiere el poder del clan McCarthy?

—Me ama, claro que me ama. Ahora cállate. —Me amordazó para que así permaneciese en silencio.

No sé cuánto tiempo transcurrió, en la lejanía se escucharon unos ruidos, apareció Philip.

—¡Así que nos has descubierto! —me observaba de arriba abajo, el camisón estaba mojado y se pegaba a mi cuerpo, él era consciente de ello, me ruboricé ante su mirada lasciva. —¡Vaya, vaya! ¿Ahora qué vamos a hacer contigo?

—Philip, hay que matarla ya. ¿Has traído el aceite?

—Sí —ambos empezaron a rociarme de aceite todo el cuerpo.

—¿Qué hacéis? ¡Por favor no me matéis! ¡Os lo suplico!

—Las cosas hubiesen podido tener otro final si tú no hubieses aparecido en la vida de Henric, le quitaste a Jane lo que por derecho le pertenecía.

Philip cogió una antorcha, «Dios mío, quieren quemarme viva», pensé. Cerré los ojos y empecé a rezar, las lágrimas recorrían mi rostro, escuché ruidos y el grito de Robin.

—¡Philip!

En ese momento vi a Henric, había quitado la antorcha a este, ambos peleaban mientras Robin sacaba una daga de su falda, venía a matarme.

—¡Henric! —grité. En ese momento el pequeño Timi, que apareció de la nada, pegó un fuerte golpe a Robin en la cabeza con una piedra y esta cayó al suelo sangrando.

—¡Gracias, Timi! Me has salvado la vida.

Henric golpeó a Philip y este se desplomó en el suelo, mi esposo acudió rápidamente a mí, me desató y me abrazó.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —Me retiró para observarme—. ¡Vas a acabar conmigo!

Las semanas que siguieron a aquellos días fueron muy movidas. Se descubrió que Philip mercadeaba con alcohol y tenía muchas deudas pendientes de pago con contrabandistas. Él y Robin mantenían una relación amorosa, Philip por el interés y Robin porque se había enamorado del joven. Su lugar de encuentro era el bosque o la playa, y fue él el que acabó con la vida del perro de Peter.

Lady Windsor se fue a Londres, la vergüenza de aquel suceso la obligó a abandonar aquellas tierras. Días después de su marcha nos enteramos de que su hija Jane llevaba mucho tiempo enferma, con depresiones y cambios bruscos de personalidad y carácter, lo que obligó a la familia a recluirla en el extranjero para evitar así las burlas al apellido Windsor.

CAPITULO XIV

El caballero de la peregrina

Me tranquilicé cuando encerraron a aquellos dos canallas, ambos tenían todo planeado, fueron los asesinos del perro de Peter, y Robin la portadora de los mensajes que suponían una amenaza para mi esposa. Mi abuela me contó toda la historia sobre Robin, decidimos que nunca saldría de estos muros. Empezaba una nueva página en nuestra familia.

Miré por la ventana, allí estaba ella, tan bella, con su pelo cayendo en cascada por su espalda. Se dirigía a las afueras del castillo. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. La amaba, mi corazón latía con fuerza por mi joven esposa, por la mujer que me había hecho perder la cabeza. Decidí seguirla, además tenía que darle una buena noticia: el padre Pablo me había escrito y me había pedido que le llevásemos la espina sagrada, él la llevaría a Jerusalén, para su veneración. «Sabía decisión —pensé—, y se alegraría mi españolita cuando le dijese que volvía a su casa a ver a su hermano y a Ana». Bajé apresuradamente las escaleras y salí a las afueras del castillo, ella me llevaba ventaja, se dirigía al bosque, la veía observar, escuchar y absorber cada momento de tranquilidad y yo disfrutaba de espiar a mi bonita esposa. Se detuvo en una pequeña pradera, cerca de un riachuelo, se descalzó y se fue hacia el río, se levantó la falda por encima de las rodillas, se sentó en la orilla y metió sus delicados pies. Decidí apoyarme en el árbol próximo a donde ella se encontraba. Fui sigiloso, no quería que se diese cuenta de mi presencia. Me gustaba y disfrutaba contemplándola, tenía pocos momentos para poder hacerlo, no podía aguantar más sin abrazarla, ni besarla. Ella, por su parte, ajena a mi presencia, removía el agua con su mano.

—¿Qué hace una bonita dama aquí sola, sin compañía? —Se sobresaltó y miró hacia donde yo estaba.

—¡Me has asustado! —Me sonrió—. ¿Por qué me miras así? Vas a hacer que me ruborice.

—Quiero grabar cada rasgo, cada gesto tuyo en mi mente para cuando no esté contigo, así podré recordarte como si te tuviera en frente.

—¡No pensarás irte a algún sitio sin mí! —respondió. Me eché a reír.

—No, nos iremos los dos, vamos a ver a tu hermano, pero antes al padre Pablo.

Se levantó de un salto y se puso frente a mí. Sonreía, sus ojos brillaban. Rodeó mi cuello.

—¡Por fin! ¿Cuándo marchamos?

—Cuando tú quieras, tus deseos son órdenes para mí, española. — La sonreí mientras rodeaba su cintura con mis brazos y la aproximaba hacia mí. Necesitaba sentir su cuerpo, notar su respiración, el latir de su corazón.

—Entonces mañana partimos, irlandés —dijo guiñándome un ojo.

Le di la vuelta para apoyarla sobre el árbol y rodeé su cintura.

—¿Te he dicho que te amo? —le dije mientras aproximaba mi rostro al suyo.

Ella negó con la cabeza y yo esboqué una sonrisa, presioné mis labios lentamente con los suyos, los retuve, y mordí ligeramente su labio inferior.

—¿Puedes repetírmelo otra vez? Es que no te he oído decírmelo — me susurró.

—Eso es trampa, española. —Ella sonrió, acercó su rostro y sus labios rozaron los míos.

La miré reteniéndola entre mis brazos.

—De acuerdo, mañana, pero antes tenemos un asunto pendiente — le dije.

—¿Cuál? —me preguntó seria.

—¿No decías que te gustaría darme un hijo?

—¡Henric! —dijo cariñosamente mientras me regalaba una bonita sonrisa.

—Pues ahora debemos empezar a trabajar en ello. —La tumbé en la hierba y yo me posicioné a su lado atrapándola entre mis brazos.

—¡Estás loco! —dijo entre risas.

Ella estaba apoyada en el suelo, con sus bonitos ojos, mirándome, y yo a centímetros de distancia de su rostro, la contemplaba.

—Sí, loco por ti... —Ella me observó fijamente, sus ojos brillaban, y su corazón latía.

Bajé mi rostro hasta aproximarme al suyo, sus labios rozaron los míos, la besé. Se apartó ligeramente.

—¡Mi caballero! —me dijo dulcemente.

—Mi peregrina... —le respondí sonriéndole—. Te amo —le susurré al oído.

Nos fundimos en un apasionado beso.

La ternura del principio dio paso al deseo y la excitación del momento, necesitaba acariciar y sentir cada parte de su cuerpo. Sabía que mi existencia no tenía sentido sin ella, y no estaba dispuesto a renunciar a cada segundo que la vida me regalaba de estar con la mujer a la que amaba.

AGRADECIMIENTOS

A Selección RNR y B de Book por haber publicado mi novela y haberme dado esta oportunidad.

A Rosa, Isabel y Sandra, mis primeras lectoras.

A mi hermana, por sus críticas constructivas y su apoyo incondicional.

A toda mi familia y, en especial, a mi padre y a mi madre, por ser la luz que siempre me ha guiado.

¡GRACIAS!